

Pedro Saz Pérez



Sabinaquemada

Sabinaquemada

Sabinaquemada

Pedro Saz Pérez

Teruel, 2018

Centro de Estudios de la Comunidad de Albarracín. Colección *Literatura*, 5

Primera edición, 2018

© Pedro Saz Pérez, 2017

Edita:

Centro de Estudios de la Comunidad de Albarracín (CECAL).
C/ Magdalena, s/n.
44112 Tramacastilla (Teruel).

Diseño de cubierta e ilustración:
© M^a Carmen Martínez Samper.

Depósito legal: TE -87- 2018.
ISBN: 978-84-697-7541-7.

Impreso en España. *Printed in Spain.*

Imprime: Perruca. Industria Gráfica.

Prohibida la reproducción total o parcial sin el permiso expreso del autor.
Publicación no venal.

Las cosas pudieron haber ocurrido de cualquier otra
manera y, sin embargo, sucedieron así.

Miguel Delibes (*El Camino*).

A mi mujer, María Dolores
A mis hijos, Mado y Pedrovi
A mi anónimo donante

A todos aquellos serranos que murieron durante la Guerra Civil,
y uno muy especial a los republicanos, los grandes olvidados de la contienda.

A todos los serranos exiliados como consecuencia de la Guerra Civil.

A los serranos muertos en los campos de concentración nazis.

A todos los republicanos que todavía yacen en una cuneta, y a sus familias.

A todos los que sufrieron represión durante la postguerra.

El desenlace

I

En un principio, daba la impresión de que la madrugada del 3 de julio de 1947 transcurría con total normalidad... Aquella mañana aparentaba ser como cualquier otra a comienzos del verano y, por supuesto, nadie en el pueblo podría ni tan siquiera imaginar los sucesos que se avecinaban...

Esperanza se había levantado algo malhumorada, seguía sin olvidar los comentarios que su abuela le hiciera unos días atrás. La muchacha consideraba que siempre se había aplicado en las lecciones de Margarita y ya le había demostrado con creces su conocimiento de la naturaleza. Gracias a sus enseñanzas identificaba la mayor parte de las hierbas del término y sus aplicaciones, tanto medicinales como alimenticias. Pero con lo que no estaba en absoluto de acuerdo era con el planteamiento que le hizo respecto a sus últimas voluntades ¿Qué demontres era eso de que cuándo muriera había que dejarla abandonada en medio del monte para que la naturaleza siguiera su curso? Y lo que es peor, encima se había enfadado porque le había dicho que no pensaba como ella y no iba a hacerle el menor caso. Durante esa mañana estaba todavía enfurruñada por aquel enfrentamiento y seguía pensando que personas y animales eran seres diferentes que no tenían nada que ver y que, por supuesto, su abuela chocheaba cada vez más. Lo cierto es que ésta había sido la discusión de más envergadura que habían mantenido durante toda su vida y en el fondo sentía una enorme tristeza porque siempre habían estado muy unidas. Una vez se levantó de la cama acudió a desayunar, allí estaban Margarita y Concepción esperándola con los tazones de leche ya calientes y el correspondiente trozo de pan para hacer mojones.

—Esperanza, esta mañana será mejor que lleves el rebaño a *Sabinaquemada* —le dijo su abuela nada más verla entrar en la cocina.

—¡No!, para hoy tengo otros planes —respondió.

—Entonces, ¿dónde vas a llevar las cabras a pastorear?, —preguntó Margarita.

—Me iré al Vallejo del *Torruco* —fue su escueta respuesta.

—¿Y por qué no vas a *Sabinaquemada*?, las cabras tienen allí mejores pastos —volvió a insistir la mujer.

—¡No! Yo prefiero ir al *Torruco*.

—¿Todavía sigues enfadada con tu abuela?, —entró en liza Concepción—. No te parece que ya es hora de hacer las paces, en ocasiones te comportas como una cría.

—Ni soy una cría ni estoy enfadada. No me gustó lo que me dijo mi abuela y no quiero que nadie me obligue a hacer algo a la fuerza.

—Déjala Concepción, ya se le pasará —contestó una apesadumbrada Margarita.

Cuando hubieron desayunado, cada una de ellas fue a realizar sus cometidos. Concepción y Margarita se quedaron en la casa. Mientras la primera la aseaba y comenzaba a preparar el almuerzo, la segunda acondicionaba en una canasta los huevos que tenía que llevarse Violeta a Teruel. Por su parte, Esperanza recogió su morral junto a un cantero de pan y un trozo de queso y sacó al ganado a pastar al conocido vallejo. Una hora más tarde, Violeta entraba en la masada como todos los jueves para recoger su preciada mercancía y, sin más preámbulos, se despidió de las mujeres hasta la mañana siguiente porque en ese día urgía acabar con el encargo del Maquis que le hizo Rubén en Monterde. Por su parte, las masoveras cogieron sendas cestas de mimbre y decididas se marcharon a buscar los sabrosos cardillos en unos banales perdidos.

Durante esa misma madrugada, varios personajes se habían reunido en el atrio de la iglesia de Monterde después de concertar un plan la noche anterior. *Judas* y *Ungüevo* habían preparado dos carros donde se iban a ubicar los pasajeros, asimismo tenían dispuestas sendas cestas con dulces y vino para ir ambientándose. Durante los días an-

teriores María Rosario, la viuda de José María Cavero, junto a mosén Pascual habían excitado el ambiente entre las personas que les eran más afines con la misión de dar un merecido escarmiento a cualquiera de los conocidos republicanos que vivían en Monterde. Y realizada una terna casual entre todos ellos, el resultado dio como objetivo a Concepción y Margarita por haber sido madres de “Rojos” y propagar el ateísmo en el pueblo.

En realidad, esa era la excusa pero María Rosario en su locura se las tenía jurada porque intuía que Rubén, el hijo de Concepción, había tenido mucho que ver en la muerte de su esposo, de hecho ya le increpó cuando lo vio en el Seminario de Teruel mientras ella velaba a su difunto. Además, pensaba que Margarita era una infame atea culpable de la persecución religiosa que, en su delirio, tuvo lugar en el pueblo durante la II República, algo muy lejos de la realidad. Lo cierto es que no le resultó difícil componer un grupo de lo más ortodoxo para que la siguiera a pies juntillas. Primero fue haciendo una selección entre sus correligionarios políticos y luego, conforme los iba tanteando, acabó de conformar una cuadrilla lo suficientemente sólida como para realizar cualquier acto por repugnante que fuera, juramentándose por supuesto en mantener el silencio más absoluto. Al final decidieron participar en el escarmiento *Judas y Ungüevo* que eran la parte intelectual del trío *Calavera*, Serafín y el alguacil como reconocidos falangistas, y María Rosario junto al cura mosén Pascual en representación de lo que ellos entendían buenos cristianos y gente de bien.

En todo este grupo resultaba sorprendente que no estuviera el tío *Chalecos*, aunque viejo zorro como era no podía extrañar su ausencia tanto como su bendición al acto de la viuda, en realidad lo propició junto a ella misma y mosén Pascual. El cacique del pueblo había insistido en realizar el escarmiento en esa fecha, precisamente con la intención de amedrentar a los indecisos para que acudieran a votar en el Referéndum sobre la Ley de Sucesión en la Jefatura del Estado que iba a celebrar el domingo. Pensaba que no había nada mejor que hostigar o dar una buena somanta de palos a los antiguos republicanos para que todos los que todavía tenían alguna duda acudieran en masa a las urnas. Era la manera de entender la política de aquel anciano y tirano cacique, al que tanto le gustaba ordenar desde la sombra.

Sin embargo, las cosas se torcieron a las primeras de cambio en ese preciso día, María Rosario tardaba bastante en bajar al atrio de la

iglesia, su lugar de reunión. Después de mucho esperar, mosén Pascual se decidió ir a buscarla a su casa y en el momento que ella le abrió la puerta no salía de su asombro al observar cómo estaba todo de revuelto.

—¿Qué ha pasado aquí?

—No es nada... —dijo la mujer— es que estoy buscando algo de suma importancia que guardaba de mi marido pero no lo encuentro...

—Ahí abajo están todos esperando a que bajes para marcharnos...

—¡Del pueblo no sale nadie sin que yo lo diga! ¿Estamos?, —gritó exasperada.

—María Rosario... ¿te encuentras bien?

—¿Y por qué me tengo que encontrar mal? ¿Eh? Solo es que estoy buscando un recuerdo de mi José María y llevo horas sin encontrarlo... me va a dar un soponcio... ¡Dios mío! ¡Ayúdame y te prometo misas, muchas misas!

—Dime de qué se trata y lo buscaré yo también.

—¡Noooo! Ni se te ocurra moverte de donde estás... es algo que solo lo puedo tocar yo con mis propias manos... y no necesito a nadie que me pueda profanar algo tan sagrado.

Mosén Pascual seguía atónito por la sucesión de acontecimientos que se estaban viviendo en la mansión de los Cavero desde el preciso momento que le franqueó la puerta. Le daba la impresión de que la mujer estaba como ida y no sabía si era consecuencia de la pérdida de aquel misterioso objeto, por lo visto tan sumamente importante, o porque estaba muy lejos de haber superado la enajenación mental tal y como ella insistía desde que llegó al pueblo semanas atrás. Por su parte, María Rosario había vuelto a subir a las habitaciones del piso superior dejando al sacerdote sumido en un mar de dudas. Su dormitorio estaba irreconocible con todos los cajones de su cómoda abiertos y su interior esparcido por el suelo. En un momento dado y cuando su pulso comenzaba a temblar por la enorme excitación vivida, creyó recordar por fin el lugar exacto donde tenía guardado aquel misterioso objeto. Cogió una silla y la situó al pie del armario, se subió y palpó

en la parte superior hasta que dio con él. Luego, mientras bajaba del asiento, comenzó a besarlo con enfermizo entusiasmo. Al instante acudió a la cama donde estaban esparcidas multitud de prendas y, recogiendo la que creyó apropiada, envolvió el objeto guardándoselo en el interior del vestido que llevaba puesto. Una vez logrado su propósito acudió al cuarto de baño para asearse y cuando se hubo tranquilizado bajó a la entrada de la mansión donde le esperaba expectante el cura del pueblo.

A renglón seguido marcharon hacia el atrio de la iglesia para unirse con el resto de sus compinches. Sin más preámbulo subieron a los carros e iniciaron la marcha hacia la masada de *Chulilla* bastante más tarde de lo que habían previsto. En el viaje comieron y bebieron el aguardiente suficiente como para entonarse, esa era la intención de María Rosario, animarles para que tuvieran el necesario valor y poder realizar el plan que había estado tramando desde que murió su marido. Un oscuro deseo abrigaba la mente enferma de María Rosario desde las tristes navidades de 1937. Durante las últimas semanas, la viuda no había dejado de insistir a sus acólitos que, si bien Concepción y Margarita habían sido juzgadas y condenadas al destierro, no por ello habían pagado sus penas ni mucho menos. Tampoco le hizo falta reiterar en exceso sus argumentos. Todos ellos estaban interesados en servirle, de ahí que aquella turba marchara con el convencimiento de que lo mejor que podían hacer era dar un escarmiento a aquellas descarriadas mujeres para que jamás lo olvidaran y sirviera de ejemplo a todo el pueblo.

Sobre la media mañana se desviaron de la carretera y marcharon por el camino de la masada. Una vez llegaron a la casa y, tras registrarla a conciencia, no dieron con sus inquilinas por lo que pensaron que estarían trajinando por las proximidades. Se subieron nuevamente a los carros y volvieron sobre sus pasos para dejarlos bajo la custodia del alguacil cerca de la bifurcación que llevaba a *Chulilla*. Una vez allí se dividieron en dos grupos y, dispersándose por el monte, comenzaron la búsqueda abarcando todo un frontal en dirección de nuevo a la masada. Pero lo cierto es que poco tuvieron que andar, porque junto a unos bancales perdidos se toparon de imprevisto con las dos mujeres mientras buscaban los preciados cardillos. Se avisaron entre ellos y como lobos se lanzaron sobre sus presas que, ante la inesperada aparición, tiraron las canastas al suelo para intentar escapar. Vano intento

ya que apenas consiguieron dar algunos pasos porque *Judas* y *Ungüevo* se bastaron para detenerlas. Luego, las obligaron a caminar hacia un pequeño claro situado enfrente de *Sabinaquemada* donde estaba el resto de la cuadrilla esperándolas.

—¿Qué queréis de nosotras?, —interrogó Margarita.

—¿Qué os parece?, —respondió altivo el cura del pueblo.

—No hemos hecho nada ni nos metemos con nadie... bastante estamos padeciendo al estar desterradas —se defendió nuevamente la mujer.

—De verdad creéis que con eso ya habéis purgado vuestras culpas, poca penitencia me parece a mí —insistió mosén Pascual.

Margarita y Concepción estaban aterradas ante aquella inesperada aparición porque tenían por seguro que nada bueno se podía esperar de ese grupo de facciosos y meapilas. Como acto de protección mutua se abrazaron mientras observaban cómo se dirigían hacia ellas con evidentes gestos de intimidación. A una indicación del sacerdote, *Ungüevo* y el *Judas* las separaron con gran violencia y cada una de las mujeres quedó a disposición de un grupo de aquella cuadrilla, aunque todavía nadie había comenzado con el previsto escarmiento. Fue el cura quien primero se encaró con Margarita.

—Atea desvergonzada, ahora ya no hablas con la soberbia con la que siempre te dirigiste a mí... dime ¿te arrepientes de tus actos?

—Jamás en mi vida hice mal a nadie y en todo caso no soy de los tuyos, por lo tanto, a ti no tengo por qué contarte nada y mucho menos arrepentirme.

—Por supuesto que no eres cristiana, eres Belcebú disfrazado de mujer con la misión de poner en entredicho el mensaje de Nuestro Señor y a eso has dedicado toda tu vida.

Margarita no se arrugó ni mucho menos ante la perorata del cura, bien al contrario, descargó sobre él toda su rabia acumulada por tantos males que había propiciado contra ella y su familia. Entre otras cosas, mosén Pascual había sido el principal instigador de su destierro y del encarcelamiento de su hija, por eso no desaprovechó la ocasión y, tal y como hizo el día del apresamiento de su yerno Rafael, le cantó las cuarenta al fanático religioso.

—Tú si eres un cura del diablo... intransigente y muy poco piadoso incluso con los que van a misa y confían en ti... ¿a quién pretendes engañar?, conmigo no vas a poder... en tus sermones hablas de piedad pero mientras tanto vas denunciando a las pobres personas que no son de tu agrado o tienen un pensamiento diferente...

—Yo sigo la doctrina de la santa madre Iglesia...

—Puede que sí porque está tan corrompida como tú... pero ¿cómo puedes hablar de un Dios misericordioso en tus sermones actuando de la manera que lo haces...? Estoy convencida de que Dios es un invento de los hombres, pero al contrario que tú no creo estar en posesión absoluta de la verdad y puedo dejar un mínimo margen de duda... Por eso te digo que en el supuesto caso que exista, lo que predicaba Cristo y tú es tan incompatible como el día y la no...

—¡Maldita blasfema, no pronuncies el nombre de Dios en vano! —la interrumpió al tiempo que le daba una sonora bofetada haciéndole caer al suelo.

Por su parte, en el otro grupo que increpaba a Concepción estaba María Rosario llevando la iniciativa tachándola de “Roja” y otras lindezas por el estilo, aunque lo cierto es que no se atrevía a dar el siguiente paso y todo quedaba en la violencia verbal propia del momento. Pero en el preciso instante que observó cómo Margarita caía al suelo, quiso imitar al párroco y se abalanzó sobre Concepción arañándole la cara y tirándole del pelo. Sin embargo, apenas duró un suspiro porque ésta se revolvió defendiéndose y dándole un bofetón hizo que diera con sus huesos en tierra.

Aquella pareció ser la señal para que los componentes de la cuadrilla se lanzaran como bestias contra ellas y, una vez en el suelo, les llovieran golpes por todos los lados a lo que poco podían hacer las mujeres salvo intentar protegerse de la mejor manera posible. Los gritos de María Rosario y mosén Pascual animaban en aquella brutal paliza, mientras que los quejidos lastimeros que proferían las mujeres de *Chullilla* quedaban silenciados por el ruido de los golpes y los insultos que les dirigían. Y solo cuando se cansaron de apalearlas cesó el castigo y se retiraron un poco para regodearse de los efectos que había tenido su actuación.

Margarita y Concepción seguían en el suelo casi sin moverse, con vivas muestras de dolor reflejadas en sus rostros, y empapadas de

sangre. Por su parte, los miembros de la camarilla respiraban jadeantes aunque cansados y contentos por el acto que acababan de realizar. Durante un instante, el tiempo pareció detenerse y el silencio se hizo amo y señor de aquel entorno, incluso la fauna del lugar dejó de hacerse notar haciendo todavía más palpable esa muda sinfonía. Mientras tanto, el grupo de indeseables observaban ensimismados y sin apenas pestañear los cuerpos de las masoveras, cada uno de ellos inmerso en los pensamientos que le habían conducido a obrar de tan infame manera.

Serafín aspiraba a conseguir los apoyos necesarios para acaparar poder en el aparato provincial de la Falange y, María Rosario, le había prometido que hablaría con sus amistades del Movimiento donde ella como viuda de José María Cavero mantenía todavía excelentes contactos. *Ungüevo*, estaba convencido que no dejarían de lloverle encargos de ese tipo o parecidos, y que a través de los contactos que conseguiría podría abrir una taberna en el pueblo, que era la mejor noticia que podía tener un borrachín como él. Por otra parte, el *Judas*, era más sibilino e interesado y aspiraba nada menos que a sustituir al mismísimo tío *Celipe* como alcalde de Monterde, estaba seguro de conseguirlo por su reciente amistad con la mujer que les había llevado hasta allí. Mosén Pascual mantenía la apariencia más tramposa del grupo porque ¿quién podría suponer que bajo la fachada de la rectitud y creencias cristianas de las que constantemente hacía gala, podía esconderse unos intereses tan materialistas como los que tenía? Él, se había sumado con denodado entusiasmo a la venganza que planeaba María Rosario y aceptó sin condiciones el castigo que se les pretendía infringir a aquellas mujeres, acusándolas asimismo por su reconocido ateísmo y de haber sido siempre contrarias a la moral cristiana y las buenas costumbres. Sin embargo, ninguno de sus compinches podía ni remotamente imaginar que bajo esa apostólica apariencia, se escondía la perversidad de alguien que quería estar a bien y utilizar para sus fines las influencias de María Rosario sobre las altas esferas eclesiásticas de la provincia, aunque fuera a costa de cometer semejante infamia. Su oculta e interesada intención, era salir de una vez por todas de aquel pueblo perdido en la Sierra de Albarracín para marchar primero a Tuel y, luego por qué no, a la Archidiócesis de Zaragoza en su ansia por ocupar los más altos cargos. Y por último, estaba la viuda María Rosario, que lo único que buscaba era lograr su venganza y para conseguirla había prometido cumplir, pudiera o no, todas las peticiones que le fueron llegando durante su estancia en el pueblo.

El tiempo seguía detenido en *Sabinaquemada*, con todos los protagonistas de aquel drama inmersos en sus más íntimos pensamientos. Incluso el de las pobres masoveras, que más que preocuparse por lo que les podía pasar a ellas lo estaban por Esperanza, hasta esos momentos ajena por completo a lo que estaba ocurriendo en aquel lugar tan estimado para ella. Pasaban los segundos y aquella escena seguía sin apenas movimientos, como si se tratara de actores posando para un cuadro tenebrista pintado por el mismísimo Francisco Ribalta. Hasta que en un momento dado en medio de la persistente inacción, María Rosario, marchó hacia ellas sin que los presentes se percataran de sus movimientos y mucho menos de sus propósitos, ensimismados como estaban en sus prosaicas cavilaciones. Mientras caminaba, la viuda extrajo del interior de su vestido el envoltorio tan intensamente buscado durante aquella madrugada y a continuación se arrodilló delante de Margarita. Tiró el pañuelo que lo cubría al suelo para dejar a la luz el puñal con simbología nazi que su marido compró en Alemania durante su viaje de novios en 1933, lo besó con intensidad y, a continuación, lo clavó por dos veces en el pecho de la pobre mujer a pesar de su tímida resistencia. Una vez lo hizo, acudió donde estaba postrada Concepción y sentándose sobre sus caderas comenzó a asestarle puñaladas por todo el cuerpo. El intenso grito que profirió cuando comprobó que ya no se movía, fue el detonante que hizo que el tiempo se restableciera de aquella notoria pausa, como si quisiera recuperar con toda rapidez aquel intervalo que acababa de vivirse en *Sabinaquemada*. A partir de ese instante los hechos se fueron precipitando.

Aquello no era ni mucho menos lo que tenían pensado los interesados secuaces de María Rosario y rápidamente se abalanzaron sobre ella para detener la última e inútil puñalada. Tuvieron que esforzarse lo suyo para poderla levantar e intentaron calmarla, aunque resultaba ciertamente difícil. La perplejidad de los presentes, salvo mosén Pascual, no tenía límites y en el momento que iniciaron la vuelta hacia los carros custodiados por el alguacil, se miraban en silencio cariacontecidos por todo lo ocurrido. Delante de todos y en el más completo silencio iba María Rosario, a la que habían arrebatado el puñal que ahora guardaba Serafín. Pero las sorpresas para aquel grupo no habían hecho más que comenzar y cuando se encontraban a mitad de camino observaron ciertos síntomas alarmantes en la mujer.

—Por fin esposo mío hemos cumplido la venganza... —habló con tono de voz petulante y engorrido— ¿Qué te parece este maravilloso día de verano...? Y todavía no me has felicitado porque hace poco se cumplieron los dieciocho años desde que nos conocimos en Albaracín... ¿te acuerdas de aquella fiesta?

La cuadrilla no salía de su asombro al escuchar a la viuda dirigirse a su difunto como si estuviera presente. Sin pronunciar palabra seguían interrogándose con la mirada, sumamente turbados por todo lo que estaba sucediendo. Sin embargo, los sobresaltos no habían finalizado todavía.

—He pensado hacerte esta noche para cenar las perdices esca-bechadas que tanto te gustan... luego beberemos y haremos el amor como la primera vez... así... tócame...

María Rosario se detuvo y movió las manos hacia su imaginario marido como si quisiera abrazarle, inmersa en su éxtasis daba la impresión que José María Cavero le estaba haciendo el amor. Suspiraba entrecortadamente y en medio de aquel arrebató se llevó las manos al sexo y comenzó a frotarlo mediante movimientos lascivos. En ese momento, mosén Pascual no pudo aguantar más aquel dislate libertino y se lanzó hacia ella para detenerla.

—Venid aquí rápido que me da la impresión que esta mujer está poseída por el demonio de la lujuria.

Acudieron todos y la agarraron con fuerza, pero ella intentaba soltarse de las manos que la sujetaban y comenzó a patear y gritar cada vez con más intensidad. Sus palabras apenas se entendían entre aquel frenesí, tan solo que iban dirigidas a su añorado esposo y, por supuesto, quedaba claro que había perdido la razón o al contrario de lo que contó a todos cuando regresó al pueblo nunca la había recordado. En ese preciso momento Seraffín y mosén Pascual tomaron las riendas de aquel condenado asunto.

—Mira que me lo temía... nos ha estado utilizando durante todo este tiempo... esta mujer está loca de atar —comentó el falangista.

—Lo hecho, hecho está y ya no tiene remedio —sentenció el cura que parecía el más entero de todos—. Ahora lo que debemos pensar es la manera de salir adelante de este entuerto.

—¿Y qué podemos hacer?, —preguntó un timorato *Judas*.

—Por supuesto nosotros no hemos sido —expuso mosén Pascual con firmeza dando a entender su interpretación de los hechos.

—Pero nos han visto salir del pueblo... —insistió Antonio Talanca.

—De acuerdo... pero ¿ves alguien por aquí?, ¿a qué no? Pues ese es nuestro punto fuerte y a él nos tenemos que ceñir. Creo que lo mejor es que nos dividamos... Antonio coge uno de los carros y nos iremos tú y yo a Teruel con la viuda... marcharemos directamente al manicomio que conozco al director, le diremos que la sangre es de una oveja que hemos matado en Cella y que al verla se ha trastornado... que hacía cosas raras en Monterde y que lo mejor es que permanezca una buena temporada en la Casa de Salud...

—¿Y qué hacemos nosotros?, —preguntó *Ungüevo*.

—Vais a venir también a Cella, pero tenéis que comprar patatas o lo que se os ocurra... cualquier cosa que no haga sospechar a nadie de vuestro viaje. Luego os volvéis a Monterde y le comentáis todo lo que ha ocurrido a don Belarmino que él sabrá mover los hilos por si ocurre algún imprevisto. Al alguacil tenéis que ponerlo ahora al corriente y, por supuesto, de lo que ha ocurrido aquí esta mañana ni una palabra a nadie más o se las verá conmigo.

—¡Y también conmigo!, —certificó Serafín para no quedar al margen de aquella asonada.

—Ahora mismo me vais a jurar por los santos evangelios que mantendréis el secreto de lo ocurrido en *Sabinaquemada* durante toda vuestra vida... hacedlo o arderéis en el infierno donde seguro que ya están esas dos brujas.

La voz de mosén Pascual se escuchó atronadora como si a través de aquel tono pretendiera intimidarlos. Pero por otra parte para aquellos desalmados no existían más alternativas, de manera que todos los presentes se juramentaron en guardar silencio por lo ocurrido y conociendo ya cada uno su cometido marcharon a cumplirlo en ese funesto día del tres de julio de 1947.

Durante aquella mañana, Esperanza, ajena por completo a todo lo ocurrido se encontraba pastoreando el ganado en el Vallejo del *Torruco*. Cuando se aproximaba el medio día solía acudir su abuela y juntas guardaban las ovejas en el aprisco para marchar a comer a la masada. Sin embargo, en esta ocasión se estaba demorando demasiado y la muchacha sospechó que le habría surgido algún contratiempo, o quizás era debido al enfado que mantenían ya que incluso durante esa madrugada apenas se habían dirigido la palabra. Aquella espera acabó haciéndose interminable, de manera que no quiso aguantar por más tiempo y decidió que ella misma encerraría el rebaño. Marchaba decidida cuando al pasar junto a una charca observó la presencia de una *Isabelina* que volaba solitaria entre las jaras. Ella estaba incómoda por la tardanza de su abuela y, al contrario de lo que le había ocurrido otras veces, no tenía la menor intención de quedarse a ver las evoluciones de aquella mariposa por muy hermosa que fuera.

Sin embargo, a pesar de sus intenciones algo le hizo detenerse y mirarla detenidamente porque el vuelo que realizaba era diferente al de anteriores ocasiones, aquel baile no tenía nada de majestuoso sino más bien al contrario era errático e imprevisible. Por un momento surgieron por su mente las antiguas historias de Margarita sobre la *Isabelina* pero ella torció el gesto quitándole importancia al hecho y continuó caminando. La mariposa la siguió hasta situarse delante mismo de ella que, en medio de su hastío movió el cayado intentando espantarla, pero no fue así sino más bien todo lo contrario. La *Isabelina* se adelantó unos metros por el camino que llevaba la muchacha y volvió a iniciar el vuelo errante y sin sentido. Esperanza se detuvo de nuevo ante la persistente insistencia del insecto y, en ese preciso momento tuvo una fatal corazonada, voceó a las reses para que marcharan más ligeras y a toda prisa acabó guardándolas en el aprisco minutos después.

Corrió como nunca hacia la masada y una vez allí gritó con fuerza los nombres de sus *tatas* con la confianza de que aparecieran en cualquier momento y se acabara por fin aquella pesadilla. Pero no escuchó ninguna voz, es más le extrañó ver el portón de la casa sin cerrar así como las puertas del interior una vez penetró en la vivienda, era como si alguien hubiera entrado allí buscando algo y en su precipitación lo hubiera dejado todo abierto. Comenzó a preocuparse seriamente y al salir al patio interior se puso a gritar de nuevo llamándolas

pero continuó sin obtener resultados. Quiso recordar el lugar donde solían acudir por cardillos pero le resultaba imposible, además, podía ser cualquiera de los bancales que existían por los alrededores. No quiso esperarlas allí y comenzó a buscar por el monte próximo al tiempo que insistentemente seguía llamándolas a gritos aunque nadie le respondía, es más, el bosque mantenía un inusual silencio y daba la impresión de que todo ser vivo había huido de aquel lugar. Llegada la tarde, Esperanza se encontraba bastante cansada por el trajín que había vivido desde el mediodía, pero a pesar de todo no cejaba en su empeño y persistía en sus llamadas mientras recorría los lugares que solían frecuentar.

En aquella búsqueda se había escorado bastante de las tierras que formaban parte del complejo de *Chulilla*, tanto, que incluso llegó a la carretera que iba de Monterde a Cella. Por todo ello quiso marchar por la misma y cuando llegó al desvío que se dirigía hacia la masada lo cogió para rastrear aquella parte del monte que era casi lo último que le faltaba por visitar. Llevaba recorrido dos centenares de metros por aquel camino cuando decidió desviarse hacia *Sabinaquemada*, apenas había dado unos pocos pasos cuando le pareció ver a lo lejos una cesta caída en el suelo. Creyó reconocerla y marchó corriendo hacia el lugar y, en efecto, pertenecía a una de sus *tatas*. Comenzó a gritar nuevamente sus nombres esta vez con más fuerza y en medio de su llamada hizo un funesto descubrimiento al ver entre unos matojos las piernas de una mujer tumbada en el suelo. Echó a correr hacia allí y al girar por el arbusto no pudo sino lanzar una exclamación que finalizó en un desgarrador alarido. Allí mismo se encontraba Concepción, se arrojó colocándole la mano en el pecho y tras unos segundos la apartó en medio de una considerable impresión. No escuchaba sus latidos. Pero además, el charco de sangre que había a su alrededor y las múltiples heridas que tenía la mujer por todo su cuerpo ocasionó que Esperanza se levantara como un resorte. Tras un instante de vacilación la muchacha recuperó la consciencia, alzó de nuevo la vista para ver si encontraba a su abuela y al girar la cabeza no pudo reprimir un nuevo y lastimero grito, la había descubierto. Corrió como si estuviera poseída hacia aquel lugar y, una vez llegó junto a ella, se puso de rodillas mientras lloraba a lágrima viva e intentaba reanimarla. También estaba cubierta de sangre, no había tanta como con la otra *tata* aunque su cara tenía las marcas de golpes y los pelos en completo desorden, fiel reflejo de los acontecimientos recientemente ocurridos.

—Abuela, ¿qué ha pasado...? respóndeme... no te puedes morir... antes prefiero morirme yo... dime algo por lo que más quieras... lo que sea pero dime algo...

En ese momento Margarita entreabrió los ojos y con mucho esfuerzo quiso alzar la mano pero apenas lo logró. Entonces, Esperanza se sentó sobre una piedra en el suelo y recogiendo de los antebrazos a su abuela intentó levantarla un poco para colocarla sobre su regazo, algo que consiguió no sin grandes esfuerzos.

—Mi niña... Libertad... prenda mía...

La muchacha pensaba que su abuela estaba delirando y no se atrevía a contradecirla, pero cuando repitió un par de veces las mismas frases no pudo contener los lloros y negó con la cabeza.

—Abuela soy yo... Esperanza... no te preocupes que estoy aquí contigo y no pienso dejarte...

—Lo sé... eres... maravillosa...

—No hables por favor que te estremeces cada vez que lo haces...

—No, mi niña... y deja que te diga... que hemos tenido... desacuerdos... pero te libero de ellos... no me dejes aquí... si ese es tu deseo...

—Cómo voy a abandonarte abuela... eso jamás.

—Eres muy buena... Libertad...

—Ya te he dicho que soy Esperanza, ¿por qué insistes?

—Porque... tu auténtico... nombre... es... Libertad...

La joven abrió los ojos de par en par como hacía antaño cada vez que Margarita le contaba alguna de las historias fantásticas del sabinar de Monterde de Albarracín. Su abuela intuía que se estaba muriendo, por ello, en ese postrer momento quiso contar a su nieta los pormenores de su vida ya que a sus trece años podía comprender las cuestiones difíciles por las que había atravesado su familia. Por supuesto, lo primero que hizo fue comentarle los motivos del cambio de su nombre y las vivencias de su padre Rafael hasta que se lo llevaron los militares al comienzo de la Guerra Civil y ya no volvieron a verle. Su hablar era entrecortado incluso a veces apenas audible, pero la mu-

chacha escuchaba con verdadera devoción la postrera historia de su abuela. Y por fin llegó el temido instante en el que Margarita no pudo continuar y exhaló su último aliento de vida. Libertad, también conocida como Esperanza, no pudo soportar la presión y comenzó a llorar desconsoladamente mientras se agitaba nerviosa adelante y atrás moviendo el cuerpo de aquella adorada anciana como si quisiera despertarla de nuevo.

—Perdóname abuela siempre te he querido más que a nada en este mundo... nunca me imaginé que podías llegar a morir y mucho menos de esta manera. De haberlo sabido no habría reñido contigo... tenía que haber venido a pastorear aquí tal y como me dijiste así no te habría pasado nada..., nunca sabré si has muerto por mi culpa...

La muchacha lloraba sin cesar y su mente retrocedía para recordar los mejores momentos que había tenido durante su vida en la que siempre estuvo presente su querida abuela. Pero al mismo tiempo, no podía sustraerse al enfado que mantuvieron en los últimos días y ella se sentía responsable por no haber accedido a los deseos de Margarita, por muy extraños y macabros que le hubieran parecido. No se movió de allí y siguió manteniendo a la abuela en su regazo. Llegó la noche y permanecía llorando en completa soledad la muerte de aquella maravillosa mujer que le había abierto los ojos en las diferentes etapas de su vida. Poco a poco fue cayendo en un letargo del que le era difícil escapar, se mantenía como en trance, quizás esperando que aquella pesadilla terminara de una vez aunque pasaban las horas y todo seguía igual. El tiempo parecía haberse detenido en aquel lugar una vez más.

La compleja vida del sabinar parecía acompañarla como en un velatorio, respetando su dolor. Tan solo el canto del búho real comenzó a escucharse al tiempo que rompía el silencio con monocorde insistencia. Con toda seguridad, pretendía indicarle aquello que años atrás le comentó la abuela, algún peligro o malas noticias como la que había tenido lugar. En el cénit de aquella noche, Libertad y Margarita seguían representando sin apenas modificaciones el trágico acto que tuvo lugar la tarde anterior. La joven continuaba sentada en el suelo y sostenía en el regazo a su abuela con el cuerpo estirado y los brazos caídos, a imagen de la estampa de La Piedad del inmortal Miguel Ángel. Detrás de aquella escena, la sabina quemada que daba nombre a dicho lugar quedaba perfectamente reflejada por la luna llena de esa misma

noche. Al mismo tiempo, el búho real, que era el delegado de la Gobernanta del Sabinar también conocida como la mariposa *Isabelina* y, que a su vez lo era de la Madre Naturaleza, ululaba reclamando la compasión de los seres que moraban en el sabinar de Monterde de Albarracín. No en vano había muerto una gran persona, querida y admirada por todos los habitantes de ese fantástico y secreto mundo.

Libertad abrió los ojos, por un momento creyó apreciar las figuras que según comentaba su abuela moraban en el bosque y, ahora, se mantenían a su alrededor en absoluto silencio mientras la observaban haciéndose partícipes de su dolor. Gracias a la tenue luz proporcionada por la luna llena y multitud de luciérnagas podía contemplar la presencia de pajes-saltamontes, hadas-mariposas, duendes, geniecillos y un sinnfín de aquellos seres fantásticos que coparon su fantasía años atrás. Inmersa en su tristeza intentó levantar la mano para saludarlos, aunque éstos permanecieron inmóviles y continuaban con las miradas tristes sin pronunciar palabra alguna. En un momento dado, apreció la presencia de una figura celestial que cubría con su velo transparente a modo de carpa, los seres mágicos del sabinar que allí se encontraban. Observó detenidamente aquella majestuosa imagen que era como siempre había imaginado a la Madre Naturaleza y creyó apreciar en ella los rasgos de la cara de su abuela. Sonrió por primera y única vez durante esa noche y a continuación cerró los ojos. Inmersa en su tristeza intentó refugiarse en el fantástico mundo de los sueños, tal y como solía hacer de niña en su alcoba de la cambra, cuando era ayudada por la luz que emitía la vela prodigiosa recogida en el monte Jabalón. Mientras navegaba por ese universo mágico no dejaba de buscar a su abuela Margarita y, puesto que no concebía la vida sin ella, cada vez estaba más convencida que lo mejor que podía hacer cuando la encontrara era permanecer a su lado por toda la eternidad.

A la mañana siguiente, Violeta salió de Teruel para regresar a Monterde de Albarracín después de haber vendido sus productos. Iba especialmente contenta por haber cumplido con el encargo del Maquis que le llevó Rubén y sonreía tan solo de pensar en la inmensa alegría que le iba a dar cuando lo viera. Eso sí, antes de llegar al pueblo y

como siempre hacía, se desvió por el camino que desde la carretera llevaba a la población de Alba y circunvalaba por la masada de *Chulilla*. Al poco tiempo de haber cogido aquella bifurcación, pasó cerca de *Sabinaquemada* y pensó que quizás su hija se encontraría en un prado cercano donde siempre le había gustado pastorear, por eso se desvió de la senda y enfiló el mulo hacia aquel lugar. Sin embargo, la escena que encontró cuando apenas había recorrido un pequeño trecho distaba mucho de ser la que buscaba. Lanzó un grito cuando vio a Concepción tirada en el suelo y cubierta de sangre, se apeó del macho y corrió hacia ella, pero nada más llegar se dio cuenta de que estaba muerta. A renglón seguido, alzó la vista con los nervios a flor de piel escudriñando a su alrededor por ver si encontraba a alguien más. Y en efecto, no muy alejadas de aquel lugar, observó a su hija Esperanza como sujetaba entre sus brazos a la abuela Margarita. En unos segundos estaba junto a ellas y, tras separarlas, comprobó que se encontraban cubiertas de sangre por lo que creyó que ambas habían muerto. Pero este pensamiento apenas le duró unos segundos, porque su hija realizó un leve movimiento y al ponerle la mano en el corazón escuchó como latía. La acarició con suavidad estrechándola entre sus brazos y cubriéndola de besos hasta que pudo escuchar su voz.

—Mamá... mamá... eres tú —fue su único comentario.

—Soy yo hija mía pero... ¿qué ha pasado?

La muchacha ya no pronunció palabra alguna. Violeta, que seguía asustada por aquel encuentro palpó el corazón de su madre y no pudo evitar las lágrimas cuando descubrió que estaba muerta. Completamente abatida comenzó a llorar desconsoladamente al tiempo que se abrazaba con ellas. Pasado el primer momento de estupor, examinó detenidamente a su hija y pudo comprobar que no había sufrido daños. Se rehízo y, dejándolas como estaban, corrió hacia el mulo para subirse a él y marchar a los campos cercanos de la carretera donde había visto trabajar a varios vecinos del pueblo. Fue hacia uno de ellos con el que mantenía cierta amistad y le puso sobre aviso de lo que había descubierto en *Sabinaquemada*. No hizo falta que le suplicara el favor, el hombre se apresuró a marchar a Monterde para avisar a las autoridades y a su suegro Cosme. Violeta regresó de nuevo al macabro lugar y allí se quedó velándolas y proporcionando todo tipo de atenciones a su hija Esperanza, la cual no acababa de recobrase.

El revuelo ocasionado en el pueblo por el suceso de *Sabina-quemada* fue enorme así como la tensión de los familiares de las finadas, pero nada comparable con el desdén de los falangistas y las personas afines al Régimen desde el preciso momento que las trasladaron a Monterde. Por supuesto, ninguno de los que habían participado en aquel suceso hizo el menor caso a lo ocurrido y siguieron a pies juntillas con lo que tenían acordado. Lo peor para Violeta, fue cuando esa misma tarde tuvo que contarle a Rubén el asesinato de su madre Concepción.

—¿Qué pasa que estoy viendo tanto revuelo en el pueblo? ¿Qué ha ocurrido?, —preguntó el guerrillero realmente intrigado una vez pasó por los tejados desde la casa donde estaba escondido a la de su amiga.

—Rubén... ¡qué desgracia tan grande!

—Pero... ¿qué dices? ¿Es que te ha pasado algo en Teruel? Dime mujer, que me tienes en ascuas.

—En Teruel todo ha ido bien, ya está avisado el enlace y les hará llegar el mensaje... no..., ese no es el problema —Violeta lanzó un ahogo de pena y comenzó a llorar de nuevo.

A pesar de la gravedad de los hechos ocurridos, había tenido la precaución de llevar a Esperanza a la casa de sus suegros y cerrar la suya propia, antes de subir a la cambra para comentarle a Rubén todo lo que había ocurrido durante las últimas horas. Pensaba que sería lo suficientemente fuerte como para decirle al guerrillero las terribles circunstancias de la muerte de Concepción, pero en el último momento se vino abajo y no era para menos. Rubén insistió de nuevo al ver el azoramiento de su amiga y que su desconsuelo no tenía límites.

—No llores más por favor serénate y cuéntame cual es el problema que te angustia de esa manera.

—Tienes que ser fuerte porque lo que te voy a decir resulta difícil de creer... tu madre y la mía han muerto... las han matado a puñaladas como si fueran animales... —un nuevo brote emotivo la hizo callarse y llorar con más sentimiento.

—¿Qué...?

—Lo siento Rubén... —se excusó por la construcción del relato que acababa de transmitir—, debió de ser ayer porque los cuerpos

ya estaban fríos... las he encontrado esta mañana en *Sabinaquemada* junto a mi hija Esperanza... a ella no le ha pasado nada, aunque está como traspuesta por todo lo ocurrido...

Un escalofrío recorrió la columna vertebral del guerrillero y por unos momentos enmudeció quedando su mente en blanco. Sin embargo, y aunque la emoción le embargaba tanto que sus ojos se volvieron vidriosos, no tardó en recomponerse y tras suspirar profundamente retomó la conversación.

—¿Dónde están ahora?, —preguntó manteniendo el tipo todo lo que pudo.

—En el Depósito Municipal.

—¿Y se sabe algo de quien ha podido ser...?

—No tengo ni idea...

—Me has dicho que las dos estaba ya frías por lo que es muy posible que las mataran ayer —Rubén se había rehecho y comenzaba un interrogatorio con la intención de tener un mejor conocimiento de los hechos—. En tu viaje a Teruel ibas a pasar en primer lugar por *Chulilla*, ¿no viste nada raro o que te llamara la atención?

—No. Todo fue normal como un jueves cualquiera.

Entonces Rubén recordó el preciso momento de la partida de Violeta durante la madrugada anterior, junto a la extraña actitud de aquel grupo de personas que se escondía en el atrio de la iglesia cada vez que se escuchaba por la calle el trasego de los que acudían a sus trabajos diarios. Pensó detenidamente y recordó a varios de los componentes de aquella cuadrilla, lo cierto es que no eran gente de fiar... y además se trataba de los más acérrimos enemigos de las mujeres asesinadas. Aquella asociación de ideas lo alteró profundamente, rojo de ira no pudo reprimirse y acabó explotando por la tensión acumulada.

—Ya me imagino quienes han sido Violeta... no me importa lo que pueda ocurrirme pero los voy a buscar y matarlos como han hecho con nuestras madres —comentó mientras sacaba el Astra de su funda y empuñándola hizo ademán de marchar escaleras abajo.

—No vayas Rubén, te matarán.

—Pero antes me habré llevado por delante a muchos de ellos.

—No me puedes hacer esto... a mí me duele tanto como a ti la muerte de nuestras madres, pero en una situación como ésta hay que mantener más que nunca la mente fría —Violeta intentó calmar el ímpetu de Rubén—. Casi prefiero que no me digas quienes crees que han sido hasta que lo sepas seguro, en ese momento te prometo que haré lo que me pidas. Nunca me ha gustado la violencia pero ya estoy más que harta de ir por la vida con la cabeza inclinada y aguantando palos. Eso sí, siempre he escuchado decir que la venganza es un plato que tiene que servirse frío y te prometo que así lo haremos llegado el momento, intuyo también quienes están detrás de estos asesinatos y ya no aguanto más atropellos.

En ese momento, ninguno de los dos pudo soportar la tensión y se abrazaron con fuerza mientras la mujer lloraba sin parar y los ojos del hombre dejaban escapar alguna furtiva lágrima. Instantes después pudieron recomponerse y tras separarse Rubén tomó la iniciativa.

—Estoy completamente de acuerdo contigo. No podemos olvidar ni tener un mínimo de flaqueza, por eso continuaremos con nuestras vidas hasta que llegue el momento propicio que seguro que llegará. Mándame notas con el enlace para que esté al corriente de todo lo que ocurra en el pueblo. Cuando llegue la noche me marcharé porque tengo que llegar al campamento antes de que oscurezca mañana e informar sobre el éxito de tu misión en Teruel. Y no te aflijas más Violeta..., sé que no podremos resucitar a nuestras madres pero te juro por mi vida que sus asesinos lo pagarán muy caro.

Un nuevo y prolongado abrazo sirvió para sellar el acuerdo entre Violeta y Rubén, al tiempo que en sus ojos se adivinaba la determinación de que aquellos crímenes no quedarían sin castigo. Mientras tanto, dos personajes del pueblo procuraban sacar tajada de todo lo sucedido. Por una parte, el tío *Chalecos* comenzó a utilizarlo para amedrentar a los antiguos republicanos ahora que se acercaba el previsto Referéndum. Sin embargo, lo cierto es que fue mosén Pascual la persona más activa en contra de las fallecidas. Por supuesto, se negó a acudir al Depósito Municipal anexo al cementerio donde fueron llevadas las mujeres a la espera de la llegada del Juez y del reconocimiento forense, una vez se dio parte a las autoridades. Actitud que no varió tan siquiera cuando finalizaron los exámenes pertinentes, dándose paso a los trámites administrativos previos al entierro.

—Acabo de recibir los permisos y ya se pueden enterrar a Margarita y Concepción —le comentó en su momento el alcalde del pueblo.

—No será en el cementerio de Monterde —respondió el cura muy seguro de sí mismo.

—¿Por qué no?

—Porque han sido unas condenadas ateas y encima se vanagloriaban. Además, siempre que tuvieron oportunidad colocaron a la Iglesia al pie de los caballos.

—Entonces, ¿dónde tienen que enterrarlas?

—A mí me da exactamente igual. Que lo hagan en el monte o en otro pueblo, pero en este mientras yo sea el párroco que ni lo sueñe su familia... panda de "Rojos"... Por otra parte estaban desterradas ¿no?, pues que las entierren en Albarracín que es donde pertenece la masada de *Chulilla*.

Aquella respuesta realizada además con un tono desabrido y cargado de rencor soliviantó al tío *Celipe*. No pudo reprimir un mohín de disgusto y visiblemente alterado increpó al fanático cura.

—Mosén Pascual, quiero que sepa que en mi larga vida jamás he encontrado un sacerdote tan intransigente como usted ¿Es que no tiene la más mínima piedad con estas mujeres después de la terrible muerte que han padecido? Yo soy cristiano y siempre he actuado de acuerdo con las enseñanzas de Nuestro Señor Jesucristo. Para mí estaban equivocadas y ni de lejos podía entender ni soportar sus ataques a la Iglesia, pero eso no resta para que cumplamos con la máxima de perdonar a nuestros enemigos, y no encuentro mejor caso que este del que estamos hablando.

—Tío *Celipe*, usted será el alcalde y todo lo que quiera... hasta una persona respetable que a mi modo de ver lo es, por eso le digo que el Ayuntamiento lo dirige usted pero en la iglesia del pueblo mando yo. De manera que las cosas se harán según mi criterio y ya puede remover Roma con Santiago que no conseguirá modificar mi parecer... Por cierto, si yo soy un intransigente y no está a gusto en nuestra iglesia, ya puede irse los domingos a escuchar misa y confesarse a cualquier pueblo de alrededor.

—No se crea que no es por falta de ganas, pero a mis años y con los achaques que tengo sería tentar mucho la suerte. No sabe cuánto añoro a su predecesor mosén Rufino, ustedes dos han sido como el día y la noche... ¿cómo puede ser que existan ministros de la iglesia que piensen y obren de forma tan diferente? Y eso que yo no pido mucho..., ahí tiene a nuestro paisano el fraile Manuel que todos los veranos trae al pueblo muchachos huérfanos para que pasen las vacaciones corriendo además con los gastos, y encima muchos de ellos son hijos de los republicanos que usted tanto odia. ¡Sí! No me mire con esa cara, que bien nos vendría a todos que lo imitara o tuviera una décima parte de su humanidad...

—No se equivoque conmigo que yo no soy ningún fraile, soy sacerdote y ejerzo mi ministerio como Dios manda.

—De eso nada, lo hace como a usted le da la gana y, hablando de párrocos, podía aprender de más de uno de la Sierra de Albarracín de los que tengo excelentes referencias y por lo que he oído de ellos no le se parecen en nada... Pero si hasta mosén Cristóbal, el sacerdote de Noguera, perdonó a los que asesinaron a su hermana y cuñado durante la Guerra Civil...

—Eso son blandenguerías que no me dicen ni mu... —le interrumpió con brusquedad—, insisto, usted a lo suyo en el Ayuntamiento y déjeme a mí las cosas de Dios.

El tío *Celipe* no pudo evitar un suspiro de pena ante lo que consideraba una inhumana obstinación santiguándose a renglón seguido. Estaba claro que aquel cura mostrenco no entendía ni de lejos el significado de la caridad cristiana. Las discusiones entre ambos eran lejanas, casi desde el preciso instante que llegó al pueblo aquel malhadado párroco, pero en los últimos tiempos se estaban reproduciendo con demasiada frecuencia y él, como alcalde, había llegado al límite de su paciencia. Desde luego no podía dejar las cosas como pretendía el sacerdote y, al tener excelentes contactos en el Arzobispado de Teruel, se puso manos a la obra inmediatamente. Desde el Ayuntamiento contactó con ellos y no tardaron en llamar a capítulo a mosén Pascual, que en el mismo Consistorio tuvo que soportar como le insistían para que diera su brazo a torcer. Finalmente, el alcalde consiguió su propósito y, junto a una considerable limosna, logró que el cura permitiera que Margarita y Con-

cepción pudieran descansar para siempre en el camposanto de Monterde de Albarracín.

Sin embargo quien llevó de peor manera los sucesos de *Sabinaquemada* fue Esperanza. La conmoción por todo lo ocurrido le hizo mella, por supuesto muchísimo más de lo que padeció Violeta o los hijos de Concepción. Todos ellos habían vivido amargas situaciones durante la pasada contienda y ésta no era más que una de las tantas que afectaron a buena parte de la población de la Sierra de Albarracín. Pero la muchacha lo sufrió como nadie, era la primera vez en su corta vida que se daba de bruces con un acontecimiento tan terrible. Además, durante aquella trágica noche, su mente no dejó de surcar por unos derroteros peligrosos e imprevisibles. En ellos se fundían a partes iguales el amor que sentía por sus *tatas*, especialmente por su abuela Margarita, la cruel muerte que habían padecido, y el hecho de que ella se considerara culpable por la discusión que tuvieron en las vísperas del suceso y que las mantuvo distanciadas.

El sobresalto emocional de la muchacha fue enorme y ni tan siquiera pudieron aliviarlo las atenciones que recibió por parte de su familia a partir de ese día. Prácticamente no hablaba con nadie ni siquiera con su madre, o en todo caso no eran más que monosílabos, se dejaba llevar como una autómatas y mantenía la mirada extraviada, ausente en todo momento del mundo que la rodeaba. Daba la sensación de que había perdido la memoria y se mantenía en un estado catatónico o, al menos, así lo pensó el médico. Su mente parecía estar en un mundo diferente del cual le resultaba imposible regresar. El remedio del galeno fue que dejaran pasar el tiempo, no acudieran nunca a la masada de *Chulilla* y tampoco le hablaran de su abuela ni de nada que la hiciera recordar. Insistió que con paciencia y oraciones llegaría un momento donde la muchacha se acabaría recobrando, aunque dudaba mucho que volviera a ser la que fue. En definitiva, no existían remedios para curar semejantes males de espíritu y para desesperación de su familia, Esperanza empeoraba cada día que pasaba.

II

En los meses previos a la celebración del Referéndum sobre la Ley de sucesión en la jefatura del Estado previsto para el 6 de julio de 1947, la actividad de la guerrilla antifranquista en la provincia de Teruel había sido considerable y por supuesto en la Sierra de Albarracín, donde el Maquis tenía una de sus bases más consolidadas. Las acciones de los guerrilleros eran cada vez más osadas con diversos asaltos, robos u ocupaciones momentáneas de pueblos, como tuvo lugar en Monterde de Albarracín en junio de ese mismo año. Durante las vísperas del Referéndum, este Ayuntamiento era un hervidero sobre todo en el despacho reservado para la Falange. En esta ocasión, la gran afluencia de simpatizantes y afiliados hizo necesario que se habilitara el Salón de Actos para que Serafín, como Jefe local y el tío *Chalecos*, por ser el único “camisa vieja” vivo del pueblo, pudieran dar a todos los presentes las últimas consignas emanadas desde la Jefatura Provincial. Una vez lo hubieron hecho comenzó el apartado de ruegos y preguntas.

—Estáis todos al corriente de las últimas disposiciones y sabéis de sobra lo que quieren de nosotros —se escuchó la voz del jefe de la Falange del pueblo dando inicio a aquella especie de asamblea—, de manera que si alguien todavía tiene alguna duda de nuestro cometido que hable ya.

—Pero... ¿tenemos la seguridad de que ese día no va a atentar el Maquis?, —se escuchó una voz al fondo de la sala.

—Con esos criminales nunca estaremos seguros hasta que hayamos acabado con el último de ellos, aunque estoy convencido que la situación está bajo control —fue la respuesta de Serafín.

—Eso creíamos a finales de mayo cuando los militares se desplegaron por la Sierra con una Compañía de infantería y a pesar de todo los guerrilleros entraron en Monterde... ya conocéis los desmanes que cometieron —protestó uno de los abaceros que padeció aquella acción, todavía molesto por las onerosas consecuencias del asalto.

—No te quejes tanto ni se te ocurra criticar a los militares... —entró abruptamente el tío *Chalecos* en la discusión.

—No, si yo no...

—No me interrumpas —su vozarrón retumbó por todo el Salón—, que aquí se está dilucidando algo mucho más importante que tu peculio particular, no olvides nunca que España está por encima de los intereses personales tuyos y de todos nosotros. Además, nos tenemos que conformar con las disposiciones de la superioridad por el Espíritu Nacional que debe guiar todos nuestros actos, y si no hay disponible más que una Compañía del ejército para toda la Sierra de Albarracín nos aguantamos...

—Pero vamos a ver hombre de Dios —intervino de nuevo Serafín dirigiéndose a la misma persona—, ya sabemos que son muy pocos soldados para un territorio tan grande, pero en lugar de quejarnos lo que debemos hacer es buscar soluciones. Por eso precisamente, para paliar la escasez de efectivos se ha movilizad también a los somatenes y a la gente de orden en todos los pueblos de la Sierra, así podremos estar tranquilos aunque tengamos que seguir manteniendo la máxima vigilancia por si las moscas... ¿hemos satisfecho tus recelos?

—¡Sí! Pero que conste que yo no he puesto en duda la validez de nuestro glorioso ejército, tan solo... es igual... estoy de acuerdo con lo que decís los dos —acabó reculando al apreciar que se estaba metiendo en un jardín del que le iba a costar salir.

—Vamos a ver ciñámonos de una vez al tema que nos ha traído aquí... —volvió a insistir Serafín—, ¿existe algún problema relacionado directamente con el Referéndum?

Por un instante todos los allí reunidos se mantuvieron en silencio, sopesando muy seriamente si merecía la pena intervenir porque bien podían salir escaldados y para muestra un botón. No obstante, tras unos segundos de espera, otro de los presentes se decidió a hablar dando a conocer las consecuencias del terrible suceso que había sacudido la localidad dos días atrás.

—Teníamos la situación controlada en Monterde, pero ahora con las muertes ocurridas en *Sabinaquemada* el ambiente se encuentra bastante revuelto y me temo que muchos de los que estaban convencidos no van a venir a votar..., lo sé porque he escuchado varias conversaciones y además ha venido algún que otro familiar de los “Rojos” a decírmelo...

—Esas muertes son algo que no van con nosotros... —sopesó Serafín muy bien sus palabras—, porque lo más probable es que... haya sido un ajuste de cuentas entre el propio Maquis...

—Pero mira, ahora que lo planteas estoy teniendo una idea que nos va a venir al pelo —el tío *Chalecos* recogió inmediatamente aquel envite porque en realidad le venía como anillo al dedo—. Creo que sería conveniente que en el pueblo se extendiera el rumor de que eso es lo que les espera a los “Rojos” y ateos que todavía añoran la República que trajo a España la Guerra Civil. Nos conviene amedrentarlos y aunque algunos de ellos no vendrán a votar, otros en cambio, los más tibios o con dudas lo harán por miedo, de eso podéis estar seguros. No les va a quedar más remedio que venir mañana y expresar su opinión... si es que vale para algo... y de lo que pase a partir de entonces no os preocupéis que ya nos encargaremos nosotros...

La hilaridad que produjo aquella respuesta entre varios de los falangistas allí presentes ocasionó que se miraran por el rabillo del ojo y sonrieran, pues eran partícipes de un secreto que muy pocos conocían incluso entre los que se encontraban en aquella sala. Pasaron algunos segundos y volvió a escucharse una nueva voz.

—Reconozco que los sucesos de *Sabinaquemada* nos han pillado por sorpresa y ahora mismo estamos enfrascados en que funcione el Referéndum —intervino don Ramón Sánchez—, pero ¿me podéis decir si se está investigando?, porque lo cierto es que no deja de ser una atrocidad...

—Vamos a ver secretario —interrumpió nuevamente el tío *Chalecos*—, ¿a nosotros qué nos importa lo que le haya pasado a esas mujeres? Eso... es cosa de la Guardia Civil de Albarracín pero, como podrás comprender, ahora mismo ellos están ocupados en otros menesteres mucho más importantes que averiguar qué les ha ocurrido. Y vale ya... no me hagas hablar más del tema que no merece la pena... no sé por qué te interesan tanto esas “Rojas”, lo que tenía preocuparte como falangista es que cumplamos como se merece este Referéndum propugnado por nuestro Caudillo...

—¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!... —no pudo acabar su alocución porque al escuchar aquella palabra fue interrumpido por los miembros del trío *Calavera* y al instante se sumaron brazo en alto todos los presentes en el Salón.

Los gritos asonaron con tanta fuerza que se escuchaban con nitidez a las afueras del Ayuntamiento, los monterdinos que en esos momentos se encontraban en las cercanías de la Casa Consistorial

detuvieron su paso sumándose a aquella muestra de adhesión al idolatrado Caudillo. Y como en los actos que tenían lugar y finalizaban de la misma manera, a algunos no les quedó más remedio que saludar al estilo fascista y gritar aquellos eslóganes quisieran o no. Lo cierto es que a nadie le gustaba hacerse de señalar o, en todo caso, no estaban por la labor de que les llovieran palos como ocurría durante los primeros años, recién acabada la Guerra Civil. Salvo los irreductibles, que no admitían más consigna que su libre albedrío y por lo tanto chocaban frontalmente con las directrices emanadas por los voceros del Movimiento, el resto de las personas permanecieron quietas en el lugar hasta que dejaron de escucharse los consabidos vítores a España, José Antonio y Franco. Unas pocas personas se marcharon cuando cesaron los cánticos, mientras que la mayor parte permaneció allí hasta que salieron del Salón de Actos los gerifaltes de la Falange en Monterde, más que nada para hacerse notar y que advirtieran su presencia.

Tal y como estaba previsto, a la mañana siguiente, acudieron los monterdinos a votar en un Referéndum del que bastantes de ellos no acababan de entender su significado, tan solo, que el Gobierno se había implicado a fondo y que la propaganda insistía machaconamente en que tenía que ser aprobado por la mayor cantidad posible de españoles. En muchos lugares como Monterde de Albarracín, la población ignoraba o no tenía la conciencia exacta del aislamiento al que estaba sometido el país en aquellos años tan duros de la autarquía. Por supuesto, no podían ni imaginar que a través del Referéndum Franco se había propuesto perpetuarse en el poder. Al mismo tiempo, también intentaba quedar bien con las potencias occidentales que eran las que habían vencido al fascismo y en estos momentos gobernaban la parte del mundo donde se encontraba España, perdida como un islote en pleno océano. Uno de los argumentos internos del Régimen es que aquel iba a ser un pequeño paso en el intento de acabar con el aislamiento que sufría la nación.

Los componentes de la mesa electoral del pueblo no tuvieron problemas durante ese domingo de julio para desarrollar su cometido, antes al contrario, la tranquilidad fue la nota dominante. Tenía razón el tío *Chalecos* cuando el día anterior comentaba que muchos monterdinos acudirían a votar por miedo ante los rumores malintencionados que se extendieron como la pólvora. Fueron numerosos los electores que antes de depositar la papeleta realizaron el saludo fascista, mientras

que otros llevaron su voto sin meter en el sobre y enseñaron a todos los presentes la papeleta con la palabra “SI” escrita en el recuadro antes de introducirlo. Todo ello en medio de las risitas de los miembros de la mesa que les obsequiaron además con miradas irónicas y despectivas. El resultado oficial del Referéndum en el pueblo fue abrumadoramente favorable, algo que agradó a los partidarios del Régimen aunque sus contrarios se negaban a reconocer. Según aquellos datos, de los poco más de trescientos electores se abstuvieron veinte, votando ocho en contra y cuatro fueron en blanco. Los antiguos republicanos recelaban y mucho de semejantes cifras, no concordaban para nada con las que habían previsto.

—Te digo que aquí hay gato encerrado —comentó uno de ellos a otro simpatizante de la causa una vez escuchados los resultados mientras caminaban de vuelta a sus respectivas casas.

—También me parece a mí —respondió su compañero bajando la voz de forma ostensible y mirando hacia ambos lados por si acaso—, pero a lo peor estamos equivocados y el asesinato de esas pobres mujeres y las maniobras de los falangistas han hecho que muchos de los nuestros recularan... porque te diste cuenta de que algunos incluso enseñaban el voto antes de depositarlo.

—Lo vi y no te puedes no imaginar la vergüenza ajena que pasé. Yo no dudo que haya existido mucho miedo, aunque si te pones a contar los nuestros tenían que haber sido entre los cincuenta y los cien los votos en contra... pero que no llegaran ni siquiera a diez, no me lo puedo creer.

—Hombre la verdad es que si contamos bien tendríamos que haber sacado bastantes más votos...

—Aquí ha habido “pucherazo” te lo digo yo y si no fijate bien los que estaban en la mesa tres de la Falange y dos que aunque no están afiliados conocemos del pie que cojean... Y también eso de que en el recuento muchos de nosotros no pudiéramos entrar en la sala, o los pocos que lo consiguieron no les dejaran estar en las primeras filas... no sé, es algo que me tiene escamado.

Durante aquella noche y a la mañana siguiente no hubo corrillos en el pueblo más que los habituales y compuestos además por personas afines al Régimen. Los reconocidos como republicanos no se

atrevían a juntarse en público más de dos o tres personas y mucho menos para hablar de algo tan peligroso como poner en duda la limpieza de aquel acto electoral. Aunque lo cierto es que les importaba más bien poco, ya que si de algo estaban interesados era del triste suceso que había acontecido a las desdichadas Concepción y Margarita en *Sabinaquemada*.

Apenas una semana más tarde de la celebración del Referéndum un coche oficial con tres conocidos falangistas de la Jefatura provincial, arribaba a Monterde en una tournée por todos los pueblos de la Comarcal de Albarracín a donde pertenecía la localidad. Nada más llegar acudieron dos de ellos a la cantina para tomar un refrigerio, mientras quien los comandaba iba a buscar al Jefe local de la Falange para tratar sobre un delicado asunto encomendado por el mismísimo Subjefe Provincial del Movimiento. Lo encontró en su despacho del Ayuntamiento y se saludaron con afecto como viejos amigos que eran. Acto seguido le entregó un paquete junto a una circular de carácter restringida para que la leyera con determinación y actuara en consecuencia. Serafín la guardó e invitó a su amigo a dar un paseo por el pueblo para comentar las nuevas que traía y los últimos acontecimientos políticos vividos en el país. Encendieron sendos cigarrillos y comenzaron a pasear por el camino viejo de Albarracín, mientras observaban cómo los vecinos comenzaban a limpiar las eras para dejarlas en condiciones ante la próxima recogida de la cosecha.

—Tienes que prestar especial atención a las órdenes de la circular —comentó el recién llegado—, y lo antes posible hacer acuse de recibo a la Jefatura... Es muy importante que hagas lo que te indican y además bien... te digo esto porque no están nada contentos con los resultados del Referéndum en algunos pueblos de la Comarcal.

—Nosotros seguimos al pie de la letra las órdenes recibidas y los resultados ahí están para demostrarlo... —se excusó Serafín.

—Ya... pero sabes tan bien como yo que eso lo daban por descontado, lo que verdaderamente les importaba era el otro resultado, el real. Si no... ¿por qué te crees que había que mandarlo por conducto

secreto?, pues precisamente para conocer la realidad de cada pueblo. Desde arriba piensan que no hay más ciego que el que no quiere ver y, para estar al corriente del problema, tenemos que saber con exactitud a qué nos enfrentamos y el número de nuestros enemigos.

—Como sabrás, comenté en mi escrito que en este pueblo la situación se había salido de madre con la muerte de las mujeres en la masada de *Chulilla*, fue un acontecimiento demasiado reciente a la celebración del Referéndum y la gente estaba muy excitada... podía haber ocurrido cualquier cosa...

—Mira, yo lo que te puedo decir es que los Jefes locales de aquellos pueblos cuyos resultados no han sido los previstos tienen alguna excusa que dar, eso sí, te aviso que no está el horno para bollos. En Monterde lo teníais todo a favor, la mesa electoral era nuestra al estar compuesta por afiliados y simpatizantes que conocíamos de sobra, entonces... ¿cómo es posible que hubiera tantos votos negativos?

—Ya te lo he dicho en las vísperas ocurrieron cosas y la situación puede que se fuera de las manos...

—Pero esa excusa no les vale, porque teníais que haber hecho didáctica de la importancia que suponía el resultado del Referéndum para la estabilidad de la Patria, y que nuestro Caudillo pudiera exponerlo ante las naciones en estos momentos tan difíciles. Puede que en un pueblo perdido en la Sierra no estéis al tanto de lo que ocurre pero tienes que saber que entre las puñeteras democracias y el comunismo han dejado a España sola ante el mundo, por eso, nos tenemos que valer de nosotros mismos y de la inteligencia del Generalísimo para sortear los peligros que nos acechan. De ahí la circular que os mandamos antes del Referéndum para que estuvierais al tanto de lo que había que hacer.

—Estoy de acuerdo pero...

—No hay peros que valgan Seraffín —le cortó en seco—, aunque si te vale de consuelo, Monterde no es de los pueblos que han salido peor parados. En nuestra Comarcal también hay otros que posiblemente al ser tan pequeños y no poder controlar las mesas electorales, ha sido imposible manejar los datos a nuestro antojo... Y en el mayor de los secretos te lo digo para que no lo comentes con nadie pero, por ejemplo, más de la mitad de los votos emitidos en Toril y Masegoso son en contra ya sean las pocas abstenciones que se dieron,

los votos nulos y los negativos... ¡bastantes más de la mitad! Y a causa de la mala confección de la mesa electoral, han sido los resultados que se han mandado al Gobierno Civil... no hemos podido hacer nada.

—¿Qué me dices...?

—Lo que estás oyendo y como te he dicho antes de esto, ¡chitón! Además, no es ese el único pueblo donde ha ocurrido porque ha pasado lo mismo en casi todas las comarcas de Teruel... arriba están que trinan... fíjate que hasta me parece que no van a hacer estadísticas sobre los resultados municipales y será solamente de las generales... con eso que te diga vale.

Habían acabado con los cigarrillos y decidieron dar media vuelta para volver al Ayuntamiento, Serafín tenía que ponerse manos a la obra de inmediato con aquella circular y los visitantes continuar su recorrido por los pueblos de la Comarcal de Albarracín. A partir de esos momentos, los comentarios fueron sobre todo intrascendentes, más que nada la familia y la cosecha que se preveía para ese año, eso sí, el semblante del Jefe local era serio, sin muchas ganas de hablar como consecuencia de las amonestaciones recibidas. Aunque por otra parte, no dejaba de pensar en lo afortunado que era al tener como amigo a uno de los principales dirigentes de la Jefatura Provincial. Estaba seguro de que había intercedido por él porque tal y como se había desarrollado la conversación intuía que más de un Jefe local tenía las horas contadas en su cargo y, sin embargo, a pesar de los resultados reales no le había dicho nada de Monterde.

Una vez dentro del despacho cerró la puerta con llave para que nadie lo molestara y se dispuso a leer aquella notificación restringida que le habían hecho llegar. Desde hacía varios años, con cierta periodicidad se habían recibido circulares para realizar depuraciones entre los afiliados a la Falange del pueblo y más de uno había sido dado de baja. Pero en esta ocasión, además del secretismo, la misiva daba una nueva vuelta de tuerca ya que, a pesar de los antecedentes o la filiación completa, se buscaba conocer hasta qué punto se podía confiar en un espectro más amplio de simpatizantes. Tal como iba leyendo la carta no dejaba de hacer muecas de asombro ante las órdenes recibidas y más aún cuando abrió el paquete y comprobó su contenido. Le enviaban unos panfletos de propaganda donde se podía leer las bondades de la República junto a la orden de repartirlas por el pueblo, aunque

eso sí, nadie debía de saber que la Falange era quien estaba detrás de aquellas maniobras. Lo enrevesado del tema venía a continuación. Una de las indicaciones expresas era que tenían que realizarlo los camaradas de más confianza, y ser introducidos antes de la madrugada del día que eligieran en las casas de las personas políticamente derechistas, católicas o falangistas tibios pero nunca en la de los “Rojos”. Además, tendría que estar al tanto de las denuncias que se interpusieran y mandar a la Jefatura una relación de los hechos que se dieran en el pueblo a partir de la colocación de los panfletos.

Serafín salió inmediatamente de su despacho y acudió a buscar al *Judas* y *Ungüevo*, los miembros del trío *Calavera* y únicos falangistas con los que podía contar para el asunto que llevaba entre manos, porque la persona que completaba la terna, el *Chivato*, lógicamente para estos menesteres no era de fiar. Ni tan siquiera quiso decírselo al tío *Chalecos* y de esta manera ser únicamente él quien cumpliera con la orden que acababa de recibir, era como si quisiera rebelarse, un acto de insumisión de un “Camisa nueva” a la tiranía del “Camisa vieja” que siempre le gustaba estar en todas las salsas y dirigirlas.

Una vez establecido el plan, durante la madrugada del martes siguiente fueron introducidas las hojas de propaganda republicana debajo de las puertas de numerosas viviendas. Luego, solo tocó esperar para ver cuántos de ellos acudían a presentar una denuncia o le comentaban la situación al propio Serafín. Éste anotó en el estadillo realizado al efecto todas las incidencias y tal como le indicaban en la circular lo llevó personalmente a la Jefatura Provincial de Teruel. Los resultados demostraron que la mayor parte de las personas afectadas no hizo caso a las misivas y, aunque con toda probabilidad acabaron por destruirlas, no fueron a dar parte ni a la Guardia Civil ni a la propia Falange local, casi nadie quería meterse en problemas y no hubo comentarios en el pueblo por si acaso. Tan solo dos de los afectados acudieron a denunciarlo a la Benemérita y unos pocos hablaron con Serafín de lo que habían encontrado en sus casas, poco número para las más de cincuenta familias afectadas. El resto nunca hizo mención al encuentro y prefirieron silenciarlo, de manera que la Falange tomó buena nota de las personas con las que podía contar en un futuro, que para eso había realizado aquella selección de forma tan sibilina.

Un acontecimiento que tuvo lugar a finales del mes de julio de 1947 alteró profundamente la lucha que mantenían las fuerzas del Régimen contra el movimiento guerrillero en la provincia de Teruel. Dicho suceso, fue el nombramiento de un nuevo gobernador civil que accedió a su cargo asumiendo plenos poderes civiles y militares con la única misión de acabar definitivamente con la guerrilla y, para ello, Franco le concedió plena capacidad de acción y manos libres.

Hasta esos momentos, la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón había llevado la iniciativa en la lucha que mantenían contra la dictadura franquista, y daba la sensación de que los militares iban a remolque de los acontecimientos. Los guerrilleros habían sobrevivido en la Sierra de Albarracín gracias a los golpes de mano algunos de ellos cruentos, pero también con los asaltos y confiscaciones a través de los cuales se venían nutriendo económicamente. Para que todo ello fuera posible, contaban con la inestimable ayuda de los enlaces y multitud de estafetas desparramadas por toda la Sierra, de donde conseguían desde alimentos a notificaciones diversas sobre posibles objetivos. Y sobre todas las cosas su supervivencia estaba garantizada por una gran cantidad de simpatizantes entre los que destacaban muchos masoveros que, por otra parte, eran sus mayores proveedores y prácticamente el pilar gracias al cual podían desenvolverse con naturalidad entre la inmensidad de las sierras turolenses.

El nuevo gobernador, conocedor de las deficiencias que estaban colapsando todas las medidas antiguerrilleras tomadas con anterioridad decidió que ya estaba bien de contemplaciones y elaboró un plan que, de cumplirse, estaba convencido que acabaría definitivamente con la guerrilla. Para ello hizo suyo el Decreto-Ley contra el Bandidaje y el Terrorismo publicado en la primavera de ese mismo año. A partir de ahí, desarrolló sus propias tácticas dirigidas a combatir al Maquis en un auténtica guerra donde todo valía, hasta el terror para conseguir sus fines. De esta manera, dio comienzo una nueva etapa que iba a ser crucial en la Sierra de Albarracín. En un principio daba la impresión que con aquellas disposiciones de guerra sin cuartel los guerrilleros tenían los días contados.

III

A comienzos del mes de agosto de 1947 se notaba un cierto nerviosismo entre los habitantes de la masada del *Zorzal* y no era para menos, porque los dueños esperaban la inminente visita de sus sobrinos Pedro y Eduardo. Éste fue precisamente el primero en llegar y su tío Ramón acudió a recogerlo el primer domingo de agosto a la estación del tren de Cella. El joven, era hijo de una de sus hermanas que vivía desde que acabó la Guerra Civil en Benimaclet, un pueblo muy cercano a Valencia. Mientras que Pedro era asimismo hijo de la otra hermana y acudió desde Teruel en la festividad de la Virgen de agosto. Ambos eran de una edad similar, Pedro, el mayor contaba con catorce años, mientras que Eduardo era el benjamín de todos los primos y le faltaba poco para cumplir los trece.

Durante los dos últimos veranos, siempre había acudido al *Zorzal* algún sobrino de los masoveros para disfrutar de las vacaciones estivales y ayudar a sus tíos en las labores del campo. Algo que no hacían sus respectivos padres por los enfrentamientos que tuvieron en su momento con el hermano mayor Ramón y, especialmente, con su mujer *Ustaquia*. En el presente año les había tocado a estos dos y, por supuesto, Victoriano y su hermano no tuvieron más remedio que soportar los reproches y el mal humor de la mujer por aquellas molestas visitas. Bien fuera por su hosco carácter o porque no tuvo descendientes lo cierto es que le molestaban los niños y mucho más los adolescentes, a los que no dudaba en comparar con las moscas de burro. Pero no le quedaba más remedio que aguantar. Además, el berrinche le solía durar apenas una semana y pasaba de aceptarlos a regañadientes a encontrarse la mar de a gusto con ellos.

Los dos primos que acudieron en el verano de 1947 se llevaban a las mil maravillas y además de ayudar en lo que les mandaban siempre disponían de tiempo para alumbrar alguna trastada. Pero eso sí, tenían que extremar el cuidado con *Ustaquia* porque si bien al final transigía con ellos lo cierto es que no les dejaba pasar ni una. Los zagales tenían perfectamente organizado el tiempo en la masada, todas las mañanas colaboraban ayudando a sus tíos y alternaban las tardes entre juegos y deberes. En realidad, esto último lo hacía tan solo Eduardo, que todavía estaba escolarizado, mientras que Pedro dedicaba

esas horas a aprender el oficio que más le gustaba en este mundo: ser cajista de imprenta. Por eso, se juntaban después de la siesta en la cama de la masada y allí cada uno se aplicaba a lo suyo; Eduardo, repasando las asignaturas suspendidas y, Pedro, componiendo y distribuyendo una y otra vez los caracteres o letras de imprenta en un cajetín de madera. Pero como adolescentes que eran, no podían estar mucho tiempo dedicados a sus deberes sin ponerse a discutir o mantener una buena conversación, sobre todo por parte del primero, porque era el más joven y además admiraba el desparpajo de su pariente.

—Primo, te veo todas las tardes con la plancha de madera y tirando esos trozos de hierro ¿no te cansas nunca de hacer lo mismo?

Pedro se rio con ganas al oír aquella pregunta. En ese preciso instante se supo adulto e hinchó el pecho como si fuera un pavo real. Luego, con una pizca de orgullo y satisfacción se decidió a comentar los pormenores del trabajo que estaba realizando.

—Como se nota que nunca en tu vida has estado en una imprenta. Esta caja de madera que me ves trajinar es un cajetín donde van colocadas las letras de metal que tu llamas hierros en sus compartimentos correspondientes. Ya llevo más de un año trabajando como aprendiz en una imprenta de Teruel, aunque hasta ahora lo único que he hecho ha sido los recados y barrer el local. Pero este año me ha prometido el dueño que si me aplico durante el verano y acabo por conocer las tareas del cajista me cambiará de puesto de trabajo. Por eso estoy aquí, para aprender a distribuir todas las letras entre los compartimentos del cajetín ya que cada uno de ellos solo puede albergar la misma letra. Ves lo hago así.

Cogió una línea de letras del componedor y leyó su contenido distribuyéndolas en el lugar indicado con inusitada rapidez. Todo ello ante el asombro de Eduardo, que observaba a su primo mover impetuoso su mano derecha y mientras separaba los dedos las dejaba caer de una en una en la casilla correspondiente.

—¿Cómo sabes que las letras tienen que estar donde tú las pones?

—Ahora lo tengo escrito en la tabla de madera aunque me lo tengo que aprender de memoria ya que cuando se acumulan las letras no se ve el fondo y así no me equivocaré al colocarlas, porque no quiero hacer un pastel.

Viendo la cara de asombro de Eduardo ante su respuesta no pudo contener la risa. A continuación le comentó que con ese nombre no solo se identificaba el dulce, sino que en el argot de la imprenta también se denominaba así a las diferentes letras mezcladas en un compartimento y que había que volver a clasificar y distribuir correctamente. Después de las risas se puso serio recordando el comentario anterior.

—Cuando acabe las vacaciones y vuelva a trabajar el jefe me hará un examen... he de aprobar como sea porque tengo proyectos de futuro y de mayor quiero tener mi propia imprenta.

—Ya... ya... y yo quiero ser dueño de mi colegio no te fastidia este fanfarrón... —pensó sin atreverse a mencionarlo el estudiante valenciano.

—Bueno y a ti... ¿cómo te va con tus estudios?, —curioseó el aprendiz de cajista.

Ahora le tocaba el turno a Eduardo y ante la pregunta de su primo cambió la apariencia de su rostro.

—Yo... la verdad... es que no sé qué decirte —titubeó incómodo.

—¿Te gusta estudiar?

—La verdad es que bastante, pero tengo un problema muy gordo con los curas de mi colegio —se sinceró por algo que arrastraba desde muy adentro y que a pesar de su corta edad lo tenía disgustado—. Para qué te voy a engañar primo, lo cierto es que aborrezco ir allí. Como te he dicho, son curas pero van a la suya y me tienen una manía que no te puedes ni imaginar. Pase lo que pase en clase me echan la culpa... yo la verdad es que a veces hago algo, pero de ahí a acusarme de todo lo que ocurre... A la mínima me castigan al pasillo o me mandan deberes..., en clase me la tienen jurada y eso que les he demostrado en algunas lecciones que valgo para estudiar... pero no, la culpa es siempre mía. Resulta que suspendo la asignatura que da el sacerdote que más manía me tiene, me saca al pasillo cuando quiere aunque no haya hecho nada, por eso no aprendo y encima mi padre le paga porque me lleva a clases de repaso particulares con ese mismo cura ¿Es o no es de locos?

—Creo que exageras. Cuando yo estudiaba en Teruel también me hicieron pasar las de Caín, pero es algo normal para los que somos revoltosos.

—Veo que no acabas de creer lo que te digo, pues estás equivocado —comentó Eduardo—. Verás... una vez escuché como murmuraban entre ellos algo sobre la República y algunos nombres de personas entre los que oí el de mi padre, entonces agucé el oído pero lo único que acerté a enterarme era algo relacionado con la misa del domingo y los monaguillos. Y mira por donde, desde aquel momento en casi todas las fiestas de guardar nos tocaba a los mismos chavales ayudar en misa y los curas la mar de contentos por tenernos a su lado, incluso cuando entre ellos se miraban solían escapárseles unas risitas la mar de tontas. Por todo eso y porque coincidían los nombres de los padres de los monaguillos con algunos de los que escuché aquel día, yo pensaba que había gato encerrado. Sabes... no soy tonto por más que se empeñen.

—Puede que tengas razón... pero también puede ser imaginaciones nuestras, conversaciones de adultos que no llegamos a comprender.

—Pues tienes que creerme —insistió Eduardo de nuevo—. Mira... otra cosa que ocurre en mi colegio es que nos han clasificado a los alumnos en dos grupos, te puedo asegurar que si pasaras un solo día allí lo acabarías descubriendo. En uno de ellos están los hijos de los labradores ricos del pueblo, de dos médicos y también de un abogado que les permiten hacer todo lo que quieren y nunca les llaman la atención, es más, incluso les ríen las gracias. Y por si fuera poco se aprovechan de la bula que tienen y a un amigo y a mí no pasa día sin que nos atosiguen, se burlen o nos muelan a golpes. Mientras tanto los curas no quieren darse por enterados, más aún, cuando se meten por el medio es para unirse a ellos. El otro grupo es el mío y el de los hijos de personas pobres, a nosotros los curas apenas nos hacen caso y suelen castigarnos a la mínima como te he dicho...

Llegado ese momento Eduardo calló y bajó la mirada con un rictus de tristeza. Se produjo un tenso silencio algo impropio del momento ya que se trataba de dos adolescentes. Su pariente le miró a la cara y aquél, al apreciar con el rabillo del ojo como lo observaba enrojecido de vergüenza, porque había llegado a un punto en sus comentarios que le hacía recordar el peor trago que había pasado a lo largo de su corta vida. Viendo la turbación de su primo, Pedro se decidió a intervenir intentando quitar hierro al asunto.

—Venga hombre... no pasa nada...

—Sí primo, sí que pasa pero me da mucho apuro contártelo —sin embargo después de un breve titubeo se decidió a hablar—. Sabes, hace poco el director del colegio llamó a mi padre y le dijo delante de mí que yo no valía para estudiar y que lo mejor que podía hacer era ponerme a trabajar de lo que fuera, a ver si por lo menos de esta manera aprendía a hacer algo en la vida ¿Qué te parece?, —preguntó irritado mordiéndose los labios y sin dejar que le respondiera continuó hablando con un mohín de tristeza—. Ahora estoy repasando las dos asignaturas que me han cateado para septiembre y depende como quede, mi padre decidirá qué hacer conmigo.

—¿Y yo qué quieres que te diga de los curas?, —respondió el primo intentando consolar su abatimiento—. Siempre he pensado que cuando están en misa les escuchamos con atención porque se nota que saben bien de lo que hablan, pero yo también los tuve en la escuela y allí nos los veía tan seguros en las asignaturas que nos daban... Bueno cambiemos de tema que nos estamos volviendo como los mayores... A ver, hay alguna chica en el pueblo que te haga tilín... vamos... dímelo... seguro que hay alguna.

—Bueno... la verdad... yo...

—No seas berzotas primo que yo soy mayor y te puedo ayudar... venga no te hagas más de rogar y dímelo.

—Bueno... sí... a mí... me gusta la Josefina —Eduardo acabó cediendo.

—¿Y le has dicho algo? Porque conociendo lo corto que eres seguro que nada... ¿a qué estoy en lo cierto?

—Yo creo que ella sabe que me gusta pero es que me da un no sé qué decírselo, además cada vez que la veo noto un cosquilleo en las tripas y el estómago, por eso me da mucho corte hablarle.

—Pues para eso tienes aquí a tu primo, no te apures que yo te ayudaré. Deja que piense que algo se me ocurrirá... —y después de un breve instante exclamó eufórico— ¡Ya lo tengo!, voy a hacer que la Josefina sea tu novia, te lo prometo. Le vamos a escribir una carta como nunca le han escrito a ninguna moza de este pueblo, ya verás cómo caerá rendida a tus pies.

—Pero todos los enamorados escriben cartas a sus novias, ¿qué hay de especial en que escribamos una?

—En que tú lo hagas nada, pero es que tienes mi ayuda y no te puedes ni imaginar lo que estoy pensando.

—Pues desembucha de una vez.

—No te pongas nervioso que te lo voy a contar. Como te he dicho, cuando acabe el verano el dueño de la imprenta me va a hacer un examen para ver si domino la composición en las artes gráficas. Pues bien además de las letras y el cajetín que me ha dejado para que me familiarice yo me he trajinado algunas cosas de allí para ir aprendiendo por mi cuenta. He traído un bote con un poco de tinta, además cogí algunas hojas de papel y el rodillo de caucho de una impresora, que como estaba muy desgastado lo habían echado a la basura.

—Vale, de acuerdo con que tengas todo eso, pero tú qué sabes de la imprenta si me has dicho que te van a examinar.

—Es lógico que tú no tengas ni idea pero para mí es muy fácil porque lo he visto hacer y yo me fijo mucho. Mira, tú me vas dictando lo que quieres decirle y yo colocaré en el componedor cada una de las letras hasta formar las frases. Luego haré un molde con todo el escrito y lo ataremos para que no se mueva nada. Tan solo nos quedará imprimirlo, para eso entintaré las letras con el rodillo, y colocaremos una hoja encima ligeramente humedecida. Cuando se halla secado algo, le ponemos encima un cepillo o un trapito y le iremos dando golpecitos en la parte superior para que las letras entintadas puedan imprimir el papel, así habremos impreso la carta... ¿qué te parece mi idea?

—No he entendido ni jota de lo que me has dicho pero es igual, tú dime lo que tengo que hacer que yo te obedeceré.

Siguieron el orden propuesto por Pedro y mientras él cogía el componedor con la mano izquierda, con la derecha iba recogiendo las letras del cajetín ajustando las líneas del texto. Y una vez hubo terminado el molde lo imprimieron artesanalmente siguiendo el proceso que le había comentado. De esta manera, en poco tiempo tuvieron acabada la carta de amor que Eduardo dedicaba a Josefina. Al domingo siguiente fueron con sus tíos a Monterde para oír misa aunque como siempre Victoriano decidió quedarse en casa, en esta ocasión con la

excusa de un insufrible dolor de cabeza. Y como era habitual, Ramón y su esposa tuvieron que aguantar la bronca de mosén Pascual por el escaqueo del hermano menor, además de advertirles que tomaba buena nota de sus ausencias.

A la salida de misa, mientras sus tíos acudían a la cantina para tomar el vermut dominical y hablar con sus parientes del pueblo, los jóvenes se fueron a jugar junto al puente del arroyo Manzano. Eduardo, buscó el momento apropiado para hacerle entrega a Josefina de la famosa carta impresa con caracteres de imprenta en la que le declaraba algo parecido a su amor. Ella, tan solo ojeó las primeras letras de aquella misiva pero le gustó la presentación y todo lo que leyó, de tal manera que le dio un sonoro beso en la mejilla. Entre la muchachada no pasó desapercibido aquel arrumaco y rieron todos señalando con los brazos a los dos tortolitos que, avergonzados, escaparon cada uno por su lado. Tiempo tendrían de sobra para volver a verse a lo largo de aquel tórrido verano.

Estaba llegando a su fin el mes de agosto de 1947 cuando en la masada del *Zorzal* tuvieron una desagradable visita. Se trataba de una patrulla de la Guardia Civil que, fusil en mano, penetró sin miramientos en la casa llamando a gritos a sus dueños. En la vivienda tan solo estaba *Ustaquia* porque tanto Ramón como Victoriano se encontraban laborando lejos de allí.

—Vamos a ver ¿Quién de tus sobrinos ha escrito este papel?,
—gritó el cabo mientras lo blandía estrujado en su mano.

—No sé de qué me hablas —se defendió la mujer al tiempo que se protegía con los brazos delante del guardia porque intuía un atropello inmediato que por fortuna no llegó.

—No estoy para gaitas *Ustaquia* y no me apetece perder el tiempo ¿No viven contigo este verano unos sobrinos tuyos?, pues a qué esperas para traerlos aquí inmediatamente.

—Ya los bajo, ya los bajo, que están estudiando en la cambra
—repitió nerviosa la mujer.

—No hace falta que les digas que bajen, nosotros subimos contigo —le replicó el cabo—. Venga, deprisa —insistió.

Ustaquia hecha un flan comenzó a subir por las escaleras. No entendía nada de lo que gritaba aquel militar pero intuía que algo grave habían cometido sus sobrinos, por eso les quiso gritar, para que bajaran lo antes posible. Sin embargo, los nervios le traicionaron y su garganta tan solo emitió un gemido inteligible. Entonces, el guardia que iba detrás de ella la paró de golpe y sujetándola del hombro la empujó hacia atrás al pensar que intentaba advertirles de su presencia. La masovera rodó escaleras abajo hasta el siguiente rellano que afortunadamente estaba a pocos escalones, pero quedó allí tendida, enroscada y con las manos frotándose la cabeza por el dolor. Los guardias no tardaron en alcanzar la cambra y penetrando en la habitación se dirigieron hacia los atemorizados muchachos que, al verlos entrar, levantaron instintivamente los brazos.

—Quietos ahí. Ni se os ocurra moveos. A ver... ¿quién de vosotros ha escrito esto?, —preguntó de nuevo el guardia civil.

Cuando los dos primos vieron la hoja que habían impreso estrujada en la mano del militar se miraron boquiabiertos, sin comprender el enorme alboroto que había ocasionado aquella sencilla carta de amor.

—He sido yo —reconoció Pedro.

—Sí, pero yo se la he dictado —se inculpó asimismo Eduardo con toda la inocencia del mundo.

—¿Y cómo es que está escrita en una imprenta? No será que tenéis una aquí escondida para hacer panfletos.

—No señor guardia se lo juro por lo más sagrado, lo que tengo aquí es para ir aprendiendo a trabajar como cajista en una imprenta de Teruel... —no pudo seguir el joven aprendiz porque recibió un tortazo que le hizo retroceder.

—Mi primero, mire lo que hemos encontrado... —demandó su atención uno de los números al descubrir las mesas donde estudiaban entre los trojes y un ventanuco.

Agarraron de malas maneras a los muchachos y los llevaron arrastras hasta donde había indicado el guardia.

—De manera que es aquí donde hacéis los panfletos...

—Ya le he dicho que lo único que he impreso es una carta para una chica del pueblo que le gusta a mi primo...

—¿Me estás tomando el pelo chaval?, —gritó el guardia fuera de sí— ¿Quieres que me crea semejante tontería?

Los dos muchachos estaban asustados y a punto de echarse a llorar como críos que eran. Por mucho que intentaban comprender la actitud de los guardias civiles les resultaba imposible ni tan siquiera intuir el delito por el que estaban siendo acusados. Ellos lo ignoraban, pero aquel acto de lo más inocente que habían realizado días atrás tenía unas funestas connotaciones íntimamente ligadas con el entorno que las autoridades militares asociaban al Maquis. Y de eso precisamente se trataba, de ahí la actitud violenta de los militares. No tardó el cabo en ordenar a los guardias que cogieran una arpillera de la cambra y guardaran todas aquellas pruebas para llevarlas a Albarracín. Acto seguido enfundó la pistola que todavía empuñaba y agarró por el cuello a los dos muchachos obligándoles a acompañarlo. Cuando bajaban por las escaleras comprobaron que *Ustaquia* ya no estaba en el rellano y en estos momentos se encontraba en la entrada de la casa. Una vez juntos, protestó sin mucho convencimiento sobre la reciente actuación de la Benemérita.

—¿Por qué os lleváis a mis sobrinos si no han hecho nada?, —insistió la mujer.

—Tú tienes la culpa de todo —gritó exasperado el cabo primero—. Nada de esto habría pasado si nos hubieras dicho lo que tenían aquí escondido.

Como vio que se los llevaban, la mujer trató de interponerse entre ellos pero en realidad era un esfuerzo testimonial y baldío, la autoridad había decidido llevárselos y no existía nada en este mundo que lo pudiera impedir. Más aún, recibió otro empujón de uno de los guardias que le hizo perder el equilibrio y caer nuevamente al suelo, con tan mala fortuna que en esta ocasión se golpeó la cabeza contra una piedra. Tambaleándose, intentó levantarse de nuevo sin conseguirlo, alzó los brazos como para intentar estrechar por última vez a sus sobrinos pero le fue del todo imposible. Y así, mareada por el efecto del golpe siguió con la vista a la comitiva mientras se alejaba, hasta que llegó un momento en que no pudo aguantar más la tensión y comple-

tamente abatida acabó perdiendo el conocimiento. Alguna hora más tarde, *Ustaquia* sintió como se le humedecía el rostro y cuando se incorporó comprobó que se trataba del podenco *Luisito* lamiéndole la cara. En ese momento escuchó los gritos desesperados de su esposo y cuñado que corrían hacia ella.

El disgusto de aquella tarde dejó nefastas secuelas en los miembros de la masada, especialmente en el caso de *Ustaquia*. La mujer, bastante ajada por el trabajo del campo y su edad, no llegó a recuperarse jamás de la tensión y los golpes recibidos en aquella visita de la Guardia Civil. Nunca le habían gustado los médicos por eso se negó a acudir al del pueblo, de manera que su salud se fue deteriorando conforme transcurría el tiempo. Y para más inri, Ramón tuvo que soportar estoicamente el bulo malintencionado que comenzó a circular entre los mentideros de Monterde de Albarracín, que lo hacía responsable de la frágil salud de su esposa por los malos tratos que le dispensaba.

Por otra parte y contra lo que pudiera parecer las secuelas no fueron tan malas para los jóvenes que, en su ingenuidad, nunca llegaron a sospechar que aquella carta de amor que imprimieron fuera a tener semejantes consecuencias. Lo cierto es que dicho suceso logró madurarlos de golpe, haciéndoles percibir con toda crudeza el contexto social y político de la dictadura franquista. Lo que ellos ignoraban en aquel verano, es que la lucha contra la guerrilla se había incrementado y se dirigía sin remisión hacia una guerra sin cuartel en la que todo valía. En el punto de mira de las autoridades estaban los masoveros que eran uno de los mayores soportes del Maquis y, por lo tanto, pretendían socavar dichos apoyos.

Todo, absolutamente todo lo que ocurría en la Sierra de Albarracín estaba bajo la más estricta vigilancia de los cuerpos represores del Estado. Por supuesto, cualquier situación anómala que surgiera siguiendo la escrupulosa supervisión de las autoridades era puesta inmediatamente en el candelerero. Y así ocurrió con aquella inocente misiva de un adolescente impreso con caracteres de las artes gráficas, porque en el contexto autoritario del momento era susceptible de ser utilizada también para escribir panfletos contrarios al Régimen. El miedo ante la persistente represión, estaba tan arraigado que el padre de la niña cuando tuvo acceso a la carta no dudó en denunciar el hecho a Serafín, el jefe de la Falange del pueblo y, por supuesto, éste se puso en contacto inmediatamente con la Comandancia de la Guardia Civil.

De manera que el asunto se dio por concluido varios días después con una nueva bronca a los masoveros. Para el dueño de la imprenta turolense, hubo una multa por la falta de control sobre el material de su empresa que era susceptible de ser utilizado por los bandoleros y sus torticeros fines. Respecto a los jóvenes, todo quedó zanjado con un correctivo junto a la promesa de vigilar en adelante que todos los actos que realizaran fueran acorde con los principios del Movimiento y, para ello, fueron aleccionados convenientemente en el cuartel. Sin embargo, estas disposiciones no lograron amedrentar a los muchachos porque varios años más tarde, Pedro, montó su imprenta tal y como soñaba e incluso editó una revista satírica contraria al Régimen franquista. Por su parte, Eduardo, libre ya de las ataduras de aquel colegio religioso, logró finalmente estudiar una carrera en la Universidad y casarse con su amada Josefina una vez se hubo doctorado y eso que, según los curas, no valía para estudiar.

A pesar de la aparente normalidad que se vivió tras los sucesos de la carta de amor, lo cierto es que apenas pasó un mes cuando volvieron nuevamente los sobresaltos a la masada. Una nueva visita de la Guardia Civil les hizo partícipes de las nuevas disposiciones del gobernador civil de Teruel. A partir de ese momento, los masoveros tendrían que acudir todos los días a Monterde a las ocho de la tarde, depositar las llaves de la masada en el Ayuntamiento y volverlas a recoger a las ocho de la mañana siguiente. Eso o cerrar definitivamente el *Zorzal* e irse a vivir a Monterde, porque si durante las horas de cierre de la masada permanecían allí o los encontraban por el monte serían considerados bandoleros o colaboradores suyos, lo cual significaba que podían ser tiroteados y muertos allí mismo.

Pero esta cuestión tan solo era la punta del iceberg. La represión para acabar con el Maquis de la Sierra de Albarracín se redoblaban con fuerza y para ello habían optado por aislarlos de su entorno más favorable. Entre otras cuestiones formales, desde unos meses atrás estaba terminantemente prohibido llamarlos guerrilleros o incluso maquis y se obligaba a reconocerlos únicamente como bandoleros. Pero además, el conjunto de la población y especialmente los masoveros, tendrían que ir con sumo cuidado porque comenzaron a proliferar las contrapartidas. Éstas, estaban formadas por guardias civiles disfrazados de maquis y se dedicaban tanto al robo como a la extorsión en actos de auténtico bandidaje, con el fin de descubrir sus apoyos. Los mayores

perjudicados serían la propia guerrilla y sus simpatizantes, amén de los pobres desgraciados que se encontrarán en el peor momento en el lugar menos apropiado. A partir de entonces, la población de la Sierra de Albarracín debería ir con tiento y multiplicar con creces la atención a todo lo que le rodeaba.

IV

Una vez el otoño hacía su aparición, Victoriano solía marchar a Cella para que un conocido canastero le restaurara las cestas que tenía desmimbadas o, en caso de que no tuvieran arreglo, comprar otras nuevas. Esta persona vivía con su madre en una masía situada a mitad camino entre Cella y Santa Eulalia. Poseían unas ricas huertas que eran su medio de vida pero, además, su familia realizaba desde hacía varias generaciones todo tipo de cestos y canastas, de ahí el apodo con el que se conocía a los habitantes de aquella masada.

Subido al carro que por supuesto tiraba su estimado mulo, Victoriano salió de buena mañana el sábado 4 de octubre de 1947 para cumplir con el encargo de su cuñada *Ustaquia*. La temperatura era baja y si bien el frío no era muy intenso, la humedad que reinaba en el ambiente lo incrementaba tanto que prefirió ir bien abrigado. No se aburría por el camino, embelesado como estaba mientras miraba los campos de labor y hablaba del tiempo con *Catalán* haciéndole partícipe del próximo cambio que se avecinaba, el frío que sentía en los huesos era el síntoma más evidente. A media mañana pasó cerca del cementerio de Cella y girando a su izquierda continuó por el camino viejo de Santa Eulalia. Unos minutos más tarde ya había llegado a la masada se apeó del carro y penetró en ella.

—¿Hay alguien aquí...? ¡*Canastero!*... ¿Estás en casa?

No obtuvo respuesta, pero apenas unos segundos más tarde escuchó unos pasos en el piso superior y la voz de una mujer preguntando quién era.

—Soy Victoriano de la masada del *Zorzal* —respondió.

Y cuando ella iba a comenzar a bajar por la escalera se escuchó de nuevo otra voz en esta ocasión de baja tonalidad, lejana y entrecortada.

—Madre... dígame que suba que... qui... quiero hablar con él...

Victoriano apenas escuchó aquellas palabras, tan solo percibió la presencia de otra persona en la casa posiblemente la que estaba buscando y ante una indicación de la mujer subió con presteza por la escalera. Una vez arriba y tras saludar a la madre de Luís el *Canastero*, ésta, le invitó a acompañarle por un pequeño pasillo en cuyo final había una puerta entreabierta. La mujer penetró primero en la estancia haciéndole esperar hasta que corrió las cortinas y en el momento que entró la suficiente luz le hizo pasar. Una vez dentro, Victoriano no pudo disimular su asombro cuando vio al *Canastero* tumbado en la cama, presentaba un aspecto lamentable fiel reflejo de los terribles efectos de alguna enfermedad.

—Gracias Dios mío que... en tu infinita misericordia... te has acordado de este pobre pecador... —comentó todavía algo aletargado y en medio de alguna fastidiosa tos—. Llevo días pidiendo a Dios una señal... no sé... algo... que me pueda reconfortar en estos momentos tan penosos... y has aparecido tú...

Apenas hizo este breve comentario y comenzó a toser de forma compulsiva. En ese momento, Victoriano se dio cuenta que el enfermo sujetaba un rosario con los dedos porque mientras padecía aquel ataque de tos se llevó las manos a la boca y con insistencia besaba el crucifijo. Su madre se dirigió presurosa a la cómoda y cogiendo la jarra de agua llenó un vaso que inmediatamente le dio a beber. Luís lo apuró ansioso y con un gesto le pidió otro más que tomó con cierta tranquilidad, hasta que por fin acabó saciando su sed y cesó su impertinente carraspeo.

Durante unos segundos Victoriano tuvo tiempo suficiente para observar con más detenimiento al enfermo, algo que siguió causándole una fuerte impresión. Tenía muy mala cara, sin brillo en su piel de tono amarillento y además sudaba a pesar de que no hacía calor. Tan solo se le veía el rostro y las manos, pero la extrema flacidez y su aspecto invitaban a no acercarse. Sin embargo el monterdino carecía de escrúpulos y en un acto de lo más instintivo quiso cogerle la mano. Lo cierto es que apenas la tocó porque Luís la retiró al instante, fue tan solo un

leve roce pero suficiente como para sentir un estremecimiento, el sudor frío del enfermo pareció contagiarle. Además, estaba aquel insoportable olor...

—No Victoriano... será mejor que no me toques aunque pierdes cuidado que lo que tengo no es contagioso.

Su timbre de voz sonaba ahora algo más firme aunque él se mantenía inmóvil y postrado en la cama.

—Madre quiero que se vaya a Cella y busque al mosén..., dígame que me estoy muriendo y quiero confesarme... lo veo en sus ojos y no, no estoy loco. Haga lo que le pido por favor.

—No me puedo ir y dejarte solo en el estado que estás.

—No se preocupe señora que no me moveré de aquí hasta que usted regrese —se ofreció Victoriano.

Fue escuchar aquellas palabras y la buena mujer salió de estampida de la habitación, intuía que su hijo tenía los días contados aunque en lo más profundo de su corazón no lo quisiera reconocer. Pero en esa desgracia, por lo menos le reconfortaba la demanda recién escuchada respecto al sacerdote. Su hijo siempre había sido muy creyente como todos en su familia, pero desde que comenzó la guerra había abandonado sus principios religiosos. Le tuvo que ocurrir algún terrible suceso, porque en caso contrario no atisbaba a entender los profundos cambios que había tenido desde entonces. Siempre había sido un alumno aplicado pero abandonó los estudios superiores y de vuelta a Cella dejó de ir a la iglesia. A partir de ese momento se encerró en la masada y malvivían con el campo y el trabajo de *Canastero*, porque el padre murió dos años atrás. Aunque lo cierto es que últimamente desde el empeoramiento de su enfermedad había vuelto al camino de Dios y no se separaba del rosario familiar, pero seguía sin querer saber nada del párroco local y mucho menos de acudir a la iglesia como en su juventud. Quizás la visita durante esa mañana de su conocido monterdino había obrado el milagro o puede ser que viera la muerte cada vez más cerca, pero por lo menos esa desgracia quedaba mitigada ahora que iba a quedar en manos de Dios. Apenas había escuchado cerrarse el portón de la casa, Luís observó con determinación al visitante.

—Me muero Victoriano... no creo que aguante mucho tiempo —éste quiso responderle pero el *Canastero* se le adelantó—. Por favor

no me hagas repetir las palabras y presta atención a lo que te voy a decir... Mira en el estado en que me encuentro..., como te he dicho me voy a morir pero los remordimientos me impiden que sea en paz... seguramente porque a lo largo de mi vida no he debido de seguir el camino correcto.

A partir de ese momento sobrevino un turbador silencio. Mientras tanto, el enfermo observaba fijamente el techo de la habitación y sus ojos se movían con rapidez, como si en realidad fuera una pantalla de cine y estuviera viendo en ella algún pasaje de su vida. Tardó unos minutos en recobrar la compostura y cuando lo hizo palpó por encima de la cama hasta dar nuevamente con el rosario, lo recogió y con sus dedos enlazó la primera cuenta. Luego se mojó los labios con la lengua y tras una breve pausa comenzó a hablar.

—Nos conocemos desde hace algunos años pero en realidad lo ignoras todo de mí... Lo que voy a contarte no lo sabe nadie ni siquiera mi madre que por eso la he mandado a Cella, bueno, y para que el mosén me absuelva de mis pecados y Dios se apiade de mí... Pero también quiero calmar mi espíritu y para ello necesito que medies en el perdón que solicito a una persona de tu pueblo.

Victoriano intuyó que le iba a contar algo importante por lo que cogió una silla y se situó al borde de la cama entre la cabecera y la ventana. Y tras un instante de silencio, el *Canastero* continuó con su alocución.

—Como ya sabes al poco de comenzar la guerra yo vivía en Cella con mis padres y eso que años atrás tuve oportunidad de seguir mis estudios en Zaragoza, pero... la proclamación de la República alteró mis planes. Lo que tú no conoces es como llegué a odiar ese maldito régimen, todo en lo que yo creía se vino abajo por su culpa. Además la mujer a la que quise... prefirió al final ese mundo de amor libre y libertinaje antes que unir su vida a la mía. Dejé los estudios de magisterio y volví a casa con mis padres, cambié los libros por el arado y en mis ratos libres me relajaba haciendo cestas. La República fue la causante de mis desgracias... Por eso al comienzo de la guerra la rabia me consumía, tanto, que en el momento que pude me uní a la Falange del pueblo. Pero, ¡ay amigo mío!, yo tenía una idea de lo que había que hacer para limpiar a España de republicanos, “Rojos” y de toda esa maldita escoria... pero no, el camino que elegí no era el adecuado

y lo peor es que tardé en darme cuenta de mi equivocación. Durante muchos días íbamos a buscar los “Rojos” de aquí y de otros pueblos... los sacábamos de sus casas y los llevábamos a la cárcel, interrogábamos a la gente, en fin, todo lo necesario para tenerlos controlados y encerrar a los más peligrosos... Pero yo no tenía bastante, ese odio visceral que les tenía me consumía por dentro y... quería más... Un día descubrí que en la Falange había una cuadrilla especial que siempre se mostraba con una actitud aguerrida y jactanciosa por lo que quise unirme a ellos. Me recibieron con los brazos abiertos aunque dudaban que tuviera los suficientes arrestos... se trataba del grupo de los elegidos, una elite dentro de la organización que en algunas madrugadas se dedicaban a ir por las casas de los “Rojos”, juntar a todos los que podían y arrojarlos en la cuneta con un tiro en la cabeza... Y además eran los encargados de llevarse a los condenados a muerte y darles el matarile... Yo estaba lanzado, les dije que contaran conmigo para lo que fuera y así fue, cierto día me dijeron que a la mañana siguiente tenían que participar en un fusilamiento... Esa noche cenamos y bebimos de lo lindo... yo lo hacía casi sin control... empalmaba los vasos de brandy hasta que en medio de las risas me quitaron el último que me disponía a beber... diciéndome que si seguía así igual me equivocaba de blanco... y el tiro se lo pegaba a ellos.

Detuvo su alocución por un momento porque se le estaba resacando la garganta y necesitaba beber de nuevo, le pidió a Victoriano que le volviera a llenar un vaso de agua y pudo calmar su sed. Daba la impresión de que tenía prisa por contarle aquella historia porque apenas tardó unos segundos en seguir con el relato.

—Llegada la madrugada nos fuimos a la cárcel, mi expectación por el acto que iba a realizar con mis camaradas no tenía límites, pero Victoriano... ya lo dice el refrán “No es lo mismo predicar que dar trigo”. Aquel entusiasmo desmedido se fue apagando conforme el relente de la mañana me iba calando hasta los huesos y, por si fuera poco, mi ánimo se vino abajo cuando vi salir a los prisioneros... eran cinco que ayudamos a subir al camión y nosotros lo hicimos a continuación. Estaban sucios y olían peor pero lo que más me llamó la atención era su aspecto, caminaban renqueantes con el cuerpo magullado y las caras ensangrentadas y llenas de moratones... Una vez estábamos todos en el camión no me atreví a mirarlos... Entonces me entró pánico de pensar que bien podría conocer a alguno, porque me dio la impresión

cuando los subimos que a pesar de su deplorable aspecto dos de ellos no me eran completamente desconocidos. Y cuando nosotros y el coche que nos acompañaba nos pusimos en marcha, llegó un momento en que no pude resistir la tentación... Entre el silencio sepulcral de los allí presentes comencé a escuchar como uno de ellos sollozaba. Aproveché la circunstancia para mirar a todos de reojo, de forma fugaz la primera vez y ya sin disimulo cuando me percaté que conocía a la persona que llevaba gimiendo desde que salimos de Cella... se trataba del marido de una maestra que hubo en el pueblo... ¿qué demonios habría hecho? Entonces curiosé sin disimulo al resto de los prisioneros y me siguió dando la impresión de que conocía a otro de ellos, pero no sabía a ciencia cierta de quién se trataba. Dejé de mirarlos e intenté concentrarme en lo que íbamos a hacer, a fin de cuentas se trataba del enemigo... Pero a pesar de todo no dejaba de preguntarme de qué los acusaban para tener que fusilarlos, sobre todo al marido de la maestra porque yo había coincidido con él más de una vez en la cantina y jamás lo escuché hablar de política... La cabeza comenzó a darme vueltas y en mi interior una voz me decía que dejara de preocuparme, tan solo tenía que cumplir con mi deber. Aún con todo, ese pensamiento no pude apartarlo de mi mente durante el resto del viaje...

Luis el *Canastero* volvió a detener la narración y durante un momento fijó la vista de nuevo en el techo aunque en esta ocasión parecía estar completamente abstraído. Daba la impresión de que con aquel relato estaban saliendo a la luz todos sus fantasmas y tenía que expulsarlos como si de un exorcismo se tratara. Tragó saliva y continuó hablando.

—Por fin llegamos a un lugar conocido como los Pozos de Caudé, situado muy cerca de la carretera de Teruel entre las ruinas de una antigua masada... Bajamos a los prisioneros y después de colocarlos en línea los estuve vigilando, hasta que vino el cura a hacer su trabajo y más tarde otro de mis camaradas les colocó una venda en los ojos a tres de ellos. Para colmo, la persona que conocía no hacía más que llorar y entre sus lamentos mencionaba a su familia e imploraba por su vida... Aquella situación tan desagradable se estaba alargando y esperábamos que el jefe que nos mandaba, el cual se llamaba José María Cavero, nos diera la orden para ejecutarlos. Yo... cada vez estaba más nervioso y se dieron cuenta mis camaradas que acercándose me pidieron calma diciéndome que eso lo hacíamos por el bien de España, y

que después de haber fusilado una vez... los escrúpulos desaparecían y las siguientes ocasiones eran pura rutina. De todas formas... yo no estaba tan convencido, no había matado a nadie en mi vida... y la verdad es que hay que tener cuajo para hacerlo..., no todo el mundo vale para ser carnicero. Volvieron a dejarme solo con ellos... y al verles sufrir de pie y cada uno ensimismado con sus pensamientos comencé a sentir un fuerte dolor en el estómago. Para evitarlo, dejé de observar a mi conocido paisano que era el que más me impresionaba y fijé la vista en el resto de ellos. Los examinaba a fondo, como si a través de esa mirada pudiera descubrir los horribles crímenes por los que habían sido condenados... Pero solo veía personas normales como nosotros, eso sí, con la angustia y el terror a flor de piel... de quien se sabe a punto de morir.

Por el tono de las palabras del enfermo daba la impresión de que estaba llegando a la parte central de la historia. Además, como no había parado de hablar volvía a sentir el reseco de su garganta y ya había comenzado a carraspear. Necesitaba tener la voz en perfectas condiciones y que sus palabras se escucharan de la mejor manera posible. Volvió a demandar otro vaso de agua que bebió con suma avidez y acto seguido prosiguió con la narración.

—Aquellos momentos de espera se hicieron eternos, hasta que por fin José María Cavero acabó su cigarro y el resto de mis camaradas se acercaron hacia mí para formar el pelotón de fusilamiento. Me coloqué donde me indicaron y miré a la cara de la persona a la que iba a disparar, la cual tenía los ojos bien abiertos y miraba al cielo... En ese instante caí en la cuenta de quién era ¡Ya decía que me sonaba su cara! Lo había visto varias veces en Cella, recordaba sobre todo cierta ocasión en la que llevó a mi padre a casa al encontrarlo desmayado a las afueras del pueblo, le ayudó a recuperarse y luego se empeñó en acompañarlo... El médico nos dijo que con esa actuación había salvado su vida ¡Maldita sea mi estampa! Iba a fusilar a alguien que apenas conocía y lo único que sabía de él era que salvó a mi padre de una muerte segura... No tardé en recordar su nombre, se llamaba Rafael y era de Monterde de Albarracín... Apenas acababa de reconocer de quien se trataba cuando dieron las primeras órdenes para proceder al fusilamiento.

La voz y el cuerpo de Luís el *Canastero* temblaban por aquellos dolorosos recuerdos. No obstante su debilidad, aún se pudo incorporar

levemente aunque al instante su cabeza volvió a caer a plomo sobre la almohada. Alzó la mano en dirección a Victoriano y subiendo el tono de voz intentó explicarle el motivo final de aquella confesión.

—Comencé a sudar... me costaba respirar y el pulso me temblaba... pero por otro lado era mi obligación... se trataba de un enemigo de la patria. Las dudas me asaltaron pero no podía volver atrás... y tampoco podía acabar con él... ¿qué hacer? Cuando se ordenó disparar lo hice pero en el último instante moví mi fusil, lo suficiente, como para no apuntar a su corazón..., no sé si estuvo bien o mal... pero tenía claro que no podía matarlo. En décimas de segundo tienes que decidir por una vida y lo que es peor, cuando crees que has tomado la decisión acertada... te das cuenta que igual te has equivocado. Eso es lo que me pasó porque cayó malherido y lo vi sufrir en el suelo... Es la imagen que me ha acompañado desde entonces, sobre todo, porque se acercó el oficial y estuvo hablando unos instantes con él... Siendo del mismo pueblo seguro que se conocían pero me dio la impresión de que además tenía cuentas pendientes con Rafael. El pelotón esperó a que lo rematara y, una vez lo hizo, comenzamos a tirar los cuerpos a la hondonada... Él fue el último y cuando lo cogí de los hombros vi que tenía un pañuelo en el bolsillo del chaleco, lo saqué dejándolo en tierra y después de lanzar al pozo a Rafael me agaché para recogerlo con disimulo... Pero nada más lo guardé sufrí una arcada vomitando allí mismo mientras escuchaba las risas de los presentes cura incluido, porque decían que me había sentado mal la cena... Y mientras me iba recuperando todavía confundido por lo que acababa de hacer, todos se habían puesto a fumar y seguían hablando de banalidades y riendo como si tal cosa... como si no hubiéramos acabado con la vida de cinco personas. Ese desprecio me dejó marcado... sobre todo porque al poco tiempo conocí la historia de uno de ellos, el marido de la maestra, cuyo único delito fue el tener deudores sin escrúpulos. Esa misma tarde caí enfermo y estuve postrado en la cama varios días y cuando sané... decidí que ya no participaría en ninguno más, que aquel sería... mi primer y único fusilamiento.

A partir de ese momento el *Canastero* dejó de hablar, aquél ejercicio de memoria lo había dejado exhausto y al mismo tiempo reconfortado, como si se hubiera liberado de un baldón difícil de sostener y que le estaba amargando la existencia. Por su parte, el monterdino se encontraba abrumado por la cantidad de información que había es-

cuchado. Él siempre había sido parco en palabras y solo en contadas ocasiones a lo largo de su vida había tenido la oportunidad de oír un relato tan extenso con el interés que había puesto.

—Victoriano, ves a la cómoda y abre el último cajón, al final del todo notarás que hay algo envuelto en un papel, sácalo y tráemelo.

Hizo lo que le pedía y le llevó el paquetito envuelto en papel, Luís lo abrió y le entregó el pañuelo que había en su interior.

—Este es el favor que te pido. Dáselo a su viuda... sé que vive en Monterde, cuéntale la historia de la muerte de su marido y pídele que me perdone.

—¿Con lo sucio que está y todas estas manchas que tiene?

—Es la sangre seca del pobre Rafael, yo hice que la derramara por eso nunca me atreví a limpiarla. Le dices a la mujer que se tiene que acordar del pañuelo porque en la parte superior tiene bordada las iniciales RPL que supongo serán las suyas.

Victoriano continuó en la habitación haciendo compañía al enfermo tal y como quedó con su madre, pero estaba inquieto por lo que había escuchado e intentaba asumir el relato. Por su parte, Luís se mantenía callado, con el semblante serio pero tranquilo. Ese cambio lo notaba su acompañante que, ahora de pie, se movía en medio de un incómodo silencio por la habitación mientras lo observaba e intentaba sonreír sin apenas conseguirlo. En un momento dado miró por la ventana y comprobó que la madre del enfermo y el mosén del pueblo estaban cerca de la masada.

—Ya están aquí el cura y tu madre, cuando suban me marcharé.

—Por Dios te lo pido Victoriano no olvides de decirle a la viuda de Rafael lo que te he contado y rogarle encarecidamente que me perdone.

—Descuida que así lo haré.

—Y por último quiero hacerte una pregunta... ¿has sacado alguna conclusión sobre todo lo que te he contado?, —el interpelado lo observó con los ojos bien abiertos y no pudo sino encogerse de hombros—. Pues es algo muy sencillo, tienes que saber que el rencor es siempre una mala compañía —dijo Luís mirándole con firmeza—,

que no se puede vivir lleno de resentimiento... y que el odio ha sido siempre el arma de los más débiles... de aquellos que no tienen ni conocen otros medios con los que enfrentarse a sus enemigos. En esta vida lo único que vale es la palabra..., no lo olvides nunca Victoriano.

En ese preciso instante entraron en la habitación el cura de Cella y la madre del enfermo, momento que aprovechó el visitante para despedirse de todos y echar una postrera mirada a Luís el *Canastero* porque intuía que la próxima vez que se encontraran sería el día de su entierro. Tan ensimismado estaba en sus pensamientos que había olvidado el motivo por el que se encontraba allí, lo cierto es que tardó un instante, pero cuando pudo salir de dicho letargo pensó que no le iba a quedar más remedio que buscarse otro proveedor. Durante el camino de vuelta Victoriano se mantuvo en silencio recordando la triste historia que acababa de conocer, pero cuando se desvió de la carretera en dirección al *Zorzal* hizo lo mismo que en otras ocasiones: pensar en voz alta sus próximos movimientos y “consultar” con su estimado amigo la decisión final que tomaría.

—¿Qué te parece todo esto *Catalán*? Las opciones que tenemos son la de ir al pueblo y contárselo a Violeta, o callar para siempre y aquí paz y después gloria... ¿no dices nada?, pues sí que tengo ayuda contigo, si...

Y como solía ocurrirle, durante los siguientes minutos aquel monólogo derivó en un circunloquio que llevaba implícito el marchamo surrealista de Victoriano. Siguió preguntándose y respondiendo en voz alta los siguientes movimientos que tendría que realizar, algo que solía hacer cuando se encontraba en una situación parecida y se sumía en un mar de dudas. Le resultaba más práctico hablar aunque fuera solo que ponerse a pensar concienzudamente, porque en este caso el dolor de cabeza lo tenía asegurado. Aún con todo, en esta ocasión no acabó de decantarse por ninguna de las opciones que comentaba de manera que, cuando por fin llegó a la masada, fue a buscar a su hermano y le puso en antecedentes. La verdad es que en otra época ambos habrían tenido claro qué hacer, pero desde los sucesos del verano con la Guardia Civil andaban con tiento y mucho temor. Después de pensarlo detenidamente decidieron que cuando acudieran como todas las tardes a Monterde para entregar la llave de la masada, hablarían con el alcalde contándole lo ocurrido y si no tenía inconveniente lo harían también con Violeta, la viuda de Rafael.

Y así fue. Como siempre, alrededor de las ocho de la tarde entraron los dos hermanos en el Ayuntamiento y después de dejar la llave en la secretaría acudieron al despacho del tío *Celipe* con las novedades que traían. La cara seria del alcalde era la viva muestra de la gravedad de aquella noticia y, por supuesto, le dijo a Victoriano que acudiera a casa de la mujer para comunicárselo. Pero con lo que ninguno de ellos contaba era que alertado el *Chivato* por la actitud de los masoveros hizo todo lo posible para escuchar la conversación, y cuando se enteró de la noticia corrió a contárselo al Jefe de la Falange del pueblo.

Mientras Ramón acudía a casa de sus parientes como todas las noches, Victoriano se fue a buscar a Violeta. La vio en la calle justo en el momento en que iba a entrar en su casa, la llamó y ésta detuvo su camino. Hablaron durante un breve instante, lo imprescindible para decirle que tenía algo muy importante que comunicarle y que lo mejor sería hacerlo dentro de su hogar. Ella aceptó y una vez en la entrada cuando el masovero iba a comentarle el suceso de Cella, la puerta se volvió a abrir. Se trataba de Serafín, que todo decidido y con la respiración alterada penetró en la vivienda.

—¿Qué haces aquí?, sal de mi casa inmediatamente —explotó Violeta indignada ante semejante intromisión.

—Estoy aquí porque me da la gana —respondió con altanería— ¿Qué tramáis?, ¿o es que acaso estás buscando problemas? Me voy a quedar aquí para escuchar eso tan importante que tiene que decirte este payaso y si no hay ninguna sorpresa me iré por donde he venido ¿O prefieres que llame a mis camaradas y vengamos aquí a buscar panfletos comunistas?

Violeta calló ante la amenaza del falangista, no le interesaba bajo ningún concepto organizar alboroto alguno ni mucho menos que registraran su casa. De manera que cogió un par de sillas ofreciéndole una a Victoriano y, ella, se sentó a su lado pero de frente a Serafín para tenerlo mejor vigilado. Por su parte éste no se inmutó, más bien al contrario, permaneció de pie y estático mirando fijamente a los ojos de la mujer para apreciar mejor su reacción cuando le comunicaran la muerte de su marido. Mientras tanto, Victoriano, nervioso como estaba por la noticia que iba a dar y la presencia de aquel fascista que tanto le intimidaba, comenzó a desgranarle atropelladamente la primera parte de la historia que le habían contado. La mujer se estaba

impacientando porque seguía sin saber a dónde quería llegar el masovero contándole la vida y milagros del *Canastero* de Cella. Entonces le hizo una indicación para que no hablara y levantándose se acercó a la alacena, la abrió y sacó una jarra de vino que junto a dos vasos colocó encima de la mesa, los llenó y le ofreció uno a Victoriano ante la mirada imperturbable de Serafín.

—Echa un trago y cálmate que estás bastante nervioso y no sé a dónde quieres ir a parar.

El hombre obedeció como un autómatas y casi sin pestañear apuró el contenido del vaso ante el asombro de la mujer que se lo llenó de nuevo. Aquél, a su vez, volvió a llevárselo a la boca pero en esta ocasión tan solo bebió un pequeño sorbo. Dejó el vaso en la mesa y sonrió relajado, la ingesta de alcohol le había proporcionado el suficiente valor como para lanzarse al abismo, y eso es precisamente lo que hizo después de emitir un profundo suspiro.

—Tu marido murió fusilado, sé quién lo hizo y donde se encuentra su cuerpo.

—¿Qué...?

—Lo siento Violeta pero yo no valgo para estos menesteres... perdona que sea tan bruto... mi hermano me dice que soy un animal que no se hablar y creo que tiene más razón que un santo...

—Vamos a ver Victoriano lo que me dices es muy grave y no creo que vengas a dame semejante noticia de no ser cierta, de manera que cuéntame de principio a fin todo lo que has venido a decirme, eso sí, por favor no repitas lo que ya me has comentado.

Victoriano obedeció las palabras de la mujer. Ahora, ya más relajado, le relató los pasos que dio Luí el *Canastero* desde que entró en la Falange, deteniéndose especialmente y sin ahorrar detalles en la triste noche de su primer y único fusilamiento. Mientras tanto, Serafín seguía de pie observando fijamente la reacción de ella. En estos momentos, el rictus que mostraba la cara del falangista era una mezcla de sarcasmo y extrañeza por varios motivos. Había conocido la muerte de Rafael a los pocos días de haberse producido y, por eso precisamente y por el odio que mantenía a dicha familia, no había dudado en acudir a su casa en un acto de cinismo cruel cuando el miembro del trío *Calavera* fue a darle el chivatazo. Pero por otra parte mantenía un gesto

de notable sorpresa ante la pose seria y digna de Violeta. El rostro de la mujer no expresaba sus auténticas emociones, en ningún momento había dado muestras de desfallecimiento, ni tan siquiera había derramado una lágrima al conocer la noticia del paradero y muerte de su marido. Pero lo que Serafín ignoraba es que Violeta se consumía por dentro de amargura y dolor, una pena infinita por cada frase que Victoriano le contaba relacionada con Rafael. No podía más y estuvo a punto de derrumbarse sobre todo cuando le dio el pañuelo que, ella, sin apenas mirarlo guardó instintivamente en el bolsillo de su delantal. Pero bajo ningún concepto estaba dispuesta a ofrecer síntomas de debilidad al falangista. Por eso se mordía los labios con fuerza e intentaba mantenerse erguida, mientras escuchaba las últimas palabras y la petición de perdón que le demandaba Luís el *Canastero*.

—Por mi parte le dices que lo perdono, el que una persona se arrepienta por los actos cometidos es algo que no está a la orden del día. Ojala todo el mundo pudiera hacerlo, pero por desgracia los animales no tienen conciencia.

Fue realizar este comentario y levantarse con extrema rapidez mientras miraba fijamente a los ojos de Serafín que, a su vez, en ningún momento había dejado de observarla. Sus miradas se mantuvieron firmes, el falangista porque le incomodaba la reacción cargada de dignidad que había tenido la mujer, y ahora arqueaba las cejas incómodo por sus últimas palabras dedicadas —no le cabía la menor duda— a él. Y Violeta, porque no podía aguantar más la presencia en su casa de aquel impresentable fascista que no la dejaba vivir en paz ni siquiera en los peores momentos. Durante unos instantes que parecieron eternos clavaron con firmeza sus miradas sin apenas pestañear y, cuando ella se supo victoriosa de aquel singular duelo, alzó ligeramente el mentón y arqueó a su vez las cejas retándole todavía más. La reacción de Serafín fue la de dar una patada con la suela de su zapato a la pared y tras abrir la puerta con violencia se marchó calle arriba. En el momento que salió de la casa, Violeta se giró estrechándole la mano a Victoriano al tiempo que le agradecía el paso tan valiente y decidido que había dado. Éste, antes de salir apuró el vaso de vino y se despidió con cierta premura, él reconocía de sobra su carácter rudo y poco hablador pero también intuía cuando una persona quería o necesitaba estar sola.

En ese preciso momento, Violeta cerró la puerta con la cancela y aunque era de noche se acercó a las ventanas para correr las cortinas

y mantener el recinto de su casa lo más aislado posible. Se sentó en la silla y, ahora sí, explotó de pena y comenzó a llorar desconsoladamente, sacó el pañuelo de su marido y después de observarlo con determinación reconoció las iniciales bordadas, entonces se puso a besarlo de forma compulsiva mientras movía su cuerpo adelante y atrás. Por un momento dejó el pañuelo en la mesa y comenzó a golpearse la cara con las manos abiertas, dejando escapar con un alarido toda la rabia que almacenaba. Después de pasado algún minuto y algo más calmada, volvió a coger el pañuelo sujetándolo fuertemente con la mano y colocó los brazos encima de la mesa apoyando la cabeza. Sus lloros, ahora ya más comedidos, la fueron sumiendo en una especie de letargo mientras rememoraba los pasajes más hermosos que habían tenido a lo largo de sus vidas.

Así estuvo durante casi una hora y aunque después de desahogarse se encontraba ya más tranquila no dejaba de pensar en todo lo ocurrido. Comenzó a sentirse extraña, le daba la impresión de haberse liberado de una pesada carga que le había atenazado la vida desde años atrás. Precisamente desde que ya no supo nada de Rafael y en eso escribaba su dolor, en el desconocimiento de aquello que le podía haber ocurrido. A los pocos días de su detención, su pesar comenzó a ser enorme porque dejó de tener noticias y las que le llegaban eran poco halagüeñas. Pero Violeta siempre se negó a aceptar la máxima que escuchaba sobre casos parecidos y, durante los primeros meses, se agarró como a un clavo ardiendo a la posibilidad de que siguiera preso en alguna de las cárceles franquistas o incluso sobre una utópica fuga. Una vez que acabó la guerra y seguía sin saber nada, sus esperanzas de verlo vivo casi desaparecieron, intuía que estaba muerto pero el no tener la certeza de la suerte que había corrido o, en el peor de los casos, saber dónde reposaban sus restos la tenía amargada e iba minándole la salud. Y si ésta no fue a peor fue debido a su hija, por ella merecía la pena cualquier sacrificio y todas las sonrisas del mundo, aunque por dentro lloraba con impotencia su infortunio.

De pronto se dio cuenta de lo tarde que era y que aún no había acudido a casa de los suegros a recoger a Esperanza, la joven tenía que estar vigilada constantemente debido a su estado todavía estancado desde los sucesos de *Sabinaquemada*. Una vez allí no pudo evitar acongojarse de nuevo al relatar a los padres de Rafael cuál había sido el destino de su hijo y el lugar donde fue enterrado. Ellos también se

emocionaron, en especial Enriqueta, que por fin sabía con absoluta certeza cuál había sido el final de su primogénito. Al momento, Cosme salió de allí buscando a sus otros hijos para darles la noticia. Esa misma noche se reunió toda la familia en casa de los padres para hablar de lo sucedido y quedaron que investigarían sobre la ubicación exacta de los Pozos de Caudé por si podían hacer algo al respecto.

Cosme y su hijo Faustino aprovecharon el descanso dominical del día siguiente para acudir al pueblo de Caudé y realizar las indagaciones necesarias sobre aquel sitio. Pero no tuvieron el éxito esperado y ninguna de las personas consultadas conocía dicho paraje o si lo sabían no querían decirlo. La actitud de muchos resultaba sospechosa, en el momento que escuchaban aquel nombre negaban conocerlo y les miraban de soslayo. Cansados del trajín decidieron acudir a la cantina al medio día para tomar un aguardiente. Mientras bebían sentados y desconsolados por los negativos resultados de su búsqueda, uno de los presentes que llevaba tiempo observándolos se acercó a su mesa.

—Tú eres Cosme... ¿verdad?

El aludido alzó la vista y por un instante escudriñó con atención el rostro de su interlocutor hasta que logró reconocerlo.

—Pero ¡Válgame Dios!, tú eres Millán de Bronchales. ¡Cuánto tiempo...! —exclamó Cosme mientras se levantaba de la silla y extendía la mano para estrechársela—. Siéntate con nosotros y me cuentas de tu vida que no sé nada de ti desde la Rep... quiero decir desde hace años...

El hombre aceptó la invitación y se sentó a la mesa con los monterdinos. Una vez hicieron las consabidas preguntas sobre la salud de sus respectivas familias y la vida que habían llevado desde que se vieron por última vez, Millán quiso indagar sobre el motivo de su presencia en el pueblo.

—Verás, estoy preguntado a la gente por si saben dónde se encuentra un lugar conocido como los Pozos de Caudé porque...

El bronchalino no permitió que continuara hablando y le hizo callar con un gesto serio, a continuación giró la cabeza reconociendo a las personas que estaban a su alrededor. Se levantó con rapidez de la silla y yéndose a la barra pagó la consumición de todos ellos. Mientras volvía a la mesa miraba con insistencia a las personas que estaban cerca

de los monterdinos, por si a través de sus ademanes notaba que habían escuchado aquella breve conversación.

—Apurad vuestros copas y salgamos de aquí —les comentó con cierto nerviosismo.

Una vez en la calle Millán les conminó a seguirle, algo que hicieron los dos aunque ciertamente extrañados por aquel comportamiento. En el momento que se encontraron a las afueras del pueblo volvió a mirar a su alrededor e hizo una exclamación de alivio al comprobar que por fin estaban solos. Entonces puso las manos sobre los hombros de Cosme.

—Qué te pasa amigo ¿por qué quieres ir a ese sitio?

—¿Lo conoces?, —preguntó intuyendo la contestación.

—¡Sí!, —fue su lacónica respuesta y tras un tenso silencio quiso conocer más detalles de aquella búsqueda—. Aquel es un lugar de muerte... ¿tienes a alguien allí...?

—Mi hijo Rafael... Ayer mismo me enteré que después de fusilarlo lo echaron a un pozo u hondonada en ese lugar, no sabíamos nada de él desde que los militares se lo llevaron a Cella al comienzo de la guerra...

—Mal asunto Cosme... En este pueblo mucha gente no quiere saber nada de lo que pasó allí por eso os he sacado con tantas prisas de la cantina para evitaros alguna bronca. Aquí tiene muy mala fama los Pozos de Caudé y andan escaldados porque además esos campos no pertenecen a este pueblo sino a Concul. Tienes que comprender la reserva de estos vecinos porque a ningún bien nacido le hace gracia tener una fosa de fusilados tan grande en un lugar que, sin ser de tu pueblo, la gente lo conoce como tal.

—Pero ¿a cuantas personas fusilaron allí?

—A cientos amigo Cosme, a varios cientos... y si hacemos caso a un pastor que por las madrugadas escuchaba los tiros de gracia rondaría el millar de personas... Vamos, acompañadme y os llevaré allí.

Y en efecto, subieron los tres al carro y el bronchalino los encaminó hacia el denostado emplazamiento. Primero enlazaron con la carretera que llevaba a Teruel y aproximadamente a un kilómetro de distancia se desviaron a la derecha hacia unos campos. De la misma

carretera salía un camino que iba a parar a un pequeño erial rodeado de terrenos de labor. En esa tierra improductiva se apreciaba todavía parte de los muros y ruinas de una masada y, no lejos de allí, se podía observar la existencia de varios hoyos y uno especialmente grande que fue hacia donde les encaminó. En realidad todo aquel lugar era una zona perfectamente cultivable, pero su propietaria dejó de hacerlo en los alrededores del pozo debido a las terribles matanzas que tuvieron lugar allí durante la Guerra Civil. Además, había acondicionado el pequeño trecho del camino para que los familiares de los fusilados pudieran acudir siempre que lo desearan. Una vez que Millán les explicó todas las circunstancias que habían concurrido en los Pozos de Caudé, se despidió de ellos retornando a la localidad. De manera que allí permanecieron Cosme y su hijo Faustino durante algo más de una hora, sin apenas hablar y cada uno a su manera recordando a Rafael.

De nuevo en Monterde dieron a conocer al resto de la familia los resultados de la investigación llevada a cabo y, como no podía ser de otro modo, al día siguiente partieron todos hacia allí. Acudían con la tristeza a flor de piel, pero al mismo tiempo con la tranquilidad que da conocer por fin todo lo sucedido y saber el preciso lugar donde reposaban sus restos. Eso sí, cuando llegaron a la hondonada, tanto Enriqueta como Violeta no pudieron contener sus llantos y se abrazaban con fuerza compartiendo un inmenso dolor. Además, se daba la circunstancia de que todos los jueves en el viaje que esta última realizaba a Teruel pasaba a escasos metros de este mismo lugar y no dejaba de pensar en aquella maldita coincidencia. Y cuando por fin decidieron volver al pueblo, Violeta quiso quedarse a solas delante del pozo y dedicarle a su difunto marido sus más íntimos pensamientos.

— (...) a partir de ahora yo seré tu prolongación y por eso intentaré llevar a cabo todo aquello que te hubiera gustado hacer. Si ellos con tu muerte callaron tu voz e impidieron que actuaras con arreglo a tus principios, yo lo haré por nosotros mientras me quede un hálito de vida. En este mundo seré tu continuación y mantendré viva tu memoria. Te lo prometo por nuestra hija Libertad, a la que en el momento oportuno haré partícipe de aquello por lo que hemos luchado durante toda nuestra existencia y, le transmitiré sobre todas las cosas, tu amor por la justicia social y tus ansias de libertad.

V

En el invierno de 1947 Violeta continuó bajando a Teruel todos los jueves de mes si el tiempo no lo impedía. Aquel viaje era necesario porque a pesar de la incomodidad que representaba y las escasas ganancias obtenidas ayudaban a la economía familiar, pero es que además desde que salió de la cárcel necesitaba ser útil a la causa por la que luchó junto a su marido. Si bien aquellos jueves resultaban importantes y necesarios en su vida, por el contrario lo pasaba realmente mal debido a que el camino a la capital transitaba muy cerca de *Sabinaquemada* y los campos de Caudé. Por ello, cada vez que se acercaba por ambos enclaves no podía dejar de pensar en su madre Margarita y su marido Rafael vilmente asesinados a manos de los fascistas.

De toda su actividad durante estas fechas tenía que prestar especial cuidado a su papel como enlace del Maquis. Violeta, lo realizaba plenamente convencida de cumplir con su deber y, por supuesto, debía de extremar su atención ante cualquier incidencia porque en caso de ser descubierta lo pagaría muy caro ya que las consecuencias salpicarían sobre todo a su hija. Por todo ello, la seguridad tenía que primar sobre todas las cosas y tanto se aplicaba que en ocasiones rozaba la paranoia. Últimamente tenía la sensación de que estaban vigilando sus pasos, porque allá donde fuera siempre le parecía ver que alguien la seguía u observaba sus movimientos. Había comenzado a tener esta sensación a partir de las navidades de ese año cuando un miembro del trío *Calavera* intentó sobrepasarse con ella.

Si bien Serafín le había mantenido un odio secular desde los tiempos de la II República, en estos momentos, Antonio Talanca alias el *Judas* era el causante de sus problemas. Este personaje, al que los vecinos del pueblo esquivaban siempre que podían, había dado un salto cualitativo en su vida desde que finalizó la guerra y se afilió a la Falange. Para él, lo verdaderamente importante era el poder y todo lo que emanaba al estar a su sombra. Por ello lo utilizaba siempre que podía, sobre todo, para conseguir doblegar el favor de las mujeres y por supuesto

sin tener la más mínima consideración con la suya propia. Gracias a los abusos que cometía ya había conseguido quebrar la resistencia de más de una fuera casada o no, porque le daba exactamente igual. Debido a su aspecto achaparrado no se le podía definir como un “Casanova” ni mucho menos, pero sabía mejor que nadie administrar las necesidades materiales y satisfacer a las que pretendía, bien a través del Auxilio Social o con el Racionamiento. Cuando averiguaba que alguna mujer tenía determinadas carencias, si ella era de su agrado acudía como un depredador doblegando más de una voluntad y, de paso, se regodeaba del marido que ese punto de guasón repelente lo llevaba consigo como una señal de identidad.

A él siempre le había atraído Violeta y más desde comienzos de la guerra cuando supo que se habían llevado a su marido a Cella y quedaba sola con su hija. Querencias, que aumentaron recién finalizada la Guerra Civil cuando se enteró junto a otros falangistas, de cuál había sido el destino final de Rafael y que por lo tanto se encontraba sola e indefensa. Y ahora que conocía el suceso de Luis el *Canastero* y que Violeta por fin se había enterado de todo, la suponía presa fácil al haberse encadenado demasiados reveses en la vida de aquella mujer durante los últimos años.

Lo sucedido a su marido, madre e hija eran una losa difícil de llevar, por todo ello y según la filosofía del *Judas*, en estos momentos se trataba de una fruta madura lista para ser recogida. Sin embargo, se equivocó de lleno porque fue una de las mujeres de Monterde a las que no pudo doblegar, eso sí, más de una vez tuvieron palabras gruesas e incluso cierto día en el fragor de una disputa llegó a abofetearlo. En dicha ocasión y preso de un notable resentimiento juró que se vengaría y, desde luego, cumplió con su palabra porque a los pocos días lanzó un bulo por los mentideros del pueblo sobre las sospechas que tenía de ella aprovechando sus antecedentes. Hizo saber a quién quiso escucharlo, que estaba relacionada con el Maquis y les servía de enlace porque uno de bandoleros era su amante en Teruel. Por supuesto no estaba seguro de que lo fuera aunque bien pudiera intuirlo, lo hizo con el único afán de enemistarla con el resto de los vecinos colocándola de paso en el ojo del huracán. Ese era el motivo por el que Violeta sentía que todo el mundo la miraba cuando pasaba por la calle, porque andaba de boca en boca entre el chismorreo local. Y tampoco erraba cuando pensaba que la vigilaban en sus viajes a Teruel, porque el *Judas*

hizo que alguno de sus compañeros del trío *Calavera* estuviera al tanto de sus partidas pero, además, él mismo la siguió a distancia en más de una ocasión.

A finales de enero de 1948 lo intentó por enésima vez. Una tarde cuando Violeta estaba a punto de entrar en su vivienda la abordó y abrazándola por la espalda la introdujo en su casa. En el instante que pudo la mujer le clavó las uñas en la cara haciéndole sangrar, algo que lo enfureció e hizo redoblar su esfuerzo. El *Judas* forcejeó todo lo que pudo en aquel intento de violación que no llegó a consumarse por la resistencia que ofrecía Violeta, más aún, cuando apareció por la escalera su hija Esperanza tal y como era habitual verla desde el verano anterior, callada y con aspecto de sonámbula.

—Esta es una casa de locos, no merece la pena que pierda mi tiempo con una ramera como tú, pero te juro que te vas a acordar de lo que has hecho hoy durante el resto de tu asquerosa vida —fue su amenazante despedida.

Acto seguido marchó hacia su casa, caminaba furioso y la ira le consumía por dentro, iba tan ofuscado que ni tan siquiera respondió a los saludos de los vecinos que se encontró en su camino. Abrió la puerta de su casa con ímpetu y comenzó a llamar a gritos a su mujer, pero no obtuvo respuesta alguna. Sin embargo, ella sí que se encontraba en la vivienda y le había escuchado desde el primer piso mientras limpiaba los dormitorios. Pero conociendo aquel tono de voz estaba convencida que si bajaba tendría problemas, no era la primera vez y con toda seguridad no sería la última que había recibido una paliza en trances similares o algo peor. Por todo ello optó por no decir nada y, con el mayor cuidado del mundo, subió hacia la cambra e intentó esconderse entre los cachivaches allí almacenados.

Antonio Talanca, no había acabado de creerse la ausencia de su esposa y totalmente decidido subió por las escaleras al tiempo que seguía gritando su nombre. En un momento dado escuchó como un objeto caía al suelo en el piso superior e inmediatamente acudió a la cambra donde por fin la encontró llorando y muerta de miedo por lo que intuía le iba a ocurrir. Fue hacia ella increpándola por no haberle respondido la primera vez que le llamó y en el momento que la tuvo enfrente le dio una bofetada que la hizo caer al suelo, entonces se agachó para cogerla del pelo y levantarla. Seguía gritándole cuando notó

un ligero rumor a sus pies, bajó la vista y una mueca de asco se superpuso a los gestos de su rostro, la mujer se estaba orinando encima.

Esto lo excitó todavía más y mirando a su alrededor buscó un lugar donde pudiera calmar su libido. Muy cerca de donde se encontraban había un baúl con la cubierta redondeada y sin soltarla del pelo la acercó allí mismo. Le dio un empujón colocándola encima del mueble, boca abajo, y presionando su cuerpo para que no se pudiera levantar le subió la falda y enagua. Ella intentó resistirse pero no pudo contenerlo y, finalmente, después de recibir varios golpes, acabó dándose por vencida permitiendo que su marido la penetrara aunque temía que lo hiciera como las últimas ocasiones. Antonio Talanca la mantuvo sujeta con firmeza hasta que alcanzó el clímax y dio por terminada la violación, se colocó nuevamente la ropa y mientras su mujer seguía sollozando no dudó incluso en recriminarla.

—Otra vez cuando te llame a la primera respóndeme o ya sabes lo que te puede pasar... ¿Me has oído? ¡Responde o empiezo de nuevo!

—Sí... perdona... no lo volveré a hacer... —se escuchó su temblorosa voz casi como un susurro entre sus incesantes gemidos.

—¡Ah! Y para comer a ver si te esfuerzas hoy que últimamente te estás luciendo y no para bien. Quiero lo mejor que tengas en la casa y si te falta algo ves a la abacería pero en esta ocasión no quiero excusas ¿Estamos?

—Sí, sí... no te preocupes...

La mujer hizo aquello que le había ordenado su marido y procuró contentarlo de la mejor manera posible porque temía sus accesos de ira. Estaba confundida y amargada por los acontecimientos que se venían sucediendo cada vez con más frecuencia, pero no sabía qué hacer para solucionarlo. Al día siguiente, el *Judas*, tuvo que marchar con dos camaradas a Albarracín para solventar algunas cuestiones de la Falange encargadas por el Jefe Local. Desesperada como estaba, pensó que su única solución era hablar con mosén Pascual para ponerle en antecedentes y que le pudiera dar su opinión. Intuía que iba a tener una buena bronca ya que nunca le comentó las violaciones que periódicamente sufría, lo cierto es que siempre que tuvo oportunidad de hacerlo en el confesionario al final le daba vergüenza y prefería callar. Conocía los hábitos del sacerdote y que al mediodía solía salir a pasear, de manera que estuvo buscándolo hasta que por fin dio con él.

—Buenos días padre.

—Buenos sean gracias a Dios.

Después de los saludos de rigor siguió un incómodo silencio, roto por el cura al ver que la mujer permanecía delante de él mirándolo como si quisiera comentarle alguna cuestión de la que en un principio no se atrevía.

—¿Quieres algo...? No es la hora de confesarse, pásate a la tarde por la iglesia y... —comentó con notoria incomodidad.

—Lo que tengo que decirle —titubeó sin dejarle acabar la frase— no es en confesión porque... no es un pecado por lo menos por mi parte... aunque hace tiempo que se lo tenía que haber dicho... y sí, quizás en confesión...

—A ver si te aclaras de una vez ¿Quieres confesión o no?

El tono brusco utilizado la incomodó sobremanera, por ello la mujer agachó la cabeza y tras dar un prolongado suspiro quiso dar media vuelta y volver a su casa.

—Espera... vamos a empezar de nuevo —intervino el cura modulando su voz para poder calmarla—. Intuyo que hay algo muy importante que me quieres decir y por tus gestos creo que además te llena de amargura... pues mira, vamos de camino al cementerio y sin nadie a nuestro alrededor podrás contarme aquello que tanto te abruma.

Comenzaron a andar todavía en silencio porque seguían cruzándose con algunos vecinos y, cuando por fin estuvieron solos, la mujer armada de valor se plantó delante de él y se atrevió a pronunciar las primeras palabras.

—Padre quiero decirle que mi marido... me maltrata muy a menudo...

—¿Qué...?

—Lo que le acabo de decir... Antonio está cada vez más rabioso y la paga conmigo... ya no sé qué hacer...

—Algo habrás hecho para que se comporte contigo de esa manera... vamos, digo yo.

—Nada padre... se lo juro por Dios... nada...

—No se te ocurra nombrar a Nuestro Señor para una cuestión tan banal y mundana, me basta con tu comentario aunque si quieres que te ayude tienes que decir toda la verdad como si estuviéramos ahora mismo en el confesionario.

—Sí padre... Mire..., lo que quería decirle es que procuro tener todo listo cada vez que viene a casa para que no tenga nada que reprocharme... y además... me esfuerzo en complacerle..., usted ya me entiende...

—Esa observación sobra porque forma parte de los deberes del santo matrimonio y toda mujer está obligada a ello... ¿Y por todas estas minucias te encontrabas tan agobiada cómo para interrumpir mi paseo?

Al escuchar aquella reprimenda, la mujer no pudo evitar ponerse a llorar y un mar de lágrimas comenzó a surcar su rostro. Sin embargo, no se rindió y sacando fuerzas de la flaqueza le miró directamente a la cara con los ojos llorosos implorando su comprensión.

—Es que Antonio... me fuerza...

—¿No será que es muy vehemente?

—No padre, lo hace porque quiere aunque yo esté en el periodo...

—Y dale otra vez contándome intimidades de vuestro matrimonio.

—Pero es que me duele... y sobre todo últimamente... porque le ha dado por hacerlo de forma innatural...

—¿Qué dices?

—Pues eso padre... que cuando quiere me entra por otro lado del que Dios nos dio para poder parir...

—¡Virgen santa! ¿Cómo es posible? ¿Y tú se lo permites?

—Padre, ya le he dicho que me fuerza...

—¿Te das cuenta de lo que os pasa?

Ella lo miró con los ojos todavía vidriosos y roja de vergüenza mientras mosén Pascual la observaba con firmeza para ver si le respondía. Pero la mujer no sabía qué contestar y se mantuvo en silencio hasta

que el sacerdote decidió dar cumplida respuesta a la pregunta que él mismo acababa de realizar.

—Todo lo que ocurre en vuestro matrimonio es el vivo ejemplo del libertinaje republicano que todavía interiorizáis y por lo que me cuentas, sobre todo tu marido. El demonio de la carne se hizo fuerte durante esa oprobiosa época y muchos libertinos hicieron de su capa un sayo con las presuntas libertades de la República. Sí, no me mires así que de aquellos barros vienen estos lodos... pero, afortunadamente, para evitarlos tenemos a la Iglesia que vela por todos sus hijos...

—¿Y yo que puedo hacer padre?

—Estoy pensando en ello... venga, volvamos al pueblo que creo haber dado con la solución... acerquémonos a mi casa que te voy a dejar un libro para que lo leas con detenimiento. Está pensado para las niñas porque son ángeles que no han padecido la corrupción y el libertinaje de aquellos oscuros años, de esta manera, se pretende encauzarlas por el buen camino ya desde un principio. Se trata de unas lecciones moralizadoras para que sepan cómo afrontar la vida en todos sus aspectos y prepararlas para servir a Dios, a España y a sus familias.

Unos minutos más tarde habían llegado a la casa del cura y éste le dijo que esperara. Poco después salió de nuevo a la calle con un librito titulado *Nueva Raza* en la mano.

—Otro idéntico —le comentó mientras se lo mostraba— lo tiene la maestra del pueblo y alecciona a las niñas sobre cómo deben de comportarse en la vida. Toma, léelo durante unos días y sin lugar a dudas encontrarás en él la mejor forma de poder relacionarte con tu marido. Por lo que yo he leído y recuerdo te puedo decir que uno de los capítulos hace referencia precisamente a lo que me has comentado, espera, a ver si lo encuentro...

Mosén Pascual fue pasando varias páginas del libro hasta que por fin dio con lo que buscaba, señaló unas líneas con el dedo y le pidió que las leyera. La mujer obediente comenzó a desgranar su contenido.

(...) Sobre ella llovían denuestos. Juan el *Malo* se ensañaba en aquel cuerpo débil de mujer. Su látigo se cruzaba sobre el rostro delicado, dejando huellas de sangre. Crujía sobre sus espaldas, pero Isabel, siempre sonriente, seguía adivinando sus pensamientos, acatando sus órdenes, y a cada golpe, le decía: Gracias Juan...

—Es un ejemplo de lo que según me dijiste ocurre con tu marido ¿no es así? Pues ahora mira cómo aquella mujer logró revertir dicha situación... lo pone en estas líneas —le dijo señalando con el dedo un nuevo párrafo que asimismo comenzó a leer en medio de una profunda confusión.

(...) Mi dueño y señor. Lleno está mi cuerpo de los malos tratos que de ti recibí. Jamás proferí una queja ni un suspiro brotó de mis labios. No vengo a recriminarte por ello. Yo solo te ruego una cosa, amado mío. Que tus golpes y denuestos los reserves para cuando solos estemos. Sufro mucho, más no es por mí, sufro al ver que te odian, que te aborrecen, que todos te llaman Juan el *Malo* y yo quiero trocar ese nombre por el de Juan el *Bueno* (...) Perdóname dulce y buena. Santa y resignada ¡Santa Isabel!... ¡Santa Isabel! Y he aquí que Juan el *Malo* fue tan bueno, tanto, tanto, que las flores abrían sus corolas en viéndole llegar. Y los perros lamían sus manos. Y la dulce Isabel caía en sus brazos, llena de felicidad...

—¿Te vas dando cuenta como con humildad y devoción hacia el ser amado se pueden conseguir las más altas metas? No te queda más opción que resignarte y a través de tus actos lograr que por fin tu marido modere sus impulsos, solo de esta manera volverá al buen camino del que no debió de irse y si lo hizo, con toda seguridad fue por algún motivo ocurrido en vuestro matrimonio —apostilló con completa seguridad.

—Así lo haré padre... le prometo que leeré el libro y tomaré cumplida cuenta de todas las indicaciones..., yo lo único que quiero es ser feliz... pero sobre todo... que deje de... pegarme...

VI

El matrimonio de pastores que recogía en el aprisco del tío *Frascuero* las notas del Maquis redobló a partir del intento de violación de Violeta todas las precauciones posibles, ya que veían a los falangistas del pueblo con el *Judas* y Serafín a la cabeza vigilando continuamente los pasos que daba la mujer. Y llegó un día en que los enlaces recogieron un mensaje, se trataba de una nota escueta como si fuera la clave

de alguna cita clandestina para realizar en Teruel. Como siempre buscaron el momento propicio para entregarle el escrito a Violeta y, tal como acostumbraba en la víspera de su marcha a la capital, se dispuso a esconderla entre su ropa.

Aquella misma noche había tenido más trabajo que de costumbre y cenó algo tarde, de manera que retirando los cubiertos a un lado de la mesa comenzó a hacer los pespuntos en la cinturilla de sus enaguas para esconder los mensajes, tal y como siempre realizaba. Abrió su costurero valenciano y sacó del mismo el dedal, la aguja y una bobina de hilo que enhebró con diligencia, pero cuando estaba dando las primeras puntadas se despistó por un momento pinchándose en un dedo. Dio un manotazo de forma instintiva y debido al golpe derramó el vaso que todavía contenía vino encima de la mesa, con tan mala fortuna que salpicó la nota que tenía que esconder.

Con rapidez se llevó el dedo dolorido a la boca y con la mano libre levantó el vaso, pero ya era tarde porque se había vaciado por completo su contenido y, lo que es peor, la nota había quedado totalmente empapada. La recogió e intentó secarla pero resultaba imposible y las letras cada vez aparecían más borrosas aunque todavía se podían leer. En un instante pensó lo que podría hacer y decidió aprendérsela de memoria, ya que en el estado que se encontraba podía borrarse o en todo caso la imagen que iba a dar era la de una persona descuidada. Incluso esa opción era mejor que realizar otra nota nueva por los recelos que podía suscitar, intentaría decirle a su enlace de Teruel qué le había ocurrido con la original y santas pascuas. Una vez memorizada echó el papel a la lumbre.

Todavía era la madrugada del día 5 de febrero de 1948 cuando Violeta comenzó los preparativos de su viaje a la capital, cargó las canastillas con los quesos en un lateral del baste de la mula y los huevos en una cesta cubierta de paja en el otro lateral. Recogió a su hija que ya se había vestido y la llevó a casa de sus suegros como hacía durante esas jornadas. Luego, tras despedirse de Esperanza y dar los últimos recados a su suegra, inició su camino a Teruel. Una hora larga más tarde y ya a plena luz del día, estaba a punto de llegar a la paridera del *Meadero* cuando observó de improviso la presencia de varias personas armadas que se dirigían hacia ella.

—Quieta ahí Violeta, ni un paso más.

La mujer obedeció asustada y sujetó a la mula con firmeza, aquella inesperada y brusca aparición había estado a punto de espartarla. Ignoraba quiénes eran los asaltantes al estar emboscados e ir cubiertos con pasamontañas y gorras, pero lo cierto es que le habían dado un susto de muerte. Fueron caminando hacia ella y solo cuando casi estaban a su lado y se descubrieron los pudo reconocer, eran el trío *Calavera* y otros dos falangistas del pueblo, todos ellos armados con escopetas. Instantes después aparecía un carro que, aunque a cierta distancia, la había seguido desde Monterde y la obligaron a subir al mismo sin darle más explicaciones. Violeta iba callada, sin querer preguntar el porqué de su detención. Las únicas voces que se escuchaban eran las de sus captores entremezcladas con numerosas risotadas y la actitud jactanciosa del *Judas* por la acción llevada a cabo. Durante toda la marcha, la mujer no hacía más que pensar en lo que estaba ocurriendo e intuyó que sin lugar a dudas dicha detención estaba relacionada con el Maquis.

Nada más llegar al pueblo se dirigieron al Ayuntamiento y el *Chivato* acudió raudo a avisar al Jefe de la Falange. Había el trasiego normal de una mañana cualquiera durante el invierno, es decir, poca gente por las calles y las que circulaban se dirigían a sus trabajos cotidianos. Pero aquel grupo se hizo de notar, ya no tanto por ir armados sino porque daban a entender claramente que llevaban a Violeta detenida, por ello, muchos vecinos siguieron a la comitiva hasta la puerta misma de la Casa Consistorial. Unos minutos más tarde, llegaron al unísono Serafín junto a su correveidile y dos falangistas con la mula de la mujer. Mientras tanto, ésta se encontraba vigilada en la secretaría ante la manifiesta incomodidad de don Ramón Sánchez por aquella invasión y, del hecho, de que nadie le hubiera advertido sobre aquel incidente.

—Tenemos que interrogar a la detenida, ¿dónde podemos hacerlo? —inquirió el jefe de la Falange.

—Yo no soy quien para decirlo pregúntaselo al alcalde —respondió el secretario con acritud y un punto de mala leche.

—Mi padre no está en el pueblo... bueno si no me lo dices tú iremos donde me de la real gana. A ver dame la llave del Salón de los Plenos municipales.

—Esto es el Ayuntamiento no una cárcel...

—Pero tú, ¿de parte de quien estás? Basta ya de cháchara y no hagas que me cabree...

Don Ramón Sánchez optó finalmente por darle la llave del Salón. Se trataba de una habitación grande donde se celebraban los Plenos del Ayuntamiento, y daba en su interior con otra de reducidas dimensiones en la que se guardaba parte del archivo municipal. No le hacía ni puñetera gracia todo lo que estaba ocurriendo y más tratándose de Violeta a quien apreciaba bastante, pero muy poco o nada podía hacer por ella si era cosa de la Falange. En todo caso, estaría ojo avizor por si la situación se desbocaba e intentaría poner cordura en aquel despropósito de sus camaradas del Movimiento. Éstos, lo primero que hicieron al entrar en la estancia fue mover los bancos de madera para amontonarlos en un rincón. Apenas habían terminado cuando apareció el cura del pueblo bastante contrariado porque se había enterado de todo lo que estaba ocurriendo gracias a Hugo, el *Chivato* del trío *Calavera* que, como siempre, hizo honor a su apodo.

—No se me enfade mosén que íbamos a decírselo ahora mismo ¿verdad muchachos...?

—¡Sí!... ¡Sí!... Ahora... lo íbamos a hacer... —comentaron al unísono varios de los falangistas presentes.

—Bueno... ya que está aquí véngase con nosotros que la vamos a interrogar —aprovechó la circunstancia Serafín para intentar aplacar el enfado del cura.

—Violeta nunca ha sido trigo limpio... ¿qué ha hecho esta vez? —preguntó mosén Pascual.

—Es un enlace del Maquis —entró en la conversación el *Judas*.

En ese preciso momento los dos falangistas que habían llevado a la mula subían al Salón las canastillas con los quesos y la cesta de los huevos.

—Escucha Violeta responde a nuestras preguntas y te ahorraremos algún disgusto ¿Dónde escondes las notas que llevas a Teruel?, —comenzó Serafín el interrogatorio.

—No sé nada de lo que me estáis hablando —fueron sus primeras palabras desde la detención.

—¡Tú lo has querido!

Acto seguido Serafín cogió uno a uno los quesos y los fue estrujando intentando ver si en su interior albergaba algún envoltorio con el pretendido papel. Como no podía ser de otro modo, los destrozó todos con suma facilidad pero no encontró nada más que lo que eran: quesos tiernos de cabra. Al instante, el *Judas* hizo lo propio con la cesta de los huevos y los estrelló de golpe contra el suelo rebuscando entre la paja, pero tampoco encontraron nada. Acto seguido fueron hacia el mulo para quitarle todos los arreos que llevaba incorporados y, allí mismo, en la calle, destrozaron el baste por ver si en su interior había algún orificio sospechoso e hicieron lo propio con las samugas, la tarria, la cincha y el resto de los aparejos. Sin embargo, el resultado también fue negativo. A estas alturas, Violeta permanecía muy tranquila pensando que la incidencia de la noche anterior con toda seguridad le había salvado la vida. La falta de resultados comenzaba a impacientarlos, de manera, que encargaron al párroco y otro falangista que la vigilaran y después de quitarle las llaves de su casa, se fueron allí varios de ellos. Registraron la vivienda de arriba abajo pero tampoco encontraron nada sospechoso.

Serafín estaba cada vez más irritado por la falta de resultados y el ridículo espantoso que, a los ojos del pueblo, estaba representando aquella detención. Cuando volvieron de nuevo al Salón de los Plenos se tuvo que enfrentar con los suegros de Violeta que acababan de llegar y le increparon por lo que estaba sucediendo, por supuesto no les hizo el menor caso y cerró la puerta de entrada ante sus narices. Su crispación había alcanzado cotas elevadas y miraba al *Judas* con indisimulado resquemor, ya que él había sido el principal causante de aquel embrollo. Dos días atrás había acudido a su casa para decirle que había recopilado serios indicios de que aquella mujer estaba involucrada con el Maquis, y que tenía la certeza que los viajes a Teruel eran una tapadera para servirles de enlace. Eso sí, no tenía pruebas materiales de lo que estaba denunciando y, que por lo tanto, lo mejor sería interceptarla a mitad camino de la carretera a Cella, registrarla e interrogarla. Teniendo ambos personajes tantas ganas de vengarse de la mujer convinieron no esperar más tiempo y abordarla en el siguiente viaje que realizara. Estaban seguros de poder desenmascararla, además, se marcarían un tanto ante el gobernador civil en su cruzada para acabar con el Maquis turolense.

Por eso en estos momentos ya no había lugar para una vuelta atrás y aquella operación había que finalizarla con los mejores resulta-

dos posibles. Pero dado que éstos habían sido nulos hasta entonces y que se necesitaba alguna prueba para concluirlos, Serafín decidió dar otra vuelta de tuerca al interrogatorio.

—Nos vas a decir ahora mismo qué contactos tienes con el Maquis.

—No te lo puedo decir porque no sé nada de lo que me estás...

No pudo terminar la frase al propinarle un guantazo que la hizo caer al suelo. Acto seguido fue el *Judas* quien la levantó cogiéndola del pelo y, cuando la tuvo de frente, preso de su resentimiento le dio otro bofetón que asimismo la hizo volver a caer.

—Malditos cobardes todos contra una mujer que no puede defenderse.

—Pues llama a tu marido para que te venga a ayudar.

Al escuchar aquellas palabras junto a las risas de los presentes Violeta se levantó enfurecida e intentó abofetear al que tenía más cerca. Pero no lo pudo hacer debido a que éste le sujetó la mano y, empujándola, cayó nuevamente al suelo donde fue pateada por los dos falangistas al tiempo que la increpaban para que hablara.

—Ya sé porque no hemos encontrado nada —exclamó el *Judas* ante la persistente negación de la mujer—, debe de llevar algún correo escondido entre la ropa, desnudémosla y lo comprobaremos.

—Si hay que desnudar a esta mujer no lo haréis vosotros ¡Pero qué poca vergüenza! ¿Cómo se os ocurre tal cosa?, —gritó el cura fuera de sí y a continuación se dirigió a uno de los presentes—. Tú, ves corriendo a por la presidenta de la Sección Femenina y que venga con otra afiliada aquí inmediatamente.

Al momento se colocó abriendo los brazos entre los agresores y Violeta, que, sentada en el suelo, temblaba de miedo. Ésta no se lo podía creer y le parecía estar viviendo un sueño, nada menos que el propio párroco del pueblo defendiéndola de sus atacantes. Y en efecto, aquella situación pertenecía al universo de los sueños, porque el inefable mosén Pascual no tardó en hacerle ver que las pesadillas también formaban parte de ese mundo.

—No te equivoques conmigo —dijo dirigiéndose a ella—, que yo no estoy aquí para defenderte ni mucho menos. A las “Rojas” como

tú hay que domarlas a base de palos y tentetieso, eso me parece muy bien, pero en lo que no estoy en absoluto de acuerdo es que los hombres te quiten la ropa y hagan pública tu desnudez. Ese es uno de los más oprobiosos pecados que castiga la Iglesia, ya lo dice el sexto mandamiento “No cometerás actos impuros”.

—Así que la Iglesia castiga a los hombres por estos actos impuros y en cambio les bendice cuando asesinan a inocentes como mi madre o mi marido ¿Ya no se acuerda del quinto mandamiento, mosén...?

Pero el cura no respondió, hizo un gesto despectivo con la mano y caminó hacia la puerta con la suficiencia de quien sabe que en esos momentos tiene la sartén por el mango. Si bien en un principio no había sido invitado a aquel interrogatorio, ahora se encontraba en disposición de controlar los pasos a seguir debido a la deriva de cómo se habían desarrollado los acontecimientos. A los pocos minutos llegaban las mujeres al Salón de Actos abriéndose paso entre el gentío apostado a las puertas del Ayuntamiento. En el momento que entraron, mosén Pascual, plenamente consciente de su ascendiente sobre todos los presentes, les dio las órdenes oportunas.

—Coged a esta “Roja” y ayudad a que se desnude en aquel cuarto. Fijaros bien en dejarla sin absolutamente nada de ropa, la amontonáis toda y la sacáis aquí para que puedan revisarla.

Las dos mujeres se acercaron a Violeta y tras alzarla del suelo la empujaron hacia donde les había indicado obligándola a entrar junto a ellas, a continuación cerraron la puerta.

—Mira Violeta yo no quiero problemas y has escuchado a Serafín, desnúdate y no nos obligues a hacerlo nosotras.

Estaba claro que no le quedaba más remedio que obedecer, de manera que poco a poco le fue entregando su ropa a la presidenta de la Sección Femenina que era quien llevaba la voz cantante. Instantes después tan solo le faltaba por quitarse sus prendas íntimas, pero no se atrevía a dar este último paso.

—No pongas las cosas más difíciles. Han dicho que tienes que quedarte desnuda y es lo que vas a hacer por las buenas o por las malas —comentó con dureza la otra mujer.

Y en efecto, tuvo que acatar semejantes órdenes por muy ultrajada que pudiera sentirse e instantes después ya se había desvestido

completamente. Cuando tuvo todas las prendas recogidas entre sus brazos, la presidenta le hizo una señal a su compañera para que abriera la puerta, algo que realizó al instante. En ese momento, tanto Serafín como el *Judas* se abalanzaron a por la ropa al tiempo que levantaban la cabeza intentando ver a Violeta desnuda, pero el cura volvió a adelantarse a sus deseos y, junto a las dos mujeres, se interpusieron para impedirles observar aquello que con tanto ahínco suspiraban. Dentro de aquel pequeño habitáculo quedaba Violeta, sola y muerta de vergüenza por haberse visto obligada a mostrar su desnudez aunque fuera solo ante otras mujeres. Se encontraba sentada en el suelo y con ambas manos se cubría el sexo y los senos, mientras mantenía la mirada perdida en dirección al suelo. Sufría en silencio la situación más humillante que había pasado en su vida, pero lo cierto es que dadas las circunstancias aún podía haber sido peor.

En el Salón de los Plenos, el grupo de falangistas destrozaba las prendas de Violeta buscando el correo que, según insistía el *Judas*, llevaba la mujer a Teruel como enlace del Maquis. Sin embargo, tal y como ocurrió con todo lo que habían escudriñado durante esa mañana, tampoco obtuvieron resultados positivos. Serafín, tenía un cableo de los que marcan época. Él, que se las daba del mandamás del pueblo, nada menos que el Jefe de la Falange en Monterde de Albaracín, estaba siendo humillado por una maldita “Roja”. Tuvo que tragarse su orgullo y dados los nulos resultados de aquella investigación comentó a los presentes que todo había acabado.

El *Judas* quiso protestar por aquel abandono, pero antes de poder hablar recibió una inquisitorial mirada de su Jefe que le hizo desistir de realizar cualquier comentario. Serafín se recompuso la vestimenta lo mejor que pudo, ya que después de la intensa actividad de esa mañana estaba algo desastrado y convenía dar buena imagen, más aún después de aquel inoportuno traspies. El resto de sus camaradas lo imitaron y acto seguido salieron todos del Salón de los Plenos como si tal cosa, abriéndose paso entre el gentío que se agolpaba a la puerta del Ayuntamiento. Una vez quedó vacía la estancia municipal, varias personas encabezadas por Cosme y Enriqueta penetraron en ella pero no vieron a Violeta, tan solo su ropa destrozada y tirada en el suelo junto al amasijo informe de paja, huevos y quesos. Ante dicho panorama se asustaron de pensar en lo que podía haber ocurrido y acudieron al cuarto que mantenía la puerta entreabierta. Y en efecto, la vieron

acurrucada en un rincón, completamente desnuda y con la mirada ausente. Se quedó con ella su suegra y acto seguido mandó a Cosme y a una pariente para que acudieran a casa de Violeta y le buscaran alguna muda que ponerse.

Los sucesos de ese día alteraron para siempre la vida de Violeta y por lo pronto dejó de acudir como correo del Maquis a Teruel. Debido a la humillante experiencia de aquel día, la enfermedad de su hija y los últimos y luctuosos acontecimientos, cayó en una depresión y tuvo que ser su familia y amistades quienes intentaran levantar su decaído ánimo. Ardua labor, aunque a duras penas y con mucho mimo y paciencia por lo menos lograron que no fuera a más.

VII

A mediados de febrero de 1948 partió desde Monterde hacia la capital turolense el capataz del tío *Chalecos* con la intención de mediar en la compra de maquinaria agrícola para su amo y, por tal motivo, llevaba consigo una buena cantidad de dinero. Sin embargo, antes de llegar a la paridera del *Meadero* fue detenido por unos bandoleros que le robaron cuanto llevaba encima y después de dejarle atado a una sabina huyeron al monte. Una vez el tío *Chalecos* supo lo acaecido tuvo un arrebato de furia, en menos de un año sus finanzas habían sufrido un doble quebranto, primero con la entrada del Maquis durante el verano del año anterior y ahora con el asalto a su capataz. Creyendo que aquel atraco había sido concebido en el propio pueblo y puesto en conocimiento del Maquis, no dudó en garantizar una recompensa a quien proporcionara los datos suficientes para detener al culpable del chivatazo. Dado lo jugoso del premio, enseguida comenzó a tener las primeras aportaciones.

—Buenos días don Belarmino —saludó el *Judas*.

—Buenos sean ¿qué quieres?

—Yo... vengo a decirle que se quien dio el soplo al Maquis sobre el viaje a Teruel de su capataz.

—¿Y quién es?

—Se trata de Felipe.

—¿Tu cuñado?, ¿el viudo?

—¡Sí! El mismo.

—Pues bien, déjalo de mi cuenta y pásate mañana.

Antonio Talanca salió todo ufano de la mansión del tío *Chalecos*, algo que era consustancial con su personalidad, ya que sus momentos de gloria siempre tenían lugar cuando se ofrecía de forma despreciable y servil a los poderosos. Por su parte, Belarmino Fuentes no tardó en ponerse manos a la obra y mandó que, con la máxima discreción, llevaran al susodicho Felipe a su presencia. Sus dos criados de confianza fueron los que cumplieron las órdenes y, con artimañas junto a una cierta cautela para que nadie en el pueblo se percatara, lo llevaron a una bodega de la mansión que utilizaban para determinadas reuniones. Una vez allí le hicieron sentar en una silla y lo ataron fuertemente a la misma haciendo caso omiso a sus protestas, el buen hombre no entendía para nada ni el engaño ni lo que estaba ocurriendo.

Durante casi una hora lo estuvieron interrogando aunque no sacaron nada en claro y así se lo hicieron saber al tío *Chalecos*. Éste les ordenó que forzaran la situación y pasaran de las palabras a las manos con todas sus consecuencias, le daba exactamente igual lo que le hicieran tan solo le importaba los resultados. De manera que, a partir de ese momento, las amenazas fueron sustituidas por los golpes y el pobre Felipe sufrió de lo lindo con las torturas a las que fue sometido. Sin embargo, el hombre no daba su brazo a torcer y seguía empeñado en negar la máxima: que no tenía nada que ver con el asalto al capataz protagonizado por maquis o bandoleros. Y por segunda vez acudieron a ver al tío *Chalecos* que, al escuchar de nuevo su negativa, montó en cólera y bajó con sus criados para tomar personalmente las riendas del interrogatorio. La tenue luz de la bodega impedía apreciar en toda su magnitud los tormentos que había padecido el detenido, pero aun así resultaban visibles la gran cantidad de moratones y sangre que cubrían su rostro.

—Maldita sea tu estampa Felipe, ¿qué quieres?... que mis hombres acaben contigo... ¿es que acaso no has tenido bastante? Habla de una puñetera vez o... vamos a por tus hijos —amenazó como último recurso ante sus persistentes muestras de tozudez.

—Por favor a por mis hijos no... que ellos no tienen la culpa de nada...

—Si de verdad los quieres dime si tú tienes algo que ver con el robo.

—Pero si ya lo he dicho... yo no sé nada, cuantas veces lo tengo que repetir para que me creáis de una vez...

—Tú lo has querido. Uno de vosotros, id y traedme a su hijo mayor a ver si se atreve a negar de nuevo.

—No, por favor, por lo que más quiera no traigan a mi hijo..., no dejen que me vea en este estado ni le hagan daño..., les diré lo que quieran saber pero por Dios respeten a los míos que es lo único que me queda en esta vida.

Por fin el tío *Chalecos* había conseguido doblegar a Felipe, por cierto, una persona con la que nunca había mantenido contencioso alguno. Más aún, siempre le había tenido por alguien formal, aunque desde que enviudó hacía poco más de un año apenas lo había tratado y cuando se cruzaba con él por la calle le daba una impresión más bien taciturna. Por eso mantenía una duda razonable respecto a su culpabilidad, ya que no cuadraba para nada los hechos que estaba juzgando con su personalidad, ni le había satisfecho en absoluto los resultados del interrogatorio. De manera que hizo una señal a sus criados y salieron todos de la bodega mientras el detenido lloriqueaba ante la mera mención realizada de su familia.

—¿Qué os parece?, —preguntó a los sirvientes.

—¿Quiere que le diga lo que pienso?, —dijo uno de ellos.

—¡Por supuesto! Es lo que te he preguntado ¿no? —respondió con acritud.

—Me parece que este hombre dice la verdad. Insiste en que ese día se fue a Cella y tan solo se topó con el carro de unos vecinos de Pozondón que iban a Albarracín, se saludaron y nada más.

—Por eso quería que me dieras tu opinión, porque yo también tengo mis dudas. Ha recibido de lo suyo y sin embargo lo ha negado todo y tan solo cuando le hemos mencionado a sus hijos es cuando se ha venido abajo decidiéndose a hablar, pero ha sido solo para mantenerlos a salvo, que a mí no me la pega. Resulta extraño todo esto... y

además que sea su propio cuñado quien lo delate..., no sé pero aquí hay algo que no cuadra y no me acabo de fiar. En fin, volvamos adentro que lo voy a seguir interrogando.

—Bueno Felipe —le escrutó la cara con detenimiento una vez estuvo frente a él— te has comprometido a decirme la verdad, por eso quiero que sepas que si tu cumples yo te doy mi palabra que cumpliré también y los tuyos no padecerán ningún daño... a ver, dime, ¿cómo te pusiste en contacto con el Maquis?

—Yo... pues... cuando iba hacia Cella los vi y se lo dije...

—¿Eran del Maquis?

—Sí... Llevaban metralletas... por eso lo sé.

—Y dime, ¿fueron los mismos que entraron en Monterde hace casi un año?

—Sí..., no..., no lo sé...

—¿No serían por casualidad Luís Candelas y el Empecinado?

—Sí... sí... de esta manera creo que se llamaron entre ellos...

—Vale, ya es bastante, no sigas hablando y cállate. Mírame bien a los ojos, no apartes la vista y ahora quiero que de una puñetera vez me digas la verdad y solo ella —le dijo escrutándole con la mirada acerada porque era evidente que estaba mintiendo—. Si descubro que me engañas te acordarás de mí toda tu vida, pero si me dices la verdad te insisto en que te recompensaré y sabes que yo no miento.

El tío *Chalecos* dejó que Felipe se recompusiera después del estrés que había padecido. Los criados se apartaron a un lado y dejaron el espacio suficiente para que se pudiera colocar. Entonces se puso en cuclillas y acercó su cara a un palmo de la del detenido, le miró a los ojos como le había comentado y pudo comprobar que el infeliz estaba tiritando de puro miedo.

—Por última vez quiero que me digas si tuviste algo que ver con el robo a mi capataz.

Felipe se mantuvo callado durante unos instantes, de la contestación que diera dependía nada menos que su propia vida y el bienestar de las personas que más quería. Amaba sobre todas las cosas de este mundo a su familia y haría todo lo posible por defenderla, por

eso dudaba qué respuesta dar, pero como siempre había sido una persona seria, honrada y cabal, pensó que no tenía por qué cambiar ni tan siquiera en una situación tan delicada. Sacó fuerzas de la flaqueza y dejó de temblar, entonces tomó la decisión más importante de su vida.

—Me pide que le diga la verdad don Belarmino pues yo se la diré —expuso con aplomo no exento de cierta intranquilidad—. Quiero más que a nada a mi familia y por ella sería capaz de lo que fuera aunque todo tiene un límite. Mire, yo nunca fui a la escuela, por eso no se leer ni escribir pero al mismo tiempo soy el hombre más feliz de este mundo cuando veo a mis hijos hacer los deberes, o les escucho hablar de cosas que ni conozco ni me puedo imaginar. Sí, soy analfabeto, pero a honradez no me gana nadie en este pueblo... Mis padres me enseñaron que un hombre que dice la verdad puede ir con la cabeza bien alta por la vida, ¿y qué es lo que nos queda a los pobres como yo que tenemos que deslomarnos todos los días para sacar adelante a nuestras familias? Aparte de dignidad y ser buenos cristianos... ¡Nada! Usted quiere la verdad, pues escuche lo que le voy a decir —suspiró profundamente como para darse ánimos ante lo que se disponía a declarar y concluyó con firmeza—: Yo no sé nada de lo que me están preguntando... no tengo nada que ver en ese asunto ni sé quién les ha podido decir lo contrario, porque si alguien lo ha hecho está mintiendo como un bellaco. Si quiere matarme, hágalo, tengo mi vida en sus manos. Desde que murió mi mujer ya no me asusta la muerte, pero eso sí, deje a mis hijos en paz que no tienen nada que ver en sus asuntos...

Al escuchar aquella confesión, el tío *Chalecos* se levantó bajo la atenta mirada de sus hombres. Entonces se giró y dirigiéndose a ellos les indicó lo que tenían que hacer.

—Este hombre es inocente, soltadle, pero antes hay que llamar al médico que lo cure y decidle que mantenga silencio sobre este asunto —y dirigiéndose a Felipe le comentó—: Me he equivocado contigo y cuando cometo un error procuro solucionarlo. Quiero hacerte un donativo por el daño que te he causado y pedirte disculpas por todo lo que ha ocurrido aquí esta tarde... También espero que quede entre nosotros y no se lo comentes a nadie... Si alguna vez estás necesitado o tienes cualquier percance ven a mi casa y yo te ayudaré, que estoy en deuda contigo.

Felipe ya estaba desatado y se aseaba con un paño y el agua de un balde que le había traído uno de los criados. Miró con desprecio al tío *Chalecos* cuando iba a salir de la bodega e instintivamente le hizo un comentario.

—Don Belarmino antes de irse quiero decirle que no hace falta que llamen al médico, descansaré en mi casa todo lo que pueda porque tengo que binar mis campos y por ello he de estar en condiciones, pero yo solo me basto para curarme. También quiero que sepa que no quiero su dinero para nada, a mí no me sobra pero el que tengo me lo he ganado con el sudor de mi frente y espero que siempre siga siendo así. No se preocupe porque tiene garantizado mi silencio y, por último, solo quiero pedirle un favor, que me deje en paz para siempre, a mis hijos y a mi familia.

Los criados del tío *Chalecos* lo miraron incrédulos al escuchar las palabras altaneras y rayando la soberbia de Felipe. Belarmino se había detenido al escuchar su alocución y girando a medias la cabeza lo observaba de reojo con indisimulado desdén. Pero a pesar de todo, aquella pose no era más que pura apariencia porque lo cierto es que sentía admiración por la muestra de integridad de aquel pobre miserable. Una vez concluyó con el comentario, cruzó su mirada con la de sus criados y con un gesto les conminó a que le dejaran marchar. Pero tal como salía de la estancia sus primitivas sensaciones se fueron transformando hasta acabar en un cabreo monumental. Su ira aumentaba conforme pasaban los minutos y se daba cuenta que lo había utilizado el maldito *Judas* por motivos que él ignoraba. Además, recordaba alguna que otra acción similar días atrás, como cuando hizo correr el bulo de que Violeta servía de enlace al Maquis y no pudieron descubrir nada de nada. Desde luego, la actitud de dicho individuo dejaba bastante que desear por mucho que formara parte del núcleo duro de la Falange local. Y conociendo a Belarmino Fuentes este asunto no iba a quedar así, sobre todo, por la sensación de ridículo espantoso que sentía el cacique tras el interrogatorio y la posterior liberación de Felipe.

A la mañana siguiente, una criada acudió al despacho del tío *Chalecos* para informarle que Antonio Talanca se encontraba en la entrada de la casa esperando que lo recibiera. En esos momentos estaba pensando precisamente en él y en la manera de castigarlo por la falsedad de su acusación del día anterior. Sin embargo, no dejaba de reconocer que tendría que moderar sus impulsos porque era uno de los

íntimos de Serafín. Torció el gesto ante aquella inesperada visita, le importunaba ocuparse de ellas antes del mediodía, no obstante, le indicó a la sirvienta que le hiciera pasar para ver qué demonios quería aquel infumable mentiroso.

—¿Qué se te ha perdido aquí a estas horas?, —le echó en cara a modo de bienvenida.

—Vengo a reclamarle las quinientas pesetas de recompensa que ofrecía usted por descubrir al chivato del Maquis... de los bandoleros quiero decir —solicitó el *Judas*.

—De manera que quieres tu premio.

—Por supuesto, yo le he entregado al culpable, ¿no?

—Escúchame bien majadero, Belarmino Fuentes no paga a traidores y mucho menos a mentirosos como tú.

—¿Qué?

—¡No me has oído o es que estás sordo! —Gritó el hombre rojo de rabia y con las venas del cuello hinchadas mientras se levantaba del sillón—. Márchate de aquí con viento fresco antes de que se me agote la paciencia, no aparezcas por esta casa nunca jamás o te juro que te acordarás de mi durante toda tu miserable vida. Vamos, ¡largo de aquí!

Al escuchar los gritos aparecieron de inmediato varios criados y a una indicación del tío *Chalecos* lo sacaron en volandas de la casa y lo echaron a la calle sin ninguna contemplación. Una vez de nuevo en su despacho, les ordenó que abrieran bien los ojos y oídos ante cualquier osadía del *Judas*. Estaba convencido que las habría y, si era tan inconsciente de realizarlas, quería que se lo hicieran saber inmediatamente porque le haría pagar caro su atrevimiento. Y en efecto, no se equivocó, a la noche siguiente un criado de su máxima confianza le puso en antecedentes sobre lo que había escuchado en la cantina. La cara del cacique era un poema y los gestos de asombro se sucedían al saber que él y su familia era objeto de burlas por parte de *Judas*, el cual no dejaba títere con cabeza. Le comentó que incluso llegó a leer un poema sobre la falta de hombría del tío *Chalecos* porque no fue capaz de hacerle un varón a su mujer y tan solo había tenido hijas, apostillando que por eso los únicos hombres que allí vivían habían acudido de fuera de su casa. Y aunque fuera con ciertas reservas —le comentaba

el criado— lo cierto es que los vecinos que estaban en la cantina rieron con gusto aquella ristra de chanzas. Pero el punto culminante de su enojo llegó cuando se enteró de que aquel traidor había dejado entrever a los presentes que el tío *Chalecos* nunca se metería con él, ya que sabía de muchos y graves asuntos ocurridos en el pueblo donde había manipulado a todos en la sombra.

Belarmino Fuentes arqueó las cejas y entró en cólera ante aquellas noticias, lo que había escuchado no podía quedar así, era demasiado y aquel malnacido iba a pagar con creces sus palabras. No dejaba de pensar en lo poco que había durado el juramento de silencio entre todos los que habían participado en el suceso de *Sabinaquemada*, y aquella cadena que se preveía firme había acabado por resquebrajarse en su eslabón más débil y repugnante. Durante dos días estuvo trazando un plan para dar el fin adecuado que requería dicha situación. Una vez tuvo claro cómo actuar, ordenó a uno de sus criados que invitara a cenar a los miembros de la Falange y a los simpatizantes más destacados del pueblo y, por encima de todo, que tuvieran la seguridad de que el *Judas* acudiera sin falta.

La cena fue espléndida y el vino corrió generoso entre los comensales. Una vez acabaron, el anfitrión hizo que sacaran un digestivo mientras él se levantaba de la mesa para acudir al aparador, abrió una cajita de madera y extrajo varios puros que fue repartiendo entre los invitados. El *Judas*, a pesar de su temor inicial se encontraba la mar de satisfecho y no era para menos. Por primera vez había sido invitado a la casa del cacique más importante del pueblo, además, llegó a intimar con él e incluso se había animado a tutearlo. Pensaba que sin duda alguna había pasado página sobre el suceso que los había enfrentado días atrás. Durante la cena de aquella noche se había encontrado a sus anchas, incluso se atrevió a hacerse el gracioso como acostumbraba y, por supuesto, se solazó contando chascarrillos de variado repertorio y dudoso gusto. Y según era su costumbre hizo todo lo posible para ser el centro de atención interrumpiendo además al dueño de la casa en más de una ocasión, un acto verdaderamente temerario y más tratándose del tío *Chalecos*.

El *Judas* no era ni mucho menos un borracho como *Ungüevo*, pero cuando bebía se le desataba la lengua una barbaridad. Y en medio de esa vorágine etílica y sandunguera, no faltaron las chirigotas de curas y monjas o las más libertinas que tenían a las mujeres como elemento

central. Llegó un momento en que la tensión alcanzó cotas elevadas y fue cuando una de las hijas de don Belarmino entró en el comedor para dar un recado a su padre, y éste observó los miramientos obscenos que era objeto por parte del bufón de la noche. Aquello era demasiado atrevimiento, pero viejo zorro como era no quiso levantarse y estrangularlo con sus propias manos. Dado su comportamiento, empezó a tomar conciencia de que todos los chismes que sus criados y amigos le habían contado sobre aquel individuo, tenían visos de realidad. No obstante, antes de darle el escarmiento que había pensado hacer, prefería escuchar de sus propios labios que no tenía nada que ver con aquellas burlas. Aunque viendo cómo se estaba comportando durante esa noche, cada vez estaba más convencido de la veracidad de dichos rumores. Esperó a que los invitados terminaran con sus copas para despedirlos a todos y así poder quedarse a solas con el susodicho Antonio Talanca. Situación que, por otra parte, también estaba esperando el propio *Judas* y pretendía retomar los asuntos que tenían a medias o mejor dicho, que habían acabado de forma brusca unos días atrás.

—Antonio, ¿la cena ha sido de tu agrado?

—Sí don Belarmino, muchas gracias por la invitación.

—Déjate de cumplidos y tutéame como lo has hecho durante toda la velada. Quería hablar contigo porque ha llegado a mis oídos cierta información que te acusa de burlarte de mí en la cantina... ¿es eso cierto?, —le soltó de sopetón con la intención de pillarlo desprevenido.

Los ojos del tío *Chalecos* taladraron la gestualidad del interrogado, él solía vanagloriarse de tener buena vista sobre las relaciones humanas y de saber más por viejo que por diablo. Siempre se tuvo por una persona astuta y sagaz, con la sutileza propia del mismísimo Maquiavelo. Pensaba, que su mirada inquisidora era suficiente para deshacer los entuertos más enrevesados o descubrir recónditos misterios. Nada más lejos de la realidad, porque lo cierto es que si apreciaba gestos temerosos entre sus interlocutores era más bien por pánico a sus actos —muchas veces instintivos e irracionales—, que por muy penetrante que fuera la contemplación de su mirada. Aún con todo, el *Judas* se delató solo al bajar la vista al suelo, ruborizado, e incluso tartamudeó ligeramente cuando intentó sin demasiada convicción asegurar al dueño de la casa que no tenía nada que ver con aquellas infundadas

acusaciones. Pero esa reacción por muy pacata que fuera resultó suficiente y acabó por convencer a Belarmino Fuentes para tomar la decisión que venía meditando desde días atrás.

—Te creo Antonio, apenas hemos tenido relación pero creo a las personas por sus reacciones y la tuya no deja lugar a dudas, —le comentó con un evidente doble significado—. Y para que veas que doy por zanjada nuestras diferencias, pásate mañana por aquí y hablaremos con más tranquilidad.

Tal y como habían quedado, el *Judas* y el tío *Chalecos* se volvieron a ver en el despacho al día siguiente. La cara del primero era de total satisfacción porque pensaba que ahora sí iba a conseguir sus planes, la del dueño de la casa en cambio aparentaba una serenidad como pocas veces se le había visto en los últimos tiempos.

—Me parece que cuando viniste hace unos días a mi casa fui injusto contigo —empezó excusándose Belarmino.

—No se preocupe...

—No me interrumpas mientras hablo... eso déjalo para tus amistades. Como te iba diciendo creo que no fui justo, por eso quiero enmendarlo y para ello necesito que me hagas un trabajo por el que serás bien recompensado, ¿estás de acuerdo?

—Usted dirá.

—Pues bien. Necesito que alguien vaya a una dirección de Salvacañete para negociar la compra de un ganado puesto en venta y he pensado en ti, solo tienes que ir y pagarlo porque ya acudirán mis pastores más adelante a traerlo al pueblo. Si aceptas realizarlo tendrás una buena comisión, casi tanta como lo que me pedías el otro día por algo que no hiciste, ¿te parece bien?

—Por supuesto, lo que usted mande.

—Solo hay un problema. Como tengo que darte una importante cantidad de dinero para la compra y la carretera no es segura por culpa de los bandoleros, tendrías que irte por los caminos viejos de la Sierra que tú conoces tan bien, porque, ¿quién se va a preocupar de un jornalero que va a sus ocupaciones? ¡Nadie! Luego, cuando vayas a volver lo haces en autobús hasta Teruel y coges otro para Cella o el tren, allí te iremos a buscar.

—De acuerdo pues, ¿cuándo parto hacia Salvacañete?, —dijo su conformidad más alegre que unas castañuelas.

—Mañana —respondió con decisión—. A primera hora te vienes aquí, te daré el sobre con el dinero y cuando hayas llegado a tu destino me llamas. Ahora bien no cuentes nada de este viaje por si las moscas, en todo caso a tu mujer, pero a nadie más.

Sellaron el acuerdo dándose la mano pero una acción que no vio Antonio Talanca al menos le hubiera hecho sospechar de aquel trato. Nada más salir de la estancia, Belarmino acudió al aseo para lavársela con evidentes gestos de repugnancia.

Y tal como habían quedado, a la madrugada siguiente el *Judas* inició su viaje después de recoger el sobre con el dinero y la dirección de Salvacañete a la que tenía que acudir. Se detuvo brevemente junto al *Lavadero* de la Sierra para descansar, el viaje era largo y convenía realizarlo con tiento. Apenas fue un momento, pero en el instante que se disponía a reiniciar la marcha observó cómo dos personas bajaban por un camino hacia donde se encontraba. Cuando las tuvo más cerca, pudo apreciar que se trataba de criados de la casa de don Belarmino que le hicieron un gesto para que se detuviera, como si quisieran hablar con él o indicarle alguna cuestión.

—Hola Antonio, ¿ya te vas a Salvacañete?

—Sí. Esta misma mañana me he puesto en marcha.

—No te importunaremos nada, pero podrías ayudarnos en la paridera de arriba que tenemos que poner el dintel de una ventana y nos faltan manos, así no tendremos que bajar al pueblo y recibir una bronca del amo. Haznos el favor, solo es un momento y podrás seguir tu camino.

Antonio Talanca aceptó ayudarles porque le interesaba quedar bien con ellos, no en balde eran los criados de confianza de don Belarmino y, eso, repercutiría en su favor. Al cabo de unos pocos minutos habían llegado a la paridera y observó cómo, en efecto, todo indicaba que la estaban reparando porque en su interior se había comenzado la construcción de un muro y también aparecían bastantes losas de piedra, yeso y cubos con agua.

—Venga, cojamos la madera para el dintel y acabemos cuando antes —comentó el *Judas*.

—No corras que no vas a ir a ninguna parte —le respondieron al unísono.

Y en ese momento los dos criados se abalanzaron sobre él y lo inmovilizaron atándole con una cuerda. Acto seguido lo echaron al suelo sin contemplaciones y siguieron construyendo el muro de piedra, pero había algo en el ambiente que resultaba extraño. Aquel tabique se estaba realizando a muy poca distancia, apenas medio metro del que formaba parte de la estructura de la paridera, en una de las paredes que no contaba con aspilleras. Antonio no hacía más que increparlos y, de vez en cuando, pedía auxilio a gritos aunque resultaba imposible que alguien les escuchara aislados como estaban en medio de un páramo. Además, otra cosa le sorprendía. Todavía no le habían quitado el sobre con el dinero ya que ellos conocían el viaje y, por supuesto, el asunto que tenía que tratar en Salvacañete. El tiempo transcurría excesivamente lento en esa mañana, mientras los hombres seguían construyendo aquella pared que daba la impresión serviría de cámara hueca con la que prevenir el frío invernal. Ya había llegado casi el mediodía cuando escucharon unas pisadas y el relincho de un caballo, en ese momento detuvieron el trabajo y salieron afuera. Un expectante Antonio gritaba pidiendo auxilio al recién llegado, pero por el tono de voz que utilizaban sus captores pensaba que se conocían.

—¿Está aquí?

—¡Sí! Ahí lo tenemos bien atado para que no se escape —rieron todos.

—Don Belarmino ¿es usted? —Preguntó el *Judas* al reconocer su voz.

—Es que acaso esperabas a otra persona, majadero —le respondió en el momento que entró en la paridera.

El prisionero abrió los ojos aterrorizado, no entendía qué estaba ocurriendo y menos todavía cuando el recién llegado comenzó a registrarle hasta encontrar el sobre con el dinero, lo extrajo de un tirón y comprobó su contenido. Luego, mientras lo guardaba, les comentó a los criados que cuando acabaran la masada que tenían hecha se fueran a almorzar porque durante aquella tarde se les iba a amontonar la faena. Antonio Talanca quedó tendido en el suelo gritando sin parar, por lo que no les quedó más remedio que anudarle un pañuelo a la boca y así pudieron dejar de escucharle.

Una vez acabaron de comer fueron a continuar con el trabajo pero, antes, el tío *Chalecos* quiso que colocaran al *Judas* en el lugar que estaban acondicionando para él. Lo levantaron con ciertas dificultades porque no dejaba de patear, por ello, el criado más corpulento lo golpeó con saña en la cabeza hasta hacerle perder el conocimiento. Desde ese instante ya no tuvieron problemas porque entre los dos lo alzaron por encima de la pared recién construida y ellos también hicieron lo propio. Le ataron manos y pies a unas argollas dispuestas en muro interno, de manera que quedó sujeto con los brazos en cruz mirando hacia el interior de la paridera. A partir de ese momento tan solo quedaba terminar el tabique y tendrían a su inquilino completamente emparedado. Los criados continuaron subiendo el muro mientras el tío *Chalecos* fumaba con actitud indolente y conversaba con ellos de vez en cuando. Y en el momento que su altura había alcanzado el pecho del *Judas* se escuchó de nuevo la voz de Belarmino Fuentes.

—Quitarle la mordaza de la boca y despertarlo que quiero escuchar al infeliz como gime y se desahoga —ordenó en medio de una sádica sonrisa.

Así lo hicieron y después de echarle un cubo de agua lograron que recobrar el conocimiento. Sin embargo, al verse en la situación que se encontraba intentó forzar su prisión y al no poderlo conseguir comenzó a maldecir a los presentes. Éstos no le hicieron caso y salieron en varias ocasiones fuera de la paridera para escoger las piedras necesarias con las que finalizar la obra. Mientras tanto, el tío *Chalecos* observaba fijamente al enclaustrado.

—Puede que creas que estoy gozando con hacerte sufrir... y sí, has acertado, pero también es cierto que se trata de un acto de justicia porque es lo que se merecen los tipos como tú —rompió su silencio con un tono firme—. Hasta hace pocas fechas apenas te conocía, como sabes yo no me suelo asociar con la purria pueblerina. Pero he aquí que cuando pregunto por ti me entero que tus correligionarios te apodan *Judas* y en la cena que tuvimos vi la soltura con la que te manejabas y comprobé la clase de personaje que eres. Sabes, hasta voy a creer en la sabiduría popular porque cuando te pusieron ese mote sabían lo que hacían. Me dicen en el pueblo que eres un traidor a los de tu clase, que te burlas de todo Dios y que te ganas a la gente con gracejos y chanzas aunque sea humillando a quien se te

ponga por delante. Si te digo la verdad a mí todo eso a mí me trae al paio, es problema de gentuza como tú pero has tenido la osadía y desvergüenza de mentarme a mí y a mi familia e incluirme en tu saco de inmundicia... ¡hasta ahí podíamos llegar! Y, por si fuera poco, dejas entrever en el pueblo que tú tienes conocimiento de lo que verdaderamente ocurrió en *Sabinaquemada* y que a mí me conviene callar. Me has traicionado y te has burlado de mi familia, por todo ello cargarás con las consecuencias... Sí, has ganado a pulso el fin que pienso darte. Pegarte un tiro es demasiado sencillo pero no sería suficiente, por supuesto quiero que mueras, pero sufriendo.

—Yo no he dicho nada de usted ni le he amenazado, quien le haya dicho algo así miente se lo juro —intentó defenderse como gato panza arriba—. Yo jamás me atrevería... su familia para mí es la más respetable de todo el pueblo, se lo juro, tiene que creerme...

—Sí, te tengo que creer como cuando me vendiste a tu cuñado por treinta monedas... ¿cómo te atreviste a poner en riesgo de muerte a un familiar y viudo para más señas por quedar bien conmigo?, eso es propio de personajes rastreros como tú. Quien hace algo así no es digno de seguir viviendo y fíjate... te lo digo yo que la vida de los demás me importa un bledo. Yo actúo contra ella solo cuando me interesa ya sea por política o por negocios, pero hay una regla que no soporto de nadie y es que me mientan, me traicionen o me utilicen en su propio beneficio. Y tú has hecho pleno.

—Tiene que perdonarme don Belarmino porque puede que tenga razón respecto a mi cuñado... lo que es cierto es que se fue a Cella y como el suceso tuvo lugar en esa carretera supuse...

—Me quieres decir que yo iba a matarlo por tus malditas suposiciones, si quieres que te perdone me parece que no vas por buen camino.

Como la altura prevista del muro no era muy elevada ya casi habían finalizado, tan solo quedaba por poner una hilera de piedras para tapan su rostro, luego faltaría continuar hasta el techo con otra más y estaría definitivamente encerrado. Antonio Talanca gimoteaba como un pelele porque a tenor de las palabras del tío *Chalecos*, y más conociendo su determinación, cuando se empeñaba en algún asunto sabía que no daba marcha atrás tan fácilmente. Entonces los criados realizaron una nueva masada de yeso para acabar con la pared. Vién-

dose el *Judas* irremediablemente perdido realizó un último esfuerzo para intentar escapar de aquella situación.

—Le juro que lo único que quería era ayudarle en todo lo posible... pero le insisto en que jamás hablé mal de usted ni de su familia se lo juro... Y mucho menos se me pasó por la cabeza contar nada de aquel día... Por favor no me haga esto..., si quiere matarme hágalo pero no de esta manera ¿Qué será de mi familia si yo muero?

—Ahora te acuerdas de tu familia y la de los demás, ¿qué? Pero mira, no quiero que te vayas de este mundo con pesar por lo que pueda ocurrirle a los tuyos. Respecto a tus hijos, te prometo que me encargaré de que no les falte de nada hasta que puedan valerse por sí mismos. En cuanto a tu mujer te llorará seguramente algunos días pero yo le daré trabajo de criada para que pueda mantenerse. Y pierde cuidado por ella que te aseguro no tardará en olvidarte..., en mi casa como sabes trabajan dos hombretones solteros y por lo que me cuentan se trajinan muy bien a las mujeres... No te preocupes que acabará finalmente con alguno de ellos y con toda seguridad ganará con el cambio.

El tío *Chalecos* dio una palmadita en la espalda a uno de sus criados y le hizo un gesto para que se dieran prisa en finalizar la obra, y al instante sacó de su bolsillo un puñado de cereal para echarlo en el interior de la cámara.

—Casi me olvidaba de alimentar a las ratas, no es bueno que las pobres pasen hambre. Hasta nunca ¡*Judas!* —Se despidió definitivamente del miembro más impresentable del trío *Calavera* y una de las personas más odiadas en el pueblo.

Mientras tanto, el enclaustrado no paraba de gritar demandando perdón y jurando sin cesar que no había tenido nada que ver con las burlas a su familia ni había delatado a nadie por lo de *Sabinaquemada*. Todavía tardaron los criados casi una hora en finalizar el trabajo y cuando lo hubieron acabado salieron fuera de la paridera para poder hablar con el amo.

—Lo haremos tal y como os dije —comentó el tío *Chalecos* con su seriedad acostumbrada—. Los dos os turnáis aquí durante una semana o hasta que dejéis de oírlo y manteneros al tanto de que nadie se acerque a la paridera. Ante cualquier problema por parte de quien sea, civil o militar, decid que se pongan en contacto conmigo que yo

asumo todas las responsabilidades. Y por supuesto, de lo que hemos hecho no se entera ni el cura en el confesionario, ya sabéis como me las gasto.

—Yo mismo haré la primera guardia don Belarmino —se ofreció uno de los criados.

—Pues que así sea, mañana te relevarán.

Acto seguido, el tío *Chalecos* junto al otro sirviente iniciaron el camino de vuelta al pueblo. Por su parte, el voluntario se quedó atrás observándolos hasta que los perdió de vista, momento en el que volvió a meterse en la paridera. Una vez dentro seguía escuchando como retumbaban voces que demandaban auxilio, aunque ya no sonaban tan nítidas debido a su encierro. Sin dudarle un instante, se acercó a la pared recién construida.

—Hola de nuevo *Judas*, ¿te acuerdas de mí?

—Claro que me acuerdo, por favor sácame de aquí y te daré todo lo que me pidas...

—No hay dinero en este mundo que te pueda sacar de este encierro. Y ahora en serio, ¿te acuerdas de mí o tan insignificante era que ya me has olvidado? Recuerdas que cuando la República una de tus dianas preferidas era mi hermano al que sometías a toda clase de burlas, le quitaste la novia y le hiciste sentir tan mal que hasta llegó a perder la razón... ¿lo recuerdas?

—Claro que sí... tú eres el hijo menor de los herreros...

—Recibe mi más cordial enhorabuena, veo que todavía tienes buena memoria. Escúchame bien, quiero que te lleves al otro mundo la imagen de mi hermano que en paz descansa y la mía, ya que por fin cumplo con una promesa que le hice en su tumba. Te tenía tantas ganas que aproveché tu falta de escrúpulos cuando delataste a tu propio cuñado... Fue fácil, en el pueblo te aborrecían tanto que apenas me costó conseguir apoyos y mentir al amo haciéndole creer que hablabas mal de él y que pensabas delatarle. Aproveché tus visitas a la cantina y algunas tonterías que sí dijiste sobre don Belarmino para dar cuerpo a mi proyecto. El resto ya lo sabes y, ahora, púdrete en el infierno que yo estaré aquí velando tu agonía ¡Ah! y por tu mujer no te preocupes que ya me encargaré yo personalmente de consolarla, aunque sea tan solo por la memoria de mi hermano.

El criado comenzó a reír con fuerza mientras Antonio Talanca, alias el *Judas*, maldecía y echaba sapos y culebras por su boca hasta que cayó rendido por tanto esfuerzo baldío. Momentos después, el silencio se adueñaba del lugar y aquel guasón repelente comenzó a pensar que morir se le iba a hacer eterno.

VIII

El mes de febrero estaba llegando a su fin y la mujer del *Judas* se encontraba sumamente inquieta ante la carencia de noticias suyas. A pesar de los malos tratos que había recibido desde que se casaron no dejaba de ser su esposo. Y ya fuera al estar atrapada en una relación de dependencia psicológica, que bien podía tildarse de masoquista, o por las recomendaciones leídas en el libro que le prestó mosén Pascual, lo cierto es que le echaba de menos. Estaba al corriente de que el tío *Chalecos* le había hecho un encargo importante y esa era la causa de su marcha, por eso acudió a su casa, para hacerle ver su desazón porque hacía días que no sabía nada de él. Sin embargo muy poco pudo obtener de la visita, si bien el hacendado aparentemente mostraba cierta preocupación, lo cierto es que insistía en su ignorancia sobre qué podía haberle pasado. Para poder calmarla fueron juntos al cuartel de la Guardia Civil de Albarracín y denunciaron su desaparición que, por otra parte, era la coartada que más le convenía a Belarmino Fuentes.

Pero la buena mujer no las tenía todas consigo por lo que posteriormente acudió a ver a Serafín para transmitirle sus temores, tanto insistió, que al final logró convencerle para que acudieran a realizar una batida al menos por la parte del recorrido que había seguido su marido en el término municipal. Así pues, una cuadrilla de seis falangistas del pueblo armados con escopetas y ajenos por completo a lo que realmente había ocurrido, salió la madrugada del viernes 27 de febrero con la intención de realizar un preciso reconocimiento de aquella zona. Rastrearon buena parte de la sierra del término pero sin obtener resultado alguno. Pasado el mediodía, marchaban de vuelta hacia

Monterde por la extensa altiplanicie situada al oeste de la localidad cuando se toparon con un pastor, precisamente el que servía de enlace al Maquis.

Por fortuna para él no llevaba consigo ningún mensaje ya fuese recogido en la estafeta o para depositarlo allí. Sin embargo cargaba con dos zurrónes, uno de ellos, el más grande, repleto de comida. Lo cierto es que no se esperaba el encuentro y cometió un grave error en el momento que vio de lejos a la cuadrilla, ya que intentó esconderlo precipitadamente entre el ramaje de una chaparra. Por desgracia, su acción no pasó desapercibida y dos falangistas se dieron cuenta de la maniobra acudiendo con rapidez hacia donde se encontraba. Inmediatamente se abalanzaron escopeta en mano sobre él mientras llamaban a gritos al resto de sus compañeros, y una vez estuvieron todos juntos se dedicaron a escarbar en la sabina rastrera hasta que finalmente dieron con el zurrón.

—Vaya, vaya... ¿qué es lo que tenemos aquí?

—Fíjate... si está lleno de embutido y carne seca...

—Mirad que bien, me parece hemos pillado a un amigo de los bandoleros.

—No hemos encontrado ni rastro de Antonio pero por lo menos no se ha perdido el tiempo.

—¿A dónde llevabas este morral? —Intervino Serafín tras escuchar los comentarios de sus camaradas—, no me creo que semejante cantidad sea solo para ti... ya nos lo estás diciendo o te crujo los huesos.

El aludido se mantuvo en silencio y no hizo el menor comentario a pesar de los empujones y algún golpe con la culata de las escopetas que recibió para hacerlo cambiar de opinión. Mantuvo la sangre fría y señalando con la mano hacia cierto lugar logró distraerles por un instante, el suficiente, como para tirar al suelo el otro zurrón y echar a correr intentando bajar de aquella meseta. Varios falangistas levantaron las escopetas como un resorte y la clara intención de abatirlo, sin embargo, cuando Serafín se dio cuenta del movimiento les ordenó bajar las armas de inmediato.

—¡Quietos! Que a nadie se le ocurra disparar... ¡Lo quiero vivo! Vamos a por él... tenemos que rodearlo para que vea que no tiene escapatoria.

El pastor había cogido unos metros de distancia pero no fueron suficientes, sus perseguidores lo acosaban por todos lados y tras llegar al final de la loma no le quedó más remedio que seguir ladera abajo. Allí, el peligro no había desaparecido ni mucho menos al existir un pronunciado desnivel por toda la falda de la montaña, además de ser un terreno poco firme y cubierto de piedras sueltas que lo hacían tremendamente inestable. Serafín tenía especial interés en detenerlo por lo que echó su arma al suelo para poder correr con más agilidad, todo ello hizo que en poco tiempo se colocara delante del huído haciéndole parar. Sin embargo, en el preciso momento que volvían a rodear al pastor se escuchó una descarga cerrada que procedía de la otra ladera del barranco, aunque tuvieron suerte y las balas rebotaron cerca de donde se encontraban sin acertar a ninguno de ellos. Se trataba de una partida del Maquis comandados por Lázaro el *Seminarista* que, parapetados entre un pequeño bosquecillo de sabinas y pinos al fondo del barranco, se habían dado cuenta del alboroto y reconociendo al pastor que les servía de enlace quisieron defenderlo. Rápidamente, todos los falangistas se pusieron a cubierto y respondieron al ataque.

El tiroteo duró varios minutos, en realidad era como si fuera un enfrentamiento de trincheras en el que los contendientes se dedicaban a disparar defendiendo su posición, pero sin tener la certeza de poder imponerse al adversario. Sin embargo, un suceso puntual alteró aquella perspectiva. Serafín se abalanzó sobre el pastor con la intención de llevárselo rápidamente de allí y utilizarlo como una baza para poder salir de aquel peligroso paraje. Pero nada más levantarse de su parapeto apenas pudo dar dos pasos, resbaló entre el cúmulo de piedras que empezaron a rodar ladera abajo como si fuera un alud y acabaron arras-trándolo al mismo tiempo. Este suceso paralizó a los contendientes, especialmente al grupo del Maquis que observaban como dicho tras-piés había hecho bajar a trompicones a uno de sus enemigos, precisamente hacia donde ellos se encontraban.

—¡Serafín! Procura agarrarte a algún sitio...

—¡Serafín! —fue el espontáneo y unánime grito entre sus compañeros.

Desde donde se encontraban los guerrilleros podían escuchar las voces con bastante nitidez a causa del eco de aquella pronunciada hondonada.

—¿Han dicho Serafín?

—¡Sí! Eso mismo he escuchado.

—¿No será por casualidad el jefe de los falangistas de Monterde?

—A mí me parece que es lo más probable porque están muy alterados.

A pesar de las recomendaciones, el aludido no podía detenerse debido al movedizo suelo que pisaba hasta que el desprendimiento de la ladera finalizó con estrépito en el llano del camino. Una vez allí intentó levantarse, pero los múltiples golpes recibidos en la caída se lo impidieron.

—Hacednos la cobertura —Lázaro voceó a sus compañeros al tiempo que le hacía una indicación al que tenía más cerca para que lo acompañara.

Escuchada aquella orden los guerrilleros comenzaron a disparar y sus enemigos no tuvieron más remedio que parapetarse de la mejor manera posible e intentar repeler el ataque. Cuando los dos maquis habían conseguido llegar donde estaba Serafín lo encontraron semiinconsciente pero pudieron levantarlo, instantes después ya estaban de nuevo a cubierto. En ese momento se produjo un breve impasse aprovechado por los falangistas que, ahora sí, se abalanzaron sobre el pastor y cogiéndolo de los brazos se lo llevaron ladera arriba. Lo cierto es que aquella situación había devenido en tablas y así lo comprendieron inmediatamente los participantes de la refriega.

—No se os ocurra ponerle la mano encima u os acordaréis durante toda vuestra vida —gritó el falangista que parecía haber tomado el mando.

—Amenazad lo que queráis pero a este malnacido no lo vais a volver a ver... sabemos quién es y de esta no sale —respondió el *Seminarista*.

—Os lo repito, no le hagáis nada... porque aquí tenemos al pastor... y no solo se lo haremos pagar a él... también a su familia, me imagino que sabréis que tiene mujer e hijos ¿No? Pues tened cuidado con lo que hacéis.

—Si se os ocurre hacerles algo no pararemos hasta que lo paguen también vuestras familias ¡Os lo juro!

A esta última amenaza siguieron unos segundos de silencio y también dejaron de hablar las armas porque lo cierto es que la situación era realmente endiablada. Los paramilitares no se atrevían a dar el primer paso y matar al enlace allí mismo porque los guerrilleros se habían hecho con el Jefe de la Falange de Monterde, mientras que éstos tampoco se decidían a hacer lo propio con Serafín, ya que ello significaría asimismo la muerte del pastor. Durante algún minuto siguieron en silencio y sin moverse de donde se encontraban.

—Escuchad, queremos hacer una propuesta... —por fin el falangista más avezado del resto de la cuadrilla se decidió a hablar.

—Y ahora me dirás que pretendes un canje... pues vas listo si crees que lo vas a conseguir —El *Seminarista* lo tenía muy claro.

—Entonces todo esto acabará mal para nosotros y también para vosotros, porque te juro que si tocáis un pelo a Serafín nos cargamos a este desgraciado y a toda su familia, y que sepáis que nosotros no hablamos en vano.

—Eso ya lo sabemos... vosotros sois muy duchos en atacar a los civiles y descerrajarles un tiro para luego abandonarlos en cualquier cuneta.

—Pues ya sabéis a qué ateneros.

—Si lo hacéis os juro que habrá respuesta por nuestra parte.

—Bueno ¿queréis escuchar mi propuesta o no?

Se produjo un instante de silencio que Lázaro lo dedicó para observar la cara de sus compañeros.

—No perdemos nada con escucharles porque no nos compromete a hacer lo que no queramos —comentó uno de ellos.

—Opino lo mismo...

—Y yo...

—Yo también pero además quiero decir que no tenemos que perder ojo de los fascistas porque no me acabo de fiar... no vaya a ser que alguien haya ido a avisar al pueblo y vengan más a por nosotros —expuso uno de los guerrilleros que se tenía por el más precavido.

—Mira *Seminarista* —dijo el que faltaba por hablar—, estamos todos de acuerdo en escuchar lo que tienen que decir pero, eso sí, nos

tenemos que largar de aquí lo antes posible porque esto se puede convertir en un avispero.

—Ya puedes comentar tu propuesta —Lázaro voceó una vez tuvo claro el parecer de sus compañeros—, te escuchamos...

—Os voy a ser sincero —comenzó su respuesta el falangista—, por esta vez no nos queda otra que llegar a un acuerdo y saldremos todos ganando, vosotros os lleváis al pastor y su familia y nosotros a nuestro Jefe... Además tenemos que hacerlo rápido a lo sumo antes del domingo...

—Pero eso es pasado mañana... no es posible...

—Tiene que serlo, en caso contrario ya no podrá llevarse a cabo y como os he dicho esto acabará como el rosario de la aurora.

—¿Por qué tanta prisa?

—Muy sencillo, nos está terminantemente prohibido contactar con bandoleros y cualquier tipo de relación acabaría con nosotros de muy mala manera. Es una orden del Gobierno Civil desde hace unos meses, si se enteran de que habéis secuestrado a Serafín no habrá ningún trato y redoblarán sus esfuerzos para encontraros. Y ya os podréis imaginar lo que significaría, que nosotros nos quedaríamos sin nuestro Jefe y vosotros sin el pastor y su familia.

—¿Y cómo podemos fiarnos de que estáis diciendo la verdad y no se trata de una trampa para tendernos una emboscada?

—Porque tenéis a Serafín y su vida está en vuestras manos. Escuchad, podemos realizar el canje el domingo a primera hora de la mañana en el prado que hay arriba justo en el cruce de los caminos... ¿lo conocéis?

—¿Es el que está a la derecha y limita con el que va a Bronchales?

—¡El mismo! Nosotros subiremos desde el pueblo y vosotros podéis bajar por el bosque... cuando estemos todos hacemos el canje.

—De acuerdo, pero como veamos alguna persona armada por esta parte de la Sierra de aquí al domingo no habrá trato y ahí me importa un bledo los resultados aunque ya nos lo podemos imaginar —concluyó el maqui.

—Por nuestra parte no va a quedar os lo prometo aunque solo sea porque todos tenemos mucho que perder —hizo lo propio el falangista que había tomado el mando.

Una vez aclarada la cuestión, los paramilitares subieron la ladera llevando a trompicones al desolado pastor. Éste no dejaba de pensar en que su vida y la de su familia dependían de un hilo y del inusual acuerdo entre falangistas y guerrilleros. Lo mismo hizo la partida del Maquis, que serpenteando por el bosque marcharon en dirección a la parte alta de la sierra de Monterde. En el momento que iniciaron el camino, *Seminarista* ordenó a uno de los guerrilleros que acudiera al campamento donde se encontraba Rubén y le diera noticias de todo lo ocurrido. Además, le indicó donde pensaban guarecerse y que al mismo tiempo no se le ocurriera comentarlo con los jefes de la Agrupación por si las moscas, tener prisionero a uno de los líderes más destacados del Régimen en la comarca era un ansiado botín que bien podía dar al traste con las negociaciones que habían realizado.

El grupo de guerrilleros acampó al socaire de un roquedal situado en la cima de la montaña donde el domingo realizarían el canje. Dicho sitio era, por cierto, uno de los tantos lugares a lo largo y ancho de la Sierra utilizado como refugio ocasional. Recogieron varias brazadas de leña seca y en el momento que anocheció encendieron una hoguera para combatir el intenso frío de esa época del año, hicieron bien ya que alguna hora más tarde comenzó a nevar tímidamente. Ello no fue obstáculo para que mantuvieran una estricta vigilancia durante toda la noche, no se acababan de fiar de la palabra de los falangistas. Seguía nevando a la mañana siguiente cuando el centinela que estaba de guardia escuchó de forma reiterada el canto de un búho, instantes después aparecían cuatro guerrilleros, entre ellos Rubén. Éste, sin apenas saludar se dirigió directamente hacia donde se encontraba maniatado el prisionero y le gritó con tono amenazador.

—Maldito fascista mira que te tenía ganas, vas a morir como el perro que eres por todo lo que les hiciste a las mujeres en *Sabinaquemada*, porque a mí no me engañas... fuiste tú ¿verdad? ¿Quién más te ayudó?

—Yo... ¿quién eres que me preguntas sobre ellas?

—¿No me reconoces?

El falangista escrutó detenidamente los rasgos del guerrillero pero no acertaba a saber de quién se trataba y eso que sus facciones no le eran del todo desconocidas.

—Soy Rubén el hijo de Concepción —comentó el *Serrano* ante el prolongado silencio del prisionero.

—Cuando Serafín escuchó quién era, el semblante tranquilo que mostraba desde el acuerdo del canje se había trastocado en un creciente nerviosismo y marcaba sus gestos conforme escuchaba a su paisano.

—Yo no sé nada... ¡Te lo juro!

—Mientes maldito cabrón... ¿a quién pretendes engañar? Me quieres decir que eres el jefe de los falangistas de Monterde y allí no se mueve ni el aire sin que tú te enteres ¿y no sabes nada?

—Ya te lo he dicho... yo estaba de viaje...

—Con otros asesinos como tú. Para que te enteres, en la madrugada de aquel maldito día yo estaba escondido en una casa del pueblo y te vi a ti y a gentuza de tu calaña como os escondíais en el atrio de la iglesia cada vez que pasaba alguien por la calle. Luego, os subisteis a dos carros y precisamente horas más tarde murieron asesinadas mi madre y Margarita ¡Qué casualidad! ¿No?

Esta afirmación hizo enmudecer y acabó descolocando por completo a Serafín. En un principio pensó que ese escondite había sido la casa de Violeta pero enseguida lo desechó, ya que desde ella no se divisaba la replaceta que formaba el Ayuntamiento y la iglesia, lugar de reunión de sus compinches en aquella madrugada. Inmerso en esos pensamientos tardó en reaccionar y cuando lo hizo un rictus de pánico se apoderó de su rostro, sobre todo en el momento que vio la determinación de Rubén y como se abalanzaba hacia él propinándole varios puñetazos. Entonces, los guerrilleros que se encontraban a su lado se interpusieron entre ambos y sujetaron con fuerza a su compañero para que no acabara cometiendo una locura.

—Déjalo Rubén... cálmate por favor... —intervino uno de ellos.

—Escucha *Serrano* —le habló Lázaro tras colocarle la mano en el hombro con el ánimo de tranquilizarlo— estoy de acuerdo con tus

argumentos, aunque no tengamos la certeza absoluta de que fuera uno de los asesinos de tu madre. Pero piensa también en el pobre pastor y su familia..., si no hacemos el canje los matarán a todos...

—El *Seminarista* tiene razón —comentó otro de los guerrilleros—, tenemos que contenernos aunque solo sea por nuestros amigos, tiempo habrá en volver a vernos las caras y hacérselo pagar como se merece, pero ahora déjalo por lo que más quieras...

Rubén asintió con la cabeza y cuando aflojaron la presión que ejercían sobre él miró con determinación al prisionero en medio de un tenso silencio.

—Te aseguro que nos volveremos a ver y te juro por mi madre que en esa ocasión no saldrás tan bien parado como ahora —tras pronunciar aquella velada amenaza se apartó unos metros refugiándose en la otra punta del roquedal.

La mañana transcurrió sin más incidentes. Llegado el mediodía había dejado de nevar momento que aprovecharon para comer y templar los ánimos, la espera hasta la mañana siguiente se estaba haciendo demasiado larga tanto por el frío como por la excitación que les producía el intercambio previsto. Por su parte, Serafín, si bien se había relajado después de las amenazas vertidas por Rubén no dejaba de pensar también en su próximo futuro. Era mucho lo que se jugaba, aunque estaba seguro de que a sus camaradas no se les ocurriría hacer ningún disparate, en ese caso, conocía el desenlace. Este convencimiento lo había tranquilizado hasta el punto de ponerse a hablar con sus captores por primera vez desde la tarde anterior. Por todo lo que había ido escuchando desde entonces sabía que no le iban a hacer nada, de manera que bien podía largar por su boca alguna que otra observación para importunarles, una acción realmente temeraria. Cuando sus primeros intentos de conversación finalizaron con el desdén de sus interlocutores, esperó que Rubén pasara por su lado y no pudo reprimir cierto comentario realizado con un tono entre sarcástico y guasón.

—Sabes que el Maquis tiene los días contados... ¿verdad?

—Todos tenemos que morir algún día, es nuestro destino desde que nacemos —respondió.

—Por supuesto. Pero creo que comprendes perfectamente que no me refiero a eso, sino a la criminal organización en la que militas.

—¿Y tú me hablas de crímenes, cuando los tuyos se levantaron en armas contra el gobierno legítimo de la República?

—No quedó más remedio, España caminaba hacia la ruina... por culpa de un gobierno infame...

—Pero ¿qué dices, hombre? Si fuisteis vosotros los que llenasteis la tierra de muertos durante la guerra y después de ella.

—La República lo empezó todo cuando asesinaron a Calvo Sotelo —replicó Serafín en un intento de justificación.

—La provocación vuestra fue primero —saltó el maqui como un resorte— porque horas antes asesinasteis al teniente Castillo que era un modelo a seguir por los republicanos. Después de todo el tiempo que ha pasado y de la experiencia que he ido acumulando, tengo muy claro que era la excusa que buscaba el ejército para levantarse en armas contra el gobierno legítimo. Por ello, estoy convencido que la primera muerte tuvo como objetivo fustigar los ánimos de los republicanos más exaltados para que cometieran una locura y sirviera de excusa al levantamiento militar. Acción y reacción me comentó un ilustre camarada llamado Diógenes, al que tus amigos los moros degollaron como a un perro.

—Eso forma parte de la guerra... —intentó el falangista minimizar el hecho.

—¿La guerra? —Rubén elevó la voz y arqueó las cejas completamente airado ante dicho comentario— Venga ya, déjate de vainas y no te confundas ni quieras que comulgue con ruedas de molino, se trata pura y simplemente de actos criminales. No pretendas desmentirme algo que yo he visto con mis propios ojos o me han contado personas decentes que lo han sufrido. El ejército del que tanto te vanaglorias era experto en todos los horrores de la guerra que para algo ya estuvo combatiendo en el Rif y, además, contó con la ayuda de militares alemanes, italianos y moros. Ese mismo ejército hacía tierra quemada por donde pasaba y qué mejor para amedrentar a la población que la muerte indiscriminada. Los continuos bombardeos sobre la población civil de las ciudades, o como me contó mi compañero Hidalgo cuando masacraron a miles de personas indefensas que escapaban de la barbarie y huían por la carretera de Málaga a Almería, o cuando me marché a Francia las continuas incursiones de los cazas fascistas matando mujeres, ancianos y niños... ¡No digas tonterías Serafín porque

no se trata de guerra, lo que vosotros buscabais era sencillamente el exterminio del enemigo!

—Yo no he dicho ninguna tontería —se quiso defender— entonces... ¿qué tenía que haber hecho el ejército, mantenerse neutral mientras la República quemaba iglesias y atacaba a las personas de bien?

—Otra vez te equivocas de plano Serafín. La República no quemó iglesias, lo hicieron algunos exaltados seguramente hartos de ver como siempre el clero actuaba en favor de los poderosos e ignoraba a las clases humildes que lo único que pretendían era mejorar su penosa vida. Como a ti nunca te ha faltado un trozo de pan para llevártelo a la boca lo ignoras, o también puede que seas ciego y por eso no te hayas dado cuenta. Pero tienes que saber que existe otro mundo de lo más miserable, personas que no tuvieron más remedio que luchar contra los que detentaban el poder y no querían redistribuir las riquezas ni realizar cambios en favor de la justicia social y los desheredados de la fortuna.

—Por lo que estoy escuchando a ti te hubiera gustado participar en la quema de iglesias —comentó excitado el falangista ante el devenir de aquella conversación.

—Vuelves a errar porque para qué destruir un edificio cuando puede ser reutilizado por el pueblo en su propio beneficio... eso sí, todo lo que contenía antes, a la hoguera. Y ahí sí te puedo decir que participé aunque solo en una, la de Monterde, como me imagino que ya sabrás.

—Por supuesto que lo sé... y bien caro lo están pagando todos los que intervinieron.

—Pues fíjate hoy en día no sé si lo volvería a hacer..., quizás en lugar de quemar los retablos y santos me habría decidido por guardarlos en un almacén pero, eso sí, dejando la iglesia para uso exclusivo del pueblo.

—¿Y ese cambio?

—La persona que te he comentado antes, Diógenes, me abrió los ojos ante la vida y me enseñó cómo podemos obtener un fin sin necesidad de causar más destrozos de los necesarios, pero por desgracia cuando ocurrió lo de Monterde no lo conocía todavía. En realidad solo es por eso, porque a mí la religión ni fu ni fa.

—Rubén que te veo venir... déjalo ya —intervino el *Seminarista* que conocía a la perfección los derroteros antirreligiosos de su compañero de armas y era algo que no compartía.

—No te preocupes que ya he acabado... —el *Serrano* detuvo su alocución al comprobar que no llevaba a ninguna parte—. Bueno, me voy a relevar al centinela y que descanse un poco, si vuelve a nevar necesitaremos mañana de todas nuestras fuerzas.

Viendo Serafín que ninguno de los presentes le hacía el menor caso, se cobijó lo mejor que pudo en el refugio del roquedal y se dispuso a pasar el tiempo pensando en sus últimas actuaciones. Sobre todo tenía presente los sucesos de *Sabinaquemada* y temblaba no solo por el frío, sino porque en su cabeza seguía resonando como si fuera un eco la amenaza realizada al mediodía por Rubén respecto a la siguiente vez que se encontraran. Pensó, que lo mejor que podía hacer a partir de ahora era salir menos al campo para evitar contratiempos como el que le había llevado allí. Y sobre todo, se hacía cruces cuando recordaba lo minucioso que había sido el guerrillero contándole los preparativos que realizaron aquella madrugada en Monterde antes de ir a la masada de *Chulilla*. Un escalofrío recorría su cuerpo cada vez que pensaba en la suerte que había tenido de que Rubén desconociera el resto de lo que tuvo lugar aquella mañana, en ese caso habría acabado con él de la misma manera que la cuadrilla de falangistas, el cura y María Rosario hizo con Margarita y Concepción.

Apenas durmieron aquella noche, a pesar de que el frío y la nieve eran mitigados por el calor de las hogueras que pudieron realizar junto a recovecos de las piedras. Cuando llegó la mañana siguiente acudieron los guerrilleros al punto de encuentro, aunque iban por separado. La mayor parte de ellos se había desplegado por los alrededores mientras que Lázaro el *Seminarista* y otro maqui custodiaban al prisionero. Poco tiempo después llegaron al camino que servía de límite al prado por el lado del bosque. La tensión se palpaba en el ambiente, no las tenían todas consigo y seguían temiendo alguna encerrona aunque lo cierto es que pasaban los minutos y todo parecía normal.

Una hora más tarde de su llegada observaron a lo lejos del prado como varias figuras penetraban en él. Tres se quedaron en el límite, mientras que otros dos junto al pastor, su mujer y los dos hijos comenzaron a caminar hacia los guerrilleros, y cuando habían llegado

a la mitad de la pradera se detuvieron. Entonces comenzó a avanzar Serafín con sus captores y tras penetrar algunos metros también se pararon.

—Cómo puedes ver hemos cumplido con lo pactado y aquí tenéis a vuestro jefe vivo y coleando —gritó primero el *Seminarista*.

—Nosotros también lo hemos hecho y aquí tienes la muestra... bueno, basta ya de parloteo ¿cómo hacemos el canje? —respondió a su vez el falangista.

—No queremos sorpresas así es que todos empezarán a caminar despacio y cuando el pastor y su familia estén conmigo y tú con Serafín, nos volvemos cada uno con los nuestros pero también lentamente para evitarnos sorpresas desagradables... ¿estás de acuerdo? —preguntó el maqui.

—Por mi perfecto aunque quiero que sepas que a la mínima nos defenderemos, os aseguro que no vais a cogernos desprevenidos...

—Ni vosotros tampoco nos pillaréis descuidados os lo aseguro.

—Vale pues que empiecen a caminar ya.

—De acuerdo —confirmó la operación el *Seminarista*—, pero antes de empezar quiero comentarte una cuestión, no vamos a aparecer por esta parte de la Sierra como mínimo en un par de días y espero que vosotros hagáis lo mismo, así nos evitaremos un serio disgusto. A partir del tres de marzo esta será una zona de guerra como ha sido hasta ahora y cuando nos crucemos, porque seguro que lo haremos, no habrá piedad.

—Estamos de acuerdo y ten por seguro que tarde o temprano acabaremos cazándoos como hicimos en las navidades pasadas a vuestro campamento de Valdecuencia.

—¿Qué dices...? ¿Cómo se te ocurre? —Explotó Serafín ante el comentario subido de tono de su camarada, no quería para nada bravuconadas ni gestos que pudieran dar al traste con el ansiado intercambio.

—Lo que oyes —respondió el falangista a su Jefe con inusitada firmeza—, deja que les diga lo que me apetezca, ¡qué más da!, al final también caerán...

—Te aseguro que no os lo vamos a poner tan fácil —replicó Lázaro— y ahora basta ya de cháchara y que empiecen a caminar de una puñetera vez.

Así lo hicieron los aludidos y en el momento que se cruzaron se lanzaron miradas cargadas de odio. Ninguno de ellos volvió la vista atrás, como si quisieran dejar para siempre todos los momentos de infortunio vividos desde su respectiva captura. Una vez llegó cada uno con los suyos hicieron lo propio y marcharon hacia donde se encontraban el grueso de sus compañeros. Los falangistas y Serafín mantuvieron aquel suceso en el más estricto secreto del que no se enteró nadie, ni tan siquiera su padre, el tío *Celipe* y mucho menos Belarmino Fuentes. Por su parte, el pastor y su familia con lo poco que pudieron sacar de la apresurada venta del ganado a sus familiares marcharon con los guerrilleros. En primer lugar se escondieron en uno de los escasos asentamientos que les quedaban en la Sierra y, pocos días más tarde, marcharon a Cuenca en una primera etapa y a Valencia al cabo de un mes. Allí, los miembros clandestinos del Maquis que actuaban en la capital pudieron proporcionarles nueva documentación y con el tiempo emigraron a Francia.

IX

El primer lunes de marzo de 1948 era uno de los tantos días del invierno en la Sierra de Albarracín. Hacía mucho frío a pesar de ser casi el mediodía mientras que las sucesivas nevadas habían cubierto de blanco los montes donde se asentaba la masada del *Zorzal*. Aparentemente todo parecía tranquilo, sin embargo nada más lejos de la realidad. El silbido del aire se percibía a ráfagas así como el sonido que producían las ramas de los árboles cuando la ventisca soplaba con más fuerza. También, entre los breves silencios que ocasionaba los vaivenes del viento se escuchaba de fondo el monótono quejido de *Luisito*, el viejo podenco de Victoriano que ladraba sin cesar protestando por estar encerrado dentro de la cuadra. Pero en un momento dado, aquella sinfonía cambió drásticamente de tono al abrirse el portón de la

casa y surgir de la misma las figuras de varios guardias civiles bromeando entre sí, y festejando algún acontecimiento que con toda seguridad había ocurrido puertas adentro. En el preciso instante que se encaminaron por la senda que llevaba a la Sierra, el cabo que los mandaba ordenó a sus hombres que guardaran el comportamiento debido y abrieran los ojos ante cualquier eventualidad. Poco a poco, aquella patrulla se fue perdiendo entre la lejanía del monte y después del intervalo que había supuesto la fugaz presencia de los militares con sus voces y ruidos, los sonidos del aire coparon de nuevo el lugar. Ahora, entre el silencio chirriante de aquella plúmbea mañana y el persistente eco de la cacofonía perruna, comenzaba a escucharse un sinfín de gemidos que denotaban otra presencia humana.

Dentro de la casa, los hermanos Victoriano y Ramón junto a su mujer *Ustaquia* lloraban y maldecían su maldita suerte. Ya no podían más, habían llegado al punto máximo de lo que un ser humano podía soportar. Desde el verano anterior las palizas eran cada vez más frecuentes y, lo que es peor, no se vislumbraba ni por asomo su punto final incluso la de esta mañana sin ir más lejos había sido la peor de todas. Su hartazgo no era consecuencia de que les hubieran asaltado la despensa acabando con los sabrosos escabeches que allí guardaban, los alimentos bien podían reponerse. Lo que más les dolía era que los palos fueron numerosos, la persona que los padeció con más virulencia fue la mujer de la casa y eso que todavía no se había repuesto de la primera paliza recibida medio año atrás. En completo silencio roto tan solo por algún que otro quejido y los gimoteos de *Ustaquia*, los hombres iban levantando las sillas y limpiando los numerosos desperdicios esparcidos por el suelo.

En un momento dado llegaron a escuchar de fondo los ladridos de *Luisito* y Victoriano salió de la vivienda para soltar al perro. Éste, llevaba encerrado desde que llegaron los guardias a la masada aquella misma mañana, poco tiempo después de que lo hicieran los dueños desde el pueblo. En el instante que se vio libre dejó de ladrar y, moviendo el rabo nervioso, se colocó lo más pegado que pudo junto a las piernas de su dueño rodeándolo e incomodando su paso. Victoriano lo acarició repetidas veces y logró que se calmara, momento en que escuchó cómo su hermano demandaba su presencia. Detuvo al perro junto a la puerta de entrada y penetró en la casa para ver lo que quería Ramón.

—Ayúdame a subir a *Ustaquia* a la habitación que la pobre apenas puede mantenerse en pie.

Entre los dos pudieron alzarla con alguna dificultad y en un par de minutos lograron acostarla en su dormitorio. La pobre gemía sin cesar y todavía soltaba alguna que otra furtiva lágrima que se encargaba de disimular limpiándose continuamente la cara, no quería bajo ningún concepto que se percataran de su debilidad y de lo que realmente estaba sufriendo. Ramón bajó de nuevo a la cocina y llenó una jarra de agua que, diligente, subió a su habitación para depositarla en la mesita junto con un vaso. Antes de bajar y seguir limpiando en la cocina le hizo beber a su mujer y le preguntó si quería que marcharan al pueblo en busca del médico.

—No hace falta que vayáis, con un poco de descanso me pondré buena ya lo verás.

—Eres muy cabezona, hace tiempo que te vienes quejando amargamente del costado y vas para atrás como los cangrejos.

—Hazme el favor y no insistas... bueno, vale, haremos lo siguiente, deja que descanse y duerma un poco y según como me encuentre mañana en el pueblo se hará lo que tú quieras.

—De acuerdo, pero como en Monterde no estés bien iremos al médico digas lo que digas.

Pronunció estas palabras y el dormitorio se llenó de un tenso silencio que, a pesar de durar unos pocos segundos, se hizo eterno. Los tres se mantuvieron quietos, sin pestañear, completamente abstraídos en sus pensamientos hasta que una voz femenina resquebrajó aquella inusual calma.

—Ramón... ¿cuándo acabará esto...?

—No tengo ni idea mujer pero como no termine pronto... será nuestro final.

Por su parte, Victoriano se había mantenido callado en la conversación del matrimonio ya que no le gustaba meter baza entre ellos, siempre que lo hacía acababa escaldado. Además, veía a su cuñada con un aspecto deplorable y pensaba que si hablaba no solucionaría nada y, lo que es peor, *Ustaquia* se lo reprocharía de malas maneras como acostumbraba. Cerraron la puerta de la habitación y bajaron las esca-

leras en completo silencio. Una vez estuvieron en la planta baja acabaron de adecantarla como buenamente pudieron. Recogieron agua en un balde para lavarse la cara y limpiar en lo posible los restos de sangre, hubo que hacerlo con tiento porque además de estar casi seca el dolor en los moratones impedía limpiarla a conciencia. Y una vez se hubieron aseado se sentaron completamente agotados, entonces, Victoriano escanció vino en dos vasos aproximando uno a su hermano.

—Ramón... ya no puedo más... lo de hoy no puede seguir porque acabamos en el cementerio. Entre nosotros... ¿tú sabes algo de lo que nos preguntan los civiles? Porque yo con el Maquis apenas he tenido que ver, tan solo cuando ayudamos aquella vez al que encontramos herido y el otro par de veces que lo hicimos en el monte con algún guerrillero. Si los guardias vienen aquí con tanta saña será seguramente por algo que se nos escapa, si es que tú no sabes nada...

—Yo estoy como tú, en realidad no tengo ni idea de lo que pretenden como no sea amargarnos la vida, están empeñados en que colaboramos con el Maquis y de esa cantinela no los podemos sacar. Pero hay más, mucho más. Hablé hace poco con masoveros de Cella y me contaron en secreto que también recibían lo suyo y estaban muertos de miedo. Está visto que los civiles no tienen bastante con mandarnos todas las noches al pueblo después de cerrar la masada, por lo visto, piensan que acabando con nosotros acaban también con el Maquis.

Y así se mantuvieron los hermanos. Comentaban, entre vivas muestras de dolor la enésima paliza recibida sin saber qué tenían que hacer para poder evitarlas. Si decían que no habían visto nada sospechoso recibían de los civiles una somanta de palos, y si comentaban que igual habían observado algo fuera de lo normal les acusaban de no decir toda la verdad y también recibían. Y ello, a pesar de que en la encerrona que les hizo una de las contrapartidas que frecuentaba la Sierra no logró pillarlos en falso, ya que descubrieron que no eran guerrilleros porque ni tenían las manos encalladas ni olían mal. La verdad es que los efectivos de la Guardia Civil tenían mano ancha para cumplir las órdenes recibidas de sus superiores pero, eso sí, dentro de la obediencia debida no todo el mundo actuaba de la misma manera. A unos pocos guardias el propio gobernador civil los había tenido que castigar por blandos, pero con otros no era necesario estimularlos. Entre estos últimos estaba precisamente la patrulla que acababa de darles la última paliza y encima se habían puesto las botas con las mejores

viandas de los masoveros. Además, no era la primera vez que lo hacía el cabo Armando Perales y los números Daniel el *Bujías* y Eloy el *Legionario*.

En estos momentos el saqueo de la casa quedaba en un segundo plano, existía algo que les inquietaba como nunca y era la salud de *Ustaquia* que, a media tarde, seguía sin dar muestras de mejoría. Pero, al no poder quedarse en la masada, los hermanos la bajaron al carro no sin cierta dificultad y después se encaminaron hacia el pueblo siguiendo el ritual de todos los días. Durmieron como acostumbraban en la casa de la familia de su hermano y a pesar de que su mujer e hijos no congeniaban con *Ustaquia*, la obsequiaron con todas las atenciones dado su estado tan sumamente delicado. A la mañana siguiente viendo que la mujer no mejoraba e incluso su salud se agravaba por momentos, Ramón, acudió a buscar al médico para que la atendiera. Una vez la hubo auscultado los gestos de la cara del galeno eran expresivos respecto a cómo se encontraba y así se lo hizo saber a un desconcertado Ramón, de forma directa y sin ambages.

—Lo siento mucho pero tu mujer está muy mal, no creo que dure mucho tiempo en el estado en que se encuentra.

—Pero... ¿qué dice doctor?...

—Lo que oyes Ramón, además tiene el cuerpo molido de golpes... ¿Os habéis peleado?, tú también tienes señales de haber reñido con alguien. Si es así voy a tener que dar parte a la autoridad...

—Sabe de sobra que yo no le he puesto la mano encima a mi mujer y me da la impresión que usted también conoce a los culpables pero me temo que prefiere mirar para otro lado ¿Me equivoco...? A mí me prohibieron decir nada a nadie y por lo que pueda ocurrir pienso cumplir con la promesa que hice, de manera que si usted quiere dar parte... hágalo... ya me da todo igual.

El médico del pueblo salió de aquella casa y se dirigió al Ayuntamiento pero como suponía Ramón no pasó nada, el Jefe de la Falange decidió que no se interviniera y tampoco lo hicieron desde el cuartel de la Guardia Civil cuando fueron avisados. De manera que todo continuó con su monotonía habitual, Victoriano siguió haciendo vida normal en la masada durante los días siguientes y, por supuesto, volvía a dormir a Monterde cuando caía la noche. Por su parte, Ramón no se despegó del pie de la cama donde su mujer agonizaba y trataba de cal-

marla como buenamente podía, ya fuera con su compañía o con el sedante que le había proporcionado el médico. Sin embargo no había nada que hacer y cuando había transcurrido poco más de una semana desde que llegaron al pueblo, *Ustaquia* exhaló su último suspiro.

Al día siguiente de enterrar a la mujer los hermanos decidieron continuar con sus quehaceres en la masada pero ya nada volvió a ser igual. Por lo pronto dejaron de padecer la presencia de la Guardia Civil, aun así su ánimo estaba bastante decaído, la vida en aquella casa se les antojaba extraña debido a la ausencia de *Ustaquia*. La mujer podía haber sido gruñona e incluso antipática en muchas ocasiones pero, lo cierto, es que siempre había mantenido a la perfección la vida en el *Zorzal* mientras que Ramón y Victoriano se dedicaban a las labores del campo o con el ganado. Y ahora, cuando se encontraban solos en la vivienda les daba la impresión que la casa se les iba a caer encima de un momento a otro, ya que tenían que dedicar parte de su trabajo diario a cumplir con las funciones que anteriormente realizaba la difunta. Y por supuesto, ellos no estaban preparados ni por asomo para realizar semejantes tareas. Por eso, la vida en la masada era un desastre y cuando apenas había transcurrido una semana desde el sepelio la situación había llegado al límite. Totalmente hundidos y sin ánimo, los dos hermanos no se veían con fuerzas para seguir adelante. Fue Ramón el que se decidió a hablar primero.

—Ya no puedo más Victoriano, con los años que tengo no espero nada bueno de esta vida... lo he estado pensando y creo que lo mejor que puedo hacer es acabar con ella ahora que todavía puedo decidir, antes que vengan de nuevo a la masada y nos muelan a palos como a mi pobre difunta. Te lo digo porque eres el hermano con el que mantengo más relación y además vivimos juntos —mantuvo unos instantes de silencio y tras tragar saliva se decidió a continuar—. Quiero que sepas que he tomado la firme decisión de que mañana... será mi último día en este mundo...

Victoriano se quedó mudo ante aquella confesión aunque en el fondo la intuía, no en vano era con quien más años había vivido. Él tampoco tenía apego a la vida, ni tan siquiera contaba con amigos en este mundo si exceptuamos a *Luisito* y *Catalán*. Desde la muerte de *Ustaquia* recordaba más que nunca a *Crestina*, su único gran amor. La aflicción que sentía debido a la ausencia de su amada era tan grande que incluso llegaba a nublarle la consciencia. Por eso no se amedrantó

ante la decisión de su hermano, es más, comprendió los motivos y se sumó a ellos aunque en base a su propio razonamiento.

—Pues nada hermano si tú estás dispuesto a irte de este mundo yo también lo estoy. Si lo tienes realmente decidido esta misma tarde lo hablamos y mañana por la mañana cuando volvamos nuevamente al *Zorzal* cumplimos con nuestra promesa.

Ramón y Victoriano sellaron con un fuerte abrazo el acuerdo de suicidio al que habían llegado, tiempo tendrían hasta el día siguiente de ver la fórmula para poderlo llevar a cabo. Así fue, acudieron como todas las tardes a Monterde pero no dijeron nada a nadie sobre sus propósitos ni siquiera a su familia. Y una vez amaneció recogieron en el Ayuntamiento la llave de la masada y retornaron a su casa en el más absoluto silencio. Nada más llegar al *Zorzal*, los hermanos dieron comienzo a los siniestros preparativos.

—Victoriano, me voy a despedir de ti en este preciso momento porque me marchó con una soga a la carrasca grande de la dehesa y allí pondré fin a mis días.

—Yo lo que he pensado es pegarme un tiro con la escopeta en el prado de las ovejas, pero antes despacharé también al *Luisito* y a *Catalán* que me da un no sé qué dejarlos aquí en medio de esta jauría de lobos.

Los hermanos volvieron a fundirse en un prolongado abrazo escapándose algún que otro sollozo porque alguien no decide suicidarse como si tal cosa y dejar atrás todo aquello que le importa. Luego, cada uno se fue al lugar donde había decidido poner fin a su vida. Ramón recogió una soga del cobertizo y se fue andando sin volver la cabeza ni una sola vez por el camino que llevaba a Pozondón. Por otra parte, su hermano entró en la casa en busca de la escopeta que mantenían escondida, la cargó y se hizo asimismo con algunos cartuchos. Luego subió al carro y llamó al perro para que lo siguiera, su camino se dirigía en otra dirección en este caso hacia Cella.

Tal como hizo su hermano, Victoriano salió también de la masada del *Zorzal* sin volver la vista en ningún momento. Quizás su decisión no había sido muy meditada, pero ahora con la palabra dada para él resultaba imposible la vuelta atrás. Eso sí, antes de irse de este mundo había decidido visitar los lugares más cercanos y que habían dejado una huella indeleble en su vida. A las afueras de la masada, exis-

tía un vallejo protegido por donde discurría un minúsculo curso de agua que regaba un huerto con manzanos y algún melocotonero. Apenas tardó en bajar por la cuesta y una vez en el bancal quiso agradecer a cada uno de los árboles las buenas cosechas que siempre le habían proporcionado. Se quedó plantado delante de cada uno de ellos y palpó sus ramas, acariciándolas al tiempo que agradecía los buenos momentos vividos, de la misma manera que hizo en otras ocasiones por motivos similares.

—Gracias por todo lo que me habéis dado, yo os cuidé y a cambio de mis esfuerzos vosotros endulzasteis mi vida.

Una vez salió del huerto se giró para observarlo por última vez, momento en que colocándose las palmas de las manos en la boca emitió un sonoro beso al tiempo que abría los brazos como si intentara envolver el contorno de aquel lugar. Luego, siguió su camino regresando por la cuesta y no paró hasta que llegó a un campo de cereal de grandes dimensiones labrado durante el pasado otoño. Detuvo el carro y penetró en el *piazo*. Parecía mentira pero él, que siempre había mantenido un cuidado exquisito con los sembrados, se encontraba allí mismo en medio del mejor que tenían y pisaba sin miedo el cereal que había comenzado a surgir. Introdujo las manos entre el surco de tierra que encontró más blando hasta levantar un pequeño terruño lleno de brotes verdes que elevó lo más que pudo en dirección al sol, a modo de ofrenda por los frutos de aquella cosecha que se preveía copiosa. Acto seguido, se tumbó en el suelo con los brazos y las piernas extendidas y mirando al cielo evocó diferentes momentos que habían tenido lugar allí mismo como la labranza, la siembra, o la siega de la cosecha. Hubo años que toda la harina utilizada para amasar el pan de su masada provenía del trigo recogido en aquel lugar.

—Quiero agradecerte el haber sido el sostén de mi casa durante la mayor parte de mi vida —comentó con cierta solemnidad.

Acto seguido se levantó y volvió sobre sus pasos. Una vez de nuevo en el monte se giró y volvió a repetir el beso envolvente que realizara en el bancal a modo de despedida. Luego, sin más dilaciones, se subió al carro para enfilear la última parte de aquella macabra travesía. Después de casi una hora de marcha desde que saliera de la masada llegó a una dehesa de buen tamaño, posiblemente el lugar que guardaba los mejores recuerdos de su vida siendo por tal motivo donde

pensaba poner fin a la misma. Miró a su alrededor y evocó con añoranza un tiempo pasado en el que su rebaño de ovejas y cabras pacía con toda tranquilidad a lo largo y ancho del prado. También se vio recostado en el verdín de una enorme y frondosa sabina situada en un altozano próximo, mientras esperaba la llegada de su amada *Crestina*. Se acercó al árbol en cuestión y lo besó con la misma pasión que lo hizo en su momento con ella, incluso creyó escuchar las melodías de flauta o los diferentes silbidos que profería acompasados en estos momentos con los latidos de su propio corazón. Acto seguido observó con detenimiento el manto verde que rodeaba el suelo de la sabina, se reclinó sobre aquel minúsculo césped y evocó los sucesos que tuvieron lugar unos años atrás cuando este lugar era el punto de encuentro, la cita clandestina de sus devaneos amorosos. Allí mismo, había hecho el amor por primera vez con una mujer que también era virgen y, juntos, descubrieron los placeres de la vida hasta que por un azar del destino todo se vino abajo como un castillo de naipes.

Esa era precisamente la otra cara de la moneda, como si de capuletos y montescos se tratara habían tenido en contra a sus propias familias que les impidieron continuar su relación. Desde la pelea que tuvo con los malditos hermanos de la muchacha no había vuelto a verla. En estos momentos no sabía nada de ella, tan solo el comentario de la cuñada de *Crestina* cuando fue a verle mientras convalecía de sus heridas: que la mandaban a servir a una capital. El infeliz de Victoriano seguía rememorando aquellas fechas y su ánimo se venía abajo por momentos, tan fiel le fue a aquella mujer que no había vuelto a cohabitar con ninguna otra, en eso radicaba el amor según pensaba. Por supuesto, ni remotamente podía suponer que los motivos reales de aquella ruptura fueron su embarazo. Ni tampoco que lo más probable era que un *muchicho* de su misma sangre, su hijo, estuviera en la actualidad con otra familia totalmente ajeno a la realidad de la suya propia ¡Qué cruel destino el de los enamorados que no pueden ser dueños de sus propias vidas!

Victoriano se estaba viniendo abajo pero a pesar de su desventura aún tuvo los arrestos suficientes como para levantarse con ímpetu y acudir al carro, eso sí, en esta ocasión iba tan decidido que ni tan siquiera lanzó el beso de despedida al aire como en los otros lugares. Cogió la escopeta y volvió a comprobar que estaba cargada, entonces se decidió a llevar a cabo el cometido que se había impuesto. Llamó a

Luisito y el perro obediente no tardó en acercarse a su amo, momento que aprovechó para apuntarle con su arma a la cabeza. Sin embargo miraba al podenco y las dudas le sobrevenían, por más que insistía no llegaba a efectuar el disparo. Por otra parte, el perro comenzó a notar algo raro y debido a su olfato o quizás a su instinto dejó de mover el rabo y acabó metiéndolo entre las piernas mientras emitía ladridos lastimeros. Era lo que faltaba para que Victoriano dudara con más fuerza. Viendo que no podía disparar al perro cambió de objetivo y apuntó al mulo que al notar algo extraño junto a su cabeza la giró, al tiempo que movía las orejas hacia el hombre como si presintiera el peligro. Estaba claro que por más que lo intentaba le seguía siendo imposible acabar con la vida de sus fieles amigos. Entonces, al comprobar que le faltaban los arrestos suficientes pensó que lo mejor sería pegarse un tiro, de manera que colocó el cañón de la escopeta en su boca y con el dedo pulgar intentó apretar el gatillo. Pasaron unos segundos que se hicieron eternos en medio del silencio. *Luisito* y *Catalán* mientras observaban a su amo apenas se movían ni hacían el menor ruido, parecían intuir la gravedad de aquel instante. Hasta que llegó un momento donde Victoriano comprobó que tampoco disponía del valor suficiente como para acabar con su propia vida, de manera que finalmente desistió de efectuar el disparo.

Con rabia lanzó la escopeta al suelo sin contemplaciones. La enorme tensión acumulada hizo que se echara a llorar, se puso en cucullas y se llevó las manos a la cara muerto de vergüenza al no haber sido lo suficientemente hombre por una vez en su vida. Pasados los primeros instantes de aturdimiento se levantó y recogió la escopeta de nuevo, la echó dentro del carro y acto seguido tiró de las riendas del mulo animándole a trotar. Iba de vuelta a casa lo más rápido que podía, no ansiaba otra cosa que buscar a Ramón para ver la suerte que había corrido. En el momento que llegó a la masada escuchó unos ruidos que le hizo detenerse y, al acercarse a donde procedían, comprobó atónito que se trataba de su propio hermano. Éste, sentado y apoyando la espalda en la pared de la casa lloraba como un crío.

—¡Ramón!

—¡Victoriano!, ¿Qué...?

Sobraban las palabras en ese momento y los dos hermanos se abrazaron con fuerza mientras lloraban su infortunio. Así estuvieron

durante un buen rato. Tan solo se separaron cuando el perro comenzó a ladrar mientras los rodeaba y se frotaba entre sus piernas haciéndose partícipe del emotivo momento que estaban viviendo. Ya más calmados se separaron aunque seguían teniendo los nervios a flor de piel.

—Que ha pasado Ramón, tú tampoco has podido hacerlo...

—Lo he intentado, te lo juro por la memoria de *Ustaquia* que lo he intentado, pero soy demasiado cobarde como para mirar de frente a la muerte...

—No digas eso. Yo sí que he sido un cobarde, no he podido acabar con *Catalán* ni *Luisito*... ¿Qué podemos hacer?, vamos a seguir como antes... ¿o qué?

—No nos queda otro remedio..., aunque pensándolo bien será mejor dejar pasar un tiempo y luego podremos decidir.

Así lo hicieron y continuaron con su vida intentando superar aquellos aciagos momentos. Sin embargo, el paso de los días no logró hacerlos cambiar de parecer y seguían firmes en el propósito de acabar con sus vidas en el momento más apropiado. Mientras tanto, su existencia siguió siendo tan patética y gris como lo había sido siempre. Pero en algo sí tuvieron suerte, la Guardia Civil seguía sin aparecer por la masada aunque ellos desconfiaban y con razón. Tan solo en un par de ocasiones se cruzaron con miembros de la Benemérita pero fue en el pueblo cuando acudían de buena mañana al Ayuntamiento para recoger las llaves del *Zorzal*. Al cumplirse un mes desde el fallido intento de suicidio, Victoriano, recordó cierta conversación con la tía *Cuentos* cuando era pastor de la cabrada comunal de Monterde en la que hacía mención a ciertos venenos utilizados en la Sierra. Habló con Ramón y ambos decidieron que lo mejor sería verla de nuevo a pesar de que no había mantenido contacto alguno desde los sucesos de la Fuente del *Alma Negra*.

De manera que una mañana, Victoriano, no volvió con su hermano al *Zorzal* sino que tomó el camino de la Sierra que tan malos recuerdos guardaba para dirigirse a la casa donde vivía la tía *Cuentos* en medio del bosque. Los últimos acontecimientos daban la impresión de que lo habían vuelto más diligente a pesar de su intento de suicidio, pero en realidad todo era pura apariencia. En el momento que el camino pasaba por las proximidades de aquella fuente de infausta memoria aligeró el paso todo lo que pudo preso de una crisis de ansiedad.

Parecía mentira, pero tenía la intención de suicidarse y sin embargo las historias de fantasmas seguían asustándole.

Al cabo de algo más de una hora de incesante caminar desde que salió del pueblo divisó la casa de la mujer y se alegró de ver salir humo por la chimenea. Ignoraba como sería el recibimiento aunque, para ser sinceros, lo temía. Cuando en otro tiempo trató con ella su presencia le imponía casi más que la de su cuñada *Ustaquia* y, ahora, tras dos años largos sin verla tendría que lidiar además con el triste suceso de su sobrino Paulino. Por todo ello, Victoriano estaba realmente intranquilo y conociendo lo apocado que era con toda seguridad se turbaría en el momento que la tuviera enfrente. Nada más llegar golpeó repetidas veces la aldaba del portón de entrada hasta que por fin se abrió y apareció la tía *Cuentos*. Lo cierto es que ambos se llevaron una sorpresa, la mujer porque no se esperaba semejante visita, mientras que él debido al aspecto desmejorado y algo descuidado que apreció en ella. Casi no la reconocía aunque seguía manteniendo aquella mirada tan inquisitiva. Victoriano se sintió realmente cohibido.

—¿Cómo estamos doña Herme...?

—Vamos tirando... —le cortó con cierta brusquedad, no le gustaba para nada aquel saludo tan formal como forzado—, y a ti ¿qué te trae por aquí?

—Pues mire... —titubeó ante la sequedad de la respuesta— vengo a por un asunto muy importante para mí y según recuerdo de cuando estaba en la cabrada con su... bueno cuando la llevaba yo y... quiero decir que le escuché una vez decir algo sobre los venenos que utilizaban los pastores de la Sierra.

—¿Y para qué quieres que te lo diga, si puede saberse?

—Yo... bueno... lo único que puedo jurarle por la memoria de mis muertos es que no voy a utilizarlo contra nadie... y que es algo muy personal.

—No sé lo que te traes entre manos... pero en fin, no te lo voy a negar porque te conozco y en caso contrario no me dejarás en paz hasta conseguirlo... Los venenos se pueden obtener de muchas maneras aunque si yo hablé de uno que no falla sería seguramente el de las hojas de tejo.

—Ahora que lo dice recuerdo que ese era el nombre.

—Sin embargo tienes un problema y es que por estos andurriales no hay ningún árbol de esos, ahora bien, donde puedes encontrar los mejores ejemplares es aquí cerca, en Bronchales, concretamente en el barranco de las *Tejedas*. Lo mejor que puedes hacer es ir allí en primavera para coger los primeros brotes que son los más potentes.

La mujer le dijo que esperara y penetró en la casa. Pasados varios minutos en los cuales Victoriano pensó que se le acabaría la paciencia apareció de nuevo llevando dos ramas de hojas secas y, al momento, le explicó cómo debía de utilizarlas para que tuvieran el efecto deseado. Se trataba de un veneno muy potente que había causado la muerte incluso al ganado mayor cuando los pastores no se habían percatado que estaban entre esos árboles comiendo sus brotes. A continuación se las entregó con sumo cuidado para que no se cayeran.

—Toma estas dos ramas de tejo que son las últimas que me quedan y procura que no se te desmochen, así podrás reconocer el árbol cuando vayas al barranco de las *Tejedas*.

—¿Y cuándo tengo que ir allí?

—Ya te lo he dicho antes ¿es que no te acuerdas? —Le gritó con los ojos desorbitados— Sabes que no me gusta repetir las cosas y ya te he comentado que vayas en primavera ¡Bah! no sé por qué me esfuerzo contigo si pareces estar siempre en babia. Pero yo sé lo que te pasa a ti, no te enteras de nada porque siempre has estado escondido en tu madriguera del *Zorzal*.

Al escucharle aquel comentario tan desabrido y fuera de lugar, Victoriano se mordió los labios para no responder a las provocaciones de la anciana. En sus recuerdos siempre la tuvo como una mujer que se hacía la interesante a la hora de contar sus historias, era de estampa tranquila y excelentes modales aunque en determinadas ocasiones su carácter daba la nota. Y ahora precisamente se habían invertido los valores, hablaba con brusquedad y su aspecto no podía ser más desaliñado. Aunque a Victoriano lo que le interesaba realmente era conocer lo mejor posible el tema del veneno, mientras que la conducta de la mujer le traía sin cuidado. Por eso quiso cambiar de tercio con el objeto de limar asperezas y se decidió a hablar de su sobrino Paulino. Quizás su recuerdo la tranquilizaría —pensaba en un primer momento—, aunque un sexto sentido le decía que muy probablemente no sería así porque a él lo consideraba implicado de alguna manera en aquella sú-

bita muerte. Era un mar de dudas, ya que el finado había pasado a mejor vida días después de la pesada broma que sufrió Victoriano en la Fuente del *Alma Negra*. Sin embargo, a pesar de todas sus indecisiones optó por preguntar sobre aquel suceso sin tener muy claro como evolucionaría la conversación.

—Doña Hermelinda... tía *Cuentos* yo también quería preguntarle por lo que le pudo pasar a Paulino...

—Dejemos que los muertos descansen en paz.

—No... si yo no quiero importunarla es que cuando me enteré de...

—Mira Victoriano —le interrumpió con brusquedad—, lo único que puedo decirte es que siento mucho la broma que te hicieron mi sobrino y sus amigos porque utilizaron como cebo la historia que os conté. Pero de todo ello también puedes extraer una conclusión... Si no crees en los fantasmas ni en las leyendas no te rías nunca de ellas, puedes ignorarlas si quieres, pero no pretendas utilizarlas en tu provecho porque pueden volverse en tu contra.

—No entiendo lo que quiere decirme...

—*Rediós* pues está muy claro, ¡que si no quieres polvos no vayas a la era!

Ahora realmente enfadada Hermelinda también conocida como la tía *Cuentos* dio por finalizada la conversación y penetró en su casa tras dar un sonoro portazo. Victoriano se mantuvo quieto, sumido en cierta perplejidad durante unos instantes y una vez superado aquel momento de estupor decidió volver por el camino del pueblo. Y en el momento que transitaba por las proximidades de la Fuente del *Alma Negra*, nuevamente sintió un profundo desasosiego y aceleró el paso todo lo que pudo. Una vez llegó a Monterde acudió a la casa de su hermano y se encerró en su habitación, tan solo salió de ella cuando bien entrada la tarde Ramón volvió del *Zorzal* como todos los días y le hizo partícipe de la entrevista que había mantenido durante aquella mañana. Ambos coincidieron en seguir adelante con el asunto que llevaban entre manos. Y también que a comienzos de la primavera acudiría Victoriano al barranco de las *Tejedas* con la muestra que le dio la tía *Cuentos*, para hacerse con los brotes nuevos de las hojas de tejo.

X

Desde los tristes sucesos de *Sabinaquemada* durante el año anterior la pequeña Esperanza no mejoraba, bien al contrario su salud se deterioraba de una forma alarmante hasta que llegó un momento que Violeta ya no podía aguantar más y decidió acudir al nuevo médico del pueblo. Tras examinarla y conociendo los antecedentes que habían ocasionado el retraimiento que padecía, le aconsejó —aparte de los remedios medicinales— un cambio de aires si quería procurar a la pequeña una rápida recuperación. Según le comentaba lo ideal sería buscar un lugar alejado, bien aireado y a ser posible situado en la alta montaña. Insistía en la tesis de que Monterde resultaba pernicioso para Esperanza, su estancia en el pueblo era un muro infranqueable que le impedía pasar página de forma apropiada. De hecho, cada vez que nombraban por cualquier cuestión a Margarita delante de ella o se topaba con algún objeto que le recordaba a su abuela decaía su ánimo hasta límites preocupantes.

Violeta salió bastante angustiada una vez finalizada la consulta, si el tratamiento medicinal no podía curar aquella enfermedad el futuro de su hija era poco halagüeño. Su preocupación radicaba en que no conocía prácticamente nada allende la comarca de Albarracín, ni tan siquiera disponía del dinero suficiente para costearse un viaje y más si tenía que ir fuera de la provincia. Por todo ello, si bien la visita al médico le había proporcionado una visión más aproximada sobre la posible cura de su hija, lo cierto es que no veía la forma de cómo poderla llevar a cabo.

Unos días más tarde, ya en las vísperas de la Semana Santa a mediados de marzo de 1948, Violeta se encontraba junto a la pequeña en su habitación cuando escuchó el canto de un búho repetido tres veces. Conocía perfectamente aquella señal y los latidos de su corazón se aceleraron sin que pudiera evitarlo. Le indicó a su hija que permaneciera quieta, luego, con rapidez y sin hacer apenas ruido acudió al corral. Una vez allí abrió la puerta con cautela para cerciorarse de que,

en efecto, se trataba de Rubén. El guerrillero había estado escondido en los alrededores del Alto de la Ermita de san Cristóbal desde aquella misma tarde y esperaba a que estuviera bien entrada la noche para acudir a la casa de Violeta. En contra de lo que pensaba la mujer, el motivo de aquella apresurada reunión nada tenía que ver con su antigua actividad como enlace de la guerrilla. En realidad, Rubén estaba preocupado por las noticias que le habían llegado al campamento sobre la salud de ella y su hija.

—¿Cómo os va Violeta?

—Vamos aguantando, Rubén.

—¿Sigues teniendo problemas en el pueblo?

—Como siempre.

—Y tu hija, ¿cómo está?

—Muy mal. Tanto, que he acabado por ir al médico porque ya no es el malasombra que había antes y me ha dicho que lo que más nos conviene es un cambio de aires y, si es posible, acudir a un pueblo de alta montaña. Me insiste que mientras permanezca aquí los recuerdos le van a impedir superar el trastorno que padece.

Tal y como Rubén iba escuchando esas palabras reflexionaba en silencio, las asociaba con una turbadora reflexión a la que había llegado durante las últimas fechas. Concretamente, desde el postrer enfrentamiento que tuvo con la Guardia Civil a finales de diciembre del año anterior cuando asaltaron y destruyeron el Campamento escuela de los Montes Universales. Dicho razonamiento era en realidad una amalgama diversa de ideas, donde confluían asuntos como el asesinato de sus respectivas madres en *Sabinaquemada*, las ansias de venganza y, por último, la difícil situación en la que comenzaba a encontrarse la guerrilla en la Sierra de Albarracín. Por si fuera poco, las palabras de Violeta se habían aunado con esas inquietudes y acabaron de perfilar rápidamente una nueva apuesta. El consejo dado por el médico a la mujer le sirvió como excusa perfecta y, sin pensarlo dos veces, Rubén comenzó a desgranar el plan recién concebido.

—Vamos a ver Violeta, llevo tiempo pensando que lo mejor que podéis hacer tú y tu hija es marcharos a Francia y ahora con lo que me acabas de contar ya no tengo la menor duda. Solo saliendo de aquí encontraréis la paz y felicidad que se os niega en esta tierra.

—¡Pero qué dices Rubén, eso es imposible! Aquí tengo mi vida, mis buenos recuerdos y los malos, la tumba de mis padres..., de mi querido esposo que aunque no está en el cementerio de Monterde sé por lo menos dónde está enterrado..., lo tengo todo ¿Cómo me pides que me exponga a una aventura tan arriesgada? No conozco a nadie allí..., además... ¿con qué dinero podré hacer el viaje si apenas dispongo de bienes...? Por otro lado están mis suegros...

—Escúchame por favor y mira detenidamente la situación en la que te encuentras —le interrumpió—. Desde hace unas semanas has dejado de bajar a Teruel a vender tu mercancía y servirnos de enlace con nuestros camaradas, no es un reproche ni mucho menos porque sabemos cuánto sufriste con la salvajada que te hicieron..., por eso ya te hemos buscado sustituto. Además, en cada oportunidad que he podido verte desde la muerte de nuestras madres, he apreciado cómo ha empeorado tu salud. De seguir así me temo que tú y tu hija vais a acabar mal, siento ser tan sincero... Piénsalo detenidamente... y por si acaso cambias de opinión deja que te escriba una carta y te dibuje un mapa, la situación del Maquis en la Sierra es cada vez más difícil y no sé cuándo volveremos a vernos. Por eso te pido que los guardes bien y que nadie sepa nunca nada. Si por fin decides irte, te puedo asegurar que en la casa de Francia cuyas señas van en la carta mis amigos te atenderán como mereces y podréis estar tú y tu hija el tiempo que consideres oportuno. Es una masada de un pequeño pueblo situado en las faldas del Pirineo francés, pero reúne las características que te ha indicado el médico.

—¿Y qué hago allí sola Rubén?, —le interrumpió Violeta—, no conozco a nadie... sería como empezar de nuevo y mi hija de la manera que está es difícil que mejore con tanto ir de un sitio para otro.

Entonces, Rubén, que todavía mantenía al hombro su inseparable metralleta *Sten*, la descolgó depositándola encima de la mesa, se frotó la frente con las palmas de la mano como si quisiera darse ánimos y, a continuación, se decidió a comunicarle sus meditadas reflexiones de los últimos días.

—No sé lo que tardaré en retornar a Francia... Si no muero en combate creo que acabaré mis días allí, soy de los que piensan que si vivo puedo combatir por mi patria pero si me dejo matar mi lucha habrá sido en vano. Voy a poner un plazo de tres años, si en esa fecha

no he llegado haz lo que consideres oportuno, o te quedas a vivir allí o marchas a Toulouse. Esta es una ciudad donde viven muchos españoles y mi amigo francés te hará las recomendaciones necesarias para que vayas a un barrio lleno de compatriotas, así podrás sentirte como si estuvieras en tu propia casa. Hazme caso o por lo menos prométeme que lo pensarás, no pierdes nada con ello.

—Rubén, estás muy seguro de lo que dices y creo que es muy probable que tengas razón, pero te repito que me atan muchas cosas en este pueblo y me parece que lo menos malo para nosotras será quedarnos aquí. Pero eso sí, te prometo que pensaré en todo lo que me has comentado y llegado el momento decidiré lo más conveniente.

Ya más calmado después de haberle propuesto que se marchara, el guerrillero le pidió papel y pluma para escribir una carta a su amigo francés Pierre Girardon detallando en su cabecera la dirección a la que tenía que acudir. Luego, en otra hoja, trazó de memoria un mapa que comprendía el norte de la provincia de Lérida con las poblaciones más importantes y también algunos pasos de la frontera por donde podía acudir a Francia. Más arriba, en el mismo plano, dibujó la parte francesa que correspondía a la región del Midi-Pyrenées que tan bien conocía, y dentro de ella al departamento de los Hautes-Pyrenées con el distrito de Tarbes, el cantón de Tournay y la población de Mascaras, su destino final.

Rubén dio por finalizados sus comentarios debido a la incomodidad que apreciaba en Violeta con aquella proposición, recogió la metralleta y se dispuso a marchar de nuevo. Sin embargo la mujer insistió que se quedara y aunque ya era tarde le prepararía algo para cenar, de esa manera podrían seguir cambiando impresiones. La verdad es que no se hizo mucho de rogar, un plato de comida caliente no tenía oportunidad de probarlo todos los días. Durante las siguientes horas estuvieron departiendo sobre la posibilidad del viaje y los contratiempos que podría encontrar Violeta en aquél periplo tan peligroso. Y cuando faltaba poco para que amaneciera se despidió de su amigo guerrillero con un sentido abrazo, sin tener nada claro cuál sería su proceder sobre la propuesta realizada.

Pero lo cierto es que la conversación que mantuvo con Rubén esa noche sí dejó una marcada huella en Violeta. Sus dudas aumentaban conforme pasaban los días porque la situación de ella y su hija en el pue-

blo se tornaba cada vez más conflictiva. Los malos modos y la constante animadversión que algunos personajes de Monterde mantenían con la mujer seguían siendo moneda corriente, especialmente desde los vergonzosos sucesos del Salón de los Plenos. Tanto, respecto a los que siempre se habían enfrentado a su familia por motivos políticos, como los nuevos conversos del nacionalcatolicismo surgidos tras la Guerra Civil.

Así llegó a primeros de abril en medio de un creciente desánimo y cuando no pudo aguantar más la presión decidió seguir adelante con las recomendaciones de su amigo guerrillero. Para ello, optó por buscar un pretexto cualquiera que le permitiera acudir a algún pueblo lo más cercano posible de la frontera. Una vez allí pasaría a Francia a la menor oportunidad y se dirigiría a la población de Mascaras siguiendo el itinerario que le diera Rubén. Ese mapa junto a la carta de presentación los tenía guardados como si fuera el mayor de los tesoros. A media mañana acudió a la casa de sus suegros para comentarles la irrevocable determinación que había adoptado. Ciertamente les pilló de sorpresa porque no lo esperaban, aunque se daban perfecta cuenta del calvario que pasaba la mujer. Según habían comentado últimamente, lo más adecuado para ella era romper la perniciosa rutina en la que se había sumido e intentar sobreponerse de una vez por todas a las desgracias que estaban minando su vida.

En estos momentos se encontraba sumida en una profunda depresión y no se le apreciaba visos de poderla superar. Lo cierto es que no era para menos, ya que últimamente las desgracias se le habían acumulado. El golpe inicial lo tuvo con la desaparición de su querido esposo a comienzos de la Guerra Civil, seguido por unos años de infausta memoria por la represión sufrida. Luego, durante la postguerra la situación empeoró notablemente. Primero con la muerte de su padre, le siguió su estancia en la cárcel, más tarde el asesinato de su madre y poco tiempo después con la revelación de que su marido murió fusilado en los Pozos de Caudé. Y por si aún no fuera bastante, estaba la triste enfermedad que aquejaba a su hija precisamente desde la muerte de la abuela Margarita. Ese cúmulo de adversidades había cambiado hasta lo increíble a la en otra época, bella, agradable y vivaz Violeta. Se había vuelto más introvertida, casi tildaba de antisocial y sus amigas en el pueblo se podían contar con los dedos de una mano, en definitiva, estaba irreconocible. Por eso cualquier intento de superación sería bienvenido, incluso aunque no lo acabaran de compartir.

Cosme y Enriqueta mantenían una excelente relación con su nuera, hacían lo imposible para contentarla y animarla pero sus esfuerzos resultaban baldíos. Además, su aspecto desmejoraba con el paso de los días, estaba demacrada, débil, ojerosa, apenas comía y todas sus atenciones iban dedicadas a su hija que, según el galeno local, padecía una enfermedad similar a la catalepsia. Por todo ello, la vida de Violeta y Esperanza que un día alegraron la existencia de su hijo Rafael se dirigía irremediamente hacia el abismo. O juntos actuaban de una forma directa y eficaz para superar aquel drama o el fin de su nuera y nieta apenas tardaría en llegar. Por todo ello, a pesar de sus reticencias y aunque les doliera en lo más profundo, no tuvieron más remedio que aceptar la decisión tomada por Violeta.

—Si para superar la crisis que padece nuestra nuera tiene que irse de Monterde ¡que se vaya lo antes posible!, —pensaban al mismo tiempo los padres del difunto Rafael—. Y si encima el criterio del médico del pueblo coincidía en que también era lo mejor para su nieta, ¡cómo podían negarse!

Mientras hablaba Violeta, sus suegros no dejaban de reflexionar sobre dónde podría acudir para poder encontrar aquella ansiada curación. La búsqueda resultaba tremendamente difícil al vivir en una época marcada por una acentuada represión. Hiciera lo que hiciera su nuera, lo cierto es que tenía que ir con mucho cuidado porque a fin de cuentas sus antecedentes la delataban. No dejaba de ser más que una pobre viuda con una hija pequeña que estaba mal de salud y, además de ex presidiaria, su marido había muerto fusilado a manos de los militares fascistas.

—Tiene que ser un lugar de alta montaña, algo así como Bronchales pero como está aquí al lado no daría resultado. Necesito irme muy lejos... por ejemplo al Pirineo —expuso con apremio mientras presionaba con inusitada fuerza los puños y nerviosa los movía en un intento de dar más consistencia a sus palabras.

Violeta, además de las indicaciones de Rubén con el mapa de la zona, tenía un conocimiento aproximado de aquella cordillera gracias a los libros de la naturaleza que le regalaran sus padres cuando era una adolescente. Por todo ello aprovechaba las palabras del médico como la coartada perfecta para que nadie, ni siquiera sus suegros, tuviera la más mínima idea de cuáles eran sus verdaderas intenciones.

Eso sí, también existía un escollo a la hora de conseguir la aprobación de la familia como era la cuestión de los hermanos de su difunto marido. Por una parte, con María no habría problemas aunque no lo tenía tan claro respecto a Faustino. Con este último las relaciones no eran tan buenas desde que años atrás se presentó voluntario a la División Azul. Violeta lo tomó en su momento como una traición a la memoria de su hermano a pesar de las explicaciones sobre los motivos de esa inaudita decisión. Su cuñado insistía en que lo hizo para salvar a su padre, encerrado en la cárcel por culpa de unas acusaciones del jefe de la Falange de Monterde y que, en cierta medida, también la benefició a ella, asimismo encarcelada en Zaragoza. Pero lo cierto es que no acabaron de convencerle sus argumentos, de manera que su relación se resintió a partir de aquel momento a pesar de que, en efecto, ambos resultaron beneficiados. Por eso prefería hablar a solas con sus suegros y que Faustino se enterase cuando tuviera claro el pueblo o ciudad del norte de España donde acudiría.

—Pero ¿qué se te ha perdido a ti en tierras tan lejanas?... No estarías mejor en algún pueblo de la provincia —balbuceó la suegra extrañada por la mención del viaje proyectado.

—Espera un momento Enriqueta... acabo de recordar algo importante —comentó con cierto nerviosismo un expectante Cosme.

Acto seguido se levantó como un resorte de la silla y acudió a la alacena, abrió un cajón y extrajo un puñado de cartas que las acercó a Violeta con una sonrisa en los labios.

—Mi amigo Pablo Yuste se fue hace años de Orihuela del Tremedal a trabajar a la provincia de Huesca y ahora precisamente está viviendo en Sabiñánigo que es un pueblo situado cerca del Pirineo. Voy a escribirle una carta de presentación para que se la entregues y ya verás cómo te ayudará..., es una buena persona no lo dudes.

Para Violeta aquello fue una innegable sorpresa, ya que ni por asomo se hubiera podido imaginar que Cosme le iba a facilitar la marcha a Francia de una forma tan casual. Por una vez parecía que las noticias le eran favorables, una leve sonrisa se dibujó entre sus labios ante la alegría apenas contenida de sus suegros. Y no era para menos. Le habían proporcionado un momento de felicidad a su querida nuera aunque fuera a costa de dejarla de ver durante una larga temporada.

A la mañana siguiente Violeta acudió al Ayuntamiento para hablar con el alcalde, llevaba una canastilla con dos quesos de cabra hechos la noche anterior y la intención de regalárselos por el favor que pensaba pedirle. Pero a pesar de estar completamente decidida a dar el siguiente paso, lo cierto es que temía encontrarse con más individuos en el despacho del tío *Celipe*. Por supuesto, con él no tendría problemas, era una excelente persona y siempre habían mantenido una agradable relación a pesar de figurar políticamente en el bando contrario. Pero no podía decir lo mismo en el caso de su hijo que, además de ser el Jefe local de la Falange, era uno de los más acérrimos enemigos que había tenido su familia, especialmente su marido. No obstante tuvo suerte, allí tan solo se encontraba el alguacil, de manera que le preguntó por el alcalde y al indicarle que estaba en su despacho hacia allí se dirigió, golpeó con los nudillos en la puerta y tras recibir la consabida respuesta penetró en la habitación.

—Buenos días tío *Celipe*.

El buen hombre al verla le devolvió el saludo con deferencia al tiempo que se levantaba.

—Buenos sean, dime ¿qué puedo hacer por ti?

—Mire tío *Celipe*, estoy muy preocupada por mi hija que no acaba de ponerse buena más bien al contrario, conforme pasa el tiempo cada día está peor. Y de eso se trata lo que vengo a pedirle, verá... el médico me ha dicho que en su estado lo mejor sería ir durante una temporada a un pueblo bien aireado y lejano donde la muchacha pueda recuperarse, aquí, con los recuerdos de todo lo que ha pasado lo tiene muy difícil. Mi suegro tiene un amigo de Orihuela del Tremedal que hace algunos años se fue a trabajar a Sabiñánigo en Huesca y creo que si es posible... me gustaría ir allí durante una temporada. Y eso es lo que quiero pedirle. Conozco de sobra cual es mi situación por razones políticas y desearía no tener ningún percance que pudiera dar al traste con el viaje. Por eso, me gustaría que me hiciera un salvoconducto o el papel que sea para evitarme problemas, por favor, aunque solo sea por mi hija —suplicó mirando directamente a los ojos de su interlocutor.

El tío *Celipe* escuchó la insólita petición de la mujer, no la esperaba y lo cierto es que le pilló de sorpresa pero mantuvo la compostura mientras la observaba con reverente atención.

—¿Eso es todo? Me daba la impresión al verte entrar aquí tan decidida que tenías algún problema más gordo para resolver, pero si solo es eso lo que me pides te lo puedo hacer enseguida, ¿para cuándo quieres tener el salvoconducto?

—En el momento que usted pueda... Disculpe que no quiero apremiarle ni mucho menos, pero en cuanto lo tenga nos vamos.

Entonces el tío *Celipe* se levantó de la silla dando por concluida la entrevista antes de que la mujer se diera cuenta de su turbación. Violeta hizo lo propio, pero ensimismada como estaba tras las facilidades dadas por el alcalde no se dio cuenta que dejaba en el suelo la canastilla con los quesos. Y cuando iba a salir de la habitación escuchó de nuevo su nombre.

—Violeta, me parece que esto que hay aquí es tuyo —dijo el tío *Celipe* mientras levantaba la canastilla y se la daba a la mujer.

—¿Qué torpe soy? —Se excusó— Son dos quesos de cabra que he hecho para usted.

—No tienes que regalarme nada aunque agradezco tu intención.

—Perdone que insista pero se los regalo con todo el cariño del mundo.

—Bueno... de acuerdo... pero con la condición de pagártelos. Sabes que me gustan mucho e insisto, para mí es un privilegio que me los hagas tú.

—Pero...

—No hay pero que valga, ahora soy yo el que te pide el favor, me los quedo pero a cambio aquí tienes lo que yo considero que valen.

El señor alcalde extrajo la billetera de su bolsillo y sacó un total de cien pesetas que le entregó a la mujer la cual no acababa de salir de su asombro.

—Pero esto es mucho dinero...

—Violeta, vas a hacer que me enfade. Tus quesos son los mejores de este pueblo y llevas tiempo sin ir a Teruel... además, vas a realizar un viaje a Huesca nada menos y todos los cuartos que lleves te vendrán de maravilla. No hay nada más que hablar, eso sí, deja que hoy haga mis gestiones y mañana mismo podrás irte si quieres, de eso te doy mi palabra.

Fue escuchar aquel comentario y Violeta se abalanzó sobre el tío *Celipe* dándole un abrazo con enorme sentimiento. Luego, cuando estaba saliendo de la habitación escuchó las últimas recomendaciones.

—Escúchame Violeta, antes de irte deseo contarte dos cosas. La primera, quiero que sepas que nunca estuve de acuerdo con muchas de las acciones que realizó tu marido, pero una cosa es pensar diferente y otra muy distinta matar a una persona por ello. Dios nos enseñó a perdonar a nuestros enemigos.

La mujer quiso interrumpirle pero el alcalde se lo impidió haciendo un ademán con las manos.

—Y la segunda es que espero de corazón que todo en esta vida te vaya bien de ahora en adelante, que vuelvas a ser la mujer que siempre fuiste y que tu hija recobre la salud. Allá donde vayas que seas feliz —dijo en medio de una intensa emoción que llegó a desconcertarla—. Ah, mañana a primera hora acudiré a tu casa a entregarte el salvoconducto oficial que solo tiene validez para un mes, y un oficio firmado por las autoridades locales que espero te sirva por si tardas más tiempo... Y un último consejo, si ya tienes decidido irte no esperes ni un día más.

—Eso haré. Si usted me hace el documento me voy mañana mismo.

El alcalde cerró la puerta mientras pensaba detenidamente sobre la forma de acceder a los deseos de la mujer cuando ésta salió de la habitación. Después de sentarse abrió uno de los cajones de la mesa de su despacho y extrajo un rosario, respiró profundamente y comenzó a rezar. Mientras lo hacía, no dejaba de pensar al mismo tiempo que Dios le estaba dando una oportunidad que no podía desaprovechar. Por motivos personales todo lo que se disponía a hacer era algo que le debía a aquella mujer. Además su conciencia, como buen cristiano que era, ya se encargaba de recordarle muy a menudo cierto delicado asunto.

Algunas horas más tarde, las campanas de la torre de la iglesia tocaban las doce en el preciso instante que el tío *Celipe* se disponía a

hablar con su esposa de una cuestión familiar que le traía de cabeza desde tiempo atrás. Los acontecimientos vividos durante esa mañana la habían puesto nuevamente en el candelero. Por ello, creía haber encontrado la solución definitiva para dar el punto final de una misma tacada a esos dos asuntos tan dispares que, por un azar del destino, habían acabado íntimamente relacionados: la reciente petición de Violeta y el deseo de repartir su hacienda familiar por parte de su hijo. Eso sí, tenía que actuar con tacto exquisito y procurar que nadie notara sus verdaderas intenciones. Para comenzar con buen pie, decidió acudir en primer lugar a la casa de Serafín y abordarle antes de que saliera a cumplir con sus ocupaciones que siempre solía iniciarlas a partir del mediodía. Pocos minutos después le encontraba en la puerta de su casa.

—Hijo, tenemos que hablar.

—Tú dirás padre.

—Vengo a solucionar de una vez por todas el contencioso que mantenemos sobre la manera de gestionar el patrimonio familiar.

Las facciones del rostro de Serafín se dilataron en medio de una expectación apenas contenida, luego, con un gesto le conminó a seguir.

—Te voy a dar poderes para que hagas los cambios que creas oportunos en los campos de nuestra hacienda —comentó de sopetón el padre—. Yo mantendré el usufructo de las tierras mientras viva aunque repartiré su propiedad entre tus hermanas y tú. De esta manera tendrás las manos libres para hacer lo que te plazca con tu lote, me guste o no.

—Me parece muy bien. Ya era hora que lo hicieras, pero ¿qué te ha impulsado a cambiar de parecer?

—De eso se trata Serafín, de eso se trata. El acuerdo que vengo a ofrecerte es, como te he dicho, el reparto inmediato de las tierras para que tú seas ahora el dueño de una parte. Y a cambio tan solo pretendo que firmes este papel como lo que eres, el jefe de la Falange en Monterde —comentó con cierta trascendencia el tío *Celipe* al tiempo que sacaba una hoja de la carpeta alojada en su axila dándosela a su hijo.

Éste nada más ver el papel frunció el ceño replicando a continuación.

—Pero ¿qué quieres que te firme en este papel sí solo lleva el membrete del Ayuntamiento y el resto está todo en blanco?

—Confía en mí hijo mío, que no te voy a poner en ningún compromiso. Estoy apurado porque tengo que realizar un asunto en secreto del que tan solo tienes que saber que va a beneficiar a una pobre viuda de guerra que necesita de todo nuestro apoyo. Si tú me firmas este papel tal como está no te va a suponer ningún quebranto como te he dicho y yo, a cambio, te concedo de forma inminente la propiedad de parte de las tierras que llevas tiempo pidiéndome ¿no te parece un buen acuerdo?

—Pues no sé qué decirte... —dijo con una expresión que dejaba entrever cierta suspicacia.

—Tú verás, es lo que siempre has querido aunque te insisto que no hay nada raro en que pensar. Pero ahora bien no quiero más palabrería inútil, si estás de acuerdo me lo tienes que firmar ya, en caso contrario tendrás que esperar a que me muera para poder heredar y te aseguro que pienso seguir dando la lata durante muchos años.

—Ignoro en qué líos andas metido padre... no sé qué hacer...

—Escúchame bien —volvió a repetir ahora algo exaltado— yo te doy mi palabra de que te lo contaré todo en su debido momento, pero ahora no seas desconfiado que tengo prisa por acabar con este asunto. Venga, ¡firma ya!

La convicción que emanaban las palabras pronunciadas por el tío *Celipe* hizo mella en el ánimo de su hijo. Éste, mantenía un semblante de extrañeza aunque pensaba que no tenía nada que perder. Su padre le había asegurado que su firma no le iba a representar ningún problema y él no tenía motivo alguno para pensar en lo contrario. El tío *Celipe* era toda una institución en el pueblo y lo sabía, tanto, como el hecho de que siempre a lo largo de su vida había sido fiel cumplidor de la palabra dada. De manera que recogió la hoja en blanco y ambos se acercaron al escritorio del comedor donde Serafín guardaba toda la documentación de la Falange. Una vez allí rebuscó entre unos cajones hasta que encontró el cuño, lo humedeció en un tampón de tinta y selló el papel en blanco. Acto seguido anotó su nombre al lado mismo de la impresión y firmó debajo con la leyenda de su cargo en Monterde. Recogió el documento y lo entregó a su padre.

—Ahora eres tú quien tiene que cumplir con tu parte del trato —le dijo mirándole fijamente a los ojos.

—No te preocupes, la semana que viene iremos a Teruel y estipularemos los nuevos términos de las escrituras ante el notario. Pero antes quiero que me hagas un último favor.

—¡Otro...!

—Sí. Esta vez te prometo que será el último. Quiero que te vayas mañana al amanecer a Albarracín y hables con el tratante al que compramos una mula el año pasado en la feria de Orihuela del Tremedal. Le dices que quiero comprarle otra más pero tiene que ser lo más pronto posible, incluso si lo ves conveniente la traes contigo cuando vuelvas a casa.

—¿Y tiene que ser mañana por la mañana, así sin más...? —protestó sin excesiva convicción conociendo a su padre.

—Por supuesto, pero te insisto en que tienes que ir de madrugada porque al medio día has de estar aquí sin falta.

—Bueno..., así lo haré.

El tío *Celipe* suspiró satisfecho por haber convencido a su hijo para que acudiera a Albarracín, resultaba fundamental alejarlo de Monterde durante esa mañana no fuera a darse cuenta de la marcha de Violeta y lograra impedirlo. Al momento se despidieron dándose un apretón de manos tal y como formalizaban un acuerdo los tratantes de una feria ganadera. Y salvando las distancias eso era precisamente lo que había ocurrido, los dos habían resultado beneficiados con el trato. El hijo, por fin se había hecho con el control de una parte de la hacienda paterna que desde muy joven había ambicionado incluso, con tanta ansiedad, como para enfrentarse a sus progenitores. Mientras que para el tío *Celipe*, algo cansado a su edad por el trasiego que representaba las faenas del campo y su labor en la alcaldía, era una ocasión inmejorable para realizar un acto de desagravio hacia la persona que más se lo merecía del pueblo y no se trataba precisamente de su hijo Serafín. Su conciencia llevaba años recordándole cierto triste suceso, no pasaba día en que sus rezos tuvieran como uno de sus objetivos lavar aquello que siempre consideró como una infame cobardía.

Ya había pasado el primer escollo que, por otra parte, era el más difícil del asunto que llevaba entre manos. Como había llegado el

mediodía acudió a su casa a comer aunque no tenía apetito, estaba sobrecitado y casi no probó bocado ni tan siquiera cedió ante los reproches de su mujer. Por eso, cuando la criada empezaba a retirar los cubiertos ya había traspasado los umbrales de la puerta de su casa. Animado como estaba por el primer paso que había dado tenía decidido dar sin más demora el segundo, que habría sido imposible de resolver de no haber sido por la marcha de mosén Pascual a Zaragoza días atrás interesado en la compra de un tríptico religioso. Aquella partida fue en realidad un golpe de suerte debido al carácter tan sumamente inquisitorial del sacerdote, ya que ni por asomo se le habría ocurrido proponerle nada en favor de Violeta cuando él era precisamente el mayor causante de sus desgracias. Ahora, se trataba de completar las firmas del documento que se disponía a elaborar y sustituir la del cura, pero el alcalde no era ducho en esas materias y pensaba decírselo al secretario para que lo rubricara en su nombre.

Fue a casa del funcionario y, a pesar de que llevaba varios días sin trabajar debido a su precaria salud, le convino en el mayor de los secretos para que lo acompañara al Ayuntamiento. No obstante, el alcalde dudó por unos instantes sobre el acto que pretendía formalizar con don Ramón Sánchez. Siempre lo había tenido en la más alta consideración aunque últimamente el carácter se le había agriado más de lo normal, quizás fuera debido a su enfermedad pero a fin de cuentas solía salir por peteneras de las cuestiones incómodas o espinosas. Su indecisión respecto al posible comportamiento del secretario tenía un fondo de razón, ya que a pesar de sus conocidos antecedentes republicanos no había dudado en afiliarse a la Falange al poco de finalizar la contienda. Pero debido a que su firma resultaba tan imprescindible como las del resto para poder cuadrar aquel embrollo, finalmente se decidió a contarle los fines de su proposición tras cerrar con llave el Ayuntamiento para que nadie más los pudiera escuchar.

Desde que comenzó a hablar el alcalde, don Ramón Sánchez asentía con todos sus planteamientos mostrando su acuerdo por el proceder del tío *Celipe*. Acto seguido, el secretario introdujo el salvoconducto en la máquina de escribir y comenzó a mecanografiar el dictado del alcalde. Luego, hizo lo propio con el otro documento. Una vez escrito el texto extrajo el papel y tras volverlo a leer en voz alta para que no hubiera ningún error firmaron los dos con sus respectivos cargos al final del mismo. Acto seguido, el secretario hizo lo propio en el apar-

tado reservado al inefable mosén Pascual con el regustillo tan agradable que suponía suplantar la identidad de una persona que odiaba profundamente y, además, en un asunto por el que el susodicho cura sería capaz de matar.

Con todas estas rúbricas se completaba el círculo necesario para que ese documento oficioso tuviera alguna validez, que si bien es cierto no era el exigido por los cauces reglamentarios —ya que estaba seguro de que nunca lo conseguiría—, quizás podría servir para su causa. Después de doblarlos con sumo cuidado los introdujo cada uno en su sobre correspondiente, juramentándose los autores para no dar pábulo a nadie sobre los motivos reales que concurrían en aquel acto. Luego, cada cual marchó a sus respectivos cometidos plenamente satisfechos con la labor realizada. Sobre todo iba la mar de contento el señor secretario, al entender por las palabras del alcalde que todo aquello iba a molestar bastante a su hijo y a mosén Pascual, con los que mantenía un odio soterrado desde que le obligaron a quemar parte de su adorada y culta biblioteca.

—La venganza es un plato que se sirve frío y si ha pasado el tiempo necesario para madurarla mucho mejor —pensaba mientras se frotaba las manos y retornaba a su casa con una socarrona sonrisa.

Contento por el deber cumplido y con su conciencia en paz como hacía tiempo no disfrutaba, el tío *Celipe* volvió a su vivienda y refirió a su esposa los últimos acontecimientos. Más tarde acudió a su despacho, recogió un papel y comenzó a escribir una nueva carta. Cuando la hubo finalizado, rogó a su mujer que le acompañara a la capilla de su casa para rezar por la feliz consecución de todo lo que llevaba tramando desde el mediodía. Eso sí, a la mañana siguiente tendría que levantarse bien temprano para ver si su hijo cumplía con la orden que le había dado, ya que resultaba imperativo que se ausentara de Monterde para que no pudiera tener sospecha alguna de lo que estaban maquinando.

Durante esa misma noche, el señor secretario se encontraba sumamente inquieto por la excitación que le había producido el asunto

del alcalde. La cena preparada por la sirvienta seguía intacta en el comedor cuando la mujer estaba a punto de irse a su casa y dejar, no sin cierta preocupación, a su patrono. Si bien es cierto que durante aquella tarde lo había visto más resuelto que de costumbre, en estos momentos su ánimo había decaído considerablemente.

—¿Se encuentra bien don Ramón? —preguntó ciertamente preocupada.

El aludido no respondió, antes al contrario, le hizo un gesto más bien desdeñoso con la mano para que se marchara y lo dejara en paz.

—Tiene que tomarse su medicina diaria y no pienso irme de aquí sin que lo haga —insistió.

Viendo la persistente tozudez de la criada no le quedó más remedio que asentir y beber aquel maldito brebaje que sabía a mil demonios, todo, con tal de que se fuera de una maldita vez. Y en el preciso momento que la mujer salió por fin el secretario quiso subir a la biblioteca algo que, en los últimos tiempos, realizaba solo en contadas ocasiones. Tenía motivos. Su presteza de antaño era en estos momentos tan solo un vago recuerdo. El cuerpo fortachón y serrano del señor secretario se había transformado con paso de los años en el de una persona de aspecto más bien desgarrada y fondona, eso sí, continuaba siendo igual de cascarrabias. También mantenía otra de sus señas de identidad y, como en su mejor época, seguía moviendo los brazos con aspavientos aunque éstos eran cada vez menos pronunciados. En definitiva, su figura estaba casi irreconocible respecto al secretario que siempre habían conocido en el pueblo. Sobre todo, si tenemos en cuenta que ya no pintaba nada en el entramado político local y no pasaba por ser más que un vecino como cualquier otro, muy lejos de la favorable consideración que siempre tuvo y del poder que había acumulado en épocas pretéritas.

Don Ramón Sánchez por fin acabó decidiéndose y comenzó a subir los peldaños de la escalera con sumo cuidado, maldiciendo por lo bajo su reconocida tacañería que le había impedido hasta el momento hablar con el carpintero para que le colocara la puñetera barandilla. Sin ella, le resultaba poco menos que imposible subir y bajar decentemente por la escalera ya que, al apoyarse, dejaba impresa la huella de sus manos en la pared y tenía que soportar estoicamente el

malhumor de su criada. Tal y como comenzaba la subida le sobrevino un ligero escalofrío al igual que en otras ocasiones. Su espíritu todavía se encogía cada vez que evocaba el amargo suceso que tuvo lugar allí mismo unos años atrás con la quema parcial de su adorada y culta biblioteca. Preso de un considerable resentimiento nunca pudo olvidar aquel humillante acto y siempre lo llevó marcado en lo más profundo de su corazón. Y ahora, por fin parecía que iba a obtener una victoria que, por pírrica que fuera, por lo menos serviría para disgustar y de qué manera a los pirómanos de Serafín y mosén Pascual.

Decidió que celebraría de manera adecuada el plan urdido por el alcalde a pesar de que no se encontraba nada bien desde que había regresado a su casa y tenía las pulsaciones de su corazón por las nubes. Algo renqueante llegó a la mesa de su despacho y se sentó en la butaca, abrió un cajón con la llave y rebuscando en el fondo del mismo extrajo una botella de brandy junto a un paquete que contenía el cenicero y una cajita de puros. Ciertamente nervioso encendió uno de ellos e inhaló con sumo placer todo el humo que pudo, se trataba de la primera bocanada de tabaco que tomaba desde hacía casi un año. Cada vez que se lo llevaba a la boca su cara mostraba unas facciones relajadas, al placer de fumar se sumaba el de la venganza. Acto seguido, se llenó un vaso de licor que bebió asimismo con sumo deleite. En pleno trance místico se acordó por un momento de las recomendaciones del médico:

—Que se joda el matasanos —murmuró con socarronería.

Después de casi una hora en medio de alguna que otra impertinente tos había apurado dos vasos de brandy y también aquel habano. Sin embargo, en el preciso momento que lo apagaba en el cenicero comenzó a encontrarse mal, estaba mareado y además volvía a sentir de nuevo aquel endemoniado dolor de costado que tanto lo había martirizado durante las últimas semanas. Se reclinó todo lo que pudo sobre la butaca al tiempo que cerraba los ojos con la intención de dormir, pensando que la medicina que se había tomado surtiría efecto y lo calmaría. No tardó en caer en un largo y profundo sueño.

Pasó un lapso de tiempo sumido en esta posición hasta que comenzó a escuchar voces o más bien murmullos que lo llamaban con insistencia, diferentes timbres de voz que a pesar de la lejanía reconoció al instante. Se levantó de su asiento y caminó hacia la ventana, tran-

quilo y feliz porque sus dolores por fin habían desaparecido. Una vez allí, se asomó y observó a una multitud de personas perfectamente visibles bajo la luz de las farolas, un gentío que susurraba su nombre y levantaban los brazos animándole a que les acompañara. Tras un primer momento de confusión observó con detenimiento las facciones de los allí presentes, no lo podía creer, eran sus padres junto a otros parientes, amigos y conocidos a los que hacía mucho tiempo había dejado de ver... Le pareció sumamente extraño pero a pesar de todo no sentía ningún temor, más bien al contrario, una sensación de suma placidez se iba apoderando por completo de él elevándolo a una especie de éxtasis como nunca había sentido. Incluso por un momento creyó que podría volar hacia ellos, a pesar de verlos en la calle daba la impresión de que flotaban justo a ras del suelo. Si aquello era un sueño era el más maravilloso de todos.

Plenamente decidido se subió al quicio de la ventana con la intención de acompañarles aunque, antes de hacerlo, quiso ver de nuevo su preciada y culta biblioteca, lugar donde había pasado con toda seguridad los momentos más fascinantes de su vida, mujeres aparte. Y cuando por fin se dio la vuelta, observó atónito como una figura idéntica a la suya ocupaba el mismo lugar y posición en la butaca donde se había adormilado aquella noche. Entonces lo comprendió todo, comenzó a verse a sí mismo como si fuera un halo inmaterial, un ente prodigioso o quizás un espíritu sobrenatural, mientras que dejaba atrás en aquel sillón tan solo su cuerpo, la coraza que lo había albergado en vida.

Después de lanzar una postrera mirada a las estanterías que albergaban sus libros se volvió a girar y, ahora, totalmente decidido se tiró por la ventana y planeando como si fuera un pájaro acabó en el suelo aunque no sentía nada bajo sus pies. En ese momento todos los allí presentes lo rodearon, se abrazó a su madre luego su padre, hermanos y amigos, las caras de todos ellos reflejaban la felicidad más absoluta. Pasado ese instante de intenso regocijo todos juntos iniciaron la marcha hacia el horizonte, justo a un punto donde los astros brillaban con fuerza y su fulgor iba aumentando conforme se aproximaban. Y cuando tras un breve intervalo de tiempo pudieron llegar al final del camino, personas y estrellas se fundieron en un único y maravilloso haz de luz que iluminó con la fuerza de mil millones de soles todo a su alrededor.

XI

Una vez hubo amanecido y todavía ajenos en el pueblo a este fúnebre acontecimiento, uno de los criados del tío *Celipe* se presentó en la casa de Violeta con un paquete en la mano. Apenas entró en la estancia se lo entregó mientras le comentaba una serie de recomendaciones referidas por el señor alcalde. Éste, aparte de demandarle disculpas por no poder acudir personalmente, le deseaba que el viaje que se disponía a realizar cumpliera con todas sus expectativas.

—El tío *Celipe* me ha indicado además que tienes que tener presente una cuestión sumamente importante. Este paquete es un regalo suyo, si lo aceptas has de saber que tan solo te pide una condición a cambio, ¿supongo que estarás de acuerdo?

—No entiendo nada... pero bien, tratándose de él haré lo que me pida.

—El requisito es que no tienes que abrirlo bajo ningún concepto hasta que te encuentres bien lejos, por ejemplo cuando el tren salga de la estación de Monreal del Campo. Solo entonces y te repito sus palabras, solo entonces lo abres con sumo cuidado procurando que nadie observe su contenido, entre otras cosas tienes guardados los documentos que le has solicitado. Y me ha insistido en que te diga de su parte y el de su esposa que te mandan sus mejores deseos para ti y Esperanza.

Violeta recogió el paquete con cierta extrañeza ante las condiciones del señor alcalde, le pidió a su criado que le diera las gracias de su parte y entró en una habitación colocándolo junto a los escasos bártulos del equipaje. Acto seguido salió con su hija de la casa y se dirigió a la de sus suegros Cosme y Enriqueta. Entraron dentro y allí estaba la mujer acabando de preparar una tortera con comida para el viaje. Había un ambiente de gran tristeza, intuían que lo más probable era que tardaran en verse e incluso cabía la posibilidad de que no lo hicieran nunca más. Después de acabar con el trajín de la cocina acudieron los cuatro a la entrada de la vivienda y los mayores volvieron a comentarle a Violeta, por enésima vez, la casa donde debía acudir en Sabiñánigo.

—Acuérdate que mi amigo se llama Pablo Yuste que vivió hace años en Orihuela del Tremedal y en la carta que te doy viene su dirección. Él sabe lo de tu hija porque ya se lo referí por correo hace poco tiempo. Yo creo que allí con la tranquilidad de aquella tierra la *muchicha* puede recuperarse del todo. En el escrito que te doy le indico los trabajos que sabes realizar, lo más seguro es que te consiga alguna ocupación aunque sea solo para poder manteneros con dignidad. Toda esta situación ha sido muy precipitada, intuyo que estaréis un tiempo en su casa hasta que te aclimates al pueblo y puedas irte a vivir a alguna otra o si lo crees conveniente te quedas con ellos. En todo caso les pagas un rento si están de acuerdo y en paz, que podemos ser pobres pero nunca miserables. Hija mía que todo te vaya bien y pronto podamos volver a vernos —mintió a sabiendas el abuelo Cosme, estaba convencido que jamás se encontrarían sobre todo por los achaques de su edad y la maldita enfermedad que padecía en los huesos desde su estancia en la cárcel.

—Por favor dejad de preocuparos —indicó Violeta al tiempo que comenzaba a quebrarse su voz—, os doy mi palabra que de una manera u otra estaremos siempre en contacto. Por favor, cuidad de la tumba de mis padres durante mi ausencia y utilizad mi hogar como consideréis oportuno. Y además me gustaría que os quedarais con mi gato *Basilio*, ese animal salvó la vida de mi hija en una ocasión y merece ser cuidado ahora que nosotras nos vamos.

Apenas había comentado esas palabras cuando entraron en la casa sus cuñados y sobrinos. Al verlos todos juntos, los abuelos no pudieron contener las lágrimas y lloraban apesadumbrados por un encuentro que tenían la impresión de no volver a repetirse. Cerraron la puerta de entrada, no interesaba que ningún vecino supiera del viaje de su nuera ya que se trataba de un secreto que debía de mantenerse el mayor tiempo posible. Los abrazos volvieron a sucederse y las palabras de ánimo dirigidas a Violeta y su hija se superponían unas a otras originando cierto bullicio. Las lágrimas de los abuelos habían contagiado al resto de la familia y hacía que aquella despedida fuera más penosa todavía. La pequeña Esperanza apenas hablaba, seguía como si estuviera en el limbo desde aquél fatídico día en que vio morir a su abuela. Lo cierto es que con el tiempo había mejorado algo pero no lo suficiente como para estar en las condiciones de antaño. Y el momento más triste de todos no tardó en llegar. Faustino los conminó a la des-

pedida definitiva, tenían el tiempo justo para llegar a Cella y no era cuestión de que cualquier contratiempo en el camino diera al traste con el viaje programado. Se dieron el adiós en la misma casa e instantes después sobrevino el más completo silencio alterado tan solo por sus lágrimas y la intensidad de sus miradas. Únicamente Faustino acompañó a la cuñada e hija hasta su vivienda y, una vez en el corral, subió los escasos bártulos en el carro tapándolos con una manta.

En el momento que comenzaron a salir de Monterde por el barranco de *La Hoz*, Violeta sacó el pañuelo del bolsillo secando las lágrimas que todavía surcaban su rostro. En ningún momento volvió la vista atrás, mantenía la mirada firme como si quisiera dejar para siempre los recuerdos que habían jalonado los últimos años de su vida. Casi todo el trayecto durante ese jueves 8 de abril de 1948 fue en completo silencio roto en escasas ocasiones con algún comentario intrascendente. Violeta miraba a su alrededor con la seguridad de ver por última vez la tierra en la que siempre había vivido, en cada rincón por donde pasaban evocaba alguna que otra historia que incidía en su ensimismamiento. Así, casi sin darse cuenta, pasaron por el cruce del camino que llevaba a *Sabinaquemada* y a la masía donde estuvieron desterradas su madre Margarita y Concepción. El recuerdo de su trágica muerte y las consecuencias que ésta había ocasionado en su hija hizo que Violeta se estremeciera y llorara con amargura durante un buen trecho del camino, aunque acabó recomponiéndose para no afligir más de la cuenta a Esperanza. Ésta la miraba absorta, despistada y tuvo un acceso de aflicción cuando apreció el estado de su madre, pero también pudo ser porque los terribles sucesos que ocurrieron en aquél lugar no habían desaparecido todavía de su mente enferma.

Varias horas más tarde y abatidas por al trasiego del camino llegaron a la estación de Cella, bajaron los paquetes y se dispusieron a esperar al tren que venía desde Valencia y finalizaba su trayecto en Zaragoza. Se acercó Faustino a la taquilla de la estación y compró los billetes que dio a Violeta para que se los guardara en su pequeño y ajado bolso de mano. Durante la tensa espera hasta la llegada del convoy, Faustino iba comentando algunas recomendaciones aunque le daba la impresión que Violeta apenas las escuchaba. En efecto, ella había vuelto a sentir una infinita tristeza en el momento que miró en dirección a Teruel por donde tenía que venir el tren, entonces, cayó en la cuenta que a mitad de camino estaba aquel fatídico lugar conocido

como los Pozos de Caudé donde los fascistas habían asesinado a su marido Rafael. No lo pudo remediar, un ahogo surgió de su pecho y finalizó en un sentido llanto donde las lágrimas comenzaron a brotar sin pausa por los dolorosos recuerdos de aquellos infaustos días.

Seguía llorando cuando un casi imperceptible silbido le hizo volver a la realidad, el tren se aproximaba y su silueta junto a una hilera de humo comenzaba a distinguirse en el horizonte. Se abrazó a Faustino y le dedicó sus últimas palabras, deseándole todo tipo de parabienes y conminándolo a mantener unida y firme a la familia.

—No sé qué será de nosotras pero ten por seguro que seguiremos en contacto, te lo prometo.

Faustino, por su parte, abrazó con fuerza a su cuñada fundiéndose las lágrimas de ambos en un emotivo lamento por las penosas circunstancias que había padecido su familia. Pero la decisión estaba tomada y había que seguir adelante costara el esfuerzo que costara. La maleta y un pequeño hato junto al paquete que le diera el criado del tío *Celipe* era todo su precario equipaje que, Faustino, apenas tardó en poner en el altillo del compartimento donde se colocaron madre e hija. Una vez colocados, bajó presuroso del vagón y se acercó a la ventana dándoles las últimas instrucciones a su cuñada y a la pequeña que permanecía callada mientras los observaba. Cuando el tren reinició su marcha Violeta seguía llorando como una Magdalena, sacó el húmedo pañuelo de su bolso y saludó a su cuñado que hacía lo propio desde el andén de la estación. Y de esta manera estuvo hasta que su figura dejó de apreciarse en la lejanía, en ese momento se sentó abrazándose a su hija bajo la atenta mirada de los allí presentes. Cuando se hubo repuesto del emotivo momento vivido observó con calma al resto de los viajeros del compartimento saludándolos con cierta timidez. No eran muchos, tan solo un matrimonio ya entrado en años dispuestos en el asiento de enfrente y un soldado a su lado junto a la ventana.

Conforme iban pasando por diferentes estaciones su ánimo se iba calmando mientras intentaba asimilar los intensos momentos vividos. Tras varias paradas llegaron a la localidad de Monreal del Campo y el militar se despidió de los viajeros al haber llegado a su destino. Violeta colocó a su hija al lado de la ventana, esperando que el primer viaje largo que realizaba en tren fuera de su completo agrado y lograra distraerla. Lo cierto es que la joven iba la mar de contenta aunque no

lo pareciera por su seriedad, pero aquella era una experiencia nueva y observaba a través de la ventana la existencia de un mundo para ella completamente desconocido.

Apenas habían salido de esta última estación cuando Violeta recordó las recomendaciones dadas por el criado del tío *Celipe* respecto a la apertura del paquete que le dio. En realidad, durante esa mañana había esperado la presencia del alcalde llevándole las solicitudes que le demandó el día anterior, por eso se llevó una sorpresa cuando vio aparecer por su casa a otra persona. No obstante, lo conocía de sobra y sabía que si no había acudido personalmente sería con toda seguridad por algún motivo importante. Decidió concentrarse en desatar el nudo de la cuerda que mantenía cerrado el envoltorio y aunque le ofreció una cierta resistencia finalmente logró su propósito. En la parte superior encontró tres sobres, dos del Ayuntamiento y otro dirigido a ella. Debajo de las cartas había algo envuelto que presentaba cierta humedad, al destaparlo, observó que eran los quesos que había comprado el tío *Celipe* la mañana anterior por la exagerada cantidad de cien pesetas. Se llevó una mano a la boca en medio de una exclamación al tiempo que pensaba en la persona tan buena y generosa que era el señor alcalde. Pero no acabaron ahí las sorpresas, también había algo liado en papel de periódico aunque tenía mayor consistencia y al abrirlo comprobó que era una pequeña ristra de embutidos ¡Qué más se podía pedir!

Con un sentimiento de innegable gratitud se dedicó a cerrar nuevamente el paquete y volvió a acomodarlo en el altillo. Guardó dos de las cartas en el bolso de mano y abrió la tercera que portaba el membrete del Ayuntamiento de Monterde, se trataba del salvoconducto oficial, que en efecto tal y como le había dicho el alcalde tenía la validez de un mes. Luego, después de abrir el otro sobre del Ayuntamiento se dispuso a leer dicho documento, tan solo había ojeado unas líneas cuando un ligero estremecimiento recorrió su cuerpo, el tío *Celipe* había cumplido con su promesa y el papel que tenía entre sus manos era la prueba. No se trataba de una carta cualquiera, en ella, las “Fuerzas Vivas” de Monterde confirmaban la buena conducta de Violeta y el hecho de que su marido muriera en la guerra, eso sí, sin especificar en qué bando ni cómo. Se trataba de lo que era en realidad, una viuda de guerra y aquel papel una carta de recomendación u otra forma de salvoconducto, o al menos ella así lo creía. Una vez leído lo guardó en

su bolso de mano como si fuera el mayor de los tesoros y, a continuación, abrió el sobre dirigido a su nombre en cuyo interior se hallaba una carta manuscrita por el propio alcalde.

Tal y como leía sus líneas el rostro de Violeta se iba sumiendo en una sensación a partes iguales entre sorpresa e incredulidad. El tío *Celipe* le pedía perdón por su manifiesta cobardía el día que apresaron a su marido. Había visto desde lejos la actuación de los falangistas y, a pesar de que reconocía la injusticia de aquel acto, pensó que todo se saldaría con alguna multa o en el peor de los casos con varios meses de cárcel. Se equivocó y ello le reconcomía por dentro, más aún cuando comenzó a conocer como finalizaron hechos similares ocurridos en otros lugares de la Sierra. Le juraba por su honor que no supo del fin de Rafael hasta que Victoriano acudió a contarle al pueblo y aunque intuía el resultado lo cierto es que no tenía la certeza absoluta. También le pedía perdón por la actitud que había mantenido con ella su hijo Serafín, especialmente cuando se presentó en su casa el día que acudió Victoriano con la noticia que más estaba temiendo. Asimismo, le insistía que no había tenido nada que ver en la muerte de su madre, sin embargo, la sequedad del texto le hizo sospechar a Violeta que si bien no había sido cómplice lo cierto es que sabía algo más. Eso sí le deseaba lo mejor en esa nueva vida que comenzaba y, además, que se deshiciera de la carta tan pronto la hubiera leído para evitar complicaciones si caía en otras manos. Eso precisamente es lo que realizó al instante. Después de solicitar al matrimonio que estuviera pendiente de su hija acudió al retrete del vagón, una vez dentro volvió a leerlo por segunda y última vez, como si quisiera cerciorarse de su contenido y así pudiera retenerlo en su memoria el mayor tiempo posible. A continuación abrió el grifo del agua mientras rompía la carta, luego, mojó convenientemente los restos hasta dejarlos en una masa más o menos compacta de celulosa tirándolos por el desagüe de tanto en tanto hasta que pudo acabar con todo.

El resto del trayecto fue bastante ameno pasados aquellos momentos de inenarrable emoción. Además, los otros viajeros del compartimento resultaron ser unas excelentes personas con las que mantuvo una agradable conversación sin entrar en detalles personales. Cuando llegó la noche y comenzaban a sentir los rigores del hambre, Violeta extrajo del pequeño hatillo que le entregara su suegra una tortera con algo de comida. Invitó a sus compañeros de viaje y a su vez éstos también

compartieron la suya. Y por fin, tras incontables horas de marcha en las que llegó a dormirse su hija llegaron a la capital aragonesa. Al conocer dicho matrimonio que tenían pensado pernoctar en una pensión del Arrabal se empeñaron en que les acompañaran a su casa. Además, se daba la circunstancia de que se encontraba situada en las proximidades de la estación del Norte y desde allí partirían al día siguiente hacia Sabiñánigo en el tren que cubría la línea Zaragoza-Canfranc.

XII

Esa mañana después de almorzar acudieron a la estación y, tras una breve espera, subieron al tren que horas más tarde las dejó en su destino. La localidad de Sabiñánigo era bastante más grande que Monterde y Violeta no estaba acostumbrada al bullicio de la gente que encontraba en sus calles, por eso tardaron un buen rato en encontrar el domicilio de Pablo Yuste, el amigo de su suegro. La casa estaba situada en el extrarradio de la población, era de tamaño mediano y constaba de planta baja, piso y cambra. También disponía de un corral interior donde guardaban las gallinas y algunas conejeras. En dicha vivienda vivían los amigos de su suegro Pablo y Salustiana con el resto de su familia compuesta por su hijo, la nuera y dos niñas de once y cinco años de edad. Nada más llegar a la casa les abrió la dueña recelosa ante la llegada de aquellas extrañas y mucho más al observar que portaban maleta y un par de bultos.

—¿Es usted Salustiana, la mujer de Pablo Yuste?

—¡Sí!... ¿Y quién es usted?

—Me llamo Violeta y soy la nuera de su amigo Cosme Pérez de Monterde, él me dio una carta para ustedes —comentó con naturalidad mientras extraía de su bolso el escrito de presentación y se lo entregaba junto a su cédula personal.

—No sé leer tendréis que esperar a que venga mi marido a la hora de comer —se disculpó al tiempo que abría la puerta—. Pero pasad adentro que no tardará en venir.

Las mujeres se sentaron y la dueña visiblemente contrariada por aquella inesperada visita le preguntó a Violeta a qué se debía. Esta le comentó la enfermedad de su hija y el remedio que le había dado el médico del pueblo. Salustiana no pudo evitar un mohín de disgusto que fue perceptible a su interlocutora, la cual comenzó a sentirse ciertamente incómoda ante el interrogatorio al que estaba siendo sometida. Para acabar de enredar aquel entuerto, la dueña se levantó con cierta brusquedad en medio de la conversación dirigiéndose a la cocina con la excusa de acabar de preparar la comida. Un penetrante silencio se apoderó de la habitación una vez quedaron a solas madre e hija hasta que pasados unos interminables minutos, la casera volvió a aparecer llevando una jarra de agua y un par de vasos. Los dejó encima de la mesa después de decirles que se sirvieran cuando tuvieran sed y dio media vuelta sin más dilación para continuar con su labor en los fogones.

La mujer siguió entrando y saliendo de la cocina aunque ya no intercambió más conversación con la recién llegada que, cariacontecida, miraba a su hija y no dejaba de preguntarse el porqué de aquellos rudos modales. Tuvo un impulso de levantarse y abandonar la casa pero en el último momento se detuvo, existía una razón más importante para quedarse. Le había costado mucho llegar hasta allí y ahora resultaba imperativo continuar con el plan que trazó en Monterde aunque fuera a costa de sacrificar su orgullo. Una media hora más tarde escuchó como se abría el picaporte de la puerta y penetraban dos hombres en la vivienda. Violeta se levantó al instante para saludar a los recién llegados. Salustiana también se acercó hacia ellos, cogió la carta con la documentación depositada encima de la mesa y se la entregó a su marido al tiempo que señalaba a la visitante con un giro de cabeza comentándole quién era aquella mujer.

—Es la cédula de la nuera de tu amigo Cosme..., lee esta nota y sabrás qué le ha traído aquí.

Pablo recogió la carta pero antes de abrirla se acercó hacia Violeta y la abrazó con deferencia dándole un par de besos y presentándole a su yerno. Después de los saludos de rigor comenzó a repasar aquel escrito interrumpiendo su lectura en varias ocasiones para observar a Violeta y sobre todo a su hija, quien parecía ser el objeto real de aquella visita. Una vez lo hubo leído dobló el papel y se lo entregó de nuevo a su propietaria.

—Siento mucho que haya sido todo tan precipitado pero es que las cosas surgieron así y mis suegros no tuvieron tiempo de mandarle una carta para pedirles que nos acogieran...

—No tienes que preocuparte por nada —le interrumpió—, puedes estar tranquila porque nosotros te cuidaremos como si fuéramos tu propia familia. Nuestra casa no es muy grande como puedes ver pero te buscaremos acomodo... creo que en la cambra podremos colocarte un catre para que podáis dormir tú y tu hija. Y respecto al trabajo no te preocupes porque aquí hay bastante, precisamente sé de una señora que busca desde hace tiempo a una costurera así que te llevaré a su casa por ver si llegáis a un acuerdo. Ah, y no hace falta que pagues nada por vivir en nuestra casa basta con lo que aportes de tu cartilla de racionamiento.

—Pero... no la he traído —se disculpó.

Violeta no dudó en mentir porque lo cierto es que sí la llevaba consigo, sin embargo prefería pasar lo más desapercibida posible. Se la trajo de Monterde para utilizarla como último recurso y tal circunstancia todavía no se había producido.

—¡Vaya contrariedad! Bueno... no importa —la exoneró de aquel supuesto sentimiento de culpa—. Eso sí, cuando encuentres trabajo aporta algo para la comida y en paz.

Seguía dando aquellas recomendaciones cuando la puerta se abrió de nuevo y penetraron en la casa su nuera y las nietas. Después de las presentaciones, las niñas cogieron a Esperanza de la mano y se la llevaron al corral para jugar mientras las mujeres de la casa terminaban de hacer la comida. A tenor de como se había producido aquel encuentro se podía entender que la intromisión de Violeta y su hija había generado cierta crispación en Salustiana y su nuera, mientras que Pablo y su hijo estaban más dispuestos a colaborar con la demanda de su paisano Cosme.

Durante la comida, Pablo contó a Violeta la odisea que habían padecido en su pueblo natal por la falta de trabajo, así como que estuvieron a punto de marchar con otras familias de Bronchales y Orihuela del Tremedal al Brasil en el año 1911. Y que tras muchos sufrimientos decidieron acudir a Sabiñánigo a comienzos de la República hastiados de los años de luchas y penurias padecidas en su pueblo. También que al poco de instalarse en su nuevo hogar encontraron trabajo y, en la

actualidad, lo hacían en una empresa de aluminio. Por supuesto sus necesidades se habían terminado y en estos momentos se sentían la mar de orgullosos por tener una ocupación. Al escucharlos hablar con tanta vehemencia del trabajo, Violeta no dejaba de pensar en lo mal que debían de haberlo pasado cuando carecieron de él. Pablo y su hijo daban la impresión de pertenecer a una secta porque durante toda la comida la conversación versó sobre un único tema: Su trabajo.

Al día siguiente, Violeta tuvo la primera satisfacción desde que llegara a Sabiñánigo porque encontró ocupación como costurera en la vivienda que le habían indicado. No era mucho jornal, aunque sí el suficiente como para poder vivir y ayudar con el mantenimiento de la casa donde habitaba. Sin embargo, la situación no acababa de ser todo lo agradable que deseaba y ello porque padecía algún que otro desaire de Salustiana y su nuera. Además, a los pocos días, los hombres de la casa ahora claramente influenciados por sus respectivas consortes habían cambiado su talante inicial y tan solo mantenían conversaciones con Violeta cuando aquellas no asomaban la nariz. Esperanza, por su parte, se pasaba casi todo el día en la casa ayudando en las labores pero sin hablar apenas, sería, tal y como había sido su manera de ser durante los últimos tiempos. Sin embargo, Violeta la observaba detenidamente y percibía en ella unos ligeros cambios cuando acudían las niñas al mediodía y durante las tardes, inmersas las tres en sus juegos daba la impresión de que su ánimo iba cambiando conforme se sucedían los días.

Pero cuando menos se lo esperaba Violeta ocurrió un acontecimiento que dio un vuelco a toda aquella inestable situación. Un domingo por la mañana habían vuelto todos de misa y se encontraban en la casa cada uno en sus ocupaciones. Los hombres aviando los animales de corral, sus esposas en la cocina preparando la comida de ese día, Violeta en la cambra confeccionando unas cortinas y las niñas jugueteando por toda la casa con un joven gato, gordo, de color negro, peludo y muy patoso. En eso destacaba precisamente el animal, era tan velludo que incluso entre los dedos de sus patitas se observaba la presencia de densos mechones de pelo que le habían ocasionado más de un patinazo, por eso le habían puesto las niñas un nombre muy acorde con sus características: *Zapatones*.

Esa mañana ellas estaban un poco más traviesas que de costumbre y, el gato, como siempre muy juguetón. Corrían y se perseguían por todas las habitaciones, hasta Esperanza parecía integrada

como nunca en aquellos juegos. En un momento dado penetraron en el dormitorio principal de la casa atosigando al minino que se encontraba cada vez más tenso por el acoso al que se veía sometido. Quizás fuera por ello o por su naturaleza patosa e incansable, pero lo cierto es que en uno de sus frecuentes arrebatos echó a correr como un poseído y de un salto subió a la cómoda del dormitorio en cuyo centro guardaban una figura coronada del niño Jesús. Debido a su impulso patinó como solía ocurrirle y se llevó por delante la imagen religiosa. Ambos cayeron al suelo y se escuchó con estrépito el ruido ocasionado al romperse la figura en mil pedazos. Cuando se aproximaron las niñas vieron un espectáculo verdaderamente insólito con los restos de porcelana esparcidos por el suelo, y el gato que no podía tenerse en pie por el golpe recibido y se balanceaba con la corona incrustada en su cabeza. No pudieron reprimirse y comenzaron a desternillarse de risa. A pesar de que Esperanza llegó la última a aquel rincón el jolgorio acabó por contagiarla y alcanzó tal volumen el sonido de aquellas estridentes carcajadas, que su eco retumbó por toda la vivienda.

Las mujeres de la casa habían percibido el estruendo ocasionado por el gato y también las posteriores risotadas por lo que acudieron rápidamente al dormitorio. Fue Violeta la primera en llegar y miró asombrada la escena que había ocasionado aquel alboroto. La puerta de la habitación estaba entreabierta y en el ángulo donde no podía ver a las niñas escuchaba el tono de una risa que sobresalía sobre las demás. Por eso dio un paso más adelante, para poder observar a todas ellas con detenimiento ya que comenzaba a tener una intuición aunque se le antojaba ciertamente descabellada. Sin embargo, lo cierto es que acertó en su presentimiento. Allí mismo estaba Esperanza riéndose a mandíbula batiente, más incluso que sus otras compañeras de juego. Violeta se llevó las manos a la cara y asimismo comenzó a reír también con bastantes ganas mientras observaba complacida la reacción de su hija. En ese momento entraron también en la habitación Salustiana y su nuera, pero no se rieron ni mucho menos y reprobaron a las niñas por su conducta. Más aún, se acercaron a Violeta y con el ceño fruncido le increparon a dúo por su proceder.

—No te da vergüenza reírte de esta trastada —gritó como una poseída la dueña de la casa.

Pero ella seguía riendo sin poder contenerse. Mientras la nuera acudía con una escoba para retirar los restos de la figura, las niñas junto

al gato salían de estampida de aquella habitación como si intuyeran la bronca que se avecinaba. Por fin, pasados unos instantes Violeta se recompuso y ante la mirada airada de Salustiana le confesó su pesar.

—Te ruego que me perdones y también a mi hija pero es que no lo he podido evitar... Sabes... ¡Es la primera vez que Esperanza se ríe desde que asesinaron a su abuela hace casi un año! No te puedes ni imaginar lo que eso representa para mí. Durante todo este tiempo daba la impresión de estar más muerta que viva y creo que hoy ha podido ver de nuevo la luz. Eso sí, deja de preocuparte porque yo te pagaré de la manera que sea el destrozo que han ocasionado las niñas.

—No me hace falta tu maldito dinero, me basta con que controles a tu hija y que esto no se vuelva a repetir —remarcó airada Salustiana mientras salía de la habitación.

A partir de ese momento la situación en la casa ya no volvió a ser la misma. Violeta se encontraba cada vez más sola, pasaba bastantes horas trabajando como costurera y cuando llegaba para comer o a la tarde después de cumplir con su horario se subía a la cambra con su hija a la que, cada día, veía más mejorada y por lo menos eso la llenaba de inmensa alegría. El contacto con los miembros de aquella casa se reducía a las comidas, en las que ella apenas hablaba desde la trastada del gato *Zapatones*. Y eso que Pablo no dejó de atenderla en ningún momento, aunque seguía guardando las distancias cuando estaba presente su mujer. Pero lo cierto es que todo ello le impedía concentrarse en los motivos reales de su estancia allí, que no eran otros más que procurar cuando antes su marcha a Francia.

El mes de mayo había llegado y con él una notable mejoría del tiempo. Los domingos se celebraba un mercadillo en la localidad donde se vendían productos elaborados por los agricultores y ganaderos de la comarca que no eran considerados alimentos básicos, porque éstos se podían conseguir a través de las cartillas de racionamiento. El domingo 9 de mayo se había cumplido un mes desde que Violeta y Esperanza llegaran a Sabiñánigo, durante esa mañana paseaban por la plaza del pueblo observando los puestos de venta con la muchacha

moviéndose entre el gentío de un lado para otro. En un momento dado, Violeta la perdió de vista y el corazón se le aceleró cuando intentó descubrirla porque a pesar de llamarla con insistencia no aparecía por ningún lado. Los nervios hicieron que se le resecara la boca al tiempo que aumentaban sus pulsaciones y cuando el pánico comenzaba a apoderarse de ella notó como alguien la tomaba de la mano, se giró y comprobó aliviada que se trataba de su propia hija. Con una sonrisa en la boca, Esperanza tiró de ella abriéndose paso entre la multitud hasta detenerse delante de una parada del mercado que estaba llena de quesos.

—Mira madre son parecidos a los que tu hacías en Monterde.

Violeta echó una ojeada rápida y asintió el comentario. A continuación levantó la vista y observó al vendedor, un hombre mayor, alto, huesudo y coronado con una boina de grandes dimensiones que hablaba con una posible compradora. Una vez hubo realizado la venta se giró hacia Violeta y le preguntó si deseaba adquirir algún queso.

—No, disculpe solo estaba mirando. Mi hija me ha traído aquí a trompicones porque muchos de estos quesos tienen una forma parecida a los que yo hacía en Monterde.

—¿Sabe usted hacer quesos? —Preguntó el vendedor.

—Ya se lo he dicho ¡Sí! —Respondió Violeta con un mohín de plena satisfacción.

—¿Tiene trabajo? —volvió aquel a inquirir.

—¡Sí! Soy modista aunque ahora me tengo que conformar con arreglar remiendos.

—Vaya, vaya... —exclamó aquel hombre mientras pensativo se acariciaba la barbilla con cierta insistencia.

Violeta cogió de la mano a Esperanza y se despidió del vendedor ambulante. Pero apenas había dado unos pasos cuando en medio del bullicio notó la presión de una mano en su hombro, ella se giró de inmediato y acabó dándose de bruces nuevamente con él

—No nos hemos presentado, me llamo Manuel Surco aunque todos me conocen también por *Masurco*... dime... ¿te gustaría trabajar en mi granja?

La mujer se quedó muda ante aquella propuesta. Desde luego, lo último que podía imaginar era que durante esa mañana un desconocido le ofreciera trabajo. En un principio quiso desechar la oferta pero al pronto cambió de idea y, ciertamente extrañada por la proposición, quiso saber algo más de aquella faena.

—¿Qué tendría que hacer?

—Si sabes elaborar quesos ya es un punto a tu favor, pero también me has comentado que eres costurera y en mi casa hace falta una ayuda que mis hijos no me pueden dar desde que murió mi mujer hace más de un año. Mira, yo vivo en un pueblo no muy lejos de aquí que se llama Torla. Tengo una casa de campo en el camino que lleva a Ordesa donde vive también mi hija y su marido, pero como además tienen dos hijos pequeños la pobre apenas puede con todo...

Sin embargo, Violeta no le dejó seguir hablando y le interrumpió porque entre todos aquellos lugares había uno que intuía donde se encontraba.

—Ese pueblo de donde es usted está situado más al norte de aquí ¿verdad?

—¡Sí! Ya te he dicho que está casi en Ordesa que es un cañón de montañas que acaban muy cerca de la frontera francesa.

Fue escuchar esa frase y los ojos de Violeta se abrieron como platos mientras Esperanza la miraba atónita al ver los cambios producidos en su rostro. La muchacha todavía tuvo tiempo de aumentar su extrañeza cuando a continuación su madre se presentó ante aquel hombre e intuyó que aceptaba la propuesta de trabajo. Frunció el ceño y separó con cierta brusquedad su mano de la de su madre, cruzándose los brazos mientras la miraba ahora realmente enfadada. No era eso ni mucho menos su intención cuando insistió en acudir al puesto de venta. Estaba confundida y se negaba a aceptar esa nueva realidad ya que de un tiempo a esta parte ella disfrutaba de la vida como hacía tiempo no recordaba. Había descubierto de nuevo la felicidad en aquella casa de Sabiánigo junto a las nietas de los dueños. Gracias a sus juegos había logrado superar con creces su ánimo decaído e indolente, los malos tiempos pasados eran en estos momentos tan solo un vago recuerdo. Pero claro, esta visión de la vida distaba años luz de la que tenía Violeta cuya estancia en aquella casa era cada vez más problemática y como además conocía su de-

terminación, Esperanza sospechaba que sus tiempos en esta localidad habían finalizado.

—Por mí de acuerdo ¿Cuándo partimos? —Las palabras de su madre confirmaron sus pésimos augurios.

—Aquí estaré hasta después de comer —respondió el vendedor algo sorprendido por aquellas prisas—. Si lo tienes decidido te vienes a la plaza y nos iremos juntos en el carro, todavía tenemos un buen trecho hasta Torla. Pero... todavía no te he dicho cuanto voy a pagarte...

—No importa, me fio de usted porque creo que es una buena persona. Ya hablaremos..., me imagino que durante el camino tendremos tiempo de sobra —Violeta dio por zanjado el acuerdo con un apretón de manos.

—Pues así sea, te espero aquí a las tres de la tarde —dijo *Masurco*— ¡Ah!... y por favor tutéame, que aunque hace poco cumplí medio siglo de vida no soy ningún anciano.

Después de la despedida, madre e hija se marcharon con paso firme y decidido hacia la casa donde se hospedaban. Nada más llegar pudieron comprobar que todos estaban allí concentrados en sus quehaceres ya fuera en el corral, la cocina o jugando... Subieron a la cambra y con celeridad Violeta comenzó a recoger su escaso equipaje, hizo la maleta y luego realizó un pequeño hatillo donde depositó los utensilios de modista. Todavía no se había comido en aquella casa pero la decisión de marchar ya estaba tomada y, aún a riesgo de parecer precipitada, tenía claro que lo mejor que podía hacer era despedirse lo antes posible. Una sonrisa de satisfacción se escurrió entre los labios de Salustiana y su nuera cuando vieron a Violeta y Esperanza al pie de la escalera con la maleta y el petate hecho. Llamaron a gritos a los hombres que no tardaron en aparecer y también las niñas que jugaban como acostumbraban con el gato *Zapatones*.

—Violeta... ¿qué pasa?, —preguntó un sorprendido Pablo.

—Mira... te agradezco todo lo que has hecho por nosotras durante todo este tiempo —respondió la mujer—, pero acaban de proponerme un trabajo y creo que lo mejor para todos es que lo acepte.

—¿Un trabajo?, pero ¿Quién? ¿Dónde?

—Un señor que vendía quesos en la plaza me lo ha ofrecido...

—No sería por casualidad un hombre alto con una boina de buen calibre.

—¡Sí! De esa manera lo podría describir.

—¡Es *Masurco*, no cabe duda!

—¿Lo conoce?

—Por supuesto que sí, en este pueblo nos conocemos todos. Pero como tú eres una recién llegada no sabes nada de la gente que viene por aquí. Por eso ignoras que ese hombre es un antiguo contrabandista.

—¿Qué...?

—Lo que oyes, antaño hacía contrabando con Francia.

—Pues a mí me ha parecido una buena persona.

—No digo que lo sea ni que no lo sea, solo te comento a que se dedicaba.

—Pero vamos a ver —entró en la conversación Salustiana ofuscada por el interés que mostraba su marido en retenerla—, a ti eso te tiene que dar igual, si se quieren marchar deja que lo hagan de una vez...

—Cierra esa boca mujer que te pierde —le interrumpió Pablo mirándola irritado por la persistente animadversión con la que siempre había tratado a las monterdinas—. Desde que vinieron a esta casa no has dejado de darles de lado y eso que sabes perfectamente por todo lo que han pasado en su pueblo.

Se produjo un corto pero tenso silencio ante las palabras proferidas por el dueño de la casa que miró directamente a la cara de su esposa y con un gesto serio la conminó a permanecer callada.

—Quiero que sepas Violeta —cambió el rictus de su rostro al dirigirse a su invitada— que yo preferiría que te quedaras con nosotros, pero como veo que ya estás completamente decidida acepto tu voluntad aunque mantengo mis reservas. Ahora mismo me voy contigo para hablar con *Masurco* y que sepa que yo estoy aquí para velar por tus intereses.

—Gracias Pablo, creo que no es necesario que te molestes...

—¡Sí lo es! No se hable más y vayamos ya.

Violeta se despidió del yerno y sus hijas pero no pudo hacerlo de las dos mujeres porque ambas se fueron a la cocina con una mezcla de enfado por las palabras de Pablo y de alegría al perderlas de vista. Esperanza hizo lo propio con sus amigas de juegos las cuales no tenían culpa de nada, bien al contrario, su compañía y la del gato *Zapatones* habían resultado imprescindibles en su recuperación. Ya era la hora de comer y en la plaza del pueblo los comerciantes estaban recogiendo sus enseres cuando divisaron al quesero guardando la mercancía.

—Buenas *Masurco* ¿cómo te va la vida?

Éste se giró y saludó asimismo a Pablo con deferencia, aunque algo extrañado por su presencia junto a la mujer que había contratado para trabajar en su granja.

—¿Ocurre algo?, —preguntó al ver aquella inesperada comitiva.

—No, nada —lo tranquilizó—. Tan solo venía a presentarte a Violeta aunque parece ser que ya la conoces. Lo que no sabes es que es una mujer extraordinaria que ha padecido lo indecible en esta vida y lo último que necesita es que alguien la perturbe. De cómo es yo doy fe y por eso te pido que la cuides. Y si por cualquier circunstancia un día deja de trabajar para ti y tiene que volver, quiero que me lo hagas saber porque yo soy responsable ante su familia de su bienestar y pienso hacer todo lo que esté en mi mano para protegerla.

—Tranquilo Pablo que yo sé lo que me hago. Y como me parece que tus palabras se refieren a mi antigua ocupación quiero que estés tranquilo, es algo que pertenece al pasado. Cuando vuelva por Sabiánigo dentro de un mes hablaremos y te contaré como está.

Los hombres se estrecharon la mano y entonces Pablo se dirigió en primer lugar a Esperanza dándole todo tipo de consejos y apercibiéndola para que cuidara de su madre. Sin embargo cuando se quiso dirigir a Violeta apenas le salían las palabras, fue ella la que tomó la decisión y dejando el hatillo en el suelo lo abrazó agradeciéndole de todo corazón el trato recibido. Le solicitó que acudiera a ver la señora donde trabajaba para comentarle su marcha. También le pidió que no se enfadara con su mujer, tenía que entender que ellas habían llegado allí en realidad como unas intrusas y, Salustiana, lo que hacía era pro-

teger a su familia. Y por último le pidió el favor de que le escribiera a sus suegros para ponerlos al corriente. Acto seguido dio dos sonoros besos a Pablo Yuste y se despidió de él. En el momento que *Masurco* lo vio partir se dirigió a ellas y recogiendo la maleta y el hatillo los depositó en un lateral del carro.

—Sabéis lo que os digo que nos vamos ya para Torla. Tenemos queso, comida y todo el tiempo del mundo para hablar sobre nosotros en el viaje. Ya veréis como os encantará la granja y la masía —exclamó complacido.

—De manera que el pueblo donde vamos está cerca de la frontera, ¿no hablarás por casualidad algo de francés? —Violeta preguntó excitada porque intuía que marchaba por el camino correcto para cumplir sus planes.

—Pues claro que sí mujer. Seguro que Pablo ya te ha dicho que cuando yo era joven me dedicaba al contrabando con el país vecino, por eso precisamente lo hablo y bien.

—La verdad es que a mí siempre me ha gustado esa lengua tan refinada, te importaría enseñármela...

—Por supuesto, mañana empezamos... o mejor dicho ahora mismo, durante el trayecto tendrás las primeras lecciones.

En efecto, durante ese primer día *Masurco* tuvo tiempo de sobra para cumplir con lo prometido porque el camino hacia Torla distaba unas cuantas horas. No es que les separaran muchos kilómetros hasta dicha población, lo que ocurría era que tenían que atravesar montañas de gran tamaño con innumerables y sinuosos repechos que relegaban notablemente la velocidad de la marcha. Manuel Surco se empeñó durante esa tarde en que asimilaran algunos conceptos del idioma tales como los días de la semana o del mes, los números y aquellos otros que consideraba de suma importancia. Y ese primer contacto resultó de suma importancia al darse cuenta que tanto Violeta como su hija eran alumnas aventajadas y memorizaron perfectamente la lección que fueron recibiendo a lo largo del camino.

Ya estaba finalizando la tarde cuando por fin llegaron a Torla. Las montañas que circunvalaban dicha localidad eran enormes y espectaculares. Violeta y Esperanza miraban asombradas aquellas empinadas cuestas cubiertas de vegetación y coronadas por enormes moles

de roca. El pueblo tenía un tamaño bastante parecido al de Monterde, aunque las casas estaban construidas en su mayor parte de piedra muy acorde con el pétreo entorno. Una vez atravesado el municipio se desviaron por un camino a su derecha hasta llegar a la masía, allí les estaba esperando la hija de *Masurco* que les ayudó a bajar todos los bártulos del carro y guardarlos en su lugar correspondiente.

Durante los días siguientes la situación de Violeta y su hija fue muy diferente a como había sido en Sabiánigo. Si bien llevó consigo su apreciada cajita de madera donde guardaba los enseres de sastre lo cierto es que apenas los utilizó, tan solo para realizar varios remiendos o en la confección de alguna cortina en la masía. Y aunque se tuvo que adaptar al formato propio de la comarca para la elaboración de los diferentes tipos de queso, el conocimiento que tenían madre e hija sobre la materia era más que suficiente para poder empezar. En realidad, este fue el trabajo principal que realizaron durante su estancia en la granja junto al de ayudar en el pastoreo del ganado. Allí mismo había un buen número de animales, sobre todo ovejas y cabras con las que realizaban un queso de notable calidad, y unas pocas vacas. Además, cuando llegaban los fines de semana el trabajo se multiplicaba. Tenían que estar al tanto y llevar la cuenta de los diferentes productos de varios ganaderos del pueblo para que *Masurco* procurara su venta por los pueblos de alrededor.

Violeta y Esperanza se sentían felices a pesar de que prácticamente no salían de allí y tan solo acudían una vez a la semana a Torla con la hija de su jefe para poder comprar. En los ratos libres o mientras trabajaban continuaban con las clases de francés y llegaron a mejorar de tal manera que incluso se atrevieron a comentar y razonar frases enteras. A partir de ese momento frecuentaron las conversaciones en dicho idioma y en poco tiempo las dos mujeres aprendieron lo suficiente como para poder defenderse.

Además, cada día que pasaba Esperanza se encontraba mejor y su actitud e incluso los cambios de humor se asemejaban cada vez más a como fue antes de los tristes sucesos de *Sabinaquemada*. Sin embargo, quien parecía ahora más triste y melancólica era Violeta a la que todavía le costaba asimilar los últimos acontecimientos que había vivido. Todas las tardes cuando finalizaba sus tareas solía sentarse en una losa de piedra situada en la pared de la masía que daba al norte. Allí, miraba ensimismada el horizonte hacia el punto donde comenzaba el cañón

de Ordesa a sabiendas que no muy lejos de allí se encontraba el país vecino. En las primeras ocasiones que la observó *Masurco*, allí sentada y pensativa, no quiso interrumpirla pero al comprobar que persistía en esta actitud llegó un momento que no dudó en interrogarla.

—¿Qué te ocurre mujer? Siempre que dejas de trabajar te encuentro en este lugar pensando en tus cosas y la verdad es que me parece muy triste, ¿es que no eres feliz aquí?

—No es eso Manuel me encuentro muy a gusto en tu casa.

—Algo tiene que ser para que todas las tardes tengas la misma cara mirando esta maravilla de paisaje. Pero no deseo incomodarte, solo quiero que sepas que si alguna vez necesitas hablar de algo, lo que sea, me tendrás siempre a tu disposición.

Violeta se quedó pensativa por aquellas palabras, durante los últimos días había dudado el comentarle sobre las verdaderas intenciones que le llevaron a aceptar el trabajo en la granja. No quería bajo ningún concepto incomodarlo o hacerle sentir mal por todo ello, ya que se trataba de una excelente persona y le había prestado una ayuda inestimable en un momento delicado. Además, en las conversaciones mantenidas entre ambos le había quedado claro que a él no le agradaba en absoluto el régimen franquista, por lo que tenían un punto importante en común. De manera que cuando dio media vuelta y apenas había andado unos pocos pasos, Violeta decidió sincerarse.

—Manuel, espera... quisiera contarte un secreto...

El aludido se paró en seco y al darse la vuelta comprobó que la mujer estaba a punto de echarse a llorar. Fue hacia ella y al llegar a su lado ésta se levantó y lo abrazó con fuerza, en ese momento le fue imposible seguir conteniéndose y las lágrimas comenzaron a surcar su rostro con la fuerza de un torrente. Así se mantuvo durante unos instantes hasta que por fin pudo controlarse y, tras suspirar entrecortadamente, se separó de él dándose media vuelta y la intención de limpiarse las mejillas con la punta del delantal. Emitió un nuevo suspiro y ya más serena volvió a girarse mirándole directamente a la cara. Entonces, *Masurco* le señaló la losa de piedra invitándola a sentarse. Durante más de media hora Violeta fue desgranándole su vida y, sin dar más nombres de los realmente imprescindibles, le contó los acontecimientos ocurridos en *Sabinaquemada*. También le indicó sobre los motivos reales de su marcha a Sabiánigo y que aprovechó su oferta para trabajar en Torla con

el firme propósito de marchar a Francia a la menor oportunidad. Además, le insistía que todas las tardes se sentaba allí mismo porque se imaginaba recorriendo con su hija aquellas montañas camino de la libertad.

—No sabes lo que dices Violeta —le amonestó con un tono amable— ¿Pero es que tú no ves cómo son esas montañas? O estás perfectamente preparada o te quedas a mitad de camino. En este monte no se juega porque son multitud de peligros que acechan.

—Estoy decidida Manuel y no me gustaría esperar mucho tiempo.

—Te equivocas mujer y yo sé lo que digo. Como te insinuó Pablo en Sabiñánigo cuando vino a despedirse, yo en otro tiempo fui contrabandista por estos montes incluso hasta hace bien poco ayudé con el estraperlo a varios amigos. Conozco perfectamente los pasos a Francia y no te puedes imaginar los riesgos que encierran...

—Si he llegado hasta aquí puedo continuar...

—Hazme el favor y escúchame bien —le interrumpió esta vez con un tono más serio—. No solo están los peligros que te he comentado. Esas montañas que ves ahí delante y tanto te agradan están infestadas de maquis, guardias civiles y patrullas del ejército. Hay una lucha feroz entre todos ellos pero quien lo pasa peor es el pueblo llano como nosotros. Hay que ir con todo el cuidado del mundo, lo primero que piensan cuando se tropiezan con cualquier paisano en el monte es que pertenece al bando contrario y solo por ello ya han muerto muchas personas ¿Te parecen pocos problemas? Dime, ¿cómo vais a ir por esas montañas vosotras solas? Lo mejor que harías sería esperar aquí unos cuantos años hasta que la situación se normalice. Solo entonces podremos hablar...

XIII

En Monterde de Albarracín la vida cotidiana continuaba con su monotonía acostumbrada rota, tan solo, por el reciente fallecimiento de don Ramón Sánchez, el antiguo secretario municipal. Una vez fina-

lizada la Semana Santa de ese año y habiendo pasado unos cuantos días desde que se marcharan Violeta y su hija a Sabiñánigo, el tío *Celipe* pensó que ya era la ocasión adecuada para dar el carpetazo al asunto de su partida. Era media mañana cuando se dirigió a casa de su hijo con la intención de contarle la verdad de lo ocurrido, además, pretendía arreglar los papeles de la herencia ante el notario de Teruel. La verdad es que tenía cierto temor a su reacción aunque pensaba que el hecho de saber que ya iba a heredar podría equilibrar la balanza. Por su parte, Serafín estaba receloso con su padre desde que le hizo firmar aquel papel en blanco y aunque no atisbaba a entender el porqué de aquella insólita petición, ni de lejos podría imaginar los motivos reales. Él había cumplido con su parte del trato ya que hizo todo lo que le mandó su progenitor, firmo el susodicho documento y fue a Albarracín a la mañana siguiente, incluso se molestó en comprar aquella maldita mula y volver a Monterde entrada la tarde. En estos momentos, lo que más ansiaba Serafín era saber la verdad sobre el oscuro proceder de su padre y que se acabaran todos los interrogantes que lo tenían sumido en la incertidumbre desde ese día. Así pues, tras los saludos de rigor entraron en su casa dirigiéndose al comedor, sacó una botella de mistela y sendos vasitos de la alacena y, tras llenarlos, se acomodaron en las sillas. El tío *Celipe* fue el primero en romper el fuego después de sorber un buen trago.

—Hijo, he venido a verte porque tengo que contarte algo importante.

—Me lo imagino. Ya era hora que decidieras ir Teruel para arreglar los papeles de la herencia.

—No se trata de eso aunque también hablaremos de ello.

—Bueno... pues tú dirás.

—Varias cosas. En primer lugar quiero que como jefe de la Falange del pueblo aceptes mi renuncia de alcalde.

—Pero ¿qué dices...?

—Por favor no me interrumpas que todo lo que te voy a decir está ya más que decidido y no pretendo discutirlo contigo, solo quiero que lo sepas y aceptes mis deseos sin más comentarios. Además, para que empieces templando tu ánimo te diré que pongas fecha cuando tú quieras para acudir a la notaría de Teruel a cumplimentar nuestro compromiso.

Calmado Serafín al escuchar aquello que tanto le obsesionaba pensó que a cambio daría por bueno todo lo que le comunicara su padre. Vana ilusión, no tenía ni idea por donde iban a ir los próximos derroteros.

—Como te he dicho antes, presento mi renuncia irrevocable como alcalde y cuando sepas por qué lo hago lo comprenderás o al menos así lo espero. Antes de que te enteres por nadie o a tu oído lleguen rumores te quiero contar la verdad del papel que firmaste en blanco.

Y entonces el tío *Celipe* comenzó a desgarnar todos los argumentos que tuvo para hacerlo. Desde que comenzó a hablar su hijo no salía de su asombro, lo cierto es que para él se trataba de un duro golpe. Serafín era en realidad bastante intransigente, a veces incluso sus actos lindaban con el fanatismo y el suceso de *Sabinaquemada* era buena prueba de ello. De manera que, al poco de que su padre iniciara la confesión, aquella calma de la que siempre hacía gala y no era más que pura apariencia se había transformado en una galopante irritación.

—En buen lío me has metido con tus blandenguerías. Tú siempre igual, pero... ¿es que no tienes suficiente con ir a misa y rezar?

—¡No me faltes el respeto que soy tu padre! Te he dado mi opinión del por qué lo he hecho y que sepas que me muerdo la lengua para no decir todo lo que pienso de ti ¿O es que acaso crees que por ser viejo me chupo del dedo? Juegas mucho con fuego y te acabarás quemando en el momento que menos lo esperes. Estoy convencido que tú tuviste mucho que ver con la muerte de Margarita y Concepción —y levantando la mano colocándose un dedo en la boca le instó a callar—. Dejemos las cosas como están que será mejor para todos. No entiendo por qué guardas tanto rencor a los republicanos del pueblo y especialmente a esa familia, ya sabes que siempre te he dicho que el odio es el peor consejero ¿O es que te deleitas haciendo sufrir a la gente? porque después de tu visita a Violeta cuando le iban a comunicar la muerte de su marido ya no sé qué pensar de ti. Si tienes que informar sobre su marcha lo haces y santas pascuas. Eso sí, no te olvides de poner que el motivo del viaje es la enfermedad de su hija y, por supuesto, comenta el informe del médico que es por lo que la mujer vino a verme y pedirme ayuda. Y por una vez en tu vida obedéceme y déjalas en paz.

—Pero es que tú no tienes ni idea de lo que todo esto representa para mí. Yo tenía que estar al tanto de las andanzas de Violeta..., para que te enteres estamos seguros que tenía contactos con el Maquis y lo más probable es que actuara como enlace.

—¿Qué pruebas tienes?

—Lo estamos investigando.

—¿Todavía? Que yo sepa no hace mucho hicisteis de todo con ella y no averiguasteis nada salvo quedaros en evidencia. Hijo mío, haz algo honorable por una vez en tu vida y da el carpetazo a ese asunto de una vez por todas. Fusilaron a su marido al comienzo de la guerra y los dos sabemos que salvo ser republicano y sindicalista nunca hizo mal a nadie, al revés, ayudaba a la gente de su condición a salir adelante. Hace unos años estuvo encerrada en la cárcel de Zaragoza, una condena excesiva a pesar de que tuvo enfrente a mosén Pascual. Luego, matan a su madre de la forma más horrenda, su hija como consecuencia de aquel suceso se pone enferma o por si fuera poco ahí tienes lo que pasó en el Salón de los Plenos... y tú todavía estás pensando en buscarle las costillas a esa pobre mujer... ¿No te parece que ya ha sufrido bastante? No muevas nada te lo pido por favor, es algo personal pero cuando me llegue la hora quiero estar en paz con el Creador. Ya has conseguido todo lo que querías pues pasa la página definitivamente y disfruta de la vida.

Ante las explicaciones y obcecación que se apreciaba en el comentario de su padre, Serafín convino que lo mejor sería dejar de insistir definitivamente en ese tema salvo que surgiera algún contratiempo. Durante la tarde estuvo en su despacho del Ayuntamiento cumplimentando oficios y realizando las llamadas pertinentes. Como bien sabía, todo tipo de cambios en los consistorios tenían que ser expuestos convenientemente para recabar la preceptiva autorización de la autoridad, la burocracia franquista era excesiva e insufrible y él la conocía de sobra porque formaba parte del engranaje del sistema. El traslado de la mujer a otra población fue cumplimentado con el informe médico, y la dimisión de su padre por motivos de salud también recibió el oportuno visto bueno de sus superiores. Al mismo tiempo, tuvo que proponer como alcalde a otro falangista y mandar los informes políticos y sociales sobre dicha persona para que la superioridad otorgara su consentimiento. Y el tío *Celipe* encantado de la vida. A

partir de ese momento dedicó su tiempo a pasear con los nietos o comprobar las cosechas y acabó tan asqueado de la política que, además de darse de baja en la Falange, tan solo aceptó ser presidente de los Clavarios del pueblo.

Todo parecía ir sobre ruedas. El siguiente alcalde también seguía las pautas del anterior y Serafín como jefe local de la Falange controlaba todos los resortes municipales incluyendo al nuevo secretario. Casi había transcurrido un mes cuando le surgió una visita a Teruel y así se lo hizo saber en la cantina del tío *Conejos* a mosén Pascual. Allí estaban tomando su aperitivo dominical cuando éste le comentó que también tenía que ir a resolver unos asuntos al Seminario, por lo que quedaron que hablarían con *Ungüevo* para que ocho días más tarde los llevara en carro hasta Cella como acostumbraba hacer todos los lunes. Desde allí, ellos solos continuarían su viaje en tren hacia Teruel donde pasarían un mínimo de dos días. Pero imbuidos en la conversación no dieron importancia al hecho de que la cantina estaba llena de personal como todos los domingos y fiestas de guardar, craso error, algunos parroquianos que bebían a su alrededor se enteraron del viaje proyectado.

Habían pasado unas pocas horas y aquellos comentarios ya eran conocidos por varias personas del pueblo, entre ellas, el nuevo pastor que servía de enlace al Maquis sustituyendo al anterior descubierto por los falangistas. No lo dudó un instante y al día siguiente como acostumbraba, dejó algo de comida en la cueva del *Bu* y el canuto con una nota escondido entre las piedras del muro que rodeaba el aprisco del tío *Frascuero*. Dos importantes noticias estaban escritas en aquel papel, la partida de Violeta que ahora ya era conocida en todo el pueblo, y el viaje a Teruel que proyectaban mosén Pascual y Serafín.

Las muestras de alegría fueron enormes cuando tuvieron conocimiento de dichas noticias en el campamento del Maquis, especialmente por parte de Rubén. Su júbilo no tenía límites por ambos motivos, pero sobre todo iba a cumplir con el objetivo que se trazó en su momento tras los asesinatos de su madre Concepción y de Margarita. Además, tenía una cuenta pendiente con Serafín desde su secuestro. Había tardado mucho tiempo, quizás demasiado, pero todo en

esta vida tiene un final y si no se producían contratiempos descansaría de una vez por todas, la hora de su venganza había llegado. Como no podía ser de otro modo le daba la razón a Violeta y sus compañeros. En su momento le insistieron de que no se precipitara al ir por los asesinos porque estarían en guardia ante cualquier eventualidad pero que, al poco tiempo, se confiarían y esa seguridad llevaría consigo su perdición.

Una vez cenaron Rubén explicó a los guerrilleros la importancia de aquella noticia, también que necesitaba tres voluntarios para ir con él y que, por supuesto, se trataba de algo personal por lo que no podía obligar a nadie a acompañarlo. Eso sí, les insistía que estaba dispuesto a lo que fuera y si finalmente tenía que ir solo, lo haría sin dudar un instante. Todos los presentes conocían su historia y por ello se ofrecieron voluntarios. Sin embargo, como eran demasiados no le quedó más remedio que elegir únicamente a tres, dejando al resto para otros cometidos que tenían que cumplir por otros pueblos de la Sierra de Albarracín según las órdenes recibidas.

XIV

Cuando llegó la noche del sábado 8 de mayo de 1948 partieron del campamento guerrillero Juan Sancho *Juanín*, Segundo *Majuelas* y Lázaro *Seminarista*, comandados por Rubén el *Serrano*. En la primera etapa del viaje no tuvieron muchos contratiempos para caminar en la oscuridad al conocer perfectamente la ruta hasta la Sierra de Monterde y, una vez llegaron, se refugiaron en pleno bosque dentro de una pinochada que hacía muy difícil su localización. Allí pasaron todo el día agazapados, sin moverse apenas, algo a lo que estaban tan acostumbrados que hasta se permitieron el lujo de dormir durante unas pocas horas. Y cuando comenzaba a anochecer reiniciaron el camino hasta las proximidades de *Sabinaquemada* deteniéndose justo en la carretera, allí esperarían a que pasaran durante la mañana siguiente el grupo de facciosos monterdinos. Hasta ese momento todo iba sucediendo de acuerdo con lo programado, pero los guerrilleros se mantenían tensos

como sucede a los soldados en los momentos previos a cualquier acción bélica. Para tener un buen control de la carretera por los posibles viajeros que pudieran transitar en ambas direcciones, se situaron en lo alto de una pendiente protegidos por varias carrascas y sabinas de gran tamaño que les permitían un excelente escondite.

Por fin, tras una corta pero tensa espera amaneció un nuevo día. Rubén que oteaba nervioso el horizonte desde que aparecieron las primeras luces, no tardó mucho tiempo en observar como un carro se dirigía desde Monterde hacia donde ellos se encontraban. El pulso se le aceleró considerablemente pero su decepción fue inmediata cuando le vio desviarse por un camino en otra dirección. Casi sin dar tiempo escuchó un ruido lejano y, al mirar con los prismáticos hacia donde procedía, comprobó que se trataba de una camioneta que llegaba en esta ocasión desde Cella. Los guerrilleros se escondieron entre la arboleda y esperaron que pasara el vehículo, luego, de nuevo el silencio y volver a esperar. Así estuvieron durante unas dos horas aproximadamente, observando cómo diversos carros ocupados por labradores pasaban o se desviaban de la carretera. Todo ese tiempo se les antojó eterno sobre todo al *Serrano* cuya notoria ansiedad era evidente, estaba más nervioso que de costumbre y además bebía sin parar, tanto, que apenas tardó en apurar su cantimplora. Así continuaron hasta casi la media mañana, momento en que Rubén divisó a lo lejos un nuevo carro que provenía de Monterde. Cuando al cabo de unos minutos se había aproximado lo suficiente y con los prismáticos pudo distinguir las facciones de sus ocupantes, una enorme sonrisa delató su descubrimiento: eran ellos.

En efecto, aquel carro iba conducido por Dionisio Vega *Un-güevo* que, como todos los lunes, transportaba a Cella algunos sacos de trigo para moler y llevaba de pasajeros a Serafín y mosén Pascual. Según las referencias que tenía Rubén, se trataba de tres personajes implicados directamente en la muerte de su madre junto al desaparecido *Judas* y la propia María Rosario. Pero no solo por aquel suceso estaban en el punto de mira del Maquis de la Sierra de Albarracín. Tanto las notas escondidas en la estafeta del Barranco de la *Sierra* como los comentarios de los republicanos monterdinos cuando los guerrilleros entraron en la localidad, constataban la peligrosidad y animadversión que mantenían hacia aquellos individuos.

El *Serrano* ya conocía a estos personajes de su pueblo con los que convivió hasta el comienzo de la Guerra Civil. Además, ahora tenía

conocimiento directo de las tropelías cometidas desde entonces por parte de Serafín, cuya actividad como mandamás de la Falange había ocasionado a muchos de sus paisanos penas de cárcel o incluso la muerte. También sabía de la intransigencia que profesaba el cura y que hacía gala desde el púlpito de la iglesia e iba dirigida a todo aquél que se apartaba de sus criterios inquisitoriales, actitud que había ocasionado asimismo un buen número de afectados bien con penas de destierro o incluso de cárcel. Asimismo, mosén Pascual fue el principal instigador junto a la perturbada María Rosario en el asesinato de su madre y había jurado que no descansaría hasta vengarse. Por último, estaba el borracho y soplagaítas del *Ungüevo* que siempre se veía metido en todos los fregados de los fascistas locales con el fanatismo propio de un converso, y que también estuvo presente en los sucesos de *Sabinaguemada*. Precisamente, fue este último quien en una de sus conocidas borracheras largó por su boca los sucesos de aquel infausto día. Gracias a ello se pudo saber con certeza todo lo ocurrido ya que el mutismo de las autoridades sobre aquel crimen fue total y, por supuesto, no hubo la más mínima investigación.

Rubén no tardó mucho tiempo en comprobar que no iba a poder detenerlos tan fácilmente como preveía, al observarlos con más detenimiento se dio cuenta que dos de ellos iban armados con sendas escopetas. Por todo ello habló con *Seminarista* y *Juanín* para que pasaran a la otra parte de la carretera, de manera que él daría el alto al conductor del carro y luego saldrían todos para rodearlos y que vieran que no tenían escapatoria. Volvió a ojear el horizonte y observó complacido que por ambos lados no se aproximaba nadie. Entonces, hizo una indicación a los que se habían trasladado a la otra parte de la carretera para que se escondieran, apercibiéndoles que en el preciso momento que diera la orden los acorralaran. Y así lo hicieron todos, cuando el carro lo tenían casi encima salió Rubén de su escondite y apuntándoles con la metralleta logró que se detuvieran. El conductor tiró las riendas de los mulos parándolos en seco, observó que estaba rodeado y levantó las manos, pero a una orden de Serafín se dio la vuelta rápidamente parapetándose entre unos sacos de trigo mientras descolgaba la escopeta que llevaba en el hombro. El cura, que iba sentado en la banqueta junto al conductor, no dudó en apearse del carro en el momento que *Ungüevo* se echó hacia atrás y cuando comenzaron a sonar los disparos presa del pánico se tumbó inmediatamente en el suelo. Por su parte, Serafín se había protegido de la mejor manera po-

sible entre los sacos de cereal que transportaban, pero lo cierto es que aquella defensa era sumamente frágil y no tardó en ser alcanzado por un disparo cayéndose del carro.

—Te lo dije un día Serafín y por fin ha llegado tu hora... de esta no vas a salir.

—Aunque me mates... acabarás también en cualquier momento... te están esperando desde hace tiempo... solo queda que, como la rata que eres, salgas de la madriguera...

—Puede que muera pero tú ya puedes ir rezando.

—Maldito seas por siempre... “rojo del demonio...” —comentó a duras penas al tiempo que intentaba levantarse con la escopeta en la mano y vender cara su piel, pero una nueva ráfaga acabó con su vida.

Por otro lado, el conductor tan solo había efectuado un disparo y acobardado seguía inmóvil en el fondo del carro. No obstante, cuando comprobó el resultado del ataque con Serafín cubierto de sangre en el suelo no dudó en tirar la escopeta y, tras un salto felino, comenzó a correr por la carretera cuesta abajo huyendo de los guerrilleros. Éstos le dieron el alto repetidas veces pero al comprobar que no se detenía una ráfaga de metralleta acabó con su vida. Luego, mientras Rubén acudía por el cura, dos guerrilleros fueron hacia donde yacía muerto *Ungüevo* y lo recogieron llevándolo a hombros hacia el carro. Allí mismo subieron también al jefe de la Falange de Monterde y, tras borrar todo rastro de aquel tiroteo siguieron las indicaciones de *Serrano*, bajaron algunos metros en dirección al pueblo y se desviaron por el siguiente camino hacia *Sabinaquemada*. La venganza de Rubén comenzaba a tomar cuerpo.

Mientras tanto, en la masada del *Zorzal* situada a no mucha distancia de donde se encontraban los guerrilleros, Victoriano lo tenía todo previsto. Por fin, tras varias indecisiones había logrado convencer a su hermano para llevar a cabo aquello que venían tramando desde unas semanas atrás. Y así, mientras ultimaba una opípara comida,

Ramón escribía una carta como buenamente podía ya que sus limitaciones en la escritura eran bastante evidentes a pesar de haber asistido a la escuela unos pocos años durante la niñez. Una vez terminó con ella, la firmó y llamó a Victoriano para que se entintara el dedo y la sellara, luego la dobló cuidadosamente y la colocó encima de la cómoda de su habitación. Al momento y aunque no era ni tan siquiera el mediodía bajaron a la cocina donde ya casi tenían acabada la comida, una buena fuente de cordero asado al horno y varios platos de verduras variadas como guarnición. Sin embargo, a pesar del ofrecimiento de Ramón, Victoriano no quiso que le ayudara a cocinar las verduras y ambos conocían de sobra los motivos. Solo le indicó que vigilara el horno para que el asado no acabara quemándose y diera al traste con aquel momento tan especial como largamente aplazado.

Durante la mañana de aquel 10 de mayo de 1948 el trasiego por aquellos montes era considerable. En esa misma madrugada había salido una patrulla desde el cuartel de la Guardia Civil de Albarracín con la intención de inspeccionar varias de las masadas dispersas por el noreste de la Sierra de Albarracín. Aquél grupo lo componía el cabo primero Armando Perales y dos números, Eloy el *Legionario* y Daniel el *Bujías* sobradamente conocidos y temidos en la comarca. Apenas habían pasado unas horas desde que salieron de la capital de la Sierra y ya habían visitado a los masoveros de *Toyuela* y *La Lagosa*. Ahora, el itinerario pasaba por atravesar la rambla de *Valverde*, cruzar más adelante por la carretera y después de llegar a *Sabinaquemada* continuar en dirección a la abandonada masía de *Chulilla*. Allí pensaban dar un vistazo por sus alrededores como siempre hacían desde la muerte de las anteriores inquilinas.

Hasta ese momento habían cumplido a la perfección con el tiempo establecido para dichas inspecciones y, de seguir con esa progresión, en pocos minutos entrarían —sin saberlo ellos— en contacto visual con el grupo de guerrilleros comandados por Rubén. Los guardias civiles estaban a punto de iniciar el ascenso por la empinada ladera de la rambla de *Valverde* cuando Eloy el *Legionario* apreció un súbito movimiento a su derecha que le hizo girar la cabeza. Se trataba de una mariposa *Isabelina* que revoloteaba muy cerca de él, tanto, que casi llegó a cogerla con la mano. Sin embargo, ésta acabó escapándose en medio de un vuelo errático y mientras él la perseguía con la mirada completamente hipnotizado por su belleza, un movimiento, esta vez

en la lejanía, llamó nuevamente su atención. Al observar detenidamente aquel punto, no pudo evitar una exclamación de asombro que motivó que sus dos compañeros se detuvieran en seco y fijaran la vista en la dirección que señalaba con el dedo de la mano. A media distancia vieron como un águila acosaba insistente a una perdiz hasta derribarla y, ya en tierra, se cobraba el justo premio a su trabajo. Aquel espectáculo los había dejado sin palabras y miraban completamente absortos la belleza que, para ellos, representaba dicha escena de caza.

—Mi primero sabe usted lo que estoy pensando —comentó el *Legionario* con una sonrisa en los labios.

—En algo de comer estoy seguro —respondió el cabo con sorna.

—En cierta medida sí.

—Bueno lágalo de una vez y no nos tengas sobre ascuas o nos achicharraremos, ¿qué es lo que tramas? —Con el tono de voz tan desabrido quedaba claro que al susodicho Armando Perales le incomodaban bastante las incertidumbres.

—Muy sencillo —volvió a intervenir Eloy—. Ahora tenemos que acudir a la masada de *Chulilla* y allí descansaremos y comeremos del rancho que llevamos en el morral. Luego, a la vuelta, tenemos que pasar por la del *Zorzal*. Yo no sé vosotros, pero la última vez que estuvimos en esta masada comimos de categoría. Todavía me relamo cuando pienso en aquellas perdices y conejos escabechados... ¿por qué no variamos el recorrido y vamos primero a la del *Zorzal* para almorzar, descansamos y al mediodía seguimos con el que teníamos previsto hacia la de *Chulilla*? Eso... si a usted le parece bien mi primero.

Se miraron los tres guardias civiles y sonrieron al acordarse de la última visita y lo bien que lo pasaron con aquellos dos hermanos tan infelices. De manera que el cabo Armando Perales no dudó demasiado en dar su veredicto.

—De acuerdo, nos vamos allí.

En poco más de una hora ya había llegado la patrulla a la masada del *Zorzal* y se dieron de bruces con el podenco *Luisito* que ladraba nervioso alertando a sus dueños de la presencia de extraños vagando por los alrededores. Uno de los guardias civiles tiró varias piedras al chucho con la intención de amedrentarlo y que detuviera sus

ladridos, pero lo único que consiguió fue irritar todavía más al animal. Los dos hermanos salieron de la casa en el momento que escucharon los aullidos lastimeros del perro. Y cuando vieron a los guardias se dirigieron hacia ellos increpándolos por haber lastimado al animal, desde luego su presencia era lo último que esperaban, no se les había pasado por la imaginación verlos allí precisamente en ese día tan señalado y especial. Este contratiempo les había descolocado, además habían llegado justo en el momento en que se disponían a comer con la trascendencia que representaba el ansiado ágape para ellos. Tras un primer instante de estupor la tensión fue en aumento. La situación devino en gruesas palabras proferidas especialmente por parte de Ramón, ya que siempre los tuvo como responsables de la muerte de su mujer *Ustaquia*. Victoriano, en cambio, seguía como en estado de trance, paralizado y sin acabar de creer lo que estaba ocurriendo. La presencia de aquellos hombres en la masada había trastocado por completo su plan y sentía pánico por el posible desarrollo de los acontecimientos. Por ello, los guardias se encararon con el hermano mayor sin hacer caso a sus protestas, y quisieron iniciar el acostumbrado interrogatorio a pesar de las constantes amenazas de *Luisito*. Sin hacerles el más mínimo caso, Ramón se plantó frente a uno de ellos y, en ese preciso instante, un fuerte bofetón propinado por el guardia lo tiró a tierra. Se levantó con rabia y quiso coger de la solapa al civil que le había golpeado, también se envalentonó el perro que intentó clavar una dentellada al mismo guardia. Sin embargo, el can no pudo cumplir su propósito al recibir un tiro que lo dejó herido de muerte. Entonces, Ramón no lo dudó y acercándose al guardia que había disparado le pegó un puñetazo que lo lanzó al suelo, se puso de cuclillas encima de él y cuando iba a golpearlo nuevamente el cabo disparó con su carabina matándolo a bocajarro. Los otros dos militares se lanzaron sobre Victoriano que, ante la agresión a su hermano, había cambiado su anterior estado y daba la impresión de ser presa de un ataque de nervios. Lograron sujetarle no sin grandes esfuerzos.

—¿Ves lo que pasa cuando te resistes a la autoridad?, —le gritó exasperado el *Bujías*.

Victoriano no respondía nada coherente, lo único que salía de su garganta eran lamentos y gritos de dolor por el suceso que acababa de presenciar. Se encontraba en estado de shock y mantenía la mirada perdida. Entonces, los guardias, llevándolo en volandas penetraron en

la casa y lo sentaron en una silla de la entrada sujetándolo para que no hiciera ninguna locura debido a su estado. En el momento que lo vieron ya más calmado e inmovilizado como estaba, el cabo primero se decidió a iniciar el interrogatorio como si no hubiera ocurrido absolutamente nada.

—¿Te has tropezado con algún bandolero durante estos días?

Sin embargo, Victoriano no dio la impresión de escucharlo a pesar del tono elevado de voz.

—¿Por qué habéis matado a mi hermano? —Preguntó a su vez en lugar de responder— ¿Y qué demonios os ha hecho mi perro? ¡No sois más que un atajo de asesinos!

Al oír esas palabras el cabo comenzó a golpearle con saña por toda la cara. Victoriano intentó levantarse pero los otros dos guardias civiles lo tenían bien cogido de los brazos y sujeto a la silla. Tras los golpes recibidos dio la impresión que se calmaba aunque lo cierto es por dentro le hervía la sangre. Aún con todo dejó de proferir gritos y pasado algún que otro minuto acabó relajándose, lo suficiente, como para que los militares aflojaran la presión que estaban ejerciendo sobre él.

—No queremos atarte a la silla pero si vuelves a importunarnos lo haremos, ¿te vas a tranquilizar y responder a nuestras preguntas?

—Sí... lo que ustedes digan —comentó Victoriano como en un susurro, a media voz, dándose por derrotado mientras alzaba las manos y se masajaba su dolorida cara—. Pero no me peguen más por favor —concluyó.

Viendo que ya estaba más sosegado, los guardias se colocaron enfrente de él y sonrieron al comprobar que habían logrado su propósito. El cabo concluyó que sería bueno dejar al masovero tranquilo durante un rato con el fin de que al reiniciar el interrogatorio sus respuestas fueran más coherentes. Sin embargo, el cerebro de Victoriano era un hervidero, no dejaba de pensar en todo lo ocurrido y cómo se había ido al traste el acto que había pensado realizar con su hermano. Para dar tiempo a que se restableciera después del mal momento vivido, Armando Perales ordenó a sus hombres que comenzaran a investigar por la casa. Así lo hicieron. Daniel el *Bujías* fue el primero en dar con algo que comunicó a sus compañeros a voz en grito desde la cocina.

—¡Vaya banquete que tenían preparado estos mequetrefes! Aquí hay comida para varias personas.

Fue realizar ese comentario y los otros guardias indicaron a Victoriano que se levantara y les acompañara a la cocina. Una vez allí la sorpresa fue mayúscula, en el centro de la habitación había una mesa cubierta de varias fuentes de comida y una jarra de vino, pero no aparecían por ninguna parte los cubiertos. Además, desde que los civiles habían llegado a la masía no dejaban de notar una sensación extraña en el ambiente.

—¿Qué significa todo esto?, —volvió a intervenir el cabo— Venimos a haceros una visita y os encontramos vestidos con la muda de los festivos, y dispuestos a darse un festín de comida cuando todavía no es ni siquiera el mediodía... ¿o es que esperabais a alguien?

Victoriano, minutos después de la paliza que le habían propinado se encontraba mucho más tranquilo y gozaba unos momentos de plena lucidez. Daba la impresión de que el interrogatorio iba a empezar de nuevo y aunque no tenía la certeza de cómo podría acabar, dados los antecedentes lo intuía. Por su cabeza comenzaron a surcar recuerdos de otras visitas realizadas por esos mismos guardias civiles y de cómo habían finalizado. Al evocarlos, una idea revoloteó por su mente y comprendió que sería la mejor solución para poder acabar con aquello que, junto a su hermano, habían tramado unos días atrás.

—Hemos hecho esta comida... porque anteayer nos dejaron un mensaje en la puerta de la masía —mintió como un bellaco a sabiendas que era lo único que podía hacer para ganar tiempo.

—¿Quién te lo dejó?, —preguntó el cabo primero.

—No sé... pero creo que fueron los Ma... quiero decir bandoleros... porque apareció un día clavado en la puerta. La nota decía... que teníamos que preparar hoy una comida para varias personas o quemarían la hacienda.

—Y el ir tan bien mudados, ¿a qué se debe?

—Porque... en el papel nos ponía que nos fuéramos de viaje y dejáramos la puerta sin cerrar —fue la única y peregrina excusa que atinó a responder.

—No creas que me convences lo más mínimo —contestó Ar-

mando Perales con un tono amenazador—. Si me entero que nos has mentido lo vas a pagar muy caro. Para empezar, ¿dónde tienes el mensaje?

—Está bien guardado... venid conmigo y os lo daré.

Entonces Victoriano caminó hasta la cajonera de la alacena bajo la atenta mirada de los guardias que lo apuntaban con sus carabinas. El lugar adonde se dirigía estaba próximo, pero el masovero tuvo el tiempo suficiente para darse ánimos y acabar de concretar el plan que instantes atrás había concebido. Él reconocía que estaba irremediablemente perdido porque no iba a salir con vida de aquel embrollo, así que ya nada le importaba. Pero si los guardias civiles actuaban en su casa como la última vez que la visitaron, les iba a dar una lección que jamás olvidarían. De manera que simuló buscar aquél panfleto y abrió el cajón donde guardaba la cuchillería, suspiró profundamente y cogiendo uno de enormes dimensiones se abalanzó sobre el guardia que tenía más próximo con la intención de clavárselo. Sin embargo apenas llegó a levantar el brazo, un disparo casi a bocajarro dio de lleno en su pecho y se desplomó con estrépito al suelo. Una vez caído recibió otro tiro, el de gracia. Victoriano, ahora sí, dejó este mundo para siempre, aunque lo cierto es que de forma muy diferente a como lo había programado.

—Maldito chiflado, en esta familia están todos locos de atar —exclamó con rabia el cabo primero— ¡Venga, vamos a registrar la casa a ver que encontramos! Yo miraré por la planta baja. Tú, Eloy, vete a los dormitorios y Daniel, busca por la cambra ¡Abrid bien los ojos, no haya alguien escondido!

Así lo hicieron aunque antes sacaron al muerto fuera de la casa echándolo sin contemplaciones junto a su difunto hermano. Luego, los guardias siguieron con el cometido que les habían ordenado mientras Armando Perales continuaba indagando por la planta baja. Conforme transcurrían los minutos las tripas del cabo le recordaban con insistencia el hambre que estaba pasando y que allí mismo, encima de aquella mesa, se encontraban los más suculentos manjares ahora a su entera disposición. No era todavía el mediodía pero daba igual, la visión de aquella pitanza estaba trastocando sus sentidos. Mientras tanto, los otros militares investigaban escrupulosamente en las plantas superiores por si encontraban algo sospechoso. Fue Eloy el *Legionario* el

que acabó teniendo suerte mientras estaba registrando el segundo dormitorio, al observar la presencia de una carta que aparecía recostada sobre un jarrón situado encima de la cómoda. Sin embargo, en el preciso momento en que se disponía a desplegarla, una nueva orden retumbó en el interior de la casa.

—¡Dejad lo que estéis haciendo y bajad rápidamente! No creo que estos pobres infelices estuvieran esperando a nadie. Lo más seguro es que se fueran a marchar de viaje y de ahí las ropas nuevas y esta comida. Bueno, hagamos honor a ella y luego decidiré qué hacer —dispuso el cabo primero.

Oída aquella tajante orden no quedaba más remedio que cumplirla a rajatabla porque en caso contrario se le ponía una leche de mil demonios. Así pues, el *Legionario* volvió a doblar la carta y la introdujo en su bolsillo con la intención de leerla más adelante. Además, ya escuchaba bajar por la escalera a su compañero el *Bujías* que había estado escudriñando concienzudamente las trojes de la cambra. Ambos también habían sentido los rigores del hambre y, como tenían costumbre en muchas de sus inspecciones, no dudaron en ir a almorzar por cuenta de los masoveros. Esa cuestión era algo que apenas les incomodaba, al pensar que muchos de ellos daban siempre que podían cobijo y alimento a los bandoleros. Y por supuesto, el que los propietarios de aquella masía estuvieran muertos en el patio no les importaba nada en absoluto, ni habían sido los primeros ni con toda seguridad serían los últimos. En definitiva, bajo una notoria falta de escrúpulos pensaban que todo lo ocurrido no era motivo suficiente para desaprovechar aquellos exquisitos manjares.

Durante un buen rato estuvieron degustando la comida que por un casual habían encontrado en la mesa esperando que alguien le hincara el diente. Comieron y bebieron como hacía tiempo no recordaban y, cuando llegó el momento de la partida, el cabo ordenó que realizaran algún que otro destrozo para que pareciera obra de asaltantes o incluso del propio Maquis. En el momento en que se disponían a salir del recinto de la casa observaron a Victoriano que yacía en el suelo boca arriba. Les llamó la atención la extraña sonrisa o más bien algo parecido a una mueca burlona que remarcaba sus facciones. Daniel el *Bujías* no pudo reprimir una risa queda al tiempo que realizaba un comentario despectivo.

—Mirad la cara de este tipo parece que encima nos está dando las gracias por haberlo despachado ¡Vaya par de mentecatos!

De manera que iniciaron de nuevo el recorrido con la intención de llegar al mediodía a la masía que tenían programada y, después de realizar un merecido descanso, volver al cuartel de Albarracín.

En ese mismo momento, en un punto del camino por el que se disponía a patrullar los guardias civiles en dirección a la masada de *Chulilla*, concretamente en el lugar conocido como *Sabinaquemada*, los guerrilleros con Rubén a la cabeza sopesaban qué hacer con mosén Pascual. El *Serrano* no tenía decidido cómo actuar, una cosa era matar en el campo de batalla o en cualquier tipo de lance y otra bien distinta hacerlo a sangre fría. Además, aquel cura daba la impresión de que la situación no iba con él como si jamás en su vida hubiera roto un plato. Esa calma aparente escondía un trasfondo tenebroso, si los guerrilleros hubieran podido leer sus pensamientos con toda seguridad habrían actuado de diferente manera.

—Fue aquí donde asesinasteis a mi madre Concepción y a Margarita ¿no? —expuso Rubén con amargura y el resentimiento a flor de piel.

—¿Y qué más da un lugar que otro?, —respondió mosén Pascual con asombrosa tranquilidad—. La muerte le llega a cada uno dónde y cuándo se lo merece.

—Pero ¿qué dices?, —el guerrillero seguía completamente anodado, sin dar crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Qué quieres que te diga?, ¿que esas mujeres no merecían morir? Aunque una de ellas fuera tu madre tuvieron el fin que llevaban tiempo buscando. Y si Dios dispuso que fuera ese día y de la manera que fue, pues amén.

—Maldito cura, no se te ocurra meter a Dios de por medio en este asesinato. Él no tiene la culpa de las acciones de los hombres ni de los cerdos como tú —saltó *Seminarista* como un resorte.

Mosén Pascual no quiso responder al guerrillero, por el contrario, se arrodilló y sacando el rosario del bolsillo de su sotana comenzó a rezar en voz baja. Necesitaba concentrarse y mucho más al estar prisionero de los Maquis porque no tenía dudas del fin que le esperaba. Levantó su mirada al cielo y buscó entre sus recuerdos uno que pudiera proporcionarle los ánimos que demandaba, finalmente encontró varios pasajes de lectura religiosa donde poder refugiarse. Él siempre había admirado la disposición de aquellos primeros creyentes a los que no les temblaba la fe cuando eran arrojados a los leones del circo. Más aún, en diferentes libros que releía con avidez había comprobado la existencia de misioneros cristianos que, a principios del siglo XVI, se introducían entre las tribus musulmanas del norte de África a sabiendas que ello les iba a ocasionar tortura y muerte. Y lo hacían como una muestra de su adhesión inquebrantable a la fe que profesaban, serían mártires y como tal estarían a la derecha de Dios Padre el día del Juicio Final. Tras muchas noches de haber soñado ser uno de aquellos abnegados cristianos por fin creía que había llegado la hora de imitarles y pedía a gritos o, mejor dicho, exigía a sus captores que lo ejecutaran como a un mártir.

Por su parte, Rubén había pasado de una sensación de incredulidad ante todo aquello que acababa de escuchar a otra bien distinta donde creía ver al maldito cura vejando a Margarita y Concepción antes de matarlas. No pudo resistir un irrefrenable impulso y agarró por el cuello de la sotana al sacerdote, lo levantó y arrastró hacia una sabina de gran tamaño situada enfrente mismo de aquella quemada que daba nombre al lugar.

—Dime cura del diablo, ¿tuviste algo que ver con la muerte de mi madre?

—Y si así fue que me harás tú a cambio... ¿matarme? Pues hazlo de una vez, quiero el martirio para ir junto al Dios que tú tanto detestas, el mismo que te condenará a vivir toda la eternidad en el infierno.

—Así que quieres el martirio, pues te juro por la memoria de las mujeres que mataste y por todas aquellas personas a las que has hecho pasar un infierno en esta vida que lo tendrás y con creces. Maldito cura, tú y la Iglesia de la que formas parte sois la gangrena de España. Desde que tengo uso de razón os he visto como los mayores

enemigos del pueblo y de la clase trabajadora. En la Guerra Civil os pusisteis al lado de los fascistas e incluso tus jefes tuvieron la indecencia de llamar “Cruzada” a lo que era una contienda política, social y militar entre españoles. La Iglesia, siempre la Iglesia de por medio, autoritaria, implacable, con la excusa de la fe se cree poseedora del derecho a decidir sobre un pueblo crédulo y miserable, siendo capaz de las mil y una barbaridades con tal de conservar su parcela de poder. Y tú, como representante de ella vas a acabar como mereces.

Rubén indicó a los guerrilleros que lo vigilaran mientras él acudía al carro a ver si encontraba algo para darle su merecido. Furioso, echó al suelo sin contemplaciones a los dos muertos en la refriega y comenzó a rebuscar entre los aparejos. En la cajonera situada debajo del asiento encontró un hacha pequeña junto a varias cuerdas y con todo ello volvió a donde estaba el grupo. Una vez allí subió a una sabina y comenzó a podar algunas ramas con el hachote hasta dejar el árbol de la forma que pretendía. Cuando creyó haberlo logrado, bajó y explicó su plan al sacerdote monterdino.

—Querías morir como un mártir pues qué mejor manera que hacerlo como tu propio Dios —dijo mirando detenidamente a la cara del cura.

Mosén Pascual parecía estar como enajenado, fuera de la realidad y no dejaba de repetir la misma palabra mientras apretaba con fuerza su rosario.

—Martirio, martirio, martirio... —insistía.

—Pues eso tendrás te lo prometo —le aseguró con firmeza el guerrillero monterdino.

Entonces Rubén solicitó la ayuda de *Juanín* y *Majuelas* para atarle las manos, luego rodearon una cuerda por el pecho del cura y la anudaron. Acto seguido lanzó la otra punta de la soga por encima del árbol hasta hacerla pasar por una rama situada en lo alto de la sabina de un grosor considerable como para que pudiera soportar su peso. Ya no quedaba más que elevar al cura y así lo indicó Rubén a unos desconcertados guerrilleros que seguían sin saber qué es lo que pretendía realizar. Una vez lo tuvieron situado cerca de las ramas que había podado el *Serrano*, éste subió al árbol y ató con fuerza el torso de mosén Pascual sobre el tronco de la sabina. Con cierta dificultad se fue hacia un extremo, desató las manos del cura y extendió la primera anudán-

dola a una de las ramas que había dejado sin podar. A continuación hizo lo propio con el otro brazo y de un salto bajó de nuevo al suelo.

—No querías morir como tu Dios pues así lo harás... ¡Crucificado!

En efecto, aunque bastante rudimentario es lo que parecía el sacerdote monterdino tal y como lo había atado Rubén en el árbol, agarrado con una cuerda al tronco de la sabina y con los brazos extendidos y sujetos a sendas ramas.

Mosén Pascual seguía rezando y parecía totalmente absorto a la expectación que había despertado entre los guerrilleros. En un principio, incluso daba la impresión de no haberse dado cuenta de la situación en que se encontraba, pero cuando giró la cabeza a ambos lados y se vio crucificado una excelsa sensación comenzó a apreciarse en su rostro.

—Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen —comentó con indolente benevolencia.

—Esto es demasiado —exclamó Lázaro el *Seminarista* visiblemente irritado— ¡Rubén, bájalo inmediatamente de ahí!

—¡De eso nada! Es lo que quería el cura y yo lo voy a complacer ¡Ahí se queda! Para mí es como si crucificara a la Iglesia entera, que mira que le tengo ganas —voceó expeditivo el *Serrano*.

—Martirio... martirio... —gemía aquél continuamente.

Entonces, Lázaro se plantó delante de la sabina donde tenían crucificado a mosén Pascual, agarró su metralleta con ambas manos y con cierto nerviosismo solicitó nuevamente a Rubén que descolgara al cura.

—Escúchame *Serrano* en todos los años que me conoces no has tenido ni una queja de mi comportamiento. Siempre he actuado a tus órdenes y las he acatado me gustaran o no, pero lo que estás haciendo con este hombre me parece indigno porque soy cristiano y creo en Dios aunque a mi manera. Eso sí, para nada en los curas ni en la Iglesia porque han desvirtuado su palabra y utilizan su nombre en beneficio propio, bien sea para conseguir bienes terrenales o para estar próximos al poder. De todo eso y mucho más doy fe porque lo he vivido y padecido personalmente, pero lo que quieres hacer con este hombre es

una blasfemia y te aseguro que sobrepasa con creces lo que mis creencias pueden soportar... Esta persona por todo lo que sabemos es indigna de seguir con vida, en eso estoy de acuerdo contigo, pero por favor te pido que no mancilles mi fe y si hay que ejecutarlo lo hagamos de otra manera, eso sí, nunca como murió Jesucristo... Por todos los momentos que hemos vivido juntos te lo suplico, bájalo de ahí...

—¡Joder Lázaro!, tú y tus remilgos. Para que luego vayan diciendo por ahí que perdiste la fe y otras zarandajas de cuando estuviste en el Seminario... Pero... ¿qué te enseñaron allí?, ¿una ideología por la cual los desheredados de la fortuna en este mundo tienen que esperar a morir para lograr el cielo, y mientras tanto aquí en la tierra vivir como siervos o esclavos de los poderosos? ¿Qué cada vez que luchen los pobres por la igualdad y la justicia tengan a los sacerdotes enfrente, diciendo que todo es voluntad de Dios hasta su miseria? No te equivoques... siempre han estado los curas al servicio de una ideología que castiga la rebelión de los que nada tienen y luchan por quitarse de encima sus miserias. Y ojo con el que osa enfrentarse a ella... Aquí, precisamente en este mismo lugar, tienes un ejemplo de lo que puede ocurrir. La historia de las dos mujeres que vivieron desterradas fuera de su hogar y familia, humilladas, torturadas y muertas por ir contra los dogmas de la Iglesia ¿Qué más quieres que te diga? —Se produjo un instante de tenso silencio tras el cual Rubén continuó insistiendo en su tesis— Tenemos claro que el cura ha de morir, entonces, ¿qué más da de la manera que sea? No entiendo ese empeño que tenéis los cristianos en cuidar tanto las formas si cuando os interesa las pasáis por el forro de los pantalones. Lo dejamos colgado como está, lo fusilamos y punto...

—Tú pretendes hacernos creer que todo esto no es más que un acto de justicia —insistió Lázaro—, pero en realidad estás haciendo una obra de teatro de lo que debería ser una simple ejecución... Lo que deseo que entiendas es que la crucifixión en sí misma es un símbolo religioso porque la padeció Jesucristo en el que yo creo con toda mi alma. Por eso me duele que un tipo vil, despreciable y rastrero como mosén Pascual pueda morir como él desee, ni más ni menos que como lo hizo una persona hace casi dos mil años, la misma que dio su vida por todos nosotros.

—Vaya con el *Seminarista*... pero ¡qué coñazo me estás dando!
—Rubén expresó su disgusto de forma soez cansado de la retórica de su compañero.

—Disculpa *Serrano* te lo diré de otra manera. No castigues a una ideología en concreto porque pueda ser buena o mala, castiga a las personas que la utilizan en su propio provecho desvirtuando su contenido si mediante esa actitud actúan contra el pueblo. Por supuesto, ya sabemos que existen algunas creencias o pensamientos que ya de por sí son contrarios a la convivencia porque exigen el seguimiento ciego de su credo, como el fascismo. A pesar de todo siempre pueden existir resquicios para ningunarlo, entonces, aplaude a quien lo haga.

—Eso no tiene ningún sentido —le replicó.

—Sí lo tiene y te lo voy a demostrar —respondió con firmeza—. Tú mismo me dijiste en cierta ocasión algo que corrobora todo lo que te estoy diciendo y, aunque no lo creas, se trata de tu mismo pueblo. A ver, siendo mosén Rufino y este mosén Pascual sacerdotes de la Iglesia, ¿me quieres decir que han sido iguales? Yo creo que no, entre otras cosas por la manera tan diferente que han tenido de comentar el evangelio. O también por lo que nos has contado en otras ocasiones tienes el caso de dos hacendados de Monterde ¿En qué se parecen el tío *Chalecos* y el tío *Celipe*? Yo creo que en nada y eso que los dos son terratenientes, de los más ricos del pueblo nada menos. Fíjate también en las diferencias entre este último con su hijo y eso que los dos son falangistas. Y ahora hablamos del otro lado. Acaso crees que todos los miembros del Maquis son personas excelentes pues te equivocas, los hay buenos, regulares y malos ¿O es que ya nos hemos olvidado de la diferencia que existe entre los que han dado su vida por la libertad, y aquellos otros que si bien en un principio lucharon contra el franquismo han acabado en su bando por el motivo que sea? ¿Qué hacemos con los que delatan, traicionan o realizan otras perrerías por el estilo a sus camaradas de toda la vida? Es lo que te quiero decir, que son las personas y no las instituciones las que con sus hechos las condicionan o modifican, y utilizándolas en su propio provecho acaban por deformar el primigenio espíritu con el que fueron creadas. Solo en base a esas circunstancias es como tenemos que valorarlas y juzgar a sus seguidores.

—Lo que dices es una locura —le rebatió Rubén— si nos fijamos únicamente en las personas y no en las ideologías todo el mundo estaría luchando contra todo el mundo, nosotros contra nosotros buscando a los traidores, los fascistas contra ellos mismos por idéntico motivo o vosotros los cristianos enfrentados a los que observan vuestra

fe de manera diferente. No se trata de algo individual porque nos movemos dentro de una colectividad a la que somos afines. Para eso sirven precisamente las organizaciones y la ideología, para aglutinar y canalizar los pensamientos que las identifiquen y diferencien. Luego, si existe algún individuo que se sale de madre es cuestión de que sus propios compañeros lo expulsen del grupo o hagan con él aquello que crean oportuno... —y tras un breve silencio quiso dar por finalizada su alocución—. Eso sí, entre los fascistas y el clero por una parte y nosotros por otra, la principal diferencia es que luchamos por la libertad y la justicia social de toda la humanidad, mientras que ellos lo hacen por todo lo contrario.

Sin embargo, el antiguo seminarista seguía sin estar de acuerdo con los planteamientos del *Serrano* y en medio de aquel circunloquio que había devenido la discusión observó detenidamente al crucificado. Pasados unos instantes de silencio no pudo sustraerse a realizar un comentario sobre la impresión que aquella escena le estaba causando. En efecto, mosén Pascual, totalmente embelesado por aquel momento que estaba viviendo observaba el cielo con una sonrisa gozosa y reiteraba una y otra vez su más íntimo deseo.

—Martirio... martirio...

—Míralo bien Rubén —comentó Lázaro mientras colocaba su mano en el hombro del *Serrano* intentando rebajar la tensión del momento—, si más que un cura a punto de morir parece Santa Teresa de Jesús en pleno trance místico.

—Eres un maldito renegado y arderás en el infierno —explotó su ira el cura dirigiéndose al guerrillero que había osado realizar el sacrílego comentario, y hablando al resto continuó con su diatriba—. No le hagáis caso y dispararme de una vez... martirizado por ti mi buen Dios... martirio... martirio...

Por su parte, Rubén seguía pensativo una vez escuchadas las razones de *Seminarista* para poner fin al dislate de aquella crucifixión. Si bien seguía firme en su tesis sobre la muerte del cura, las reflexiones que le había planteado su camarada habían dejado en él un poso de duda razonable respecto a las formas. Y es bien cierto que le costó lo suyo pero finalmente dio su brazo a torcer.

—Sabes lo que te digo —rectificó Rubén a su pesar—, creo que voy a hacerte caso... porque tú, que eres mi compañero, te dices

cristiano como este cura y pienso que yo atentaría a tus creencias aunque no sean las mías si realizo el acto formal de la crucifixión. Por eso lo bajaremos y le daremos el punto final de la manera que tú quieras.

—Noooooo ¿Qué vais a hacer? —Explotó el cura al escuchar el cambio de opinión del jefe de los Maquis—. Crucificadme de una vez malditos, quiero el martirio de los justos..., no podéis hacerme esto... —y mirando al cielo exclamó—: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

—No lo aguanto más —volvió a estallar Rubén— bajadlo de una vez y cerrarle la boca que no quiero oír más tonterías.

No obstante, hasta que subieron los guerrilleros al árbol para desatarlo todavía tuvo tiempo mosén Pascual de gritar como un poseído. En ese espacio de tiempo el cura se dedicó a comentar todas las barrabasadas en las que había participado en Monterde de Albarracín. Esa confesión no llevaba implícita ni mucho menos una demanda de perdón por los hechos cometidos, antes al contrario, lo que pretendía era encender la ira de los guerrilleros para que le dieran muerte allí mismo y poder acabar sus días como el propio Cristo crucificado. Pero el tiro le salió por la culata y nunca mejor dicho. Al enterarse Rubén en esos momentos de casos de algunos conocidos que habían acabado en la cárcel, desterrados e incluso muertos, modificó el nuevo plan que acababa de concebir el cual era fusilarlo sin más, especialmente cuando empezó a escuchar el último comentario que le afectaba directamente.

—Puede que te hayan hablado de la muerte de las apóstatas de *Chulilla* —alzó la voz como si estuviera en el púlpito de la iglesia— pero lo que tú no sabes es que quien movió los hilos fui yo... María Rosario tan solo fue un títere en mis manos aunque ella fue la primera que pensó en acabar con sus vidas..., lo cierto es que estaba como una regadera y un día se enfrascaba en una cosa y al siguiente sostenía la contraria —Mosén Pascual estaba desatado y seguía elevando la voz cada vez más— ¡Sí! Yo la convencí para que llevara a cabo sus planes y fue muy fácil... tan solo le prometí que si lo hacía acabaría sus días junto a su añorado esposo..., aunque la muy ladina nunca me quiso decir como había pensado matarlas... El resto supongo que ya te lo habrán contado pero lo que seguro no te han dicho es como gocé aquella mañana...

—Táparle la boca de una puñetera vez —ordenó el *Serrano* una vez lo hubieron bajado— que no quiero volver a escucharlo.

A pesar de la provocación se mantuvo quieto Rubén ante la perplejidad de sus compañeros que pensaban que se iba a lanzar sobre el endemoniado cura de un momento a otro, sin embargo, tuvo arres-tos para controlarse. Conocía la historia de la muerte de las mujeres por el enlace de Monterde oída en una de las borracheras del *Ungüevo*. Pero también por otras noticias que tenía había sospechado de María Rosario y mosén Pascual y, ahora, con la confesión del cura, todo queda-ba corroborado. Lo cierto es que con sus palabras acababa de descubrir al titiritero que la había manejado en sus delirios, e intuía el móvil que llevó a la mujer a cometer el crimen. Este habría sido sin lugar a dudas su marido, José María Cavero, que le habría contado antes de morir que fue el propio Rubén quien le asestó la puñalada mortal cerca del Seminario en la batalla de Teruel. Por otra parte, tenía claro que no le iba a seguir la corriente al sacerdote y matarlo crucifi-cado porque era lo que estaba pidiendo a gritos, o fusilarlo sin más como había pensado después de la discusión con el *Seminarista*. Con rapidez se giró hacia el guerrillero que tenía más cerca y le hizo una indicación.

—*Juanín* ves al carro que he dejado una soga de buen tamaño, la vamos a anudar con las riendas del macho porque hay que hacer una bien larga y tersa ¿Querías martirio mosén Pascual?, pues lo vas a tener... vas a morir ahorcado.

El cura no pudo reprimir una mueca de asombro y al instante daba la impresión de padecer un ataque de nervios, de manera que tuvieron que sujetarlo con fuerza atándole las muñecas por la espalda. Además, por mucho que se desgañitaba intentando gritar lo cierto es que ya no podían oírle los guerrilleros, el trapo anudado a su boca había conseguido el milagro. Una vez lo tuvieron inmóvil, el *Ma-juelas* y *Juanín* pasaron la cuerda ahora larga y fuerte por encima de la rama en la misma sabina donde en un principio habían intentado crucificarle. Luego le anudaron la soga al cuello y, sin más preámbu-los, los tres guerrilleros comenzaron a tirar de ella mientras mosén Pascual pataleaba sintiendo el estrangulamiento y la consiguiente falta de aire. Cuando los pies estuvieron situados a casi un metro de altura, ataron la cuerda al tronco y ante una indicación del *Serrano* se alejaron del lugar.

—Dejadme solo con el cura por favor. Id hacia el carro que en un momento acudiré con vosotros y nos marchamos de aquí.

—*Serrano* tenemos que irnos ya, en el momento que se enteren de lo que hemos hecho nos van a buscar por toda la Sierra.

—Será solo un instante, os lo prometo.

Rubén pretendía quedarse a solas con mosén Pascual. No se trataba de regodearse de su agonía, quería hablarle y decirle todo lo que sentía en ese lugar que para él seguía teniendo infaustos recuerdos.

—Mosén Pascual tienes lo que te mereces. Así te encuentras por todas las maldades que has causado a la persona que más he querido en este mundo, mi madre Concepción. Una mujer analfabeta, viuda en dos ocasiones, madre de once hijos, trabajadora como la que más, engañada por los terratenientes de Monterde una y otra vez y que a pesar de todo nunca dejó de luchar en las adversidades. Desterrada por tus calumniosas denuncias y apartada de sus seres queridos. Fue pobre, muy pobre, pero al mismo tiempo la mujer con más dignidad de todo el pueblo. También quiero que recuerdes a Margarita, a Cosme y Enriqueta, a Violeta y su hija que por mucho que os empeñasteis siempre será conocida como Libertad, a Boro y Hortensia... a tantas y tantas familias a las que les has amargado la vida. Por todos ellos, no te deseo más que te pudras en el mismo infierno con el que siempre has atormentado desde el púlpito de la Iglesia a todos los que no pensaban como tú. Y quiero acabar diciéndote aquello tan manido que a menudo te escuchábamos en el pueblo: Quien siembra vientos recoge tempestades. Pues bien, ésta es la tormenta que tú mismo has creado. Muérete.

La última mirada de Rubén hacia mosén Pascual estaba cargada de hartazgo e indiferencia. Se trataba de la persona que más había hecho en Monterde por deteriorar las relaciones entre los propios habitantes, ahondando en sus diferencias y declarándose partidario acérrimo de uno de los dos bandos en disputa. Al contrario, de lo que hicieron algunos sacerdotes de la Sierra de Albarracín que procuraron contener los fusilamientos de aquella contienda y la represión de la posguerra. Cuando el *Serrano* se dio la vuelta, el cura seguía balanceándose aunque cada vez con menos intensidad, su final estaba próximo. En el momento que llegó donde le esperaban sus compañeros guerrilleros, rebuscaron en el fondo del carro y recogieron todo aquello que podían transportar hacia el campamento.

Mientras tanto no muy lejos de allí, la patrulla de guardias civiles con el estómago completamente lleno se disponía a continuar con su actividad acudiendo a la masada de *Chulilla*, tal y como tenían previsto hacer antes de desviarse de su ruta para marchar a la del *Zorzal*. De manera, que si todo transcurría por los cauces previstos acabarían encontrándose con los guerrilleros en las cercanías de *Sabinaquemada*. Comenzaron la marcha con ánimo y sin ningún remordimiento a pesar de lo sucedido con los hermanos masoveros. Pero lo cierto es que habían comido demasiado y conforme caminaban empezaron a sentirse fatigados, motivo por el cual, el cabo decidió parar y descansar cuando apenas habían recorrido un par de kilómetros. Pasados unos minutos decidió seguir con la caminata pero sus cuerpos cada vez respondían menos y, debilitados como estaban, tenían la impresión de que incluso les faltaba el aire. Con más voluntad que fuerza y en absoluto silencio seguían la ruta establecida para enlazar con el camino que llevaba a *Sabinaquemada*, ya que desde este lugar llegarían en poco tiempo a la masía de *Chulilla*, su destino final. El silencio que les acompañaba desde que salieron de la masada tan solo se veía interrumpido por el ruido de sus pisadas, ya que aumentaba conforme pasaban los minutos y arrastraban los pies cada vez con más frecuencia. Y por fin, tras arduos esfuerzos, llegaron al punto donde se habían desviado horas atrás para acudir a la masía del *Zorzal*.

Cuando los guardias estaban iniciando la subida por aquella cuesta de la rambla de *Valverde*, el cabo Armando Perales no pudo aguantar más por el esfuerzo realizado y, agotado, optó porque reposaran otra vez para ver si recogían las fuerzas suficientes con las que afrontar la pronunciada pendiente. Se sentaron en el suelo demasiado sudorosos y exhaustos para el recorrido que habían realizado, los latidos de sus corazones iban a mil por hora y sin duda alguna pensaban que mal negocio era comer como bestias antes del mediodía para luego realizar una larga caminata. Apenas llevaban unos minutos descansando cuando Daniel el *Bujías* comenzó a sentirse indispuerto e instantes después se retorció de dolor revolcándose por el suelo. El cabo primero se levantó para socorrer al enfermo pero las fuerzas le

flaquearon y apenas se puso en pie volvió a caerse presa asimismo de intensos dolores.

Se escuchaban las quejas de aquellos guardias cada vez con más fuerza mientras que, Eloy el *Legionario*, recostado bajo la exigua sombra de un rebollo, observaba entre incrédulo y pesaroso a sus dos compañeros. No obstante, apenas duró unos instantes en esta situación. De pronto le sobrevino una fuerte arcada y comenzó a vomitar, intentó incorporarse pero le resultaba imposible, tanto, que se dio por vencido y continuó echado en tierra dolorido y en posición fetal. Así estaba cuando notó un leve roce en su cara, como si se tratara de un molesto insecto, alguna pesada mosca o tábano —pensó—, sin embargo estaba equivocado. Intentó espantar al bichejo que tenía entre la mejilla y la oreja pero el insecto cambió de posición y ahora se había posado en la parte posterior de sus dedos. Al notar de nuevo el roce no pudo evitar mirar de qué se trataba y asombrado comprobó que era una mariposa *Isabelina*. Eloy estaba cada vez más confuso, aún recordaba que hacía algunas horas otra mariposa idéntica había surgido por este mismo lugar y la visión posterior de una escena de caza les había llevado a la masada del *Zorzal* con los resultados ya conocidos. Un nuevo retortijón de sus tripas hizo que se estremeciera y al moverse gimiendo de dolor, la *Isabelina* retomó el vuelo. Eloy el *Legionario* quiso seguirla con la vista y lo hizo tan solo durante unos breves segundos, ya que mientras la observaba una nueva imagen demandó su atención. A media distancia, un grupo de buitres rodeaba lo que parecía un cuerpo inerte —posiblemente un ciervo— situado en un *piazo* del centro del valle, y observó cómo se peleaban por conseguir algún resto de carroña. Absorto en aquella visión escuchó sobresaltado el aleteo característico que producen estas aves rapaces en el momento de echarse a volar y, al seguirlas con la vista durante su despegue, comprobó con cierto temor cómo un buen número de ellas planeaban por el cielo no muy lejos de allí.

Cada vez los lamentos de sus compañeros eran más débiles y espaciados. Eloy casi no tenía fuerzas para incorporarse lo más mínimo y comprobar cómo estaban. Entonces, tuvo una intuición, algo así como un destello a través del cual su mente intentó dotar con algún sentido a todo lo que les estaba ocurriendo. Con enorme esfuerzo, introdujo la mano en el bolsillo y extrajo aquella carta que encontrara encima de la cómoda en una habitación de la masada, la abrió y des-

plegándola comenzó a examinar su contenido. Sus ojos se abrieron de par en par sin dar crédito a lo que estaba leyendo:

Señor Juez de Paz de Monterde de Albarracín, hartos estamos mi hermano Victoriano y yo de esta perra vida que nos ha tocado sufrir. No culpen a nadie de nuestra muerte porque nosotros después de haberlo meditado mucho hemos decidido darle fin. Hemos conseguido un veneno que sacan de las hojas del tejo y que nos han dicho que produce una muerte rápida a los animales aunque no sabemos si nos dolerá, eso es lo de menos porque será la última vez que suframos porque ya está bien. Después de comer subiremos a nuestras habitaciones y ya llevamos puesta la ropa de nuestra mortaja para que nos entierren con ella. Queremos dejar toda nuestra hacienda a nuestros sobrinos y rogarles encarecidamente que se encarguen de Luisito y Catalán. Esta vida es una puñetera mierda pero si de verdad existe otra esperemos que sea mejor. Hasta siempre supongo que nos veremos allí.

Ah y que sepan que si mi mujer murió fue por culpa de los guardias civiles y no mía. No es un hombre quien pega a una mujer. Una vez vinieron al Zorzal y nos golpearon todo lo que quisieron y desde entonces mi pobre Ustauquia no levantó cabeza. Que lo sepa todo el mundo. Firmo yo Ramón y la huella es de mi hermano Victoriano.

Eloy el *Legionario* se contrajo todavía más al sentir que las tripas le quemaban y no pudo sino maldecir su patética suerte. Una risa histérica surgió de su garganta ahogada por continuos sollozos que no hacían sino representar una esperpéntica escena digna del mismísimo Valle Inclán. Era demasiado hombre para llorar, pero al sentirse derrotado y próximo a su fin no pudo evitarlo y algunas lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas. Estrujó con fuerza el papel y así lo mantuvo al estirar los brazos mientras seguía tendido en el suelo. No oía a sus compañeros, ni siquiera sus lamentos y por más que los llamaba todo resultaba inútil. De pronto, escuchó un fuerte estruendo y moviendo ligeramente la cabeza comprobó como un cúmulo de nubes que presagiaba tormenta se aproximaba por poniente. Un nuevo trueno le hizo estremecer ya no tanto por el ruido, sino porque en su acentuado delirio quiso entender que aquel estruendo no eran más que las risotadas de los masoveros realizadas desde la ultratumba, al que él y sus compañeros no tardarían en acudir. Volvió a abrir los ojos con fuerza, evitando cerrarlos a toda costa y entre las nubes del cielo creyó apreciar las facciones de Victoriano riéndose de todos ellos. Y ciertamente tenía sus motivos,

el masovero había ganado aquella batalla después de muerto, como si se tratara del mismísimo Cid Campeador. Desde luego, quedaba claro que la vida ofrecía en ocasiones giros verdaderamente inesperados.

Completamente ajenos a todo lo que había ocurrido no muy lejos de allí, los guerrilleros se disponían a emprender el viaje de vuelta desde *Sabinaquemada*.

—¿Qué camino cogemos Rubén?

—Cruzaremos la carretera e iremos hacia la rambla de *Valverde* por la senda que vinimos, pero una vez allí nos desviaremos hacia un vallejo que conozco para escondernos y cuando oscurezca seguiremos caminando en dirección al campamento.

Recogieron la pistola del difunto Serafín y unas pocas vituallas que pudieron encontrar en el carro e iniciaron el camino de vuelta, ahora con cierta premura dada la hora del día. El tiempo apenas acompañaba debido al cielo nublado que aparecía por poniente y el retumbar de algunos lejanos truenos amenazaba una próxima tormenta. Además, otro inconveniente venía de la más que probable presencia de labradores por los *piazos* de aquel contorno. Cuando iniciaban la bajada por la rambla hacia el valle de *Valverde* observaron que en el fondo de aquella senda junto a un grupo de rebollos, aparecían las siluetas de unas personas tumbadas en el suelo. Rubén dio el alto a sus compañeros y se escondieron entre varias carrascas, extrajo sus prismáticos de la funda y observó aquellas figuras inertes. Extrañado, comprobó que se trataba de guardias civiles. Dio la voz de alarma y todos se echaron al suelo mientras seguía escudriñando por los alrededores de aquella zona hasta comprobar que no se producía ningún movimiento. Dudó por un instante qué hacer y mientras miraba al frente rumiando el camino que tomarían, se dio cuenta que en el cielo a poca distancia de allí planeaban un buen número de buitres. Pensó que no les quedaba más remedio que aventurarse por aquella senda, en caso contrario tendrían que dar marcha atrás y eso era mucho más peligroso, porque en aquella zona eran numerosos los campos de labor con el consiguiente peligro de que los descubrieran.

—Yo bajaré —se ofreció Lázaro ante la insólita vacilación del *Serrano*.

—De acuerdo, nosotros te cubriremos por si surgen problemas.

Comenzó el descenso con mucho cuidado, en aquella ladera apenas existían árboles y los pocos que aparecían estaban muy espaciados entre sí. Una vez llegó al fondo y comprobó que no había peligro realizó una señal con la mano para que acudieran todos. Mientras bajaban, el *Seminarista* se dedicaba a apartar los fusiles de los guardias civiles, y todavía algo confuso les tomaba el pulso confirmando su primera impresión: todos estaban muertos. Vio que uno de ellos mantenía todavía un papel sujeto en la mano, se acercó, lo recogió y comenzó a leerlo. Al instante tenía a Rubén a su lado, el cual tampoco salía de su asombro ante la visión de aquel espectáculo.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Creo tener una idea de lo que ha ocurrido —comentó Lázaro mientras le entregaba el papel que había recogido para que lo leyera—. Me da la impresión que estos tres perillanes han hecho de las suyas en la masada del *Zorzal*, ¿qué hacemos Rubén?

Éste comenzó a repasar aquella nota y las facciones de su cara indicaban que no acababa de creerse lo que estaba leyendo. Inmerso en la lectura se mantenía pensativo e indeciso, algo extraño en el *Serrano* que siempre se había destacado por tener una actitud resuelta ante cualquier evento por inoportuno que fuera. Sin embargo, ahora estaba de nuevo dubitativo, quizás como consecuencia de los momentos tan intensos que había vivido minutos atrás en *Sabinaquemada*. Todos le miraban, pero en determinadas ocasiones sentirse objeto de atención le había producido una cierta ansiedad. De manera que pegó un respingo y tras resoplar profundamente comentó a los guerrilleros algo que ya intuían, tras varios años en el monte todos se conocían a la perfección.

—Nos vamos a ir a la masía del *Zorzal* a ver qué ha pasado porque leyendo la carta que tenía este bastardo me temo alguna barrabasada. Los conocéis, ¿verdad?

—Sí —respondieron todos a coro.

—Son el sargento Perales con el *Legionario* y el *Bujías*, menudas perlas, las historias sobre sus desmanes se conocen en todos los pueblos de la Sierra —comentaron casi a dúo *Juanín* y el *Majuelas*.

—Entonces ya os podéis imaginar lo que les ha podido ocurrir a los masoveros del *Zorzal*. Con nosotros siempre han sido correctos aunque nos han tratado en ocasiones con excesiva reserva, pero cuando los hemos necesitado ahí estaban como hicieron por ti, Lázaro.

—Tienes razón y eso que fueron dos semanas —reconoció.

—Por eso lo menos que podemos hacer en este momento es ir a ver qué ha ocurrido y cómo se encuentran por si necesitan nuestra ayuda ¡Vamos, no perdamos más tiempo!

Inutilizaron dos de las carabinas de los guardias civiles y se llevaron otra junto a los cargadores, luego se fueron caminando hacia la masada comentando sus impresiones sobre lo que muy probablemente había tenido lugar. Casi una hora más tarde ya habían llegado y sus peores temores se vieron confirmados nada más entrar en el patio interior. Allí mismo, en medio de un charco de sangre encontraron a los hermanos Ramón y Victoriano y cerca de ellos al viejo podenco, todos muertos. Entraron en la casa y observaron el interior revuelto, varios cajones abiertos con su contenido esparcido por todas partes y una vajilla estrellada contra el suelo. Y encima de la mesa de la cocina los restos de una comida que, según indicaba la carta, estaba envenenada y era la que tenía que haber acabado con la vida de los masoveros. Se miraron los guerrilleros en silencio y comprendieron los terribles sucesos que habían tenido lugar en la masada durante esa mañana. Rubén se acercó hacia el aparador del comedor y debajo del jarrón situado en la parte central depositó la carta abierta, de esta manera cualquier persona que entrara en la casa después de ellos podría encontrarla con facilidad. Luego, recogieron a los difuntos y los subieron a sus dormitorios depositándolos encima de las camas, tal y como aquellos infelices habían deseado.

—Bueno, vámonos ya, esto no va a tardar en ponerse al rojo vivo —ordenó Rubén tras dar un último vistazo.

Tenían que volver por el mismo camino que habían utilizado para llegar a la masada del *Zorzal* y luego ya se desviarían hacia donde les había comentado Rubén. Cuando alcanzaron las cercanías de la cuesta por la que bajaron a la rambla de *Valverde*, comprobaron que los buitres planeaban cada vez más cerca del suelo donde estaban tendidos los guardias. Ante dicha amenaza, Lázaro hizo mención de ir a enterrarlos pero lo detuvo *Juanín*.

—¡Déjalos! ¡Qué se jodan! —Comentó cogiéndole del brazo—. Ellos se lo han buscado, pues que se apañen entre sí los carroñeros.

XV

Durante la noche estrellada del 15 de junio de 1948, el silencio tan solo era roto por el canto de las innumerables aves nocturnas que poblaban cierto recóndito lugar. Allí mismo existía uno de los tantos refugios que el Maquis mantenía oculto en la profundidad de la Sierra y, en estos momentos, era donde se hallaban cobijados Rubén y un nutrido grupo de guerrilleros. El campamento propiamente dicho estaba situado entre el roquedal que coronaba la cima de una montaña con difícil acceso. Desde ese punto, se controlaba a la perfección todos los alrededores gracias a la existencia de un pequeño prado que separaba aquel recinto rocoso del conjunto del bosque. Una vez hubieron acabado la cena, los guerrilleros sortearon el turno de las guardias salvo la última, ya que Antonio el *Chorras* se presentó voluntario para realizarla. Todas se fueron efectuando sin ningún contratiempo y, de esta manera, fue transcurriendo la noche hasta que tocó el turno a la guardia final. En un principio, el guerrillero que se había presentado voluntario ocupó su puesto con toda normalidad. Sin embargo, cuando se apercibió que todos estaban profundamente dormidos desapareció del campamento y, con todo el sigilo del mundo, se dirigió al punto de encuentro que había convenido a través de un enlace con la Guardia Civil.

Comenzaban a aparecer las primeras luces del alba cuando uno de los Maquis, el más inquieto de todos, se despertó con la intención de aligerar su vejiga y al echar una ojeada a su alrededor se apercibió de que el último centinela no aparecía por ninguna parte. En un principio no le dio importancia, pero un sexto sentido adquirido tras muchos años de vicisitudes y guerra le hizo ver que algo no funcionaba como debía. Las sospechas se vieron confirmadas cuando apreció ciertos movimientos apenas perceptibles por los alrededores, como si fueran sombras deslizándose entre el pinar. No dudó por un instante de qué se trataba y comenzó a despertar a sus camaradas con cierta brusquedad. Todos se apresuraron a empuñar las armas y parapetarse de la mejor manera posible a lo largo de las rocas que rodeaban el campamento.

Varias figuras comenzaron a surgir de entre los árboles más próximos empuñando armas de todo tipo y calibre, andaban sigilosos pero seguros de sí mismos porque creían que no les habían descubierto. Los guerrilleros les dejaron aproximarse y cuando los tenían a tiro una descarga cerrada dejó en el suelo a varios asaltantes entre muertos y malheridos. Los que habían resultado ilesos se replegaron al instante maldiciendo su suerte y ayudando a sus compañeros heridos a incorporarse en medio de una cerrada balacera. El variopinto grupo de agresores estaba compuesto por guardias civiles, somatenes y algún que otro paisano. En total sumarían alrededor de la treintena de efectivos, pero se notaba en la acción que acababan de realizar una cierta precipitación e inexperiencia. Ya no se trataba de que los guerrilleros los hubieran descubierto cuando se disponían a atacar el campamento, no era la primera vez que un asalto al Maquis acababa de esa manera. En la premura de aquel golpe se notaba una carga de notoria imprudencia, no eran suficientes como para cercar convenientemente a aquel grupo de guerrilleros e impedirles un resquicio por donde darse a la fuga. Por supuesto, los miembros del Maquis lo ignoraban, pero los asaltantes habían optado por el enfrentamiento de esa madrugada creyendo que el factor sorpresa iba a estar de su lado o, que en el peor de los casos, los podrían mantener a raya hasta que llegaran los refuerzos de los cuarteles próximos.

Por su parte los guerrilleros hicieron un análisis rápido de la situación notando la ausencia de uno de ellos, Antonio el *Chorras*. Entonces comprendieron las últimas acciones realizadas por aquel traidor, como cuando se presentó voluntario para realizar la última guardia y otras operaciones más bien extrañas llevadas a cabo en los últimos tiempos. Con toda seguridad se habría puesto en contacto con los militares días atrás a través del enlace de un pueblo próximo del que todos también sospechaban y, tras quedar en algún sitio convenido, los había llevado al campamento.

Una vez fallida la pretendida sorpresa, los atacantes se parapetaron entre los pinos y comenzaron a disparar a los guerrilleros que, tras unos minutos de intercambio, comprendieron que la situación estaba en tablas pero que en poco tiempo se decantaría en su contra cuando aparecieran los refuerzos. Sin duda alguna, el traidor les habría puesto en antecedentes sobre las posibles salidas del campamento por lo que se había convertido en lo más parecido a una ratonera. No obs-

tante, en esos instantes de incertidumbre sí tuvieron clara una cuestión de la que ya habían hablado en otras ocasiones, se trataba de impedir que los cogieran con vida. Si caían prisioneros su fin estaba claro. O bien eran muertos allí mismo por la incalificable Ley de Fugas, o llevados al cuartelillo donde la Guardia Civil a base de torturas les harían pasar las mil y una calamidades para al final acabar matándolos de cualquier manera. Por eso, antes de actuar se juramentaron de nuevo en que los heridos quedarían atrás y defenderían con su vida la escapada del resto, era la única forma de que algunos por lo menos pudieran sobrevivir. No quedaba otra solución que jugárselo todo a una carta. Hablaron entre ellos y convinieron que lo mejor sería intentar atravesar una parte del cerco, precisamente la que estaba más desprotegida de asaltantes, porque detrás de la misma existía un pequeño bosque que finalizaba de forma abrupta en una profunda quebrada.

Así pues, recogieron toda la munición y pertrechos que podían transportar junto a dos mochilas con documentación y dinero. Luego, tras comprender que no podían acudir a ninguno de sus escondites ya que el maldito *Chorras* con toda seguridad lo habría contado a los civiles, se decidió que lo mejor sería apañarse cada uno como buenamente pudiera. Los diez guerrilleros salieron en tropel disparando hacia la parte convenida del cerco con la intención de abrirse paso hacia el bosquecillo y la posterior barrancada. Con la primera descarga comprobaron cómo eran abatidos dos de los atacantes aunque también cayeron tres guerrilleros. Unos y otros seguían disparando, sembrando el prado próximo al bosque de víctimas y heridos sobre todo de maquis ya que resultaba el blanco más fácil al correr a campo abierto. Instantes después la mitad de los guerrilleros yacían muertos o malheridos pero el resto estaban a punto de sobrepasar el cerco. Mientras iban corriendo, uno de ellos descubrió al maqui delator parapetado detrás de un pino e inmediatamente lo hizo saber. Al oírlo, Rubén les conminó a todos para realizar una descarga cerrada hacia aquel punto y comprobaron satisfechos como Antonio el *Chorras* quedaba herido, e instantes después mientras se tambaleaba y gemía una nueva andanada lo fulminó definitivamente. Como consecuencia de los disparos hacia la zona donde se dirigían también dejaron varios heridos y algún que otro militar muerto, en estos momentos el camino a seguir quedaba expedito. Por fin habían superado la línea de los sitiadores y tras entrar en el pequeño bosque comenzaron a correr como si los persiguiera el mismísimo diablo. Ya casi estaban a punto de llegar al barranco cuando

cayó otro guerrillero, el resto detuvo su marcha con la intención de ayudarlo ahora que estaban tan próximos de escapar de la emboscada. Pero el caído, sabedor de la importancia de su herida no quiso escucharles.

—Iros de aquí, maldita sea... ¿en qué habíamos quedado?

Los últimos cuatro supervivientes de la partida le hicieron caso y comenzaron el descenso con cierto desahogo, el compañero herido les hacía la cobertura aunque las andanadas de los asaltantes se percibían cada vez más cercanas y numerosas. Ya casi habían llegado al final del barranco cuando dejaron de escucharlas sustituidas por el griterío de los atacantes. Entonces, cuando los supervivientes menos lo esperaban, una nueva descarga les pilló de lleno y al resguardarse entre los salientes para evitar ser alcanzados uno de los guerrilleros, el *Seminarista*, quedó rezagado. Aun así se fue deslizando entre las rocas pero cada vez estaba más separado del resto de sus compañeros, y cuando alcanzó el fondo de la barrancada echó a correr en dirección contraria a la de aquellos. Varios guardias no le quitaban el ojo e insistían en su balacera sin acertarle, de manera que siguieron persiguiéndole andando en paralelo por la ladera de la montaña. Mientras tanto, el grupo más numeroso de asaltantes tiroteaba sin pausa desde donde comenzaba el roquedal a los otros tres supervivientes, al tiempo que éstos intentaban bajar lo más rápidamente posible entre las rocas. Para suerte de los maquis esta vez los disparos no alcanzaron a nadie y cuando penetraron en el bosque más compacto que existía ladera abajo, comenzaron a pensar que con algo más de suerte lograrían ponerse a salvo. Para conseguirlo resultaba imperativo no desfallecer, de manera que todos ellos seguían bajando sin cesar y tan solo se detenían un breve instante para recuperar el resuello e iniciar de nuevo la carrera.

Después de aquel desventurado descenso los guerrilleros de este grupo resultaron ser Rogelio el *Cachimba*, Segundo *Majuelas* y Rubén el *Serrano* que, al ser el más veterano de los tres y dada su experiencia y mando en la guerrilla, no dudó ni un instante en capitanear aquel pequeño grupo. Casi una hora más tarde y tras atravesar un extenso bosque llegaron al camino que enlazaba una antigua cantera con la carretera principal de la Sierra. Todavía exhaustos por el ajetreo de la marcha continuaron por dicha vía, buscaban la salida a través de un camino conocido que podía guarecerles en medio de la frondosidad del pinar. En estas estaban cuando de repente escucharon el ruido le-

jano del motor de un vehículo. Sin pensarlo dos veces se agazaparon entre unos arbustos intuyendo por el sonido que bien pudiera tratarse de algún camión militar. Pero no era el ejército, para su alivio, descubrieron entre el polvo levantado del camino la figura de un viejo y destartado camión que ya conocían de varias inspecciones realizadas con anterioridad. Este vehículo transportaba periódicamente las piedras de una pequeña cantera situada no muy lejos de allí, a cualquiera de los pueblos cercanos donde se estuviera realizando alguna construcción.

Cuando vieron pasar al pesado transporte, observaron como la ruta por donde transitaba seguía su marcha descendente serpenteando por la ladera de la montaña. Por ello, decidieron bajar a través del monte y esperar en una de las revueltas del camino para detenerlo con más facilidad y poder huir en él. Así lo hicieron. Con notable diligencia a pesar del cansancio acumulado no tardaron en esconderse al socaire de unos arbustos, esperando que el vehículo aminorara la velocidad y de esta manera resultara más fácil pararlo. Y tal como lo pensaron ocurrió, porque el camión prácticamente detuvo su marcha ante la pronunciada curva y cuando su conductor observó cómo tres personas lo encañonaban con sus armas, no tuvo más remedio que detenerse. Abrió la puerta con cierto temor y bajó de la cabina con los brazos en alto.

—¿A dónde te diriges? —Le espetó Rubén con determinación mientras le apuntaba con su *Astra*.

—Voy a Albarracín...

Después se produjo un breve silencio durante el cual el monterdino observó con detenimiento la figura del conductor. No tardó en trazar un plan de huida que comenzó a desbrozar con una primera pregunta.

—¿Tienes algún otro mono de faena?

—Sí, en la cabina tengo uno pero está bastante estropeado. Sólo lo utilizo cuando tengo que realizar algún trabajo mugriento.

—Pues bájalo.

Tal como le habían indicado el conductor subió al camión para recoger el mono desgastado y entregárselo a Rubén. Éste vio que era el más apropiado a su tamaño y decidió colocárselo al tiempo que daba las órdenes pertinentes a sus compañeros.

—Tomad mi metralleta y acomodaos como podáis entre las piedras que yo acompañaré al conductor en la cabina. Mejor será que os cubráis con esa lona del lateral para que nadie os pueda ver ¡Venga rápido no hay tiempo que perder!

Y dirigiéndose al conductor le conminó a subir para continuar sin más demora su camino.

—Coge el volante y sigue tu ruta habitual. Cuando llegues a la carretera yo te indicaré por donde debes seguir. Y no se te ocurra hacer algo fuera de lo común porque en ese caso tú serás el primero en caer —le conminó a obedecerle apuntándole con su pistola.

—No me hagan daño por favor. Solo soy un trabajador... un padre de familia que tiene que bregar todos los días para sacar adelante mujer e hijos. No soy político ni quiero saber nada de la política. Por favor...

—Sé un hombre y no lloriques. Tú haz lo que te he dicho y no tendrás problemas te lo juro. Pero como se te ocurra hacer algo que nos delate será lo último que hagas, de eso también puedes estar seguro. Venga, vale ya de parloteo. Pon en marcha el camión de una puñetera vez y vámonos.

Y una vez dentro de la cabina los dos se acomodaron en el asiento de aquél pesado camión. Rubén apreció el nerviosismo del conductor e intentó aplacarlo bajando el tono de voz al iniciar una nueva conversación.

—¿Cómo te llamas?

—Sebastián.

—De acuerdo Sebastián pues ya sabes, tú tranquilo y como si tal cosa, relájate e intenta olvidar lo que ha pasado porque si no nos traicionas esta noche estarás de nuevo con tu familia, de eso te doy mi palabra. Sigue tu marcha y cuando lleguemos a la carretera no te desvíes hacia Albarracín, vete por la izquierda en dirección al camino del *Puerto*.

Así lo hizo el atemorizado conductor y tras llegar a la carretera enfiló la ruta que le había indicado Rubén. Una vez pasado sin problemas el pueblo de Noguera la carretera zigzagueaba durante varios kilómetros entre unos profundos desfiladeros. Aunque lo que más resaltaba en el itinerario era el notable desnivel siempre de subida, que

impedía al pesado vehículo alcanzar una mediana velocidad. De manera que el tiempo se hacía eterno y daba la impresión de que no iban a salir nunca de los montes donde había tenido lugar el trágico enfrentamiento. Una vez superaron un alto conocido como la Peña del *Castillo*, el terreno se parecía más al habitual donde solían tener el Maquis sus campamentos, es decir, alta montaña y rodeada de un tupido bosque de pinos. Más adelante, la carretera alcanzaba un punto bastante elevado y finalizaba la peligrosa barrancada. A partir de este punto prosiguieron su camino encajonados entre el pinar a través de una recta y prolongada cuesta abajo. Antes de finalizarla, el monterdino como buen conocedor del terreno le indicó a Sebastián el camino por el que debería desviarse. El camión redujo su velocidad y penetró por un angosto pasaje siguiendo al pie de la letra las indicaciones que le proporcionaba Rubén. Cuando llegaron a un punto donde resultaba casi imposible continuar le ordenó que se detuviera y bajara de la cabina. Tras la aparente tranquilidad del conductor durante buena parte de la travesía, nuevamente volvía a tener los nervios a flor de piel.

—¿Qué vais a hacer? Me habías dado tu palabra que si hacía lo que me ordenabais no me pasaría nada.

—¿Y quién ha dicho que te vamos a hacer daño? Tú has hecho lo que te hemos indicado por lo tanto nosotros cumpliremos, pero has de comprender que no podemos dejarte tal cual con el riesgo que cuando nos vayamos acudas al pueblo más próximo para avisar a los civiles.

—Os juro que no lo voy a hacer.

—Lo siento pero no podemos correr riesgos, ya han muerto muchos de nuestros compañeros por culpa de delatores que nunca creímos que lo fueran. Mira va a ser un mal menor pero tienes que pasar por él, ¿tienes rueda de repuesto?

—¡Sí!

Acto seguido Rubén sacó una navaja de su bolsillo y se aproximó a una de las ruedas traseras rajándola.

—Escucha Sebastián no puede ser de otro modo, así tardarás algo en arreglarla y nos dará tiempo para escapar.

Luego se acercó a sus dos compañeros y les indicó alguna cuestión que no pudo escuchar el apesadumbrado conductor. Los dos ma-

quis comenzaron a bajar por el camino que habían transitado mientras Rubén se aproximaba nuevamente al chofer del camión. Extrajo de su cartera un par de billetes y se los entregó.

—Toma esto por las molestias pero escóndelos bien, que no te los encuentren los civiles o te lo harán pagar caro si piensan que nos has ayudado voluntariamente.

El hombre recogió aquella recompensa y quitándose una bota los introdujo dentro del calcetín, pero cuando se levantó y quiso decir algo a su captor no logró verlo, la culata de su metralleta se lo impidió dándose de bruces en el suelo. Al instante, Rubén se quitó de encima el mono viejo del camionero y subiéndose a la cabina lo depositó en el asiento. Observó detrás del mismo la presencia de una pequeña canasta con manzanas reinetas y unas pocas nueces, con cierta prisa las recogió todas metiéndolas en su macuto. Lanzó una inquisitorial mirada a su alrededor y al no encontrar más vituallas volvió a bajar del camión.

La pareja de maquis ya se habían alejado por el camino algunos metros pero detuvieron su paso para esperar que llegara Rubén. Una vez todos juntos volvieron su vista hacia donde estaba el camión junto al malogrado conductor que yacía con sus huesos en el suelo.

—¿Por qué lo has hecho Rubén? Si tenías dudas lo mejor hubiera sido pegarle un tiro, ¿no? —preguntó Rogelio el *Cachimba*.

—Os equivocáis. Ese hombre no nos ha hecho nada y nosotros no somos asesinos. Se ha desmayado por el culatazo que le he pegado, por lo que tardará unos minutos en volver en sí y otros más en arreglar la rueda. Cuando lo logre ya habrá pasado bastante tiempo. Lo último que recordará será que bajábamos por este camino y como querrá congraciarse con los guardias civiles, sobre todo después del golpe recibido, va a ser lo que les diga de eso estoy seguro. Pero nosotros vamos a dar la vuelta y nos iremos justamente por el lado contrario buscando una fuente llamada del *Canto* que se encuentra en medio del pinar. Cuando lleguemos, habrá que parar un rato para descansar y luego seguiremos a través de la Sierra hasta llegar al término de Monterde, mi pueblo, una vez allí sé dónde podemos escondernos sin ser descubiertos. No os preocupéis que he ido rumiando un plan desde que subimos al camión y os aseguro que nos permitirá salir de este infierno. Vamos, ¡seguidme!

Y de esa manera los tres maquis se adentraron en las profundidades del bosque en busca de su anhelada salvación. Atrás quedaba una mañana cargada de enfrentamientos que les había ocasionado un inmenso dolor por la muerte del resto de los compañeros de la partida. Aunque su fin no había sido en vano, también habían caído varios asaltantes y el principal culpable del desastre, el hijo de la gran puta de Antonio el *Chorras*. Eso sí, algo les había quedado meridianamente claro y era su derrota junto a la triste sensación de que habían perdido la guerra definitivamente. Penosa circunstancia en la que habían influido muchos factores aunque ajenos a la firme voluntad de los guerrilleros, que era combatir sin tregua para transformar el Estado fascista surgido de la Guerra Civil.

—Malditas delaciones —pensaba Rubén en la traición de su antiguo compañero mientras caminaba—, han acabado con nosotros como la peste.

Durante la marcha, los guerrilleros no hablaron más que lo justo y caminaban inmersos en sus pensamientos siguiendo las indicaciones del guía. Cuando arribaron a las proximidades de la Fuente del *Canto* escucharon algunos ruidos lejanos que les hizo recordar que el peligro seguía latente. Se pusieron en guardia inmediatamente arras-trándose por el suelo hasta unos arbustos. Unas voces les sobresaltaron al principio, pero cuando las escucharon con más nitidez se dieron cuenta de que se trataba tan solo de algunos campesinos hablando de ganados y cosechas. Los maquis no quisieron levantarse del suelo y permanecieron pegados como lapas, hasta que los visitantes después de saciar su sed y dar de beber a las caballerías reiniciaron su camino en dirección al pueblo de Bronchales. Rubén no quiso arriesgarse y prefirió continuar el viaje aunque fuera a costa de no llenar las cantimploras.

Una vez se hubieron alejado de aquella fuente, los guerrilleros resolvieron continuar con su marcha para llegar lo antes posible a la Sierra de Monverde. Caminaban separados bajo la atenta dirección del *Serrano*, éste se detenía a menudo ante cualquier incidencia con la respiración entrecortada como de ahogo. Y no era para menos. Tanto la improvisada marcha, el padecimiento sufrido en el asalto al campamento, o el estrés ocasionado por mantener constantemente el estado de alerta le estaban llevando al límite de su resistencia. Al cabo de una hora caminando los guerrilleros atravesaron una pequeña garganta con

varios humedales. Reconocían aquel paraje, por ello, se detuvieron mirándose aunque sin pronunciar palabra alguna, los amargos recuerdos sobre lo ocurrido no muy lejos de dicho lugar lo impedían. Cerca de aquel tremedal discurría un imperceptible camino solo conocido por expertos como ellos y, a través del cual, se llegaba al campamento que fue asaltado por los guardias civiles después de la entrada en Monterde de Albarracín un año atrás. Y en esta ocasión volvía a repetirse un suceso similar aunque con peores resultados.

La marcha sin pausa que llevaban los guerrilleros les estaba dejando al límite de su resistencia. Rubén seguía insistiendo en que lo mejor era alejarse lo más posible del término de Bronchales y llegar cuanto antes al de Monterde, así se reduciría el peligro de ser descubiertos. Hacía horas que ya habían vaciado las cantimploras y, debido a la larga caminata, tenían resacas las gargantas lo cual representaba un serio obstáculo para proseguir la marcha en condiciones. Pero por una vez tuvieron suerte ya que cuando estaban llegando al límite de su resistencia, Segundo y Rogelio observaron cómo Rubén se detuvo para mirar a su alrededor con cierta insistencia, como queriendo reconocer dicho paraje. Les comentó a sus compañeros que se escondieran porque quería buscar un manantial que, según él, se encontraba en las proximidades de aquel lugar. Al cabo de unos minutos regresó con una enorme sonrisa dibujada en su cara y les hizo saber que había hallado la Fuente del *Mosquito* no muy lejos de allí. Los guerrilleros reiniciaron la marcha siguiendo a corta distancia a su guía que caminaba con paso firme por aquella zona del bosque.

Al poco se dieron de frente con unas rocas de gran tamaño entrelazadas entre sí y Rubén trepó por ellas con notable agilidad. Entre una abertura a modo de pozo en medio de las piedras se detuvo arrodillándose y llenó su cantimplora. Sus compañeros hicieron lo propio y al poco tiempo habían saciado su sed. Aprovecharon aquel parón para descansar durante unos instantes, tranquilos porque el *Serrano* les comentaba que casi habían llegado a su destino. Unos minutos más tarde comenzaron a subir de nuevo por aquella montaña hasta que arribaron a una zona de umbría cuando la tarde llegaba a su fin. En aquel lugar, el paisaje era realmente extraordinario tal y como pudieron observar los guerrilleros a pesar de las penosas circunstancias que estaban viviendo. Rocas con una variada gama de colores sembraban el suelo de aquel frondoso y húmedo bosque colmado de pinos de todos

los tamaños. Pero lo que destacaba sobremanera en aquel lugar era la capa vegetal que cubría los troncos de los árboles y las mismas rocas, un musgo verdoso que dotaba de mágica personalidad a aquel maravilloso y exuberante paraje.

Estaba ya anocheciendo cuando Rubén dio por fin con el refugio que tan insistentemente buscaba. Una vez que habían dejado atrás el tupido bosque llegaron a un pequeño e inclinado prado, en su parte superior se apreciaba un roquedal alargado que seguía el contorno de la cima de una montaña conocida en el pueblo como *Peñalamajada*. En ese preciso lugar, las rocas formaban un aprisco natural utilizado por los pastores de la cabrada comunal de Monterde para guarecerse durante los meses más cálidos del verano. Por eso, en estos momentos se encontraba vacío y resultaba apropiado para esconderse aunque fuera durante algún día. Llegaron exhaustos a dicho enclave y se acurrucaron en aquella pequeña estancia, era prácticamente lo único que podían hacer en esos momentos, esconderse y esperar. No tenían apenas comida, además no podían encender fuego porque delataría su presencia a cualquiera que pasara por allí, así que prefirieron descansar y ayunar, ya comerían al día siguiente antes de partir de nuevo. Aunque el mayor peligro estaba en la posible aparición de alguna patrulla de guardias civiles que, casi con toda seguridad, les estarían buscando por todos los rincones de la Sierra. De esta manera, recogidos y agrupados como si formaran un solo cuerpo para darse calor transcurrió aquella noche.

Rubén seguía ojo avizor ante cualquier ruido que pudiera escucharse, a su favor estaba el hecho de que conocía perfectamente esta parte de la Sierra y los seres que la habitaban. Acostumbrado a muchas noches en vela, había aprendido a diferenciar sonidos como el de los mamíferos cuando salían de estampida ante la presencia de un depredador o cuando merodeaban buscando alimento. Y sobre todo el de las aves, porque no era lo mismo el aleteo de una lechuza cuando se lanzaba sobre una presa que el resto de los pájaros asustados por otros movimientos extraños. Y de esta manera, en un principio pudo escuchar varios ruidos que alertaron a sus compañeros pero, sin embargo, les hizo desistir de más precauciones porque conocía a qué eran debidos. Aún con todo, estaba alerta y vigilaba con la metralleta dispuesta para entrar en acción en el momento que fuera necesario.

Poco a poco fueron recogándose aunque les costó dormir y no era por una cuestión de cansancio. Los miembros del Maquis estaban acostumbrados a las largas caminatas para dar golpes de efecto en la permanente lucha que habían mantenido contra el Régimen franquista. Pero en esta ocasión, los últimos supervivientes de aquella partida de guerrilleros de la Sierra de Albarracín estaban sobrepasados y sus pensamientos les impidieron durante muchas horas poder conciliar el sueño. Tan solo cuando la noche estaba muy avanzada pudieron llegar a dormirse pero, inquietos como estaban y ateridos de frío, lo cierto es que apenas descansaron. Su desaliento no se ceñía al agotamiento acumulado durante ese día, existía algo más profundo y visceral que les corroía las entrañas. Los últimos acontecimientos vividos les habían afectado hasta límites insospechados y se estremecían tan solo de pensar en el incierto futuro que les esperaba.

Una vez despiertos ya en la madrugada, Rubén les apremió a comprobar el contenido de sus mochilas. Al salir de estampida del campamento tan solo habían recogido las propias salvo él mismo y *Majuelas* que, además, retiraron otras en donde se guardaba la intendencia junto a diversa documentación sobre el grupo. A pesar de la tensión padecida durante el asalto tuvieron el reflejo de agarrarlas, resultaba importante evitar que todos esos papeles cayeran en mano de las tropas franquistas. Lo cierto es que tuvieron suerte porque aquellos morrales contenían innumerables notas sobre la gestión del Maquis en la Sierra de Albarracín. Y gracias a ello habían evitado que dicha documentación cayera en manos del enemigo. Sin embargo también existía un serio problema, apenas se habían procurado munición y en la situación que se encontraban era ciertamente lo más importante. Eso sí, los ojos de los presentes se abrieron de par en par al comprobar el contenido de un pequeño saquito de tela situado en el fondo de una de las mochilas, ya que allí estaba guardado todo el dinero que aquella partida había atesorado gracias a los golpes realizados durante los últimos meses.

Los tres guerrilleros se miraron con gestos cariacontecidos y una sonrisa amarga e irónica se esbozó entre sus labios, ¿para qué demonios querían aquella fortuna que el destino les había deparado! Lo que hubieran dado todos ellos si en lugar de billetes hubieran sido balas o cualquier otro tipo de munición. Pero no había remedio y tenían que hacer frente a la situación, ya buscarían la manera de sacarle

partido a los miles de pesetas que veían esparcidos por el suelo. Después de contar el dinero, Rubén compartió entre todos ellos el botín recién encontrado. Luego prendieron fuego muy espaciadamente los comprometedores documentos que habían hallado dentro de las mochilas y acto seguido enterraron las cenizas, no convenía bajo ningún concepto dejar huella alguna de su paso por aquel lugar.

El resto del día estuvieron encerrados en el aprisco sin salir para nada y reponiendo las fuerzas necesarias para seguir caminando durante la noche siguiente. Se repartieron las dos manzanas que quedaban junto a unas pocas nueces. El *Serrano* se empeñó en salir para buscar algo de comer en unos huertos próximos que conocía, pero sus compañeros se lo impidieron ante el temor de ser descubiertos. No hicieron nada más durante el resto del día, así como tampoco escucharon sonido alguno con excepción de los propios del bosque.

Cuando apenas quedaba una hora para oscurecer salieron decididos hacia el lugar donde Rubén había considerado el más acorde para esconderse durante una temporada. De todos los sitios posibles, a los guerrilleros tan solo les quedaba dicho baluarte por esta parte de la Sierra y, desde luego, si no surgían problemas tendrían tiempo de sobra para discutir sobre su futuro. Pero la caminata hacia aquel lugar transitaba a través de una orografía ciertamente complicada en una primera parte. Al poco de comenzar la marcha tenían que atravesar varios *Ríos de Piedra* que atravesaban el pinar y cuando finalizaba la tarde bordearon el más grande y peligroso de todos. Varios minutos después, llegaron a la Fuente del *Alma Negra* donde pudieron llenar sus cantimploras y acelerando el paso todo lo que pudieron acabaron por atravesar el pinar de la Sierra. A partir de ese punto el trayecto resultaba más fácil, se abría una amplia paramera con pocos accidentes geográficos y surcados tan solo por matorral y ejemplares sueltos de sabinas rastreras. Y por fin, después de varias horas de caminata nocturna por unos parajes que conocía el *Serrano* como la palma de su mano, llegaron a las proximidades de la masía de La *Lagosa*. Sin embargo, en el momento en que el resplandor de la luna reflejaba con total nitidez los contornos de la masada, los guerrilleros quedaron ex-

trañados al no apreciar ninguna luz en la casa ni tan siquiera oler el humo de la chimenea, era como si estuviera deshabitada.

—Vaya contrariedad —exteriorizó su disgusto Rubén—, no me esperaba esto... ¿es que todo nos va a salir mal?

—¿Y ahora qué hacemos?, —preguntó Segundo *Majuelas*.

—No sé. No me fio de esta situación aunque creo que deben estar en Monterde como les ocurre a los masoveros de la Sierra en sus pueblos. Esperaremos a que salga el día por si vienen, en caso contrario entraremos en la casa a ver si encontramos algo para comer pero a oscuras no me atrevo por si nos están esperando para emboscarnos. Venga, vamos a separarnos por si las moscas pero estar atentos al menor ruido.

De esta manera, el grupo se mantuvo escondido esperando que amaneciera. Y cuando las primeras luces despuntaban por el horizonte, unos ruidos hicieron volver la vista a los guerrilleros hacia el camino que llevaba desde Monterde a la masada. Por el mismo, transitaba un hombre que sujetaba las riendas de una mula y encima de ésta una mujer acomodada en el baste. Iban serios y sin hablar pero Rubén los reconoció al instante: se trataba de los dos masoveros de La *Lagosa*. Realizó una señal con los dedos de la mano a sus compañeros para que no hicieran nada hasta comprobar cómo se sucedían los acontecimientos. Cuando los recién llegados arribaron al recinto de la masía, la mujer, después de bajar de la mula penetraba directamente en la casa mientras que el varón llevaba al animal a la cuadra situada al lado mismo de la vivienda. Al momento salió de allí y también accedió a su morada. Rubén volvió a pedir calma a sus compañeros sobre todo al *Cachimba*, cuyos nervios denotaban el síndrome de abstinencia por el tabaco desde que escaparon por piernas del campamento. Con señas les indicó que esperaran a que saliera el masovero y dependiendo cómo actuara así lo harían ellos.

Todavía tardaron un buen rato en ver salir al dueño de la casa. Éste se acercó nuevamente a la caballeriza y salió de ella con la mula, cerró la puerta de la cuadra y volvió a transitar por el camino de ida sujetando con la mano las bridas del animal. En el preciso instante que pasaba por donde ellos estaban se levantó Rubén del suelo llamándole por su nombre. El sobresalto del masovero fue enorme e instintivamente comenzó a temblar de puro miedo, soltó las riendas y levantó

nervioso los brazos aunque en el momento que vio a su amigo se relajó y una ligera sonrisa se esbozó entre sus labios.

—Eres tú Rubén, ¡qué susto me has dado!

—Tranquilo Agustín no pasa nada.

Al momento se alzaron los otros maquis y se aproximaron todos hacia el masovero, Rubén fue el primero en llegar y ambos se fundieron en un sentido abrazo. Sin embargo, la presión de los brazos del guerrillero hizo mella en el cuerpo de Agustín que emitió un gemido lastimero al tiempo que se separaba de su amigo con evidentes gestos de dolor. Entonces, Rubén apreció como las facciones del masovero mostraban hinchazones y algunos moratones que indicaban algún enfrentamiento cercano en el tiempo.

—¿Qué te ha pasado? —Preguntó el guerrillero.

—No te preocupes son solo magulladuras —Agustín trató de minusvalorar su dolor.

—Te has caído o has tenido un accidente...

—No Rubén... han sido los civiles —dijo con evidentes signos de resignación y queriendo restar importancia a su respuesta preguntó cambiando de tema—: ¿Sois vosotros tres o hay alguno más?

—Solo los que ves aquí, venimos huyendo de la emboscada que nos han tendido los militares en nuestro campamento. Han matado a todo el grupo y creo que tan solo quedamos nosotros. Necesitamos tu ayuda, ¿es posible?

—Sabes que sí. Nunca os he fallado, pero éste no es el sitio más adecuado para conversar. Vamos, entrad en la casa y allí hablaremos con más calma.

Los cuatro se dirigieron hacia la masía ojeando insistentemente a su alrededor por si apreciaban algún movimiento extraño. Acompañaron al dueño a la cuadra para que volviera a guardar la mula y luego se dirigieron a la vivienda con cierta premura. Una vez dentro, Rubén hizo las presentaciones de sus compañeros Rogelio el *Cachimba* y Segundo *Majuelas* a la pareja de masoveros Agustín y Manuela. Éstos, lejos de aparentar alguna inquietud les hablaron con suma familiaridad como si los conocieran de toda la vida, de hecho, eran unos de los tantos informadores que tenían los enlaces del Maquis por aquella zona.

Eso sí, su pesar era grande, tanto, como puede ser el de unas personas perseguidas por los sicarios del franquismo, con un hijo muerto en la Guerra Civil y el otro en la cárcel cumpliendo una condena de varios años, mientras que sus tres hijas estaban casadas pero vivían lejos de allí. Sus respectivas familias también habían sido zarandeadas por la desgracia durante la pasada contienda y contaban con varios fallecidos tanto hermanos como sobrinos y, por supuesto, unos cuantos languidecían en las cárceles franquistas.

Los guerrilleros se enteraron que allí no acababan ni mucho menos sus penurias porque desde el verano anterior las intervenciones de la Benemérita se habían multiplicado siguiendo las directrices del nuevo gobernador civil de Teruel. Eran frecuentes los controles militares tanto como las palizas que padecían los sospechosos y de las que el propio Agustín daba buena cuenta. El Estado de Prevención declarado recientemente por las autoridades militares estaba especialmente dirigido a perseguir a los masoveros más recalcitrantes. La mayor parte de los que conocía Agustín habían llegado al límite. Muchos de los guardias no tenían escrúpulos en seguir las órdenes recibidas por muy crueles que fueran y habían llegado a matar a más de un pobre desgraciado aprovechando la iniquidad de la Ley de Fugas.

Pero esta pareja de masoveros era gente bravía y no se arrugaban ante dichas situaciones por muy peligrosas que fueran. Sus inclinaciones políticas izquierdistas y republicanas seguían teniendo el mismo ímpetu que antaño y les importaba un bledo los negativos resultados que éstas pudieran tener en los momentos actuales. Además, sentían un odio visceral hacia todos los esbirros del franquismo que continuamente los venían vejando, incluso habían asesinado a varios de sus familiares y conocidos. Así pues, no dudaron en ningún momento sobre cuál sería su participación en este asunto y al unísono ofrecieron su más incondicional colaboración. Los esconderían en la masía con todas sus consecuencias.

—A pesar de las calamidades que os hemos contado no tenéis nada que temer —comentó Agustín con un hablar sincero y entusiasta—. Por lo pronto donde vais a estar más seguros que en ningún lado es en esta casa, aunque eso sí, bien escondidos porque los civiles vienen muy a menudo y lo registran todo. Sin embargo, tengo un cuarto que es imposible de encontrar salvo catástrofe y allí podéis estar todo el tiempo que haga falta.

Acto seguido los llevó a la cocina y después de desalojar la parte baja de la alacena, desacopló los tableros y encendiendo un candil aproximó su luz al interior.

—Como veis la *Bodeguita* es pequeña y sombría pero aún con todo es pura gloria, os lo puedo asegurar.

En efecto, aunque el habitáculo era de reducidas dimensiones los guerrilleros quedaron boquiabiertos ante el espectáculo que tenían enfrente. En un principio hasta llegaron a pensar que el hambre les estaba jugando una mala pasada. No podía ser cierto lo que veían sus ojos. Aquellos perniles colgados del techo junto a las ristras de embutido casero, tenían que ser a la fuerza el fruto de alguna alucinación motivada por la hambruna padecida durante las últimas cuarenta y ocho horas. Pero no era así. Además, en una rústica estantería se distinguían otros alimentos y, en conjunto, se podían encontrar en aquél cuarto las vituallas suficientes como para alimentar durante alguna semana a una partida de guerrilleros similar a su extinto grupo.

—Aquí tengo almacenados todos los víveres que he podido esconder junto a la caja de caudales de la familia con las joyas y el dinero. No os van a faltar alimentos pero tenemos que andar con suma cautela. Masaremos pan en abundancia y guardaréis las hogazas sobrantes con vosotros en la despensa secreta. Manuela cocinará como si fuera para nosotros mientras yo compruebo que no hay moros por la costa, os daremos esa comida y mi mujer volverá nuevamente a cocinar pero esta vez para ella y para mí. Es mejor hacerlo de esta manera, si recibimos alguna visita al mediodía no conviene que vean grandes cantidades de comida por lo que puedan suponer. Eso sí, no podremos cenar juntos ya que estaremos viviendo en el pueblo todas las noches ¿Qué os parece?

—Si te digo la verdad mejor imposible, me da la impresión que has pensado en todo. Aunque tengo que ser sincero y decirte que para nosotros lo mejor sería quedarnos escondidos hasta que se calme la situación, pero tienes que saber que puede durar algunas semanas y lo cierto es que no quisiera ponerlos en peligro.

—De eso nada, os quedaréis el tiempo que haga falta. No hay más que hablar —y a continuación comenzó con su retahíla de órdenes—. ¡Manuela! baja el viejo colchón y colócalo en el suelo que así descansarán mejor y trae también algunas mantas. Además, les hará

falta un orinal para que hagan sus necesidades por la noche... Durante el día, en el momento que podamos abriremos la trampilla para que soltéis las piernas por dentro de la vivienda y, eso sí, nunca olvidéis que hay que vigilar el exterior. Podéis subir dos de vosotros a la cambra y cada uno en una habitación controlará los caminos que traen aquí. De esta manera el que quede libre puede moverse por la casa y en el momento que percibáis cualquier peligro hay que esconderse sin más dilación para que Manuela tenga tiempo de dejarlo todo en condiciones. Pero creo que estoy hablando demasiado. Me da la impresión que lleváis mucho tiempo sin comer decentemente, por eso ahora os daré un pan para que comáis y coger los alimentos que necesitéis. ¡Ah! y además os hará falta un candil... Yo me tengo que ir al campo a trabajar pero al medio día estaré de vuelta y haremos lo que os he comentado. Venga, entrad de una vez a comer y descansad que buena falta os hace. Y no os preocupéis, que os enseñaré a abrir la trampilla desde dentro —ordenaba tajante a los tres guerrilleros y éstos miraban asombrados a Agustín que más que masovero parecía un director de orquesta.

De manera que los fugitivos acabaron haciéndole. No era cuestión de contradecir los deseos de aquel buen hombre, parecía controlar la situación y encima cargaba con toda la responsabilidad por esconderlos en su casa. Y ya sabían de antemano qué resultado le ocasionaría si tenían la desgracia de que las fuerzas de seguridad los encontraran, la muerte segura para todos ellos junto a la confiscación de los bienes de aquél hospitalario e incomparable matrimonio. El trío de guerrilleros consideró muy seriamente la generosidad de la pareja de masoveros y se comprometió a seguir a pie juntillas todas sus peticiones. Si todo salía bien les deberían la vida, nada menos.

Por todo ello redoblaron sus esfuerzos para evitar complicaciones. El que más las sufrió fue Rogelio debido a que era el único fumador en aquella casa, de haberlo hecho habría resultado comprometedor el olor a tabaco si hubiera llegado alguna visita. Durante los siguientes días todo seguía por los derroteros previstos. Mientras había luz solar solían estar dentro de la vivienda, dos de ellos vigilaban desde los ventanucos de la cambra y el otro descansaba o hacía ejercicios hasta que se turnaban en la vigilancia. Eso sí, al tercer día de su estancia en el escondite los guerrilleros suplicaron a Manuela que no volviera a darles judías para comer...

Llevaban escondidos algo más de una semana y cierta mañana *Majuelas* y el *Serrano* hacían guardia en el desván cuando el primero creyó escuchar a lo lejos algunas voces estridentes. Vio venir al masovero en dirección a la masía hablando con varias personas. Debido a la arboleda próxima al camino no podía identificarlas aunque eso sí, por los gestos y el tono utilizado le pareció que no eran muy amigables. Dio la voz de alarma y rápidamente los tres se escondieron en la *Bodega* secreta de la alacena cerrándola tal y como les había indicado el matrimonio. Aquellas voces en un principio lejanas comenzaron a ser perfectamente audibles una vez entraron en la casa y se dirigieron directamente a la cocina.

—...Os lo he dicho una y mil veces, no he visto a nadie por estos contornos desde hace varios días —repetía hastiado Agustín.

—¿Y por qué estás tan nervioso?, —interrogó uno de los guardias.

—No lo estoy pero sí muy cabreado. Me habéis arrebatado de mi trabajo que es el de sacar adelante mi hacienda. Si me hacéis perder el tiempo no podré acabar con la faena...

La respuesta y sobre todo el tono utilizado no convencieron a los miembros de la patrulla y así se lo hicieron saber a base de golpes que le llovían al masovero por todas partes hasta que un culatazo le echó de bruces al suelo. Manuela, que estaba aviando a los animales en la paridera de la masía, corrió todo lo que pudo al escuchar los gritos de dolor de su marido. En el momento que llegó donde estaba el grupo observó como un guardia civil lo había levantado y lo zarandeaba como si fuera un pelele.

—Ahora supongo que nos responderás como Dios manda, te lo repito una vez más, ¿has visto algo sospechoso durante estos días?

—¿Maldita sea! Os lo he dicho antes ¡No! —Voceó realmente enfadado.

El guardia que lo tenía cogido lo agarró del cuello de la chaqueta y le propinó un nuevo guantazo que volvió a dar con sus huesos en tierra. En ese momento, Manuela se abalanzó hacia su esposo y se interpuso entre él y los civiles mirándolos fijamente.

—¿Por qué no creéis a mi marido? Os dice la verdad. No hemos visto a nadie sospechoso por estos contornos, tan solo a un pas-

tor de Monterde que desde hace tiempo acude con su ganado a un prado cercano —comentó con un tono bajo de voz intentando apaciguarlos.

—Agustín, ¿te das cuenta cómo responde tu mujer? Por qué no haces como ella y te tragas tu soberbia cuando hables con nosotros. Aunque no sé, no sé... pero me parece que eres de los que solo aprenden a base de palos.

El cabo que mandaba aquella patrulla se dirigió a los otros guardias civiles y les indicó que registraran la casa de arriba abajo por si encontraban algo sospechoso. Y así lo hicieron. La búsqueda fue exhaustiva y abrieron todos los cajones por si localizaban panfletos o documentación comprometida, daban por seguro que si alguien tenía familiares en la cárcel por motivos políticos a la fuerza tendría que estar implicado en ayudar al Maquis. Sin embargo, como no hallaron nada que incriminara a los masoveros decidieron marcharse y continuar con la ruta que llevaban prevista, no sin antes reconvénirles severamente.

—Abrid bien los ojos y si notáis algo fuera de lo normal nos lo hacéis saber inmediatamente, de lo contrario ateneos a las consecuencias.

Cuando vieron partir a la patrulla de la Benemérita, Agustín y Manuela subieron a las habitaciones y pudieron comprobar los desperfectos que les habían ocasionado. Bajaron pesarosos y cabizbajos porque cada vez que registraban la casa lo dejaban todo alborotado y con algún que otro desperfecto. Una vez de nuevo en la cocina abrieron las puertas de la parte baja de la alacena y dieron los golpecitos acostumbrados para que los guerrilleros no se asustaran, instantes después ya estaban fuera.

—¿Qué ha pasado con la patrulla de guardias civiles? Hemos escuchado todo lo que hablabais y estábamos preparados para actuar.

—No hacía falta, cuando vienen ya sé lo que tengo que hacer pero en esta ocasión mi temor era que os descubrieran.

—Vamos a ver Agustín, me quieres decir que todas las patrullas que acuden a tu casa actúan de la misma manera.

—Últimamente sí. Además, como ya sabéis desde hace varios meses tenemos que ir todas las tardes al pueblo y dejamos la llave de la masada en el Ayuntamiento para recogerla al día siguiente de ma-

drugada. Hay ocasiones en que una patrulla de la Benemérita se la lleva de allí para hacer guardia por la noche en esta casa, por eso os dije el primer día que os escondierais dentro de la *Bodeguita* ya que si os quedáis fuera os pueden descubrir. Aquí, en La *Lagosa*, nos ha pasado de todo con los civiles. Los hay que cumplen con su cometido sin más, normalmente cuando acude solo la pareja. Otros, en cambio, vienen con mucha prepotencia y a la mínima nos llueven palos por regla general cuando van acompañados por algún suboficial. Y también tenemos los tragaldabas... , ahora recuerdo que el año pasado otra patrulla de guardias civiles estuvo pernoctando en la masía y cuando a la mañana siguiente fuimos al Ayuntamiento a recoger la llave, el alcalde nos dijo que la tenían los guardias y que estaban esperándonos aquí. Llegamos y vimos toda la casa revuelta, con la mesa de la cocina llena de restos de la cena que aquellos perillanes se habían metido entre pecho y espalda a nuestra costa después de vaciarnos la despensa. Yo protesté por aquel acto y todavía me gané un par de sopapos, además, para más cachondeo tuvieron la indecencia de decirme que no tardarían en volver y pagarme por todo lo consumido en medio de sus carcajadas... ¡Ah! Pero mira por donde el tiro les salió por la culata.

Agustín y Manuela se miraron sonriendo al recordar aquél episodio. Cansados por el ajetreo vivido, indicaron a los guerrilleros que se sentaran alrededor de la mesa porque la Benemérita nunca repetía la visita el mismo día. La mujer cerró la puerta de entrada y corrió las cortinas de las ventanas. Mientras tanto, el masovero había acudido a la bodega y destapando el tonel de vino llenó una jarra que depositó encima de la mesa de la cocina y, con ella, la bota. Por último, volvió a la bodega para elegir algunas ristras de embutido que colocó también encima de la mesa. No paraba ni un instante presa de una intensa excitación. Los maquis seguían estupefactos todos los pasos que estaba dando su anfitrión, pero lo que menos entendían era el semblante de su rostro después de la paliza recibida. Resultaba chocante verlo con la cara amoratada y restos de sangre, la ropa todavía cubierta de polvo y él, mientras tanto, con una sonrisa de oreja a oreja como si no hubiera pasado nada.

—Hemos tenido un mal momento que conviene dejar a atrás y para ello lo mejor que podemos hacer es tomar un bocado —comentó Agustín con gestos de alegría—. Veo por vuestras caras de asombro que pensáis que me he vuelto loco pero no es así, lo que ocurre es

que acabo de recordar un asunto que nos va a servir de desagravio por todo lo que ha ocurrido esta mañana. Y ha sido gracias a ti, Rubén, porque al preguntarme por los guardias civiles me ha venido a la memoria un suceso que os voy a comentar.

Se miraron los masoveros sin decir palabra y la sonrisa que reflejaban sus caras desde unos instantes atrás se tornó en risotadas histéricas que contagió a los guerrilleros.

—Os acordáis que os he mencionado lo de aquella patrulla que vino cierta noche a hacer guardia a La *Lagosa* y vació mi despensa... sí, los que luego me dijeron con sorna que volverían un día para pagarme. Pues en efecto, aunque os cueste creer lo hicieron —dijo Agustín en medio de fuertes carcajadas.

Los guerrilleros seguían mirándose con vivas muestras de perplejidad y por supuesto sin acabar de comprender la creciente excitación de los masoveros. No obstante, se mantenían en medio de un sepulcral silencio esperando que Agustín comenzara aquella historia que acababa de esbozar.

—A primeros de abril pasaron por aquí cierta mañana el cabo Perales con el *Bujías* y el *Legionario*, venían como siempre en misión de vigilancia y decidieron aprovecharla para saldar aquellas cuentas —comentó con gesto entre sonriente y mordaz, sabiéndose poseedor de un secreto que nadie más que ellos conocían—. Cuando el cabo me preguntó cuánto debía yo le dije que dejara encima de la mesa lo que quisiera y en paz. Entonces, extrajo la cartera y comenzó a sacar billetes y contarlos en voz alta... cincuenta... cien... ciento cincuenta... y doscientas pesetas... más diez que te doy de propina, me dijo. Una barbaridad de dinero, yo no daba crédito a lo que estaba escuchando. Luego los depositó encima de la mesa y cogiendo un cuchillo que allí había lo clavó en ella, sujetándolos, mientras me decía que ya había cumplido con su promesa. Yo arranqué el cuchillo, miré los billetes y se los arrojé a la cara. Aquellos miserables nos habían esquilado y no contentos con ello se estaban burlando de nosotros en nuestras propias narices, todos los billetes eran de la República y ya no tenían ningún valor. Los guardias se reían a carcajada limpia y nos insistían que habían cumplido lo pactado, porque nos pagaban pero eso sí... con el dinero de los "Rojos". Luego, aún tuvieron la indecencia de exigirme que cuando nos fuéramos a Monterde como todas las noches procuráramos dejar

algunas vituallas para ellos por si se quedaban aquí a cuidarnos la casa. Se fueron entre risas y con bastante cachondeo. Pero ahora viene lo bueno —detuvo su alocución presa de un ataque de risa— más nos reímos nosotros cuando tiempo después nos enteramos que habían muerto envenenados tras comer en la masada del *Zorzal*. Por unos momentos hasta llegué a pensar que Dios existía.

Todos rieron con ganas el final de la narración y, más aún, cuando *Majuelas* les comentó lo ocurrido en los sucesos de *Sabinaquemada* y que fue precisamente un grupo del Maquis entre los que figuraban Rubén y él los que encontraron muertos a los guardias civiles en la rambla de *Valverde*. Luego, ya más relajados y después de cambiar impresiones sobre lo ocurrido en aquel día, recuperaron la compostura porque el momento que estaban viviendo era ciertamente deplorable. Tras esa breve pausa, Manuela se dedicó a curar las heridas de su marido y, poco tiempo después, volvió a emerger la mirada triste y cariacontecida que mantenía casi siempre el matrimonio. Su ánimo se resquebrajaba con bastante frecuencia, sobre todo durante los últimos tiempos.

Durante el resto del día los guerrilleros siguieron con su marcha habitual desde que acudieron a La *Lagosa* y comieron antes que el matrimonio en el escondite de la *Bodeguita*. Sin más contratiempos se despidieron de Agustín y Manuela cuando casi llegada la noche éstos tuvieron que cerrar la casa para acudir a pernoctar al pueblo. A la mañana siguiente, puntuales como siempre estaban de nuevo en la masada para cumplir con sus obligaciones. Y como tenían costumbre, repitieron las contraseñas para que los guerrilleros supieran que no había problemas y que podían dejar su escondite. Cuando éstos salieron del mismo observaron la cara grave y circunspecta del masovero.

—¿Qué ocurre Agustín?

—Tengo que contaros algo importante que me he enterado esta mañana en el Ayuntamiento.

—Tú dirás.

—Pues que... había un gran alboroto entre los miembros de la Falange hablando de dos sucesos recientes. Escuché decir que al guerrillero que también se escapó cuando el asalto a vuestro campamento, le han aplicado la Ley de Fugas y... está muerto. Parece ser que estaba por la zona de Orea y una de las patrullas que merodean por la Sierra

dio con su rastro... el resto os lo podéis imaginar. También les oí comentar la hazaña que realizó hace dos días la Guardia Civil después de asaltar otro de los campamentos del Maquis en la Sierra —al masovero le costaba un mundo arrancar con esta noticia, sabía que les iba a doler y mucho—. Decían que no quedó ningún guerrillero vivo porque incluso a los malheridos los remataron. Luego, los desnudaron a todos y los ataron a las colas de los caballos arrastrándolos por el monte hasta el pueblo más cercano. Y allí esperaron la llegada de un camión que trasladó los cadáveres o lo que quedaba de ellos a Teruel...

Rubén, Rogelio y Segundo se miraron afligidos y en silencio mientras que Agustín acudía a la puerta para vigilar y Manuela seguía con su tarea diaria, en este caso, acarrear una buena brazada de leña para encender el horno. Los maquis seguían silenciosos y con un infinito pesar las noticias sobre la muerte de su compañero Lázaro, el antiguo *Seminarista* que le salió rana a la Iglesia. Rubén lo recordaba con especial afecto, habían sido muchas las acciones en la Sierra que llegaron a compartir y, sobre todo, rememoraba su actuación en *Sabinaquemada* cuando vengaron a su madre Concepción. Todo ello junto al mencionado asalto del otro campamento fue un varapalo enorme porque comenzaron a darse cuenta de que estaban en medio de una situación sin retorno, el Estado les había declarado una guerra sucia y sin cuartel y utilizaba todos los resortes del terror más absoluto para ganarles la partida. Y en efecto, las fuerzas franquistas estaban acabando con ellos como moscas, la situación se tornaba crítica por momentos y peligraba la lucha que mantenían en la Sierra. La noticia que les había dado Agustín era escueta y no sabían a qué partida y campamento en concreto había afectado, aunque daba igual, ya eran varios reveses seguidos y ello incidía de manera notable en su moral. Además, no dejaban de preguntarse hasta dónde podría llegar la humillación con los muertos al ser tratados de aquella manera. Pero había algo que también inquietaba a los guerrilleros y era el creciente nerviosismo que apreciaban en el masovero, algo bastante inusual en él. En realidad, era la primera vez que lo veían de esa manera.

—Te noto muy inquieto ¿Ocurre algo más Agustín? —preguntó Rubén.

—No lo sé, pero intuyo que esta mañana vamos a tener una nueva visita. Cuando estaba en el Ayuntamiento y escuché lo de vuestro camarada y el asalto al campamento, también oí que otra patrulla

de la Guardia Civil pensaba acudir a las masadas del contorno. La presión de los últimos días es enorme y no me fío de nada y de nadie.

—No te inquietes —trató de calmarlo— porque volvemos a meternos en la *Bodeguita* y cuando quieras algo de nosotros nos lo haces saber.

Dicho y hecho, los guerrilleros volvieron a esconderse y la actividad en la casa volvió a ser la normal de un día cualquiera. Manuela recogía la canasta con la masa de pan puesta a fermentar el día anterior y preparaba las hogazas en el horno para toda la semana. Por su parte, Agustín decidió quedarse en el cobertizo a reparar algún apero estropeado, presentía problemas y no era cuestión de dejar solos a sus amigos. En un momento dado acudió a la cocina para ayudar a su mujer a cortar la carne que iban a asar, cuando estaba con el hachote troceándola ocurrió lo que estaba temiendo y una pareja de guardias civiles hizo acto de presencia. El masovero los conocía porque ya habían estado allí en otras ocasiones y dio un suspiro aliviado, por lo menos éstos no eran de los más violentos ni solían usar la tortura como método.

—Buenos días Agustín, venimos a preguntarte si tienes alguna novedad que contarnos.

—Desde ayer no hay nada nuevo, ya lo comenté en el Ayuntamiento.

—Puedes darnos algo de agua.

—Por supuesto ¡Manuela, trae una jarra de agua para los civiles!

Después de refrescarse los guardias siguieron con el interrogatorio. Si bien elevaron la voz en algún que otro momento lo único que hicieron fue amonestarlos para que estuvieran ojo avizor ante cualquier anomalía y, por supuesto, que lo hicieran saber a las autoridades. Una vez se fueron y pasó un tiempo prudencial, Agustín repiqueteó la trampilla de la alacena y los guerrilleros volvieron a salir a la cocina consternados por lo que acababan de escuchar.

—Me estoy dando cuenta que esto ocurre muy a menudo... mal asunto —comentó Rubén.

—No hay por qué preocuparse, las visitas de la Guardia Civil son bastante intermitentes igual aparecen todos los días que se pasa

una semana sin tener noticias de ellos. Pero bueno, a mí me da igual. Nosotros a lo nuestro.

—No Agustín, esto no puede seguir así, hay que tomar una solución definitiva ¡Joder!, estamos perdidos y encima te estamos poniendo en peligro a ti y a tu mujer —insistió Rubén con creciente irritación—. Tenemos que tomar una determinación de una vez por todas. Disponemos del resto del día para hablar y si estamos todos de acuerdo apenas oscurezca partiremos de aquí. Agustín, nos vamos de nuevo al escondite y antes de que cerréis la casa esta noche para ir a Monterde os daremos la contestación definitiva.

Nada más entrar en la *Bodeguita* encendieron el candil y apenas tardaron en empezar a comentar cada uno sus razonamientos sobre lo que deberían hacer. En medio de la conversación comieron pero llenar el estómago no los calmó, antes al contrario, los ánimos seguían caldeados porque las inquietudes eran bastante dispares, aquella especie de asamblea parecía que no iba a tener fin. Enrocados en su visión de la vida, los tres guerrilleros repetían sus argumentos constantemente y daba la impresión de que no se iban a poner nunca de acuerdo.

Rubén el *Serrano* había llegado a la Sierra de Albarracín desde Francia para seguir combatiendo al fascismo. Sin embargo, el asalto al campamento del Rodeno a finales del año anterior, el suyo días atrás y ahora la muerte de Lázaro junto a la reciente destrucción de otro reducto guerrillero, lo había sumido en una profunda desesperación e incertidumbre. En estos momentos navegaba en un mar de dudas y no sabía qué camino seguir. Por su parte, Segundo *Majuelas* pretendía que pasaran a Francia para poder establecerse allí definitivamente, aunque eso sí, la tozudez que mantenía en sus planteamientos sacaba de quicio a Rogelio *Cachimba* que lo rebatía en todo momento pretendiendo imponer su punto de vista. Éste último, cuyo odio a los gabachos era notorio entre sus camaradas, insistía con vehemencia que lo más indicado era salir de España y a través de Francia poder escapar a otro país.

—Aquí ya no hay nada que hacer —insistía una y otra vez en sus argumentos—. No se trata de ser derrotista, pero cada día que pasa me doy cuenta que la gente de la Sierra está cansada de esta puñetera lucha y tan solo aspira a querer vivir en paz ¿es eso un delito?, —preguntaba Rogelio a sus compañeros para responderse a renglón seguido

y continuar con sus reflexiones—, la jodida política sí que lo es y para muestra un botón. Ahí están las malditas democracias como la de los gabachos, en los últimos tiempos nos han vendido hasta en tres ocasiones y eso que se las dan de haber sido los inspiradores de los derechos humanos con su Liberté, Égalité y Fraternité ¡Vaya recochineo!

Lo cierto es que era permanente su amargura y resquemor hacia los franceses por todo el padecimiento sufrido durante su exilio. Y él seguía erre que erre en sus planteamientos, enumerando las felonías que a su modo de ver les habían ocasionado.

—La primera de las traiciones que nos hicieron fue la de no intervenir en la guerra y apoyarnos como el Estado democrático que era la República española. La segunda, cuando nos encerraron en los campos de concentración nada más perder la contienda tratándonos como ganado. Y la tercera, ahora, al habernos abandonado a nuestra suerte una vez liberada su Francia querida a pesar de que también los republicanos españoles les hemos ayudado en su lucha. España es el último estado fascista de Europa y las democracias occidentales no mueven un solo dedo por nosotros, por el pueblo. Qué triste destino el de nuestra patria, hacer de simples peones en esta mierda de partida de ajedrez que se ha convertido Europa —se reconcomía el *Cachimba* en medio de la más absoluta desesperación.

La frustración por la marcha de los acontecimientos había hecho mella en los tres guerrilleros y en esta cuestión sí que existía unanimidad, se sentían derrotados en su propio país por segunda vez en tan solo unos pocos años.

—Yo insisto en contaros algo que me trae de cabeza desde hace tiempo —intervino Segundo con renovados argumentos por ver si de esta manera lograba convencer a sus compañeros— y no os podéis ni imaginar lo que sufrido para llegar a estas conclusiones. No quisiera que me tomarais por un alarmista o derrotista porque no lo soy, pero lo cierto es que debido a los últimos acontecimientos vividos en nuestra Sierra creo que el Maquis tiene los días contados...

Rubén el *Serrano* y Rogelio el *Cachimba* se revolvieron incómodos en sus taburetes, nunca se hubieran imaginado que su camarada Segundo *Majuelas* albergara semejantes pensamientos. En sus anteriores comentarios parecía que iba por ese camino pero lo cierto es que tan solo tanteaba el terreno y, ahora, lo exploraba a fondo intentando

unirlos a su causa. Eso sí, comprendió desde un principio el rechazo que sus palabras podría ocasionar, de manera que antes de que comenzaran a protestar levantó las manos demandándoles calma y sosiego para continuar disertando sobre aquellas consideraciones.

—Siento con intenso dolor que mi combate ha fracasado. Los franquistas están acabando con la guerrilla... como muestra ahí tenéis la destrucción del Campamento Escuela el año pasado y los dos últimos asaltos realizados en la Sierra en apenas un mes. Por eso, donde antes veía confianza en ganar la lucha por el pueblo ahora no percibo más que la derrota cuando miro a los ojos de nuestros camaradas. En definitiva tenemos que reconocer que tanto las delaciones, como las contrapartidas o la Ley de Fugas es una forma de represión que va minando nuestra moral y al final acabará con nosotros. Estaréis conmigo que los maquis somos gente dura y luchamos y morimos por el pueblo, pero últimamente ese mismo pueblo por el que combatimos nos está dando la espalda salvo los incondicionales de siempre. Hablo con la gente y la encuentro hastiada de guerra, deseando vivir en paz de una vez por todas. Muchos de los guerrilleros llevamos un montón de años peleando, sabemos que podremos morir en cualquier acción pero es que somos combatientes y estamos preparados para ello. Es nuestro sino y de esta manera vivimos en el Maquis. Sin embargo, el pueblo también sufre y buena parte de los habitantes de esta Sierra me da la impresión que prefieren vivir bajo el yugo del franquismo antes que luchar contra él. Y por si fuera poco, ahí tenéis al gobernador civil de Teruel con las barbaridades que ha ordenado realizar a sus propias tropas. Me duele como no os podéis imaginar el reconocer lo que voy a deciros, pero creo que los franquistas nos están ganando la partida y poco o nada tenemos que hacer aquí...

Cuando el *Majuelas* realizó este último comentario sus compañeros callaron por un instante. Rubén, incómodo como pocas veces en su vida tampoco se atrevió a hablar, no hacía más que pensar en las palabras que habían pronunciado sus camaradas, ¿tendrían razón o se trataría de los comentarios propios de personas que han sufrido un quebranto emocional tras el chivatazo de Antonio el *Chorras*, o más recientemente con la muerte de *Seminarista* y la destrucción del otro campamento? Se produjo un silencio tan intenso que incluso pesaba en el ambiente de aquel pequeño habitáculo. Todos los presentes luchaban por unos ideales y habían sufrido lo indecible durante años

por llevarlos a buen término. Sus conclusiones, si bien diferían sustancialmente en cuanto a la forma, por el contrario en el fondo se aproximaban debido a la situación de hartazgo por los fracasos de los últimos tiempos. Todo ello había calado en su moral, se encontraban perdidos y quedaba claro que necesitaban un revulsivo para seguir adelante de lo contrario su fin era inmediato.

Tras la confesión del *Majuelas*, Rubén, ya no sabía qué hacer, quedó pensativo durante unos momentos que parecieron eternos mientras aquél bajaba la cabeza y huía de su mirada como si estuviera avergonzado por el comentario que acababa de realizar. Pero el *Serrano*, también había tenido oportunidad durante los últimos tiempos en apreciar cambios de comportamiento entre la propia población afín a la guerrilla. Sobre todo, percibía un cierto desasosiego debido a la situación de penuria económica y represiva que se estaba alargando demasiado tiempo y les afectaba a ellos más que a nadie.

A estas alturas, numerosos simpatizantes del Maquis seguían teniendo algún familiar encarcelado con largas penas, siendo culpables muchos de ellos únicamente de haber servido al gobierno legítimo de la República. Y no digamos de las pobres viudas de los soldados republicanos caídos en la Guerra Civil, no tenían derecho a nada mientras que las del otro bando percibían un subsidio o ayudas para ellas y sus hijos huérfanos. También había que contar las incautaciones de bienes realizadas a los perdedores de la guerra que les habían dejado en la más absoluta miseria. Con los mutilados también pasaba lo mismo, los de un bando podían optar con preferencia a infinidad de trabajos mientras que los republicanos se tenían que buscar la vida como buena mente podían. Tampoco convendría olvidar a los muertos. Los de una parte, exhumados y enterrados en los cementerios con todos los honores y, los otros, abandonados en fosas como perros.

En los pueblos seguía siendo un estigma haber pertenecido al bando perdedor, solían cerrarles todas las puertas o no les admitían solicitudes en los Ayuntamientos ni les daban trabajo obligando a las familias a la emigración. Aunque también es cierto que existían los irreductibles, aquellos que no cejaban en su empeño de ayudar a la guerrilla. Eso, lo sabían perfectamente en la Falange turolense porque así aparecían en los listados realizados en los pueblos sobre simpatizantes republicanos que no acataban al Régimen. Sin embargo, para que el Maquis pudiera lograr sus objetivos lo cierto es que necesitaban

el sostén necesario y diligente de la población implicada políticamente, pero también de aquella otra con la que mantenía una ideología afín. Si bien gozaron con el apoyo fiel del primer grupo, lo cierto es que el del segundo fue decayendo conforme la presión sobre ellos se fue haciendo cada vez más fuerte, sobre todo con la soterrada guerra sucia declarada por las autoridades militares.

—Habéis hablado los dos —quiso Rubén disponer de la última palabra— y han quedado bastante claras vuestras posturas. Yo quiero comentaros que hasta hace bien poco pensaba que lo mejor sería intentarlo de nuevo, reorganizarnos otra vez en la Sierra hasta la victoria final que para eso crucé un día los Pirineos. Pero los últimos acontecimientos dan un vuelco considerable a la situación, ha quedado bien a las claras que tenemos una manifiesta debilidad. Además, con vuestras palabras resulta evidente que sois dos los que optáis por marchar a Francia aunque para *Cachimba* solo sea un punto intermedio hacia otro lugar. Veo que lo tenéis muy decidido y sois mayoría por lo tanto yo... ya no tengo tan claro... y creo... que lo mejor será que partamos los tres a Francia pero de inmediato, en cuando anochezca. Además, por lo que nos ha comentado Agustín y nuestra propia experiencia nos dice, si nos quedamos aquí no tengo ni idea de cómo podría acabar todo esto aunque mucho me temo que mal, muy mal. Ya hemos visto en la semana larga que llevamos escondidos en La *Lagosa* la de visitas que han recibido, de seguir así nos pueden descubrir en cualquier momento con lo que eso supondría para nuestros anfitriones.

Callaron durante un instante mientras escuchaban de fondo a los masoveros trajinar por la cocina, ello era la señal de que seguían solos. Rubén se acercó a la estantería y recogió la cajita donde guardaba el matrimonio todos sus ahorros, la abrió y observó unos pocos billetes y dos estuches que contenían las joyas de la familia.

—Venga, vamos a dejar algo de dinero a nuestros amigos —dijo mientras extraía de su cartera algún billete y los depositaba en la caja— y mejor será no decirles nada porque si se enteran seguro que se enfadarán.

Hicieron lo propio sus dos camaradas y volvieron a cerrar la caja depositándola en su lugar de origen. A continuación, golpearon con los nudillos en la trampilla y no tardó mucho tiempo en que ésta se abriera y comprobaran la cara expectante de Agustín.

—Bueno, ¿qué habéis decidido?

—Nos vamos querido amigo.

—¿Estáis seguro de ello?

—Sí, es lo mejor para todos.

Durante las siguientes horas estuvieron preparando las mochilas con todos los alimentos que podían llevar, especialmente cecinas y somarros. También les surtió Agustín con varios alambres que podían ser utilizados como lazos para cazar. A Rubén, todo aquello le seguía pareciendo precipitado pero las circunstancias obligaban por lo que tenía que adaptarse a las novedades e improvisar de la mejor manera posible aquél peligroso viaje. Después de mucho pensar decidió que lo mejor sería recorrer de nuevo buena parte del camino que realizó durante la Guerra Civil.

Cuando aquella tarde estaba tocando a su fin, Agustín no dejaba de mirar en silencio a los guerrilleros preocupado por la decisión que habían tomado. Le dolía en lo más profundo de su ser apartarse de ellos, para él y a pesar del escaso tiempo transcurrido desde que llegaron a la masada, ya formaban parte de su familia. Intentaba apreciar en cada uno determinados aspectos que le recordaran a sus seres queridos, fallecidos o encarcelados, por eso cuando llegó la hora de la partida no tuvo valor para despedirse. Tras observarlos con cierta intensidad bajó la cabeza y lanzando un sonoro suspiro penetró en la cuadra totalmente apesadumbrado, dispuesto a preparar el carro para marchar hacia Monterde. Manuela, en cambio, no dudó en besarlos a todos.

—Hasta siempre amigos y por favor no dejéis que os maten —comentó la mujer con la emoción a flor de piel.

Ya era el ocaso de aquél día cuando aquella exigua partida del Maquis de la Sierra de Albarracín decidió salir de la masada de La *Lagosa* en dirección a Francia. Desde la misma puerta de la casa, Rubén oteó detenidamente en todas direcciones por ver si observaba algún movimiento sospechoso, como no lo apreció lanzó una postrera mirada a la masovera despidiéndose. Y al instante, se abalanzó con rapidez hacia un grupo de sabinas situadas al norte de la masía. Una dificultad añadida en aquella noche era la fase de la luna por lo que apenas podrían contar con luz. Aún con todo, bien merecía la pena intentar aquella escapada.

—Compañeros, Francia nos espera ¡Adelante!

XVI

El viernes 25 de junio de 1948 los guerrilleros siguieron a Rubén al instante, sin dudar, plenamente convencidos de que el viaje hacia el exilio era la solución más plausible dados los últimos acontecimientos. Desde el preciso instante que salieron de la masada sabían que tenían que extremar las precauciones, a tenor de lo sucedido en La *Lagosa* aquella parte de la Sierra de Albarracín estaba siendo muy vigilada por las fuerzas franquistas. La excitación de los primeros momentos originó que la marcha fuera intensa y además estaba la circunstancia de que Rubén conocía a la perfección los lugares por donde caminaban. La ruta de los primeros días la tenían muy clara. Precisamente por ello resultaba imprescindible poner tierra de por medio durante esa misma noche, de manera que la primera parada quiso hacerla en el aprisco situado cerca de la masada de *Chulilla*. Lo cierto es que nunca le pasó por la imaginación volver por aquel lugar que tantos y malos recuerdos le causaba pero resultaba inevitable. No había transcurrido mucho tiempo desde que estuvo por esos parajes, por eso, en el momento que subió por la cuesta de *Valverde* donde se encontró muertos a los guardias civiles comenzó a rememorar de nuevo aquel episodio.

Casi una hora más tarde llegaban a *Sabinaquemada* y comentó a sus compañeros la necesidad de detenerse durante varios minutos para descansar, la parte más peligrosa de la travesía de aquella noche estaba a punto de finalizar. No pudo sustraerse a sus pensamientos más lúgubres y, por unos instantes, volvió a imaginarse los terribles momentos que tuvieron que pasar allí su madre y Margarita cuando fueron asesinadas por el cura y los fascistas de Monterde. El dolor seguía embargándole al no haber podido hacer nada por salvar a aquellas mujeres y le llenaba de amargura, tanta, que ni tan siquiera la muerte de sus asesinos había logrado calmar. Tras unos instantes de profundo recogimiento mientras miraba la tristemente conocida sabina quemada salió de su letargo y, decidido, se puso en pie tras conminar a sus compañeros a proseguir la marcha.

—Ya casi hemos llegado al aprisco donde guardaban el ganado las moradoras de *Chulilla* —comentó Rubén a baja voz—, allí podremos guarecernos porque Agustín me dijo que nadie quiere permanecer en la masada desde que asesinaron a las mujeres. No me fío de quedarme en la casa pero en ese refugio no tendremos ningún problema para pasar el día y descansar, porque la noche que viene es cuando nos la vamos a jugar realmente. Si llegamos a las estribaciones del Pico Palomera podremos darnos con un canto en los dientes pues hasta ese punto apenas vamos a tener árboles y montañas que nos sirvan de escondite.

Así lo hicieron. Antes de anochecer al día siguiente volvieron a tomar el camino que indicaba el *Serrano*, ahora, con más autoridad y decidido que nunca al conocer perfectamente el camino a seguir y por sus galones en la antigua partida guerrillera. A pesar de las precauciones del guía lo cierto es que apenas tuvieron contratiempos, los campos de cereal estaban todavía sin cosechar y resultaban idóneos para esconderse en ellos. Eso sí, el momento más peligroso fue cuando atravesaron la carretera entre Villarquemado y Santa Eulalia por la existencia de cuarteles de la Guardia Civil en ambas poblaciones, y la vigilancia a la que sometían los caminos del entorno. Lo cierto es que por la ruta que siguieron tuvieron que esquivar a varias patrullas, sus años de guerrilleros y la experiencia acumulada jugaba a su favor. A media noche, atravesaron la carretera con suma precaución y cuando comenzó a amanecer ya habían iniciado la subida a la montaña del Pico Palomera. Buscaron algún recoveco entre las rocas donde poder guarecerse y durante la mañana alternaron las guardias entre los tres guerrilleros. Una vez pasó el mediodía y hubieron comido, Rubén comenzó a esbozarles el plan que estaba acabando de perfilar.

—Creo que hemos pasado uno de los puntos más difíciles de nuestra travesía. A partir de este momento tenemos un nuevo aliado: el bosque y las montañas. Pero a pesar de todo conviene ser precavidos. Pienso que lo mejor es que no marchemos en línea recta buscando a Francia, si nos descubren y no nos damos cuenta nos darán caza como a conejos. No tenemos que ser previsibles por si notan nuestra presencia. El viaje lo vamos a realizar en un permanente zigzag y si es necesario quedarnos algún tiempo en un lugar lo haremos, os aseguro que eso será determinante para lograr nuestro propósito. Aunque los fascistas puedan intuir por donde nos encontramos, nunca averiguarán el ca-

mino que vayamos a seguir. Así pues, ahora en lugar de ir hacia el norte iremos en dirección de la Sierra del Pobo, cuando encontremos un buen refugio descansamos algún día y luego caminaremos en dirección de la Sierra de La Cañada. Por ese lugar va a ser muy fácil escondernos y en algún pueblo podremos conseguir alimentos para continuar durante una nueva etapa. Este camino lo hemos iniciado juntos y os prometo que llegaremos sanos y salvos a Francia ¡Por mi vida!

Llevaban varios días caminando entre las montañas de la Sierra de La Cañada y durante las últimas jornadas el horizonte había cambiado de manera notable. Las zonas más bajas con gran cantidad de campos de labor que formaban el paisaje de los primeros días, habían dejado paso conforme se elevaba el terreno a los grandes espacios abiertos de lomas redondeadas con árboles aislados, poca vegetación y algunos rodales de bosque esparcidos entre las montañas. Se trataba de una tierra más proclive a la ganadería y a lo largo de este recorrido los guerrilleros habían observado multitud de rebaños de todo tipo. Y tal como penetraban por dichos parajes apreciaban un sinfín de construcciones rurales desde masías a parideras aisladas, precisamente en éstas últimas era donde se habían cobijado en más ocasiones. Por otra parte, como se trataba de un terreno sin demasiados accidentes geográficos resultaban relativamente fáciles las marchas nocturnas que ellos realizaban.

Pero ya tenían necesidad de bajar de nuevo a alguno de los pueblos de aquella comarca. Después de varios días se estaban quedando sin víveres, no les quedaba carne seca ni embutido, tan solo la fruta que habían robado por el camino había sido su precario sustento. Además, Rogelio ya había terminado con el tabaco y para quitarse el deseo de fumar todos los días se metía en la boca dos chinas pequeñas y redondeadas con las que poder salivar, un remedio casero pero que paliaba en parte su ansiedad.

Comenzaba a amanecer cuando los guerrilleros decidieron descansar de la caminata nocturna y descubrieron que se encontraban en la cima rocosa de una montaña. Se tumbaron sobre la piedra, momento en que Rubén aprovechó para coger sus prismáticos y comenzó

a ojear los alrededores por si reconocía aquel entorno. El paisaje por donde habían caminado era similar al de las últimas jornadas. Sin embargo, las montañas que tenían enfrente presentaban un aspecto distinto, más escarpado y, además, comprobó la presencia de un angosto y abrupto valle por donde surcaba un río. Recordaba haber pasado por varios cursos de agua cuando estuvo por estas tierras durante la Guerra Civil, pero para poderlo identificar necesitaba algún dato más. Miró detenidamente a su alrededor y la fisonomía del frente montañoso con cimas rocosas, estrechas y puntiagudas situado al otro lado del valle no le era del todo desconocida. Al momento frunció el ceño ante una terrible sospecha y se alejó de sus compañeros. Había recorrido unos cien metros hacia el otro lado del cerro cuando tuvo a la vista un nuevo tramo del cauce que alcanzaba una notable distancia. Volvió a colocarse los prismáticos y escrutó detenidamente su recorrido, hasta que llegó a un punto donde observó la existencia de varias construcciones que aparecían junto al río y algunas personas transitando entre ellas. Al reconocer aquel espacio no pudo más que resoplar con fuerza dejándose caer sobre una losa totalmente abatido. Su recelo era cierto, se habían separado de su ruta más de lo previsto.

—Siento deciros que no vamos bien encaminados —comentó Rubén con resignación—. Tenemos que desviarnos algunos kilómetros en dirección sureste para llegar a la masada que conozco de Cantavieja.

—¿Qué dices Rubén? —respondieron al unísono sus compañeros.

—Lo que habéis oído —confirmó desolado—. En esta aventura hemos de tener de nuestro lado toda la suerte mundo... no es suficiente servirnos solo de mis recuerdos.

—Pero por lo menos ahora estarás convencido de conocer esta zona ¿no?

—¡Sí!, ahora sí que lo estoy. El río que discurre por ahí abajo es el Pitarque, lo he reconocido porque algo más delante se encuentra una fábrica textil muy importante donde estuve en una ocasión. Aunque también es cierto que por lo menos ahora ya vamos sobre seguro, continuaremos por estas lomas y algunos kilómetros más adelante llegaremos a Villarluengo. Tenemos que aligerar la marcha antes de que avance la mañana. Cuando tengamos el pueblo a la vista habrá que

hacer parada para escondernos y, en el momento que se pueda, bajar a por provisiones. Venga, vayámonos ya y no perdamos más el tiempo —expresó con determinación.

Después de aquel breve descanso prosiguieron la caminata sin más dilación. Y tal y como había comentado Rubén todavía tardaron alrededor de una hora en divisar la localidad. El último tramo del trayecto lo realizaron acelerando el paso todo lo que podían, la luz de la mañana ya era considerable y además caminaban por las cimas de unas montañas de poca vegetación con el peligro que ello representaba. Buscaron un lugar donde poder esconderse y lo encontraron en las ruinas del monasterio de Monte Santo, situado al otro costado del cerro desde donde se dominaba Villarluengo. Una vez aposentados, Rubén dejó a sus compañeros allí escondidos y salió para comprobar los alrededores. Apreció la existencia de varias construcciones ganaderas a lo lejos aunque muy desperdigadas entre sí. Como no descubrió nada más importante caminó varios metros hasta llegar a la cima. Desde allí pudo observar detenidamente el pueblo situado al fondo del valle que descansaba sobre un promontorio a modo de una fortificación medieval. Siguió escrutando el casco urbano e instintivamente le asomó una mueca de fastidio, a las afueras de la población apreciaba cierto movimiento alrededor del cuartel de la Guardia Civil. Volvió con rapidez al refugio y comentó las noticias tan poco positivas a sus compañeros, pero también el plan que acababa de concebir para bajar a Villarluengo.

—Nos conviene ir con cuidado porque he visto a los civiles alrededor de su cuartel que está a la salida de la población en dirección a Cantavieja, no habían muchos pero tenemos que evitar acercarnos por allí. Será mejor que bajemos dos de nosotros al pueblo y que cada uno lo haga por su cuenta. Yo estuve aquí cuando la guerra y si la memoria no me traiciona existía una abacería... en la calle del Mesón, iré y compraré los víveres que pueda. Si mal no recuerdo creo que aquí había también todo tipo de comercios, cuchilleros, zapateros... y hasta una fábrica de chocolate, pero no sé si seguirán en pie. Bueno, basta de cháchara ¿Quién de los dos me acompaña?

—Yo iré —se ofreció Rogelio—. Has dicho que había un zapatero y tengo que comprar otras botas porque las que llevo ya están en las últimas. Además, no aguanto sin tabaco un día más..., no me he podido quitar el ansia de fumar por muchas chinas que me haya metido en la boca.

—Haces bien pero procura no hacerte notar. También tienes que ir a la tienda aunque iremos por separado. Primero bajaré yo y cuando veas desde aquí que ya he entrado en el pueblo comienza a bajar tú también. Cogemos algo de dinero pero no mucho y tú, Segundo, ten cuidado que te quedas vigilando en este lugar. Creo que lo mejor que podemos hacer si nos preguntan algo inconveniente es decir que nos han contratado hace poco como jornaleros en la fábrica textil.

Rubén y Rogelio recogieron el dinero suficiente para poder conseguir las provisiones que necesitaban. Escondieron las armas y sus mochilas lo mejor que pudieron entre las ruinas y, ahora, libres ya de todo complemento militar estaban listos para realizar esa empresa tan sumamente peligrosa. Una vez realizada la tarea, el *Serrano* se dirigió al *Majuelas* con las consabidas recomendaciones.

—Si cuando comience a anochecer no hemos vuelto te largas de aquí cagando leches a Cantavieja que está en esa dirección —le mencionó señalando con el dedo hacia un punto determinado del horizonte— y cuando llegues allí ya te he comentado estos días la masía donde hay que ir.

Pasaron unos minutos hasta que Rubén se decidió bajar a Villarluengo y en el preciso momento que le perdieron de vista, Rogelio inició el descenso tal y como habían previsto. Mientras el *Serrano* transitaba por el pueblo, no dejaba de recordar la efervescencia revolucionaria en esas mismas calles durante la Guerra Civil. En su marcha hacia el Ebro después de la caída de Teruel y los sucesos de Alfambra con el pobre Diógenes, pasó junto a Eugenio Lahuerta y los restos de su brigada por esta comarca y aquí mismo permanecieron unos pocos días. Tuvieron suerte porque en Villarluengo existía una de las mayores colectividades campesinas de la comarca y en su memoria todavía permanecían las imágenes revolucionarias de la autogestión que se llevaba a cabo. Su estancia no llegó siquiera a una semana pero fue una experiencia inolvidable. Asistieron a las asambleas celebradas en la plaza del pueblo donde coincidieron con el secretario de la colectividad, un tal Balfagón, con el que mantuvo una breve pero intensa relación. Sin embargo, ahora todo estaba muy cambiado y existían un buen número de casas en ruinas o mal estado. Casi no reconocía aquellas calles cuando ensimismado las atravesaba y comprobaba tanto los destrozos como cierta apatía en buena parte de la población.

Rubén se sacudió aquellos pesarosos e incómodos recuerdos que no conducían a nada y una vez en la plaza del pueblo acudió a la taberna de la tía *Rosa* donde tomó el primer café desde que inició la marcha a Francia. Paladeó aquel brebaje con sumo placer deleitándose en cada sorbo pero, al mismo tiempo, sin perder comba de las conversaciones que realizaban los parroquianos a su alrededor. Tan entregado estaba a la labor de espía que no dudó en solicitar una nueva taza de café y de esta manera poder seguir escuchándolos sin levantar sospechas. Cuando dio por concluida la estancia en la taberna se acercó hacia las Eras del Castillo para visitar la afamada y antiquísima casa de Julio el cuchillero. Le entregó su navaja ya roma y algo mellada de tanto usarla y en pocos minutos la tuvo como nueva. Luego, acudió a la abacería de Ramón Osed donde hizo acopio de comida, básicamente carne seca y embutido, además se surtió de todos los complementos de afeitado. Mientras realizaba la compra, Rubén notaba como el abacero lo miraba con indisimulado descaro, no lo conocía y además presentaba una estampa poco apropiada con el aspecto algo descuidado y una barba de varios días.

Una vez hubo recogido toda la compra la guardó en una pequeña talega que también adquirió echándosela al hombro y, al salir a la calle, preguntó a una mujer de edad avanzada dónde estaba la fábrica de chocolate porque no recordaba la ubicación exacta. Ésta le encaminó hacia las afueras del pueblo, quizás demasiado cerca de dónde él mismo había recomendado no acudir al estar el cuartel de la Guardia Civil. En un principio no le agradó la idea, pero finalmente pensó que sería más apropiado ir acompañado de esa anciana ya que nadie lo conocía, podría disimular mejor y así no acapararía sospechas. La fábrica en realidad era una casa modesta y nada más entrar en la antesala la mujer comenzó a gritar el nombre del dueño que apareció casi de inmediato. Rubén compró varias tabletas de chocolate y algunos dulces de mazapán que le recomendó su acompañante. Le regaló uno de ellos y rápidamente se marchó de aquel lugar. Algo más de media hora ya estaba de nuevo con Segundo en las ruinas del monasterio de Monte Santo sin padecer ninguna otra incidencia.

La excitación por la labor recién finalizada, quedaba remarcaba en el tono de voz utilizado por Rubén cuando hablaba con su compañero. Si bien durante los días anteriores ya habían acudido a un par de pueblos para comprar pan y comida, no tenían tanta población

como Villarluengo, amén del peligro añadido por la presencia de la Guardia Civil. El *Serrano* había comenzado una tableta de chocolate repartiéndosela con *Majuelas* y, confiados ambos y además ajenos a cualquier peligro, departían con ganas sobre la próxima marcha a Cantavieja. Tan animados estaban que no se habían apercibido de la presencia de una persona que agazapada a las afueras del muro medio derruido los observaba a través de un ventanuco. Cuando el intruso se dio cuenta de que podía asaltarlos por el exceso de confianza que mostraban se introdujo entre los bloques de piedras amontonadas hasta llegar al recinto. Esperó el momento oportuno y con un salto felino se plantó delante de los guerrilleros apuntándoles con una escopeta. La sorpresa de éstos fue mayúscula, pero no tuvieron más remedio que alzarse y levantar los brazos.

—Quietos, no os mováis. Así que sois maquis, ya os tenía ganas, ya... Seguro que sois vosotros el grupo que saboteó la central eléctrica de Pitarque o los incendiarios de masías... Vaya... vaya..., de manera que pensabais ir a Cantavieja, pues os acabo de joder el viaje. Vais a hacer otro pero será a Villarluengo, al cuartel de la Guardia Civil para más señas, je, je...

Después de esta bravuconada fruto de la excitación por lo que acababa de realizar detuvo su perorata y comenzó a mirar a su alrededor. Las armas y mochilas de Rubén y Rogelio estaban apartadas en un rincón pero apenas se apreciaban entre los cascotes allí amontonados. Por eso y por su creciente nerviosismo no se dio cuenta, de manera que el asaltante fue hacia la mochila y metralleta de Segundo que sí estaban a la vista y sin perder el ojo a los guerrilleros las recogió. Echó una rápida ojeada a su alrededor y siguió con su retahíla.

—Voy a ganar más dinero con vosotros que con las jodidas ovejas durante un año. Menos mal que vi movimiento aquí desde la paridera donde guardo el ganado... luego todo ha sido cuestión de esperar el momento apropiado. Nunca me pude imaginar que fuera tan fácil capturar a dos peligrosos maquis y menos mal que puedo llevar una escopeta para defenderme de los bandoleros...

Tan ufano se encontraba el pastor que no cejaba en su verborrea y sin más preámbulo les obligó a salir de las ruinas del monasterio. Sortearon las piedras esparcidas por el suelo como buenamente pudieron y al cabo de un instante ya habían rebasado el perímetro del con-

vento a través de un boquete situado entre los muros. Apenas dio los primeros pasos cuando el captor se giró rápidamente al escuchar un fuerte ruido detrás de él. Intentó descubrir el lugar exacto de donde procedía aquel sonido pero no tuvo tiempo ya que recibió un fuerte golpe en la cabeza que le hizo caer al suelo. El autor del mismo era Rogelio, que minutos atrás había llegado a las ruinas y se había dado cuenta de la presencia del extraño. Luego, vio como reducía a sus compañeros y esperó agazapado el momento oportuno para revertir aquella situación que llegó cuando lanzó un palo al interior logrando despistarlo.

En estos momentos, el pastor se retorció de dolor en el suelo e intentaba levantarse a duras penas y cuando casi lo había logrado, Segundo, presa de un ataque de nervios al sentirse responsable por lo ocurrido comenzó a patearlo. Los golpes le llovieron por todo el cuerpo bajo la pasiva mirada de los otros guerrilleros hasta que, tambaleándose, intentó levantarse y recibió un puntapié en pleno rostro que le hizo desplomarse hacia atrás golpeándose la cabeza en una piedra. Y así quedó, tendido en el suelo, sangrando y completamente inmóvil como si fuera un guñapo. En ese momento se interpuso Rubén y le hizo un gesto a Segundo para que se detuviera.

—Déjalo amigo, este bribón ya ha recibido lo suyo, venga vayámonos cuando antes —comentó con firmeza.

—Sí, será mejor que lo hagamos pero cagando leches —confirmó Rogelio—. Reunamos nuestras cosas y pongámonos en marcha, además el cielo se está encapotando y me temo alguna tormenta de verano durante esta tarde.

Lo recogieron todo con bastante premura y antes de salir del recinto Rubén cogió los prismáticos y ojeó detenidamente el horizonte pero no vio nada sospechoso. Luego inutilizó la escopeta del pastor y tras echarle un último vistazo comprobó que no se movía, ignoraba si estaba vivo o muerto aunque le daba exactamente igual. Lo que sí importaba era que había pagado cara su osadía y los guerrilleros en cambio habían tenido toda la suerte del mundo. Sin embargo, todo lo sucedido junto a las extrañas sensaciones que había tenido mientras estuvo en Villarluengo lo tenían escamado. Y así, cuando ya habían andado varios metros buscando una ruta a seguir por ese costado del cerro, tomó una decisión.

—Mucho me temo amigos que no nos va a quedar más remedio que cambiar los planes —expuso con determinación—. En el pueblo he tenido una extraña sensación con algunas personas por cómo me miraban, y la verdad es que todo esto me da muy mala espina. Desde aquí a Cantavieja el monte es parecido al de los últimos días, fácil para andar pero al ser campo abierto también lo es para ser descubiertos. Sin embargo, las montañas que hemos visto durante esta madrugada son todo lo contrario, difíciles de caminar pero muy fáciles para poder esconderse. Por todo esto, por lo que nos ha ocurrido en las ruinas y mis sensaciones en el pueblo, creo que lo más prudente por nuestra parte sería marchar hacia la zona donde nos ha amanecido y olvidarnos de Cantavieja, ya enlazaremos con el camino que quiero más adelante.

Segundo y Rogelio se miraron asintiendo al instante con las explicaciones dadas y aceptando el nuevo planteamiento. Volvieron a recorrer, esta vez a la inversa, la ruta realizada durante esa madrugada y aligerando el paso todo lo que sus cansadas piernas les permitían. Y al cabo de más de una hora habían vadeado el río Pitarque algo más arriba de la fábrica textil. Tal como penetraban por esa Sierra, se daban cuenta de que aquel lugar conocido como los Órganos del Montoro no tenían ningún parecido con lo que habían visto a lo largo de sus vidas. Se trataba de montañas con las cumbres rocosas y muy alargadas, con multitud de crestas afiladas y paralelas a modo de serruchos enormes que daban la impresión de estar rasgando el cielo. En definitiva, un terreno abrupto y en muchos lugares prácticamente inaccesible donde resultaba muy fácil poder ocultarse como les había comentado Rubén. Por eso, cuando ya habían recorrido algún que otro kilómetro entre la maraña de rocas decidieron buscar el mejor refugio posible, con toda seguridad sería su morada en los próximos días. Además, después de varios amagos, una lluvia torrencial aunque intermitente les acompañaba en su marcha y junto al ayuno forzado por los acontecimientos de Villarluengo hacía tremendamente difícil aquella caminata. Y cuando la tarde estaba llegando a su ocaso después de mucho buscar y empapados de agua, lograron dar con una pequeña cueva situada en una profunda barrancada de un lugar conocido como el Barranco de los *Degollados*. Era el sitio idóneo, estaba perfectamente camuflado entre el roquedal y a no mucha distancia encontraron un arroyo con un pequeño curso de agua. Por supuesto, a partir de ese día redoblaron sus esfuerzos para no volver a caer en los anteriores excesos de confianza ya que estuvieron a punto de pagarlo con la propia vida.

Durante la semana siguiente estuvieron allí, agazapados, ignorando si la Guardia Civil los perseguía pero dispuestos a soportar todas las calamidades que se presentaran antes de arriesgarse a ir por el monte y que los pudieran descubrir. Rubén pensó que lo mejor para todos sería no bajar a por alimentos en ningún pueblo del contorno hasta que llegaran al Bajo Aragón. Padedieron tormentas aisladas durante dos días más y únicamente encendían fuego en la boca de la cueva durante la noche para evitar el relente de la madrugada y poder cocinar. Además, los conejos abundaban en aquellas montañas y gracias a los lazos pudieron cazar tantos como para guardar para más adelante las provisiones que habían conseguido. Merecía la pena permanecer allí el tiempo necesario hasta que pasara el peligro, no fuera a ser que los sucesos ocurridos en Villarluengo delataran su presencia a la Guardia Civil y pudieran estar buscándolos por los alrededores.

A mediados de julio salieron de nuevo los guerrilleros de su escondite abandonando aquella cueva situada en los Órganos del Montoro. El trayecto lo realizaron a través de las Sierras de la Garrocha y los Caballos, una serie de montañas más bien abruptas y llena de barrancadas que cubiertas de bosque, pero que a pesar de los peligros resultaban de lo más conveniente para que nadie advirtiera su presencia. Después de la vuelta dada por los sucesos de Villarluengo ya habían retomado el camino que pretendía Rubén. A través del horizonte y sus recuerdos reconocía el terreno y procuraba dejar de lado tanto las poblaciones como las zonas de labor, evitando de esta manera cualquier contacto con las personas que habitaban las tierras por donde pasaban. De vez en cuando decidían descansar en algún lugar donde habían encontrado acomodo hasta estar plenamente convencidos del trayecto a seguir, ante todo resultaba imprescindible pasar totalmente desapercibidos si querían conseguir su meta.

A primeros de agosto llegaron a las proximidades de Valdealgofa, población donde les resultaba imprescindible detenerse nuevamente para lograr alimentos y utensilios de aseo. Buscaron acomodo entre la maraña de olivares que se extendían por los alrededores y lo encontraron en una pequeña vaguada próxima a una balsa de riego.

En esta ocasión fueron Rubén y Segundo quienes marcharon a la localidad mientras que Rogelio se quedó escondido esperándolos. Por supuesto, como ocurrió en Villarluengo acudieron por separado, buscando cada uno la manera de cumplir con su cometido. Sin ser un pueblo con muchos habitantes, las calles era un ir y venir de gente lo cual aumentaba la sensación de aglomeración debido a la estrechez de muchas de ellas.

Rubén comenzó su itinerario en el extrarradio, precisamente por la calle conocida como Extramuros. Mientras caminaba no perdía ojo de todo lo que ocurría a su alrededor. En un momento dado, observó en el recinto de un almacén a varios trabajadores descargar sacos de un par de carros y algunas personas salir de allí con saquitos o capazos de frutos secos. Este alimento como otros similares resultaban importantísimos para sobreponerse al cansancio de las caminatas, por eso, uno de sus objetivos era hacer un buen acopio de ellos. Cuando penetró en el local, se percibió por el ruido de una máquina de descascarar almendras que allí las limpiaban y vendían al por mayor o se las llevaban los propietarios. Solicitó tres kilos de ellas y, acto seguido, se dirigió hacia la visible torre de la iglesia al suponer que por los alrededores existiría alguna abacería donde poder comprar todo lo que necesitaba. De camino pasó por una panadería y se hizo con varias hogazas de pan y algunos dulces, y al llegar a la plaza dedicada al botánico José Pardo Sastrón comprobó la existencia de una abacería y ferretería en el mismo bajo de una vivienda. Se encontraban dentro varios clientes aunque solo atendía una mujer, pero Rubén prefirió aquel lugar a buscar ninguna otra en el pueblo y mientras pidió la vez no perdía comba de todo lo que allí estaban hablando. Además, la abacería era de las más impresionantes que había visto en su vida. Allí tenían de todo y en grandes cantidades, desde alimentos a diferentes materiales de costura y telas, y también de ferretería, no en vano aquella tienda figuraba como tal. Por fin, media hora más tarde le llegó su turno.

—Es usted doña Rosa, ¿verdad? —comentó al haber escuchado su nombre a varios de los allí presentes.

—¡Así es!, ¿qué desea?

—Quiero algunas cosas porque necesito reponer la despensa de mi masada.

—¿Está usted de viaje?

—He venido con mi carro ya que traigo varios sacos de almendras para descascarar y conviene aprovechar el tiempo porque es oro y más en estos años —mintió—. Precisamente en el almacén donde las he llevado me han dicho que aquí podía encontrar todo lo que quiero.

La mujer asintió complacida por la referencia dada y Rubén se llevó bastantes alimentos fundamentalmente carne seca y embutidos, además de jabón y cuchillas de afeitar que incorporó a las talegas compradas en Villarluego. Cuando salió de la abacería inició el camino de vuelta por la misma calle que le había llevado hasta allí, iba muy cargado pero contento porque todo había salido a pedir de boca y suponía que a Segundo le habría ocurrido lo mismo. En un momento dado la aglomeración de personas se hizo realmente insoportable, acostumbrado como estaba durante los últimos tiempos a la soledad de los campamentos del Maquis donde la única compañía eran sus propios camaradas. Le desagradaba el roce continuo y el tener que evitarlos como consecuencia del trasiego de personas que se estaba dando. Además, aquella molestia aumentaba porque entre tanto personal podía ser atacado casi sin darse cuenta, de manera que andaba ojo avizor sobre todo cuando se cruzaba con alguna calle. Eso sí, había hecho bien en llevar su navaja en el bolsillo interior de la chaqueta, si ocurría algún percance estaría preparado. En un momento dado escuchó algunos gritos, al principio ininteligibles, pero que acabó de distinguir conforme quien los profería se iba acercando.

—¡Alto a la Guardia Civil!

Las personas a su alrededor se detuvieron al instante y así lo hizo también Rubén que, bajando los sacos al suelo, se llevó inmediatamente la mano al bolsillo interior para sujetar con fuerza la navaja pero sin sacarla de su escondite. Todas las miradas se dirigían hacia donde se encontraba y su tensión se elevó cuando notó un golpe en su costado y estuvo a punto de revolverse.

—¡Paco! Mira que volver otra vez a las andadas... se te va a caer el pelo... ¡Al cuartelillo!

Los allí presentes miraban a un guardia civil como sujetaba de malas maneras al inculpado situado junto a Rubén mientras le palpaba el cuerpo hasta dar con la cartera que buscaba. El monterdino y las personas que había alrededor se movieron al instante envolviendo en

un corrillo a los protagonistas, observando atentamente y en silencio la detención del malhechor. Éste, no hizo movimiento alguno mientras escuchaba al guardia que lo estaba cacheando.

—¿Y esta cartera?

—Me la he encontrado... se lo juro señor guardia...

—Ahórrate las excusas, ahora vamos al cuartel y más te vale que me digas la verdad.

A continuación se abrieron paso entre la multitud que se había ido agolpando intentando descubrir de qué se trataba. Por su parte, Rubén suspiró profundamente y recogiendo los sacos se marchó con paso decidido en busca del escondite de Rogelio. Apenas una hora más tarde también Segundo hacía su aparición y tras departir entre ellos el suceso que había tenido lugar comieron con gran apetito. Especialmente contento estaba el *Cachimba*, después de varios días de carencias por fin tenía tabaco y podía fumar gracias a su compañero *Majuelas*. En esas fechas el calor era considerable por lo que permanecieron allí agazapados entre los árboles, resguardados de los rigores del verano gracias al frescor que proporcionaba la balsa de agua próxima. Y como solían hacer, cuando llegó la tarde y bajaron las temperaturas salieron con sus petates buscando la seguridad de las montañas.

Unos días más tarde bordearon la localidad tarraconense de La Fatarella a través de la Sierra de su mismo nombre para asentarse en los restos todavía visibles de las trincheras de la Guerra Civil, precisamente por la zona donde estuvo combatiendo Rubén durante la batalla del Ebro. La mañana después de su llegada amaneció soleada y con el cielo limpio como consecuencia de la fuerza del viento en los días anteriores, tanto es así, que desde allí divisaban a lo lejos el río y la población de Flix que tantos recuerdos evocaba en Rubén. Lo cierto, es que aquel era un buen refugio y desde allí podían planificar la siguiente etapa que iba a ser una de las más complicadas de aquella travesía, nada menos que vadear el río Ebro. Sin embargo, el tiempo no fue nada clemente con ellos y esa misma tarde, casi de improviso, el cielo se nubló y comenzó a descargar una potente tormenta eléctrica. La lluvia caída

y el chaparrón que siguió al día siguiente les obligaron a permanecer allí mismo ante la imposibilidad de salir a campo abierto por la gran cantidad de agua que embarraba el territorio circundante.

Por fin, tras la intensa espera tuvieron su oportunidad dos días después de la última tormenta. Desde donde finalizaban las estribaciones de aquella Sierra hasta el río Ebro se extendía una gran zona agrícola a lo largo de pequeñas lomas cubiertas de almendros y, sobre todo, de olivos. Según observaba Rubén con sus prismáticos cada día estaba más transitada por labradores, de manera que urgía marchar de allí cuando antes y llegar hasta Flix. Cuando ya en plena tarde decidieron irse iban extremando las precauciones deteniéndose continuamente en los altos de las pequeñas colinas al abrigo de los olivos y, por supuesto, sin transitar por los numerosos caminos que entrelazaban aquellas tierras. Rubén, algo inquieto por las recientes adversidades llevaba los prismáticos colgados y no hacía más que servirse de ellos para observar los alrededores, y sobre todo en dirección a la propia localidad donde pensaban acudir.

En una de aquellas paradas vio algo que le llamó poderosamente la atención y sus muestras de desaprobación hicieron que sus compañeros lo miraran intrigados. Por los alrededores del pueblo se percibía una gran cantidad de guardias civiles y militares, daba la impresión de que iban de patrulla o estaban vigilando la zona del cuello de botella que formaba el meandro del río donde se asentaba la población. Acercó hacia allí la visión de los prismáticos todo lo que pudo y consiguió apreciar una construcción para él extraña como era la presa del río. No acertaba a comprender exactamente qué es lo que ocurría, pero si una cosa tenía bien clara era que por tal motivo no podían aventurarse a pasar por el puente de Flix, obra de la que presenció su destrucción al finalizar la batalla del Ebro en noviembre de 1938. Por supuesto, suponía que aquel puente lo tenían que haber reconstruido, pero lo que nunca pudo imaginar es que casi diez años más tarde se encontraría de nuevo en sus puertas para pasar a la otra orilla, aunque en esta ocasión tenía visos de ser un proyecto irrealizable. Y así era, en efecto, porque en el mes de enero de 1948 se había inaugurado una presa sobre el río y en estos momentos estaba custodiada por militares ante el peligro de un posible sabotaje.

—Maldita sea no podemos continuar con el plan que habíamos previsto.

—¿Por qué?

—Hay demasiados guardias civiles para mi gusto... me da la impresión de que han hecho alguna construcción sobre el río y parece que la están protegiendo... ¡maldita sea una vez más!

—¿Y qué podemos hacer ahora?

—No sé... dejadme a ver si se me ocurre algo...

Durante unos instantes Rubén se mantuvo pensativo reflexionando sobre los pasos a seguir, la situación se las traía precisamente en la etapa más comprometida ya que habían surgido unos contratiempos que consideraba insalvables. Pero esta sensación tan solo duró unos pocos segundos, tuvo una idea que no tardó en transmitirla a sus compañeros que, cabizbajos, observaban detenidamente toda la gestualidad del *Serrano*.

—Creo que ya sé lo mejor que podemos hacer, porque intentar pasar por Flix tal y como había previsto es una auténtica locura. Esperaremos a que la tarde esté acabando para marchar hacia el sur del río y antes del próximo meandro que está a mitad camino del siguiente pueblo descansaremos e intentaremos cruzarlo.

—Pero... ¿cómo lo podemos hacer?

—Sobre la marcha decidiremos la mejor opción..., no creáis que tenemos muchas alternativas pero es lo que hay... Se trata de pasar el río como sea..., ahora que caigo, cerca de donde vamos a ir está la casa de un pontonero republicano con el que coincidí durante la guerra... ciertamente resulta peligroso pero también es otra posibilidad que no debemos desaprovechar.

Rogelio y Segundo se mantuvieron callados después de las reflexiones de su compañero, lo cierto es que estaban en sus manos al ser quien les guiaba y, hasta ese momento, aunque fuera con algunos contratiempos iban cumpliendo su propósito. Rubén esperó y cuando la luz del día iniciaba su ocaso decidió salir hacia el punto desde donde intentarían pasar a la otra parte del río. Anochecía en el momento que arribaron por fin y en la zona más frondosa de la ribera permanecieron escondidos hasta la madrugada siguiente. Cuando los primeros rayos de luz permitían una mínima visibilidad, el *Serrano* decidió dar una vuelta por los alrededores para ver si podía encontrar un lugar donde fuera más fácil poder vadear el río. Casi una hora

más tarde volvió excitado por todo lo que tenía que comentar a sus compañeros.

—Traigo buenas y malas noticias...

—Ya me parecía a mí que los problemas no habían desaparecido —dijo Rogelio con una mueca de fastidio.

—¡Venga! Habla de una vez —insistió Segundo con los nervios a flor de piel.

—La buena noticia es que he encontrado no muy lejos de aquí y perfectamente escondida una pequeña barca...

—¿Y la mala?

—Pues que no tiene remos y eso que he buscado como un loco por los alrededores... además, por si fuera poco es demasiado pequeña para pasar los tres a la vez... Lo cierto es que todo esto me parece muy raro...

—¡Joder! Entonces... ¿qué podemos hacer? —preguntaron al unísono.

—He venido pensando en ello. No muy lejos de aquí está la casa del pontonero republicano que os comenté... pero no puedo ir ahora porque es peligroso ya que el camino que sigue al río comienza a estar transitado y no conviene levantar sospechas. Esperaré a que caiga la noche e iré a ver si lo encuentro y nos puede ayudar, resulta imprescindible disponer de dos remos, tablas o algo parecido, si nos aventuramos sin nada corremos el riesgo de ser arrastrados por la corriente.

Desde luego era la solución más lógica que podían tomar, de manera que allí permanecieron, eso sí, aguantando con estoicismo los pesados mosquitos que poblaban la arboleda próxima al río donde se habían refugiado. En el momento que comenzó a anochecer y Rubén comprobó que desde hacía varios minutos se había detenido el trasiego de campesinos, marchó con decisión hacia aquella casa mientras Rogelio y Segundo vigilaban por los alrededores. Afortunadamente, desde la misma ribera hasta su destino eran labrantíos en tierra llana y sin apenas accidentes geográficos, además, la tenue luz del anochecer le permitía guiarse entre aquel entramado de campos. Pero cuando estaba cerca de la masada y observó sus contornos no pudo evitar una exclamación.

mación de fastidio, la vivienda estaba medio derruida como consecuencia de un incendio y apenas se mantenía en pie, tan solo los muros y poco más. Penetró allí removiendo restos de puertas y vigas buscando con determinación algo que le permitiera suplir los remos de la barca hasta que creyó dar con la solución. Encontró un portón grande destrozado por una explosión pero en el que todavía eran visibles varias tablas de madera unidas con remaches. A pesar del ruido que pudiera ocasionar decidió golpearlas en sentido contrario de cómo habían sido clavadas y así pudo liberar a dos de ellas. Nada más conseguirlas inició el retorno con sus compañeros.

—Quietos, no disparéis que soy yo.

—¡Qué susto! Hace poco que hemos visto por el camino una patrulla de la Guardia Civil —comentó Rogelio en el momento que pasó junto a él.

—¡Lo sé! Los he oído porque llevaban una conversación a viva voz y he tenido que tumbarme en el suelo, menos mal que no se han dado cuenta.

—¿Has conseguido remos? —preguntó Segundo.

—¡No! Solo este par de tablas pero nos van a hacer el mismo papel.

—¿Y tu amigo? —insistió.

—No sé qué habrá sido de él ni de su familia, los vi marchar antes de que destruyéramos el puente de Flix y me temo que no han vuelto, está todo abandonado ¿Habéis tenido mucho movimiento por aquí?

—Un par de labradores y otra patrulla de la Guardia Civil —respondió Rogelio—, pero con una actitud bastante extraña ya que se desviaron del camino y los vimos bajar hacia la ribera... creíamos que nos habían descubierto pero no... se dirigieron directamente hacia donde dijiste que está la barca escondida y movieron los matorrales creo que para comprobar si estaba...

—Pues es justo lo que me temía..., esa barca es una trampa —el comentario de su compañero confirmó las sospechas de Rubén.

—¡No fastidies! —Segundo no pudo disimular su decepción.

—Creo que no me equivoco... por eso estoy pensando seriamente en cómo vamos a pasar, lo que resulta evidente es que la barca tiene que continuar aquí por la mañana o se lanzarán como lobos a buscarnos. No hemos hablado de esto nunca pero ¿alguno de vosotros sabe nadar?

—¡Yo! —Respondió Rogelio con evidente satisfacción—. Hace tiempo que no lo hago de continuo pero en el río Guadalaviar todavía podía dar algunas brazadas aunque no tantas como en la Albufera.

—Perfecto porque ese es nuestro talón de Aquiles.

—¿Qué...? —preguntaron al compás mientras lo miraban.

—Nada cosas mías... ya lo tengo todo pensado. Rogelio, antes de nada quiero que sepas que conseguir pasar al otro lado y que nadie nos descubra depende de ti.

—Dime lo que tengo que hacer —se ofreció con evidentes muestras de orgullo.

—Mirad... la barca es muy pequeña pero es que además no podemos hacer otra cosa. Primero pasáis vosotros dos con los petates, dejáis a Segundo allí y te vuelves solo a por mí. Me dejáis en la otra orilla y de nuevo vuelves tu solo pero en calzones, llevas la barca donde la encontramos, la dejáis como estaba y luego te tienes que volver a nado... ¿podrás hacerlo?

—Creo que sí. Durante todo el día he tenido oportunidad de ver el río y he observado que no lleva mucho caudal y, afortunadamente, un poco más arriba el agua discurre tranquila sin los remolinos que he visto a partir de aquí.

—Bueno pues si estamos todos de acuerdo sobran las palabras porque el tiempo se nos echa encima.

Inmediatamente se pusieron manos a la obra y comenzaron a pasar el río como había propuesto Rubén. La logística de aquella operación parecía la más adecuada pero una cosa era la teoría y otra bien distinta la práctica. De manera que se mantuvieron intranquilos hasta poco antes de amanecer cuando escucharon algún ruido corriente arriba y descubrieron a Rogelio que avanzaba hacia ellos en medio de los matorrales. No pudieron contener su alegría y durante unos segundos se abrazaron con vivas muestras de alegría ¡Lo habían conseguido!

Se trataba del mayor obstáculo al que se habían enfrentado desde que salieron de Monterde de Albarracín. Llenos de euforia se dispusieron a seguir de nuevo las indicaciones del *Serrano* que, en esta ocasión, los encaminó por las Sierras del Montsant y de Prades en dirección a la ciudad de Balaguer bordeándola por las primeras estribaciones de la Sierra del Montsec.

La ciudad no había cambiado demasiado desde que Rubén se alojara allí durante unos días tras el desastre de la Operación “Reconquista”, con la que un ejército republicano formado en el Maquis francés quiso penetrar en España para derrocar a Franco. Escondieron sus armas entre las ruinas de un cobertizo próximo a un barrio de la ciudad que él todavía recordaba. Eran las primeras horas de la noche cuando Rubén llamó con cierta insistencia a la puerta de una casa de labradores en la mencionada pedanía. Tuvo suerte y salió uno de sus camaradas de la fracasada invasión conocido como *Nen* debido a su pequeño tamaño y aspecto aniñado, el cual, aunque tardó un poco acabó reconociéndole y les hizo pasar dentro de la casa. Después de escuchar al *Serrano*, los padres de su antiguo compañero de armas comentaron que podían quedarse allí escondidos hasta que decidieran continuar la ruta hacia Francia.

De todos ellos era Rubén el que esperaba reiniciar la marcha lo antes posible, mientras que Rogelio y Segundo preferían aprovechar la estancia el tiempo necesario hasta que pudieran recuperar las fuerzas. Cuando llevaban un par de días, el *Serrano* decidió dar una vuelta por la población junto a su antiguo compañero. Necesitaba experimentar de nuevo la sensación de libertad a pesar de las circunstancias tan penosas que estaba viviendo y caminando entre las calles de Balaguer junto a sus habitantes, estaba convencido que llegaría a sentirse como uno de ellos.

Era la mañana del sábado 28 de agosto cuando marcharon los dos por el centro de la ciudad. El dinero no era un problema para el *Serrano* ya que todavía poseían un buen montante de los conseguidos con el Maquis de Albarracín. Quiso invitar a comer a su amigo y benefactor y ambos cruzaron por el puente sobre el río Segre en dirección

a la plaza Mercadal, donde estaban situados la mayor parte de los restaurantes y casas de comida de Balaguer. A Rubén le parecía mentira pero lo cierto es que vio pocos militares. Así pues, la sensación de libertad e independencia era considerable conforme pasaban las horas y comprobaba la inexistencia de peligros, al contrario de lo que le había sucedido en otras poblaciones donde habían estado.

Después de comer decidieron marchar a un café de los situados en la misma plaza que tenía la particularidad de poseer una radio y por ello solía estar lleno de parroquianos. Se sentaron cerca del aparato mientras escuchaban el estribillo de la canción del momento. A renglón seguido comenzó a sonar la música del parte diario correspondiente a las tres de la tarde, momento en que los presentes dejaron las conversaciones para centrarse en escuchar el contenido de las noticias más importantes que se habían producido en España. Y precisamente la primera crónica que oyeron dejó apesadumbrado a Rubén. Ésta, hacía referencia a las operaciones del ejército en el Valle de Arán y en las zonas próximas del Pirineo que se habían saldado con el aniquilamiento de varias partidas de bandoleros y la muerte de la mayor parte de ellos. Apuraron los cafés y marcharon decididos a comentarlo a Segundo y Rogelio. Lo cierto es que no podía llevarles peores novedades, ahora que tenía la sensación de que una vez pasado el río Ebro ya habían superado la parte más peligrosa del viaje.

—Traemos malas noticias... el Valle de Arán está prácticamente tomado por los militares y no podemos continuar el camino por allí que es el que conozco..., no nos va a quedar más remedio que pensar en alguna alternativa.

—No creas que tienes muchas —intervino el *Nen*—. Las opciones que os quedan son marchar a las zonas del Pirineo que están más desprotegidas ya que el ejército se encuentra sobre todo al norte de Lérida... Por ello, pienso que lo mejor es ir hacia Gerona o Huesca... y creo que lo más conveniente sería intentarlo por esta última provincia que por otra parte está aquí al lado.

—Puedes decirnos por qué es la mejor elección —preguntó Segundo.

—Porque el Pirineo es como una trinchera, siempre conviene asaltarla por la parte más desguarnecida y donde tengáis más posibilidades de éxito —respondió—. Las montañas de Huesca son de las más

altas que existen en esta cordillera... así que os costará mucho trabajo bordearlas y precisamente por ello es un factor a vuestro favor, al tener esas condiciones resulta más fácil pasar desapercibidos. Eso sí, no demoréis mucho la marcha porque el mal tiempo no llega necesariamente en el invierno, los otoños son también muy duros y las nevadas pueden llegar a ser considerables.

—Estoy de acuerdo contigo pero tenemos un problema —intervino Rubén—. Hasta ahora yo conocía más o menos los lugares por donde íbamos pero no sé nada de Huesca.

—Ya me imagino que es un contratiempo pero os tenéis que sobreponer —volvió a insistir el *Nen* y después de unos instantes de silencio creyó encontrar la solución—. Estoy pensando que el martes de la semana que viene mi hermano y yo habremos acabado la faena en la casa, tenemos un tío albañil que nos ofreció trabajar de maniobreros en la obra de una ermita que está más o menos en la ruta que habréis de seguir. Es una buena excusa para ir todos en el carro y desde allí os indicaremos el mejor camino por donde os podáis orientar. A partir de entonces paciencia y suerte, no quiero engañaros, pero la vais a necesitar.

—Estamos en tus manos y además creo que tienes razón... ¿os parece bien continuar hasta Francia de esta manera?, —preguntó Rubén.

—Dadas las circunstancias por supuesto que sí —respondió Segundo.

—Opino lo mismo —concluyó Rogelio.

—Pues ya está todo dicho, cuando nos digas de partir lo haremos, no hay más que hablar —Rubén dio por bueno el plan propuesto.

Así lo hicieron y se mantuvieron en Balaguer, ahora sin salir del escondite de aquella casa, hasta el primero de septiembre. De buena mañana se dirigieron con mucha precaución al derruido cobertizo donde habían escondido sus armas, las recogieron y depositaron en el fondo del carro, bien empaquetadas y convenientemente camufladas. Luego, subieron al mismo todas las provisiones que pudieron conseguir sus amigos y los suficientes utensilios de albañilería para no causar sospecha alguna. Salieron de Balaguer por un camino que les llevaba a la Sierra del Montsec que unía las provincias de Lérida y Huesca. Sin

embargo, cuando apenas había pasado una hora desde su partida, sufrieron el primer contratiempo al salirles al paso una pareja de la Guardia Civil. Antes de que los antiguos guerrilleros hicieran el menor movimiento, el amigo de Balaguer les previno para que se mantuvieran quietos y en calma.

—Buenos días... vaya eres tú, no te había reconocido —comentó el *Nen* al guardia que parecía llevar la voz cantante.

—Pues no he cambiado mucho... vamos creo yo. Anda, dime, ¿quiénes son tus amigos y adónde vais?

—Vienen de Lérida y están sin trabajo, por eso me puse en contacto con ellos. Mi tío el albañil de Viacamp, está arreglando la ermita de Santa Quiteria y San Bonifacio de Montfalcó y me escribió para que cuando acabara la faena de casa nos fuéramos allí. Dispongo de mi salvoconducto.

—Y tus amigos, ¿no tienen papeles? Venga, bajad.

—¡Sí que los tenemos! —Intervino Rubén—, pero están en la mochila y como no hemos caído en llevarlas a mano se encuentran en el fondo del carro...

—Nos va a llevar un buen rato descargarlo todo —comentó el *Nen* con una forzada sonrisa—, pero mira aquí tengo la carta de mi tío... léela.

—Bien, pero con esto no basta —insistió el guardia civil después de ojearla.

—Bueno pues voy a descargar el carro... —comentó nuevamente el de Balaguer—, aunque mira esto igual te interesa...

—¿De qué se trata?

—Son varios paquetes de tabaco picado y papel de fumar que llevábamos... ¡Ah!, y ahora que recuerdo mi madre me dijo que os pasarais por casa cuando os venga bien que el jamón del año pasado ha salido extraordinario y lo tenéis que probar...

—Iremos no te preocupes y dale las gracias a tu madre pero ven aquí aparte, que quiero hablar contigo a solas.

Hizo el *Nen* aquello que le indicaba el militar y después realizó un nuevo gesto a sus amigos para que no hicieran ninguna tontería y

se mantuvieran quietos. Se apartaron unos cuantos metros, los suficientes para que no pudieran escucharlos con nitidez pero es que, además, hubiera resultado inútil porque hablaban en catalán y a baja voz. Sin embargo, Rogelio era bilingüe y aunque sus amigos nunca le habían escuchado hablar en valenciano era en realidad su lengua materna, que como tal había nacido en Picasent. Rubén y Segundo observaron algo extraño en su comportamiento al verlo aguzando el oído y les dio la impresión que entendía lo que estaban hablando. Por eso, al ver el azoramiento de sus compañeros, el *Cachimba* no dudó en girarse y, tras mirarlos detenidamente, se acercó hacia ellos para susurrarles un mensaje tranquilizador.

—No pasa nada, calmaos, que no noten lo que somos en realidad... Estos dos son amigos... —no pudo continuar al interrumpirle el militar.

—Bueno, ya os podéis marchar —comentó el guardia civil— pero cuando volváis llevad la documentación a mano, como os topéis con otra patrulla que no seamos nosotros tendréis a buen seguro muchas complicaciones.

—Así lo haremos descuide —respondió Rubén.

Todos se subieron nuevamente al carro y girándose volvieron a despedirse con la mano. Durante los primeros minutos se mantuvieron en el más completo silencio hasta que llegó un momento en que Segundo no pudo aguantar más.

—¡Vaya susto!, y pensar que las armas las teníamos al fondo... nos habrían acribillado de haberlo querido sin que nos hubiéramos podido defender.

—Nada de eso habría pasado... ¿a que no me equivoco? —comentó Rogelio dirigiéndose al *Nen*.

—Estás en lo cierto..., ahí donde lo veis es un antiguo amigo de la familia que nos ha evitado más de un problema. Y no pienses mal por lo del tabaco que el tuyo está convenientemente guardado, estos paquetes suelo llevarlos por si me topo con él, es un regalo que siempre me gusta hacerle pero también si nos cruzamos con otros de más malas pulgas conviene estar preparados por si acaso. Él sabe que no le he dicho toda la verdad sobre el trabajo y que vosotros... pues eso, que de albañiles nada de nada... Pero podéis estar tranquilos,

no sois los primeros que saco de Balaguer y lo más seguro es que no seáis los últimos.

El camino que llevaban hasta ese momento había sido relativamente bueno pero estaba demasiado transitado por la Benemérita, por eso el *Nen* prefirió modificar la ruta. Ésta, sin embargo, serpenteaba demasiado y por si fuera poco el rodeo que tenían que dar resultaba inevitable, de manera que tardaron más de lo previsto. Como además pararon a comer, el final de la tarde les pilló cuando les quedaba poco para cruzar el río Noguera Ribagorzana que en buena parte de su recorrido separaba las provincias de Lérida y Huesca. Los últimos kilómetros habían sido de pendientes considerables entre continuas barrancadas y el cansancio por el traqueteo del carro les había hecho mella. Así pues decidieron pernoctar en un claro del camino, ello era preferible antes que arriesgarse subiendo por las pronunciadas cuestas que había hasta la ermita y el peligro añadido de realizarlo cuando estaba oscureciendo.

A la mañana siguiente reiniciaron la marcha por el curso del río hasta donde pudieron vadearlo. Luego continuaron, esta vez hacia el sur, hasta que comenzó una nueva y pronunciada subida en la que todos ellos salvo en *Nen* lo hicieron a pie tras el carro. Por fin, tras varias horas de camino en medio de un inmenso bosque llegaron a un cobertizo situado muy cerca de la masa rocosa en cuya cima se encontraba la ermita. Entraron en su interior donde estaban acumulados diferentes materiales de construcción y una cuadra que ya guardaba un mulo, descargaron los bártulos del carro y acondicionaron las acémilas. Escondieron las mochilas y metralletas pero llevaron consigo sus respectivas pistolas, cargaron cada uno con el material de la obra que llevaban desde Balaguer y comenzaron a subir a pie, esta vez por una retorcida y empinada senda que discurría entre el denso pinar. Unos minutos después llegaron a la cima donde pudieron comprobar la hermosura de aquel paisaje con un horizonte inmenso cargado de enormes desfiladeros. Pero, sobre todo, admiraron —especialmente Rubén— la prestancia de aquella ermita románica edificada en lo alto del roquedal desde donde se podía apreciar una vista panorámica de incomparable belleza. Los tres antiguos guerrilleros estaban boquiabiertos por todo lo que observaban, tanto, que no se percataron de cómo dos personas salían del recinto medieval y caminaban hacia ellos. Lo cierto es que se mostraban nerviosos por la presencia de aque-

llos extraños ya que tan solo conocían a sus parientes de Balaguer, pero el *Nen* se fue hacia ellos e intervino antes de que pudieran realizar ningún comentario.

—Tranquilo tío, estos amigos son de los nuestros y están aquí para que les ayudemos.

—Dentro de poco íbamos a parar para echar un bocado... mejor lo hacemos ya y así podemos hablar tranquilamente —fue su respuesta después de los consabidos abrazos.

Una vez tuvieron lugar las presentaciones, se colocaron a la sombra para poder comer y dialogar sobre la presencia de los recién llegados y los motivos que habían precipitado su marcha a Francia. A su vez, éstos también tuvieron oportunidad de conocer el problema que se cernía sobre los albañiles para acabar la obra en la fecha prevista. En caso contrario tendrían dificultades para poder cobrar por su trabajo o también podía ocurrir que las ganancias acordadas se redujeran considerablemente. Una vez acabaron la comida, los cuatro obreros se marcharon rápidamente a continuar con el tajo mientras que Rubén, Segundo y Rogelio continuaron sentados en aquel inusual comedor al aire libre.

—Sabéis lo que estoy pensando —fue el *Serrano* quien comenzó el diálogo.

—Miedo me das porque me estoy imaginando lo que vas a decir —dijo el *Cachimba* mirándolo de reojo.

—Puedes tener todo el miedo que quieras pero es una cuestión de hombría —respondió el *Serrano*—. Esta gente nos ha ayudado a llegar aquí arriesgando algo más que una paliza..., por eso no me parece correcto que nos despedamos de ellos como si tal cosa y los dejemos con el problema que tienen... Es una manera de devolverles el inmenso favor que nos ha hecho la familia del *Nen* en Balaguer, además, estos de aquí también son parientes suyos.

—Yo estoy de acuerdo con Rubén... ¿qué nos cuesta echarles una mano? —se ofreció *Majuelas*.

—No..., si ahora el malo voy a ser yo... —se defendió Rogelio— Lo que quiero es marcharme cuando antes... y sí, es cierto que nos han ayudado, pero nosotros siempre que se ha podido hemos hecho lo mismo, ¿o no?

—Por supuesto. Pero no se puede comparar, son situaciones distintas las que vivimos en la Sierra de Albarracín y lo que ha ocurrido desde que llegamos a Balaguer, la verdad es que no...

—Yo no he dicho en ningún momento que no hay que agradecerles su ayuda —le interrumpió—, pero en este caso soy partidario de pagarles... el dinero nos sobra así habremos cumplido. Podemos hacerlo, les dejamos un buen montante... y ya está, todos tan felices.

—Mira Rogelio, entiendo tus deseos de llegar cuando antes a la frontera, ya nos has repetido mil veces que bajo ningún concepto te quieres quedar a vivir en Francia y por ello aún te quedaría un buen trecho hasta que te acomodes en otro país... Pero piénsalo detenidamente... ¿Qué más nos da quedarnos hasta el domingo que se marchan a su pueblo? Les podemos ayudar en lo más duro del trabajo y si es preciso permaneceremos más tiempo, estamos en el verano y todavía quedan semanas hasta que comiencen las primeras nevadas. Mirar compañeros, que las ansias por llegar cuando antes a nuestro destino no nos impidan ver la realidad que nos rodea... ¡Joder! Pero... ¡qué pasa...! ya nos hemos olvidado de nuestro ideal libertario.

—¿Y para recordarlo tenemos que trabajar en una ermita?

—Ahora caigo... a ti lo que te molesta es ayudar en la reconstrucción de una obra religiosa... ¡acabáramos ya!

—¡Pues sí! Hala..., ya está todo dicho. Por si todavía no te ha quedado claro de la Iglesia no quiero ni la vida, antes mil veces prefiero morir defendiendo mis ideales que plegarme a nada que tenga que ver con ella.

—Venga, no fastidies Rogelio —intervino Segundo—, que yo he sido el primero que allá donde fuimos ayudé a limpiar de imágenes las iglesias porque era necesario para implantar nuestra revolución... pero todo eso no tiene nada que ver con ayudar a estas personas que se han arriesgado por nosotros. Además, ya los has oído, eran simpaticantes de la República...

—Y ahora arreglan ermitas... ya... ya...

—Es lo que toca si no les queda más remedio para sobrevivir —insistió en sus argumentos.

—No me convences...

—Admítelo *Cachimba* que el *Majuelas* tiene más razón que un santo... perdona pero no es por incordiar... —intervino Rubén intentando con cierta sorna quitar hierro a la discusión—. Míralo por el lado bueno, cuando nos vayamos el domingo o el día que sea nos indicarán hacia donde podemos proseguir porque aquí además estamos a salvo en medio de esta inmensidad. Ya has oído al maestro de la obra que en dos meses solo han tenido una visita y fue la del sacerdote de Viacamp que les encargó la obra... sí, ese que no les pagará si no la acaban en el tiempo previsto. Mira, haz lo que quieras pero yo les voy a ayudar hasta que puedan continuar solos y Segundo me parece que también.

—¡Sí! Estoy de acuerdo contigo —respondió el aludido.

—Haced lo que queráis..., mientras tanto yo me quedaré vigilando los mulos.

—Tranquilo que nadie te va a obligar a hacer algo que no quieras.

A renglón seguido, Rubén y Segundo se encaminaron hacia la ermita para dar al *Nen* la noticia de que habían decidido quedarse a ayudarles el tiempo que hiciera falta. Durante esa tarde, entre los dos transportaron desde el cobertizo las vigas nuevas del techo que tenían que retejar junto a las losetas del tejado y todo aquello que les fue requerido por el maestro de la obra. Antes de que oscureciera tuvieron una sorpresa conociendo además el talante tan poco dado a ceder de su buen amigo y compañero de armas Rogelio, el cual, se presentó en la obra ofreciéndose también a colaborar con el añadido de que él había trabajado como albañil en alguna ocasión. Aunque lo cierto es que nada más entrar allí lo primero que hizo fue dirigirse a Rubén para susurrarle una delicada cuestión al oído.

—De todo esto ni una palabra, a la primera broma me marchó aunque tenga que irme solo a Francia te lo aviso.

Conociéndolo, en efecto, no se comentó durante esos días ningún chascarrillo que pusiera en evidencia al *Cachimba*, bastante penitencia tenía el pobre con ayudar en la reconstrucción de aquel espacio religioso. Cuando finalmente decidieron marcharse varios días más tarde, lo hicieron al principio todos juntos hasta las proximidades de Viacamp, un pequeño pueblecito situado en la falda de una montaña coronada por una gran torre, único vestigio del antiquísimo castillo

medieval. En el momento de la separación todo era alegría y parabienes. Los obreros, con el empuje dado gracias a los recién llegados habían adelantado considerablemente la obra y, ahora sí, estaban seguros de cumplir con la fecha estipulada. Mientras que los antiguos guerrilleros marchaban la mar de contentos por haber reiniciado aquel tramo que se suponía sería el último para llegar a la frontera. En el momento de separarse, el tío del *Nen* les indicó por donde tenían que continuar y el nombre de los pueblos que encontrarían en el camino. Luego, se despidieron con vivas muestra de alegría y deseando que llegara un día donde la libertad perdida con la desaparición de la República retornara a su querida Patria, de donde nunca debió haber salido.

Después de un par de días de marcha, Rubén no llevaba nada bien eso de caminar por lugares desconocidos y todo aquel trastorno lo atormentaba como no se podían ni imaginar sus confiados amigos. Siniestros pensamientos surcaban por su cabeza recordándole que no era la primera vez que había fracasado con sus compañeros. Tenía presente, sobre todo, la promesa que le hizo en su día a la madre de Eugenio Lahuerta de que se lo devolvería sano y salvo, aunque después de los sucesos de Castel-Vielh ya nada sabía de él. Esta situación le reconcomía por dentro, ya que al iniciar esta travesía desde la masada de La *Lagosa* les había prometido que los llevaría sanos y salvos hasta Francia y, en estos momentos, tenía sus dudas de poder cumplir con aquel compromiso. El recorrido continuaba siendo pesado y además estaban obligados a mantener las mil y una precauciones. Seguían iniciándolo bien entrada la tarde y también al amanecer, sobre todo, desde el momento que conectaron con las primeras estribaciones montañosas que les permitían un mejor camuflaje. Descansaban escondidos durante el día y, precisamente, una de las paradas tuvo lugar en una masía medio derruida situada en la zona montañosa del término oscense de Lascuarre. Bien entrada la tarde iniciaron la marcha y al acabar de salir de aquel lugar, Rubén se paró en seco y girándose hacia sus compañeros les comenzó a hablar con un tono áspero casi colérico, algo irreconocible en él siempre tan comedido y cumplidor cuando se dirigía a ellos.

—Sabéis, he tomado una decisión que creo es la más conveniente para todos.

—¿Y cuál es si puede saberse?

—Que nos entreguemos a los civiles en el primer cuartel que encontremos.

—¿Qué dices?

—Lo que estáis escuchando. Pienso que es lo mejor que podemos hacer y así nos ahorramos seguir vagando por estas montañas. Total, si van a acabar encontrándonos pues nos ahorramos esta marcha y la dureza del camino. Ya todo da igual.

—Venga Rubén... ¿estás de guasa o qué?

Entonces se acercó hacia sus compañeros y cogiéndolos de los hombros les hizo dar media vuelta empujándolos de nuevo hacia donde habían pasado aquel día. Los modales bruscos y el tono de voz utilizado molestaron a los aludidos. Una vez hubieron llegado al gamellón situado enfrente de la puerta de entrada de la hundida masía volvió a pararse y comenzó a gritarles.

—¿Qué pasa? Ya nos hemos olvidado que éramos guerrilleros, que ahora nos estamos escondiendo y que todo esto es cualquier cosa menos una excursión.

—Déjate de historias... ¿qué demonios te ocurre Rubén?

—¿Qué me ocurre? Miradlo vosotros mismos... si queréis encima les dejamos una nota a los militares diciéndoles hacia donde pensamos ir ¿Qué otra cosa se puede esperar de vosotros que vais dejando las colillas a la vista?, eso tú, Rogelio. Pero tampoco te escapas Segundo..., ya me explicarás por qué no has recogido los restos del afeitado en el gamellón que quedan a la vista de todo el que pase por aquí. Habéis tenido tiempo de sobra para eliminar el rastro de nuestra presencia, pero conforme pasan los días estoy observando mucha desidia en vuestra actitud y lo de hoy es el colmo.

—¿Y no tienes otra manera de decirlo? Desde que salimos de la ermita has cambiado mucho Rubén, en todo el tiempo que te conozco nunca te había visto así. Me parece bien que si alguno de nosotros comete un error se le eche en cara o incluso si es necesario se le abronque, pero guárdate tu mala leche y como sigas así podemos tener un percance bastante serio.

—¿Me estás amenazando?

—Nada de eso, te estoy diciendo las cosas como son..., te has esforzado mucho en esta travesía y Rogelio y yo nunca te lo agradeceremos bastante, y ahora que no falta mucho para llegar a Francia es el momento menos oportuno para enfrentarnos.

—Venga Rubén, no pasa nada, limpiamos todo lo que hemos dejado por el medio y te prometemos que nos vamos a esforzar como al principio.

El *Serrano* asintió con la cabeza y ayudó incluso a limpiar de restos los alrededores de la masada donde habían permanecido algunas horas. Durante la marcha de aquella jornada hasta que la noche se les echó encima iban los tres en completo silencio. Para Rubén, aquel mutismo le permitió pensar en todo lo que le habían dicho sus compañeros y en un ejercicio de autocrítica reconoció que muy posiblemente se había equivocado en las formas, aunque en el fondo de la cuestión seguía manteniendo el mismo criterio. Para poder terminar felizmente el recorrido que se habían impuesto resultaba imperativo no cometer ningún fallo, tendrían que colaborar todos a una y las relaciones personales debían ser más fuertes que nunca. Se prometió a sí mismo que no volvería a pasar y, por lo menos, en esta ocasión, cumpliría con su palabra de llevarles al país vecino sanos y a salvo.

El pequeño caudal del río Rialbo se interponía en el camino de los antiguos guerrilleros cuando llegaron al fondo del valle de Bardají. Ya se encontraban por fin en la discontinua cadena montañosa del Prepirineo Aragonés la cual iba a exigirles un considerable esfuerzo físico y mental. Aunque por otra parte y debido a la frondosidad del bosque podían recorrerlo a plena luz del día, eso sí, con pequeñas marchas y extremando la vigilancia. Pero lo cierto es que tenían un problema importante. Se trataba de Rogelio el *Cachimba*, que no se encontraba del todo bien desde que atravesaron el río Isábena unos días atrás, las fuerzas le flaqueaban y tenían que detenerse más de lo estrictamente necesario. Por ello, cuando llegaron a aquel riachuelo pidió a sus compañeros volver a descansar un poco más para poder re-

cuperarse, ya que tenían por delante un ascenso considerable hasta el pico Cervín. Le hicieron caso y se recostaron a la sombra de unos árboles, por su parte, Rogelio se acercó al caudal de agua y se refrescó, el intenso calor de ese día lo estaba acusando más que sus camaradas. Bien entrada la tarde les dijo que ya se encontraba mejor y que podían continuar el camino. Subir la empinada pendiente les costó lo suyo sobre todo porque tuvieron que detenerse en varias ocasiones ya que semejante esfuerzo y la situación en la que se encontraba Rogelio los ralentizaba. Y cada vez que descansaban, Rubén, que aún seguía con los nervios a flor de piel, vigilaba con sus prismáticos para evitar ser descubiertos. Sin embargo, lo peor estaba todavía por llegar porque cuando ya casi era de noche y arribaron a la cima descubrieron que tendrían que bajar por una pronunciada pendiente, y volver a subir a continuación otra más imponente si cabe de aquella que acababan de realizar.

A la madrugada siguiente, los guerrilleros decidieron bajar aquella cuesta ladeando para no hacerla tan pesada. Cuando llegaron al final del valle observaron con cierta pesadumbre que resultaba inevitable volver a ascender, ya que si continuaban por el angosto paso del río Ésera podrían ser sorprendidos con suma facilidad. Al momento se disponían a subir la siguiente cuesta, pero como apreciaron la deplorable situación en que se encontraba Rogelio no les quedó más remedio que auxiliarle. Segundo, llevaba su mochila mientras que Rubén, lo ayudaba dejando que se apoyara en su hombro. Tras incontables esfuerzos llegaron hasta la falda de la montaña donde comenzaba un denso bosque y pararon a descansar una vez más. Al dejar que *Cachimba* se tumbara en el suelo, el *Serrano* apreció que su cuerpo estaba muy caliente, le tocó la frente y ésta ardía en medio de un proceso febril. No podían seguir caminando porque la vida de su compañero peligraba y, tras dejarlo en compañía del *Majuelas*, decidió subir hasta un alto por ver si descubría alguna casa de campo donde les pudieran ayudar.

Media hora más tarde Rubén se reunía de nuevo con ellos, excitado por haber encontrado a poca distancia una pequeña pradera en la que se distinguía una masía. Volvieron a recoger al enfermo con su equipaje y se dirigieron sin perder más tiempo del necesario hacia el punto que había descubierto. Resultaba temeraria aquella operación, ignoraban como los iban a recibir pero no quedaba más remedio que

arriesgarse ya que en caso contrario su camarada acabaría muy mal. Al cabo de algo más de una hora penetraban por el prado llevando entre los dos al enfermo que ya no podía tenerse en pie y desde hacía unos minutos incluso deliraba. Apenas observaron movimientos salvo algunas gallinas buscando comida por los alrededores del cobertizo, en ese momento comenzaron a gritar demandando ayuda. No tardó en salir una mujer de la masía, pero se paró en seco cuando vio que los recién llegados portaban armas. Los escrutó detenidamente y detuvo su mirada en la persona que llevaban a hombros aunque daba la impresión de no estar asustada, tan solo lo observaba creyendo que lo reconocía.

—Herminio... ¿eres tú? —se dirigió al *Cachimba*.

—Nuestro compañero se llama Rogelio..., creo que te equivocas, —le indicó Segundo.

A renglón seguido la mujer dio media vuelta y penetro en la casa, instantes después salía de nuevo esta vez acompañada de una persona mayor.

—Nosotros no tenemos nada de valor —se defendió aquel hombre—, vivimos de unas pocas tierras y del escaso ganado que hay en el cobertizo...

—No venimos a robaros tan solo buscamos ayuda para nuestro amigo, está muy débil y tiene fiebre —demandó auxilio Rubén.

—Perdonad pero últimamente ya estamos escaldados con los robos. Venid y entrad a nuestra casa, veremos qué se puede hacer.

Mientras los guerrilleros pasaban por delante de ellos, el dueño examinó a conciencia el rostro del enfermo.

—No sé... no sé —comentó al tiempo que se rascaba la cabeza dirigiéndose a la mujer—. Puede ser... pero no estoy plenamente convencido de que sea Herminio.

—Ya le hemos dicho antes que se llama Rogelio y es natural de Picasent, un pueblo de la provincia de Valencia... ¿es que lo conocen?

—Ha sido todo tan rápido que no nos hemos presentado. Yo soy Rodrigo y esta es mi hija Beatriz, los dos vivimos en esta masía junto a mi mujer e hijo. Y sí, tengo que deciros que el enfermo se parece mucho a un pariente nuestro pero conforme lo sigo observando me voy dando cuenta de sus diferencias.

Los guerrilleros se presentaron a continuación y obedecieron sus indicaciones. Entraron en una habitación y depositaron en la cama al *Cachimba* que, en medio de sus delirios, daba la impresión de no que no se enteraba de nada.

—Salgamos y dejad que mi hija se ocupe de él —sugirió el dueño—, tiene una mano excelente para tratar las enfermedades.

—Perdona por haber entrado de esta manera en vuestra casa —intentó excusarse Rubén viendo la condescendencia del dueño— pero estábamos desesperados, nuestro compañero está muy mal y si no recibe pronto atención médica igual no lo cuenta. Nos quedaremos con vosotros el tiempo imprescindible y cuando esté en condiciones nos iremos sin causaros más molestias de las necesarias.

El dueño asintió las palabras de Rubén y los tranquilizó cuando comenzó a hablarles de su vida y de que otro de sus hijos había perecido en la Guerra Civil combatiendo con el ejército republicano. Luego los llevó al comedor mostrándoles un retrato que colgaba de la pared en la que aparecía un grupo familiar bastante numeroso. Les indicó con el dedo la figura de uno de los fotografiados que, en efecto, se parecía mucho al enfermo pero observándolo detenidamente los tres coincidieron en que a pesar de las apariencias no se trataba de la misma persona.

—La verdad es que resulta difícil asumirlo y mucho más a mi hija pero lo cierto es que estoy seguro de que no es Herminio —comentó a modo de excusa sobre el extraño comportamiento que habían tenido cuando aparecieron—. Mi hija y este muchacho fueron novios en tiempos de la República a pesar de que los dos eran parientes lejanos. Estaban enamorados, que es lo que importa pero aquí no tenían futuro, por eso, un día él decidió irse a la Argentina prometiendo que cuando tuviera el suficiente dinero volvería por Beatriz. Sin embargo, han pasado ya quince años y hace mucho que no tenemos noticias tuyas, de ahí que cuando viene alguna visita mi hija se ponga tan nerviosa por si aparece su novio entre los recién llegados.

Les estaba comentando aquellos pormenores familiares cuando se abrió la puerta de la calle y entró la dueña de la casa junto a su hijo portando unos paquetes. Éstos en el momento que vieron a los extraños quisieron dar media vuelta y salir corriendo pero Rodrigo los detuvo comentándoles que no tuvieran miedo ya que se trataba de

amigos. Después de poner a su esposa en antecedentes, ésta penetró en la habitación y junto a su hija examinaron al guerrillero. Minutos más tarde salían las mujeres para decirles que se trataba de un fuerte constipado aunque pensaban que podrían controlarlo, eso sí, el enfermo necesitaba mucho reposo y cuidado pues lo llevaba bastante tiempo incubado sin haber recibido tratamiento.

La masía estaba situada en un prado casi en la cima de una montaña. Desde allí tenían un excelente observatorio que dominaba un amplio horizonte con la aldea de Abi en la falda del monte, el municipio de Seira ya en el mismo valle y al fondo las imponentes cumbres del Pirineo. La vista de semejante espectáculo ciertamente acongojaba a los guerrilleros, si bien sabían por dónde se encontraba la frontera francesa desconocían en cambio el camino a seguir entre aquella maraña de montañas.

Rodrigo les dibujó un plano que, aunque tosco, resultaba relativamente fácil seguir sus instrucciones. Se trataba de continuar por el valle de Benasque siguiendo esa parte de la ladera, al final del mismo dejarían los picos de Aneto y La Maladeta a su derecha y, ellos, después de atravesar los Llanos del Hospital de Benasque, tendrían que buscar el mejor recorrido para cruzar la frontera. Segundo y Rubén no hacían más que devanarse los sesos para ver la manera de realizar aquel viaje, sin embargo, Rogelio, una vez recuperado apenas prestaba atención al proyecto. Últimamente tan solo tenía ojos y palabras para su cuidadora Beatriz que, a su vez, siempre estaba solícita ante cualquier indicación del *Cachimba*. Conforme transcurría el tiempo daban la impresión de que eran tal para cual y ello no había pasado desapercibido para nadie en aquella casa.

Después de algunos días, Rodrigo creyó conveniente comunicarles una noticia que suponía les iba a llenar de satisfacción. En una masía próxima vivía un íntimo amigo cuyo sobrino había pertenecido al Maquis. En estos momentos se encontraba escondido en su casa porque el campamento de su grupo había sido asaltado por el ejército pereciendo todos los guerrilleros salvo él. Había llegado dos meses atrás y nadie sabía de su presencia salvo los más allegados. Además, estaba loco por irse a Francia ya que habían muerto todos sus camaradas y tenía allí a su familia. Si ellos estaban de acuerdo subiría a hablar con su amigo y el sobrino por si quería unirse al grupo, ya que conocía la comarca a la perfección. Los tres antiguos maquis se miraron a la cara

y con gestos asintieron aquella propuesta, merecía la pena arriesgarse al desconocer por completo esta parte del Pirineo y lo mejor era ir sobre seguro. Al día siguiente subió Rodrigo a la otra masía y después de cambiar impresiones con sus moradores bajó la mar de contento, el guerrillero había aceptado la propuesta de unirse al grupo.

Una vez estuvieron de acuerdo y viendo la favorable evolución de Rogelio decidieron que reiniciarían su viaje el último sábado del mes de septiembre. Durante la víspera de su marcha se dedicaron a limpiar las armas y dejarlas en perfectas condiciones. Esa misma tarde recibieron la visita de Roque, su nuevo compañero, y se pasaron las horas hablando con entusiasmo del trayecto que pensaban realizar aunque también les hizo partícipes de los peligros del mismo. Además del terreno abrupto que tenían que atravesar, estaba la vigilancia extrema que el Estado franquista reservaba para el Pirineo. Aquella zona estaba plagada de militares, ayudados por patrullas de falangistas y somatenes que constantemente peñaban el monte buscando guerrilleros. Por todo ello, convinieron que a pesar de la poca distancia que les separaba de la frontera, lo mejor sería avanzar por las zonas más abruptas y boscosas extremando la cautela, en caso contrario ya sabían el fin que les esperaba.

Pero lo cierto es que uno de los habitantes de la masada no participaba de la excitación general: Rogelio. Éste, había sido el más activo de los guerrilleros ayudando en las labores de la casa y, sobre todo, en la granja una vez estuvo repuesto de sus dolencias. Pero desde que planearon continuar con el viaje se le veía preocupado por algo y cuando le preguntaban sobre los motivos de dicha actitud se escabullía como buenamente podía. Sin embargo, durante la cena de aquel día no pudo aguantar más la presión a la que estaba sometido y quiso informar a sus amigos la decisión que había tomado.

—Quiero contaros a todos algo muy importante aunque no sé cómo empezar... No, no voy a seguir con vosotros hasta Francia... creo que lo mejor que puedo hacer es quedarme aquí... —comentó entrecortadamente—. Me conocéis bien y ya os dije en La *Lagosa* que mi intención cuando llegara allí era irme a otro país, nada quiero tener con los gabachos que ya nos han amargado bastante. Pero aquí creo que he encontrado lo que siempre busqué y después de la vida que he llevado no pienso dejar pasar esta oportunidad... A partir de mañana dejaré de ser Rogelio el *Cachimba*, ese nombre pertenecerá al pasado

y desde ese momento seré Herminio, el primo lejano de Beatriz. Aquí guardan alguna de sus antiguas cédulas de identidad, además está la fotografía y si alguien sigue manteniendo dudas se pueden disipar ante nuestro parecido. No os preocupéis, es cierto que me arriesgo pero el premio no tiene parangón.

En ese momento, Rogelio miró a los ojos de Beatriz y ésta se sonrojó pero no apartó la mirada. Luego, ambos bajaron la vista al mismo tiempo, como avergonzados, el resto de los presentes vieron confirmadas las sospechas después de verlos siempre juntos durante la mayor parte del día. Una vez hubieron acabado la cena, los guerrilleros siguieron conversando de forma desenfadada y aventurando qué es lo que haría cada uno cuando llegara al país vecino. Todos estaban ansiosos por reiniciar el camino, especialmente Roque, porque había encontrado otro grupo del Maquis y lo aprovecharía para intentar llegar a Francia. Durante esa noche concluyeron los preparativos de la marcha. Nuevamente volvían a ser tres, aunque en esta ocasión no era Rubén sino Roque quien los guiaba.

Al atardecer del día siguiente los guerrilleros iniciaron la marcha tras agradecer a los masoveros las atenciones recibidas. Comenzaron el camino con ganas, después del tiempo que habían permanecido detenidos les urgía recuperar el tiempo perdido. En un principio dejaron atrás el Congosto del Ventamillo, un peligroso barranco donde podían haber sido fácilmente emboscados, a partir de ahí se introdujeron por el bosque para dejar de lado los pequeños centros de población esparcidos por aquel entorno. Andaban durante el amanecer y las últimas horas del día tal y como venían haciendo durante la mayor parte del viaje y, por supuesto, multiplicando la vigilancia para asegurar todo lo posible la ruta a seguir. Transcurrieron un par días hasta que pudieron pasar por las cercanías de Benasque y Cerler, dejando el valle del río Ésera abajo a su izquierda según caminaban. La marcha se realizaba en silencio pero cuando descansaban Roque aparecía como la persona más animada del grupo, siempre que podía les daba explicaciones sobre los pueblos de aquella comarca y la ruta que pensaba seguir hasta Francia. También les comentaba que el grupo de maquis

al que pertenecía fue atacado por una patrulla del ejército que ejercía la vigilancia en aquella Sierra, y aunque resultó herido fue el único que pudo escapar. Al poco de comenzar la marcha ya habían congeñado, no en balde les unía ser auténticos supervivientes del Maquis, más aún, cuando observaron la determinación de Roque junto al exquisito cuidado que ponía en todos sus actos. Les contaba con creciente ilusión las ganas que tenía de llegar a Toulouse donde le esperaba una bella mujer oscense y el hijo de ambos. En realidad, era toda una suerte poder contar con él ya que el Pirineo era un obstáculo imposible de sortear sin un buen guía y una excelente planificación. La grandiosidad de esa cordillera encogía los ánimos de aquellos que la veían por primera vez e intentaban superarla pero, eso sí, a pesar del conocimiento que tenían sobre la misma, los peligros seguían existiendo.

Y por fin llegaron a las estribaciones del pico de la Maladeta, una zona de alta montaña sin apenas vegetación y con la presencia de numerosos ibones. En las proximidades de uno de esos pequeños lagos de origen glaciar optaron por pasar una noche y, a la mañana siguiente, Rubén y Segundo decidieron asearse en aquellas aguas a pesar del frío reinante. Lo cierto es que iban despreocupados, tanto, que dejaron sus armas guardadas entre las rocas mientras se lavaban al pie de la orilla. Pero, de repente, comenzaron a sonar disparos y con rapidez acudieron a buscar la seguridad de una piedra de gran tamaño próxima al ibón. Las balas seguían silbando a su alrededor disparadas desde un promontorio próximo que dominaba el pequeño lago, sin embargo, un nuevo disparo alcanzó el hombro de Rubén antes de que pudieran protegerse. La sangre comenzó a salirle con tanta fuerza que se le expandió por el pecho, además, al sentir el impacto cayó al suelo con tan mala fortuna que se golpeó con fuerza el hombro herido aumentando su dolor. Segundo, tampoco había salido ileso del encuentro y al correr entre tantas piedras sueltas resbaló torciéndose el pie. Por su parte, Roque, parapetado también en una roca disparaba con su fusil intentando contener a los asaltantes, ignoraba su número y tan solo sabía dónde se encontraban. Pintaba muy mal aquella encerrona y ya era la segunda que padecía en poco tiempo pero estaba resuelto a vender cara su piel, por eso, sin medir el peligro cogió el armamento de sus compañeros y corrió hacia su encuentro. Sin embargo, estaba a punto de alcanzarlos cuando notó varios chasquidos en la espalda y se retorció de dolor, dejando caer las armas que portaba. Fue Segundo quien estaba más cerca

de ellas y pudo recogerlas dándole la suya a Rubén. Ambos observaron con detenimiento a Roque pero ya no se movía, el disparo había sido mortal.

Ahora los dos supervivientes comenzaron a disparar. En un principio lograron que los asaltantes detuvieran la intensidad de su ataque pero lo cierto es que no podían aguantar mucho tiempo allí escondidos, urgía montar una estrategia. El *Serrano*, le indicó por señas a su compañero que se trasladara de la forma que pudiera hacia uno de los lados del promontorio y él iría por el contrario. Así lo hicieron y tuvieron suerte, porque desplazándose entre las rocas no les alcanzó ningún disparo a pesar de la persistente balacera. Al momento, casi habían bordeado aquel alto y tenían a tiro el flanco de los asaltantes. Para éstos tan solo existía una salida, ya que desde donde estaban disparando terminaba abruptamente la enorme mole de piedra lo cual impedía el descenso. Una primera ráfaga de Rubén dejó un muerto y otro malherido. En ese momento, los asaltantes centraron sus disparos hacia allí por lo que descuidaron el otro flanco que era donde se encontraba *Majuelas*, el cual, aprovechó la coyuntura para acabar con la vida de un militar dejando heridos a otros dos. El único soldado que continuaba ileso echó a todo correr para intentar escapar, la encerrona prevista se había vuelto contra ellos. Rubén comenzó a perseguirle, mientras Segundo se acercaba hacia donde estaban los heridos apuntándoles con su arma. Al cabo de un momento se escuchó a lo lejos varios disparos y luego sobrevino el silencio. Cuando instantes después Rubén apareció de nuevo, su compañero lo esperaba en lo alto del promontorio vigilando a los militares heridos que ya estaban desarmados.

—¿Le has alcanzado?, —preguntó el *Majuelas*.

—Creo que no pero ya no tenemos que preocuparnos..., iba tan deprisa que se ha despeñado, está al fondo del barranco y con toda seguridad muerto.

—¿Qué hacemos con estos?, —volvió aquel a inquirir.

—Primero los interrogamos y luego ya veremos —respondió el *Serrano*—. Pero antes, espera, voy a ver a Roque aunque creo que ya es tarde...

Acudió donde había caído el guerrillero y comprobó que estaba muerto, entonces se acercó al agua para limpiarse la sangre del hombro y el pecho. Tuvo suerte porque ya casi no sangraba, en realidad la bala

le había traspasado la parte externa del bíceps en el hombro y aunque todavía le dolía era más a consecuencia de la caída que tuvo que al propio disparo. Aún con todo intentó levantar el brazo pero el dolor resultaba insoportable, de manera que recogió las mochilas con la mano ilesa y subió nuevamente al promontorio. Allí Segundo estaba interrogando a los cautivos.

—(...) somos una escuadra del ejército, nada más que cinco soldados y el cabo que está aquí muerto. Estábamos de patrulla y ayer por la tarde os descubrimos, podíamos haber buscado refuerzos pero este cabo iba loco por las medallas y decidió atacar sin más esta madrugada.

El soldado que estaba respondiendo rondaba la treintena de años y había resultado herido en una pierna que sujetaba con ambas manos. A su lado, el otro militar había recibido una bala en el costado y también sangraba aunque era una herida limpia. Por último, el tercero agonizaba mientras intentaba balbucear algunas palabras.

—Agua..., agua... por favor...

Rubén entregó su cantimplora a uno de los otros prisioneros, el cual se aproximó e intentó que el moribundo saciara su sed, pero sus múltiples heridas le impidieron ni tan siquiera probarla. Exhaló un profundo suspiro y a continuación dejó de respirar, en ese momento los dos compañeros se arrastraron por el suelo abalanzándose sobre él y abrazándolo entre lamentos.

—Pronto te acompañaremos amigo —comentó afectado uno de los soldados.

—No lo dudéis, todos acabaremos igual solo es cuestión de tiempo —le respondió Segundo.

Entonces, Rubén, que había cogido uno de los fusiles de los militares lo levantó y apuntó a la cara del que había sido interrogado.

—No me mates por favor... no diremos nada... —suplicó asustado.

Los dos soldados levantaron las manos colocándolas entre sus caras y la boca de los fusiles como si con ellas pudieran detener las balas. Sus miradas eran erráticas, se negaban a observar directamente los ojos de los guerrilleros como si intuyeran que solo verían la muerte.

Los prisioneros seguían suplicando clemencia en medio de continuos lloriqueos, incluso uno de ellos, intuyendo el final de sus días comenzó a rezar en voz baja. Pero Rubén, que llevaba la voz cantante en esta ejecución no se acababa de decidir a disparar, siempre participó de la tesis de que el lugar idóneo donde debe morir un soldado es en el campo de batalla. Él nunca había matado a nadie a sangre fría salvo al asesino de su madre mosén Pascual y estaba convencido que las ejecuciones sumariales convertían a quienes las realizaban en seres viles y despreciables. Pero por su mente también surgía la idea de que no tendría más narices que hacerlo para evitar dejar cabos sueltos y que pudieran delatarlos ahora que ya estaban tan cerca de la frontera. Vacilaba una y otra vez por eso no se atrevía a disparar, le surgían dudas constantes que lo dejaban agarrotado y sin acabar de decidirse. Segundo, lo miraba de reojo porque a él tampoco le gustaba fusilar a nadie pero estaba dispuesto a todo y por lo tanto haría lo mismo que su camarada. En medio de aquel tenso silencio comenzó a escucharse la voz entrecortada del soldado al que habían interrogado.

—No lo hagáis por favor... nosotros también perdimos la guerra —suplicó casi lloriqueando con la voz entrecortada y temblorosa.

Entonces los dos guerrilleros levantaron sus armas y Rubén hizo un ademán con la mano para que se tranquilizara.

—Explícate, ¿qué insinúas?

—No insinúo nada, solo te digo la pura verdad, si me dejas que cuente mi historia lo haré, escúchame y luego haz lo que quieras —ahora su voz sonaba con la determinación de quien sabe que su vida depende de sus palabras—. Yo fui soldado republicano desde el verano del treinta y siete. Tuve mi bautismo de fuego en Formiche Alto cuando la toma de Teruel, luego recorrí media España con mi brigada hasta llegar a Almadén donde me alcanzó el final de la guerra. Me trasladaron durante tres meses a un campo de concentración hasta que me soltaron y volví a mi pueblo. Pero en 1943 me movilizaron, tuve que estar al principio más de seis meses otra vez encerrado en los campos de concentración de Reus y Miranda de Ebro, y cuando me soltaron pasé todavía por un batallón de trabajo durante un año más. A todo esto, quiero que sepáis que mi padre y un hermano mío estuvieron presos en la cárcel durante casi tres años y, decidme, ¿qué demonios podía hacer yo cuando al acabar mi último destino me obligaron a in-

gresar en el ejército al que había combatido? Pues ¡Nada! Y en esas estoy ahora, intentando sobrevivir a tanto calvario como el que he padecido en mi vida. Y la historia de mi compañero es muy parecida tanto como la del que cayó al barranco según dijiste...

—¿Qué hacemos Rubén...? —le preguntó el *Majuelas* susurrándole en el oído.

—Es muy complicado Segundo —respondió aquel a baja voz—. Si les dejamos vivir pueden traicionarnos ahora que estamos tan cerca, pero si les matamos nos convertimos en unos miserables asesinos y eso es algo que detesto como no te puedes ni imaginar. Lo último que quiero es parecerme a los fascistas contra los que llevamos media vida combatiendo.

A pesar del cuidado que habían puesto, los prisioneros apreciaron la duda razonable de los guerrilleros y quisieron intervenir de nuevo intentando que les perdonaran la vida.

—Por favor no lo hagáis, nosotros estamos heridos y por mucho que lo intentáramos nos costaría una eternidad llegar a nuestra base —y mirando a su compañero les hizo una solemne promesa—. Os juro..., os juramos por lo más sagrado que vamos a demorar todo lo posible el conocimiento de esta escaramuza..., o si lo preferís nos quedaremos aquí durante los días que queráis y así tendréis tiempo de sobra para ir a donde sea.

Segundo observó detenidamente a Rubén que seguía dubitativo. El dolor en el empeine de su pie lo notaba cada vez más y encima estaban a medio vestir porque aquella emboscada les había pillado a primera hora y sin acabar de arreglarse. Por ello, indicaron a los prisioneros que se mantuvieran quietos y callados porque iban a pensar detenidamente qué hacer. Mientras aquellos obedecían, Segundo se descalzó y utilizando el jirón de una camisa se hizo una venda para sujetar su maltrecho tobillo. Al mismo tiempo, Rubén comprobaba que ya no sangraba aunque el dolor de su hombro era intenso y además tenía reducido el movimiento del brazo. Realizaron sus curas sin quitar el ojo a los soldados que, sin hablar, seguían los movimientos de sus captores.

—No vamos a mataros —rompió el silencio Rubén después de unos minutos—, espero que no me tenga que arrepentir nunca por esta decisión.

—No te arrepentirás te lo juramos, haremos lo que nos pidas...

—Pues sí, para empezar limpia la herida de tu pierna, sigues sangrando cada vez que te mueves. Coge esta cuerda, has de hacer un torniquete y estarte quieto hasta que te encuentres mejor y dejes de sangrar. Luego, quiero que de la manera que podáis enterréis a todos los muertos aunque sea haciendo un hueco entre las piedras y cubriéndolos con ellas. Este paraje está lleno de buitres y supongo que nadie merece ser devorado por ellos. No os vayáis de aquí hasta pasado mañana, tenéis vituallas para manteneros. Espero que no volvamos a encontrarnos en la vida y si nos delatáis rezad para que muramos, en caso contrario no habrá un lugar en este mundo donde podáis esconderos.

A continuación recogieron las armas de los prisioneros y las inutilizaron, acudieron a dar el último adiós a Roque con enorme sentimiento, nada menos que seguían vivos gracias a él. También le registraron los bolsillos y la mochila y recogieron todos sus papeles prometiéndose que los entregarían a su mujer en Toulouse. Dirigieron un último vistazo a los soldados, e iniciaron su camino en dirección al paso que les había comentado su difunto compañero durante la tarde anterior. Apenas habían echado a andar cuando escucharon una voz a sus espaldas.

—¡Maquis! No sabemos ni queremos saber por dónde pensáis a pasar a Francia pero tened cuidado cuando bajéis al valle. Hay un puesto militar perfectamente camuflado en un ibón de los Llanos del Hospital de Benasque. Lo mejor que podéis hacer es rodearlo porque se trata de una sección del ejército y son demasiados para vosotros. Hacednos caso y no os enfrentéis a ellos...

Rubén y Segundo levantaron la mano y agradecieron el aviso, todo aquello había resultado lo más parecido a un *Do ut des*, es decir un trato de reciprocidad entre las dos partes. Los guerrilleros al final no los habían ejecutado y gracias a ello los soldados le habían revelado donde podían padecer una emboscada del ejército. Y sin perder más tiempo comenzaron a bajar por las estribaciones de la Maladeta. Sin embargo, el ritmo no era el más indicado porque Segundo seguía con sus dificultades para apoyar el pie a pesar de la muleta que le hizo Rubén con una rama de árbol. Cuando empezó a oscurecer casi habían llegado al fondo del valle y decidieron descansar de la penosa caminata. A pesar de la época del año que estaban, el frío de la noche era intenso y tuvieron que realizar un chamizo con ramas y chasca para evitar el relente de la madrugada.

A la mañana siguiente el frío los despertó, a duras penas pudieron levantarse porque sus cuerpos todavía seguían doloridos y magullados. Sin embargo, lo que realmente les afligía no era nada físico ni mucho menos. El resultado de la escaramuza del ibón todavía les atormentaba, no tanto por haber dejado muertos o malheridos a los soldados del ejército franquista, para los combatientes en una guerra es difícil que exista la más mínima empatía con el enemigo. Podían sobrellevar aquel desgaste sin problemas ya que se habían acostumbrado a lo largo de los últimos años a ese tipo de vida. Pero con lo que apenas podían luchar era contra la emoción y los sentimientos que suelen oprimir el espíritu, y la muerte de su camarada dando su vida por ellos los había sumido en un profundo desconsuelo. Sin embargo, ahora estaban a punto de conseguir su propósito de llegar a Francia y, por eso, y por la memoria de su camarada Roque tenían la obligación de seguir adelante. Resultaba imperativo realizar un último esfuerzo.

Nada más levantarse comieron un poco de cecina y Rubén se dedicó a observar con sus prismáticos el valle que pretendían atravesar. A renglón seguido hizo lo propio con la zona colindante a derecha e izquierda y en esta parte localizó un ibón a lo lejos. Escudriñó detenidamente el lugar y no tardó en descubrir la presencia de algunos militares agazapados por los alrededores tal y como les habían prevenido. Durante varios minutos se dedicó a examinar minuciosamente la parte derecha de aquel amplio valle pero ya no encontró vestigios del enemigo, en principio, el camino por ese lado si bien era el más abrupto estaba despejado. De manera que apenas tardaron en iniciar de nuevo la caminata y en el momento que cruzaron el valle e iniciaron la ascensión sortearon como buenamente pudieron más de un profundo barranco. También durante algunos momentos tuvieron que escalar, buscando entre los resquicios de la dura roca cualquier paso o hendidura que les permitiera seguir adelante. Con Rubén herido en el hombro y Segundo cojeando ligeramente su avance resultaba cada vez más penoso y tremendamente lento, teniendo en cuenta además la peligrosidad de aquel lugar. Asimismo, ignoraban si les seguían la pista alguna de las numerosas patrullas del ejército que merodeaban en aquella zona

del Pirineo. Estaban llegando al límite de su resistencia cuando comenzó a oscurecer y volvieron a acusar la bajada de las temperaturas, en ese momento decidieron buscar el lugar idóneo para detenerse y pasar aquella noche.

Cuando amaneció fue Rubén el primero en levantarse y de forma instintiva se intentó orientar correctamente, sin embargo, una densa niebla le impedía conocer la situación exacta del lugar donde se encontraban. Y el no tener a la vista un horizonte lo suficientemente amplio como para ubicarse correctamente lo exasperaba, sobre todo ahora que ya intuía la cercanía del país vecino. Las heridas que padecían junto al cansancio acumulado todavía pesaban en el ánimo de los guerrilleros. Además, estaba la necesidad de no perderse ni errar en su camino. Por ello, Rubén decidió que lo mejor que podían hacer sería mantenerse quietos hasta que el sol pudiera desvanecer la persistente bruma, no fueran a marchar por la dirección equivocada.

Y en efecto, esta decisión fue la acertada. Primero, lograron descansar un poco más y, segundo, algunas horas más tarde la niebla comenzó a disiparse al mismo tiempo que se empezaba a vislumbrar la inconfundible silueta del pico de Salvaguardia. Fue en ese preciso momento cuando Rubén decidió que había que ponerse en marcha con la mayor celeridad posible. Entonces se dirigieron hacia dicha montaña, bordeándola en un amplio margen por la derecha según caminaban con el objeto de evitar algunas zonas tremendamente escarpadas. Se detenían muy a menudo para reponerse debido al desnivel tan pronunciado que existía en aquella falda de la montaña y, sobre todo, era Segundo el más proclive a pararse a pesar de contar con la ayuda de la mula. Y eso sí, vigilando los dos constantemente a su alrededor porque debido a la irregular vegetación podrían ser descubiertos con cierta facilidad.

Pero tuvieron suerte y cuando comenzaban a llegar a lo alto de aquel paso, el *Serrano* tuvo la intuición de que ya lo habían conseguido. Vieron unas rocas de tamaño mediano que sobresalían algo más adelante y hacia allí se dirigieron con la intención de descansar y poder comer, la penosa caminata y aquella altitud volvía a dejarles al límite de la resistencia. Entre dichos peñascos lograron protegerse también del frío reinante y, después de haberse reconfortado lo suficiente, Rubén cogió sus prismáticos y oteó el horizonte a la búsqueda de un paraje que según pensaba debía de estar por las proximidades. Apenas

había dado un pequeño giro cuando detuvo la exploración, siguió mirando inmóvil hacia un punto en concreto y tras unos breves momentos bajó los prismáticos dejando entrever una placentera sonrisa. Y una vez repuesto aunque todavía embargado por la emoción observó a un expectante Segundo que lo miraba realmente intrigado.

—Amigo mío, lo hemos conseguido, ¡estamos en Francia! —exclamó el *Serrano* con euforia apenas contenida.

—¿Qué dices? ¿Estás seguro...? —replicó incrédulo el *Majuelas*.

—Tan cierto como que ambos nos moriremos algún día —al tiempo que le daba los prismáticos para que se fijara en un punto del horizonte señalado con la mano le comentó—. Ves aquel grupo de lagos uno grande y el resto pequeños que hay en esa dirección, pues los franceses lo conocen como Boums du Port ¡Es Francia!, por fin hemos llegado. Todos esos lagos están en la vertiente francesa de los Pirineos.

Los dos compañeros se abrazaron con fuerza y al instante reiniciaron el camino sumamente alegres por haber cumplido con la meta que se habían propuesto meses atrás. A pesar de las heridas y de sus limitaciones físicas su ánimo resultaba incontenible. Aún con todo, la felicidad de aquel momento no les relajaba un ápice en su caminata e iban buscando los lugares más accesibles para seguir descendiendo. Sin embargo, el terreno seguía siendo abrupto, difícil, propio de la alta montaña y el sufrimiento de los guerrilleros era bastante palpable. Casi dos horas más tarde habían dejado a su derecha aquellos lagos pirenaicos y bordeando por la loma de la montaña pasaron por el medio de otros dos, el de Montagnette y, más abajo, uno pequeño conocido como Maille. Seguían descendiendo mientras buscaban la frondosidad de los valles de la Glère y Pique que Rubén conocía desde su etapa en el Maquis francés. Una vez que penetraron entre los primeros árboles bajó la intensidad de la marcha, la espesura casi impenetrable de aquel lugar a pesar de incomodar su tránsito era donde ellos se sentían más seguros.

Después de los sufrimientos padecidos, estaban ansiosos y marchaban alegres sin darse tan siquiera un ligero respiro y con la intención de llegar cuando antes a la población de Bagnères de Luchon, su próximo destino. Pero las prisas seguían siendo malas consejeras y convenía un poco de sensatez, por eso, cuando comenzaba a oscurecer de-

cidieron refugiarse dentro de una cabaña medio derruida que habían encontrado mientras caminaban por el bosque. Hicieron fuego, lavaron sus heridas y cenaron con ganas, estaban excitados y el cúmulo de las novedosas sensaciones que percibían les había abierto el apetito. Sin embargo, aquella noche les resultó extraña incluso puede que algo incómoda, era la primera vez desde mucho tiempo que no necesitaron de turnos de guardia ni tan siquiera estar ojo avizor ante cualquier eventualidad. Sea por lo que fuere, lo cierto es que apenas pudieron conciliar el sueño. Y en uno de los momentos en que Rubén se movió inquieto observó a su amigo sentado encima de una piedra y mirando totalmente abstraído las flamas de la hoguera. Decidió levantarse y se colocó enfrente de Segundo.

—Tengo una duda *Serrano* —Comentó el *Majuelas* aún ensimismado y sin prestar la más mínima atención a los movimientos de su compañero—, si la historia la escriben los vencedores, ¿cómo crees que se nos recordará en el futuro?

—Si te digo la verdad no me importa absolutamente nada lo que digan o dejen de decir sobre nosotros —le respondió Rubén—. Yo tengo la conciencia tranquila, durante todos estos años no he hecho más que luchar por los ideales de justicia social y libertad que trajo nuestra República.

—No, si yo en ese sentido pienso como tú... pero es que conociendo el atajo de bribones que dejamos atrás me da la impresión de que no vamos a salir bien parados para nada. Acuérdate de los últimos tiempos de nuestra estancia en la Sierra de Albarracín, y la creciente desconfianza de la población por culpa de las maquinaciones del maldito gobernador civil y sus secuaces. Además, otra cosa que no dejo de pensar desde que entramos en Francia es qué va a ser de nosotros de ahora en adelante, cuando no hemos tenido más remedio que exiliarnos en este país y conociendo los antecedentes de cómo nos han tratado.

—Mira Segundo lo que tengo claro es que vamos a pasar nuestra propia travesía del desierto y para no engañarte con las cartas que tenemos me parece que pintan bastos.

Fue franco Rubén al hablar, quizás demasiado por haberlo hecho con cierta crudeza, pero hacía tiempo que había dejado atrás las florituras del lenguaje y estaba decidido a decir las cosas por su nombre

tal y como las sentía. Sin embargo le dio la impresión de que su compañero se encontraba desorientado y abatido, posiblemente como consecuencia del bajón psicológico que suele poner fin a los sucesos vividos con mucha intensidad y aquellos que habían padecido durante los últimos meses lo eran en grado sumo. Por eso, no quiso ahondar con aquel mensaje tremendista y decidió moderar su discurso.

—A pesar de todo creo que debemos sentirnos satisfechos por nuestra lucha y tenemos que ir plenamente decididos a comenzar una nueva etapa en la vida. Hemos vencido en Europa, pero a mí lo que más me duele es que España haya quedado al margen de esta victoria. Por eso me temo que se avecina una nueva “Edad oscura” como me conto en su día nuestro añorado Diógenes que ocurrió en la antigua Grecia. Y ahí entramos nosotros querido amigo. En la medida de nuestras posibilidades tendremos un nuevo trabajo en el exilio, formar a las nuevas generaciones para que un día no muy lejano logren hacer de España esa tierra de justicia y libertad que nunca debió de dejar de ser por culpa del fascismo.

—Pero, ¿qué podemos hacer si no contamos con más apoyo que nosotros mismos? Bastante escarmentado estoy por todo lo que he visto y padecido desde que comenzó nuestra Guerra Civil —se lamentó Segundo—. Hemos sido un campo de experimentación para que alemanes e italianos ensayaran las tácticas a seguir durante la II Guerra Mundial mientras que nosotros poníamos los muertos. Y por supuesto, tampoco podemos dejar de lado a las democracias occidentales porque para ellas tan solo fuimos y somos moneda de cambio para sus intereses...

—No te lo discuto, por eso te insisto que hay que buscar la mejor manera de luchar contra el fascismo en esta nueva etapa que se abre en nuestras vidas, es algo que tenemos que hacer nosotros mismos sin contar con la ayuda de nadie. Con toda seguridad, si ésta se produce será interesada y acabaremos pagándola a precio de sangre y oro que de eso, como bien has dicho, tenemos bastante experiencia. Lo que sí tengo muy claro es que pelearé con todas mis fuerzas, porque en el preciso momento que deje de hacerlo habrán conseguido vencerme. Ya he tenido bastante con la derrota de la República Española pero eso mismo ha de ser un acicate para redoblar nuestros esfuerzos hasta revertir esta triste realidad. Y si te tengo que ser sincero, por quien más siento la situación que se da en estos momentos es por todos aque-

llos compañeros que todavía continúan en España sufriendo el acoso de las fuerzas represoras... Pero al mismo tiempo pienso sinceramente, con todo el dolor de mi corazón, que la lucha armada ha fracasado aunque quizás solo sea por el momento...

Y de esta manera siguieron conversando Rubén y Segundo durante unos pocos minutos, haciendo un repaso de sus vidas al calor de la hoguera entre apesadumbrados y excitados por todo lo que les había acaecido durante los últimos años. Algo más tarde e inmersos en estas reflexiones decidieron que lo mejor sería intentar dormir y descansar, el día que se avecinaba tenía todos los ingredientes de ser bastante ajetreado. Lo cierto es que todavía tardaron un tiempo en poder conciliar el sueño pero por fin lo consiguieron en el momento que fueron vencidos por el cansancio. Tan solo pudieron despertarse cuando se extinguieron los rescoldos del fuego y el frescor matinal hizo el resto, logrando que se revolvieran incómodos entre las mantas.

Nada más levantarse Rubén se dedicó a observar el horizonte con sus prismáticos. Aunque apenas se veía personas transitando por los caminos reconocía que resultaba peligroso la posibilidad de que pudieran tropezarse con alguien ya que iban armados. Por todo eso decidieron abandonar las armas, encontraron en las aberturas de un roquedal próximo a aquella casa en ruinas el lugar idóneo para realizarlo ya que, llegado el caso, con todos estos indicios no les resultaría difícil volver a recuperarlas. Tan solo mantuvieron las mochilas con sus efectos personales y, por supuesto, los prismáticos soviéticos regalo de aquel moribundo soldado alemán que tan buen resultado le había dado a Rubén. Eso sí, aprovecharon la presencia de un pequeño curso de agua para adecentarse lo mejor que pudieron y por supuesto afeitarse compartiendo la última cuchilla que compraron en Valdealgorfa.

La imagen que presentaban resultaba crucial por si se topaban con alguna persona durante el resto del trayecto, y el aspecto hasta esos momentos era tan deplorable que los podían haber confundido con malhechores. No les convenía olvidar bajo ningún concepto que seguían siendo extranjeros en aquel país. Antes de iniciar la marcha comieron unas manzanas y Rubén reconoció el camino que debían seguir a través de una hilera de montañas cada vez más bajas que se perdían en la lejanía. Desde donde se encontraban, la vegetación era tan exuberante que casi impedía apreciar los pequeños caseríos aislados y ro-

deados de prados que se extendían por el horizonte. Una vez aseados continuaron caminando tanto por el interior del bosque como serpenteando entre alguna de las sendas que encontraron, eso sí, siempre buscando el camino adecuado para que Segundo pudiera andar mejor apoyado en su mula. En un principio procuraron esquivar los prados y las casas de campo que aparecían cada vez con más frecuencia. Pero a media mañana ya resultaba casi imposible no cruzarse con personas y aumentaba de forma notable el número de caseríos, además, estaba la presencia de una carretera con el consiguiente trasiego de carros y vehículos.

Rubén ya percibía la cercanía de la población y su intuición se vio confirmada al observar la efigie de una torre que se distinguía entre las copas de los árboles. En ese momento, dolorosos recuerdos comenzaron a agolparse en su cerebro. Aquella torre era la atalaya defensiva erigida durante la Edad Media conocida como Castel-Vielh, en cuyos alrededores tuvo lugar uno de los combates de Rubén con el Maquis francés que se saldó con un auténtico descalabro. Nunca pudo olvidar que el grueso de aquella partida fue muerto o hecho prisionero, entre todos ellos estaban su querido amigo Eugenio Lahuerta y otros republicanos exiliados de la Sierra de Albarracín. Observó con detenimiento los alrededores y todavía le pareció ver a las tropas alemanas rodeándolos bajo un fuego cruzado mientras ellos se defendían a duras penas, hasta que solo unos pocos pudieron escabullirse entre la tupida maleza que rodeaba el lugar. Durante un instante se quedó pensativo, absorto, contemplando con un mohín de tristeza la atalaya y recordando los sucesos que ocurrieron allí. Una vez se recompuso echó un vistazo general y apreció cómo había cambiado aquel entorno a pesar del escaso tiempo transcurrido, momento que aprovechó para contar a su compañero las peripecias de aquella emboscada. Una vez finalizó el relato ambos reiniciaron la marcha aunque en esta ocasión fueron caminando por la misma carretera.

XVII

Por fin, el mediodía del viernes 1 de octubre de 1948, unos tres meses después de que iniciaran aquel periplo arribaron a su destino, la población de Bagnères de Luchon. Antes de ir a presentarse a la *gendarmerie*, Rubén decidió buscar a sus conocidos en esta localidad. Todavía recordaba su estancia durante la ocupación alemana pero sobre todo tenía presente las vísperas de su entrada en España durante el otoño del año 1944. En esta última fecha pasó allí un breve periodo de tiempo que aprovechó para visitar a Ángel y Vicenta, el conocido matrimonio aragonés con los que había coincidido como enlaces del Maquis francés. Acudieron a un café, precisamente donde Rubén habló con sus amigos por última vez, y preguntó por ellos al dueño del local. Tuvieron suerte, ya que se enteraron que seguían viviendo en la localidad pero lo que les llenó de alegría fue saber que además presidían una asociación de ayuda a los refugiados políticos españoles. Inmediatamente marcharon al domicilio que les habían indicado y al reconocerse todos allí fueron grandes las muestras de alegría. Mientras los atendían convenientemente con comida caliente y casera como hacía tiempo no degustaban, conversaron sobre los sucesos y la odisea que les había llevado de nuevo hasta Francia. Luego, el anciano aragonés le hizo entrega a Rubén de la documentación francesa que éste le entregara antes de su partida hacia España, y que era la que había acumulado el *Serrano* desde su exilio a comienzos de 1939. Y en el momento que pudieron descansar se bañaron por turnos, algo que ambos deseaban casi más que el comer. Conforme salían del aseo, Vicenta se encargó de curar la herida en el hombro de Rubén y también vendó el dolorido pie de Segundo.

La noticia de la arribada de los guerrilleros a Bagnères de Luchon corrió como la pólvora entre los exiliados españoles y durante esa tarde las visitas fueron frecuentes, tanto, que los propietarios tuvieron que demandar calma y paciencia pero sobre todo la máxima reserva, a la espera que Rubén y Segundo fueran el día siguiente a la *gendarmerie* para regularizar su situación en el país. Sus anfitriones prepararon una cena íntima para homenajearlos a la que acudieron los miembros dirigentes del exilio español en la población. Pero aquella noche estaba llena de sorpresas y el matrimonio aragonés tenía preparada una especial para Rubén. Ya habían tomado el postre y estaban a

medias con el café y la copa cuando sonó el timbre de la puerta. Los dos recién llegados se sobresaltaron por la hora intempestiva y aquel sonido al que todavía no se habían acostumbrado, pero el dueño de la casa los calmó realizando un gesto con ambas manos mientras se levantaba y presto acudía para abrirla. Al momento penetraba de nuevo en la habitación acompañando a una persona.

—Mirad quien ha venido a veros —comentó.

Los antiguos guerrilleros giraron la cabeza al instante dirigiendo la mirada hacia el recién llegado. El *Majuelas* no lo conocía pero *Serrano* lo escudriñó detenidamente y tras apercibirse de quien se trataba fue hacia él y se fundieron en un intenso abrazo.

—No me lo puedo creer *Bronchales Uno...* perdona quiero decir Miguel cuanto tiempo...

Los presentes rompieron en aplausos ante la emoción que representaba ver a los dos antiguos compañeros de armas reunidos de nuevo. Pasados esos intensos momentos todos volvieron a sentarse de nuevo, entonces, Vicenta llevó a su marido una botella de champán y éste después de abrirla vertió su contenido en las copas de todos ellos. Les demandó que se levantaran y las alzarán para realizar un brindis.

—¡Por la República española y los guerrilleros que luchan por la libertad de nuestro pueblo!

—¡Por la República! ¡Por el Maquis! —se escuchó al unísono como si fuera una sola voz.

Una vez realizado el brindis todos se sentaron de nuevo. Hubo un intento de cantar el himno republicano pero fue acallado al instante por el dueño de la casa.

—Por favor camaradas no conviene llamar la atención durante esta noche, el domingo tendremos oportunidad de todo ello porque haremos una comida campestre y allí podremos gritar y cantar lo que queramos. Acordaros que nuestros huéspedes todavía no se han presentado ante las autoridades, no vayamos a fastidiarla antes de tiempo.

Esa reprimenda ocasionó un breve silencio roto por Rubén que llevaba varios minutos queriendo comentar algo al recién llegado.

—No sabes cómo me alegro de verte, Miguel. Perdí el contacto con muchos de vosotros desde que nos separamos durante la embos-

cada de los alemanes en la atalaya de Castel-Vielh. Y por cierto, qué me puedes decir de Eugenio Lahuerta...

Aquella pregunta no fue una sorpresa para el recién llegado, ciertamente la esperaba y la temía al mismo tiempo. A ningún bien nacido le gusta dar ciertas noticias, de manera que hizo un esfuerzo y le respondió aunque su voz no sonó firme sino más bien al contrario, temblorosa y titubeante.

—Lo siento mucho Rubén... pero *Monterde Dos* murió...

—¿Qué dices?

—Lo que has oído y por favor no me lo pongas más difícil, no te puedes imaginar hasta qué punto pueden doler los recuerdos.

—Y el resto de los camaradas, ¿qué? Porque también cogieron prisioneros a los de Albarracín... Frías, Orihuela, los otros de Bronchales... ¿qué ha sido de ellos?

—Muertos Rubén... murieron todos.

—¿Todos muertos...? ¡No puede ser...! Pero... ¿cómo?

Miguel lo miraba con ojos comprensivos y aunque sabía que le iba a doler su respuesta no tenía más remedio que ir hasta el final. De manera que tras un breve pero tenso silencio por fin se decidió a hablar después de emitir un prolongado suspiro.

—Pocos días después de caer en la encerrona que nos tendieron los alemanes en Castel-Vielh, los supervivientes fuimos llevados a un centro de internamiento no muy lejos de aquí donde nos interrogaron y torturaron de una manera como no te puedes imaginar —su voz sonó débil, los recuerdos de aquel suceso seguían haciéndole mella—. Nos tenían separados del resto de los detenidos por ser precisamente españoles y no había piedad con nosotros. Después de una semana en aquel lugar, cierta mañana nos hicieron subir a un tren sin saber adónde nos llevaban. Pasamos varios días dentro de unos vagones infectos tratados como ganado y nos trasladaron a un campo de concentración alemán llamado Gusen, que formaba parte de un complejo más amplio conocido como Mauthausen. Allí éramos tratados como esclavos y el que no respondía con el trabajo lo mataban o lo dejaban perecer por cualquier enfermedad. De todos los compañeros de la Sierra de Albarracín que íbamos con el Maquis tan solo he sobrevivido yo y eso que padezco

una enfermedad de por vida como consecuencia de mi paso por Gusen. Pero por lo menos puedo contarlo, no como los pobres que cayeron en el infierno de aquel campo de exterminio.

Aquel relato hizo que los presentes mudaran su anterior comportamiento festivo y ahora un tenso silencio se adueñó de la habitación. Rubén seguía apesadumbrado por aquellas palabras. Desde los últimos meses de su lucha en Francia tenía conocimiento de que en los países controlados por los nazis y en la propia Alemania existían campos de concentración, pero no acertaba a relacionar su existencia con el exterminio sistemático de los prisioneros. Había escuchado asimismo ciertas noticias sobre los judíos aunque siempre le parecieron exageradas o, más bien, no quiso creerlas porque jamás imaginó que el ser humano fuese capaz de cometer semejantes atrocidades. Pero estaba equivocado y los allí reunidos se lo hicieron saber, de manera que pocos minutos después los dos guerrilleros miraban consternados a sus interlocutores, por eso éstos ahorraron ciertos comentarios viendo la creciente turbación de los recién llegados.

Aún con todo, Rubén seguía sin hacerse a la idea de que ya no vería nunca más al resto de sus paisanos y, especialmente, a su querido amigo el también monterdino Eugenio Lahuerta con el que tanto había luchado y padecido durante la Guerra Civil española. Pensó en sus padres y en el encargo que le hicieron cuando se marchó con él a Torres de Albarracín a comienzos de la guerra, ya no podría cumplir con la palabra que dio en su momento cuando aseguró a su madre que se lo devolvería sano y salvo. De todas formas ya tendría tiempo de hacerles llegar alguna carta indicándoles, de la mejor manera posible, qué le había ocurrido. Pasado aquel instante de estupor se recompuso levantándose como un resorte, entonces, cogió la botella de coñac con la que ya se había servido una copa y volvió a llenarla de nuevo e hizo lo propio con las del resto de los comensales. Una vez lo hubo realizado levantó la suya y todavía emocionado se dirigió a los presentes.

—Quisiera pedirlos a todos un favor. Con el permiso de los dueños de la casa he llenado vuestras copas porque deseo recordar a todos mis amigos muertos, como dice Miguel, en aquel campo de los horrores. Pero eso sí, quiero hacerlo reivindicando tanto su memoria como sus auténticos nombres. Quizás os hayáis extrañado cuando me habéis escuchado llamar a nuestro camarada Miguel con el nombre de *Bronchales Uno*. Por supuesto ese no es su nombre, ya conocéis cual es

el verdadero, lo mismo pasa conmigo que me llamaban el *Serrano* pero también *Monterde Uno*. Y, con aquellos que he preguntado a Miguel, porque *Albarracín*, *Frías*, *Bronchales Dos*, *Pozondón* y tantos otros, en realidad tenían sus nombres y apellidos. Cuando estábamos luchando en el Maquis francés, los compañeros de la Sierra de Albarracín decidimos que nos llamaríamos como nuestros pueblos en homenaje al lugar donde nacimos. Seguramente pensaréis que es algo banal, inocente o que no tiene sentido, pero si os soy sincero resultaba eficaz para no volverse loco en una guerra como aquella tan lejos del hogar. Cada vez que escuchábamos el nombre de nuestro pueblo nos subía el ánimo como no os podéis ni imaginar, porque ese era el único nexo de unión que teníamos con nuestra patria chica y también con las familias que habíamos dejado atrás. Por eso os pido que levantéis vuestras copas... y que Miguel diga el nombre de pila y el lugar de nacimiento de cada uno de nuestros paisanos muertos en ese campo de exterminio, mi mayor deseo al realizar este brindis es mantener viva su memoria. Hizo esto Rubén y una vez su antiguo compañero nombró a los serranos muertos en Gusen todos los presentes apuraron sus copas.

Luego, vivamente interesado por aquellas noticias que acababa de enterarse respecto a los campos de concentración, quiso saber por boca del propio Miguel la vida que habían tenido allí y cuáles fueron sus sentimientos en el momento de la liberación. Sin embargo, para aquel superviviente de los campos nazis incluso esta última experiencia resultaba traumática y así se lo hizo saber.

—Rubén, de nuestra vida en los campos de concentración casi quiero ahorrarte la mención para no estropear una velada como esta, basta decir que no nos trataban como seres humanos solo éramos cosas sin valor alguno, por eso, de lo que nos ocurrió allí mejor que te vayas enterando poco a poco. Y respecto a lo que sentí cuando la liberación yo te podría decir que gratitud y desolación a partes iguales. Gratitud, porque gracias a los aliados salvé mi vida. Como ya te he dicho estuve encerrado durante dos largos años y vi morir a muchos de mis compañeros, allí dentro padecí todos los horrores que te puedes imaginar incluso estábamos clasificados como apátridas y rojos peligrosos. Y entre mis sentimientos por la recobrada libertad, una enorme desolación por todo lo que tuvo lugar precisamente a partir de la liberación del campo. En el momento que por fin llegaron los norteamericanos, los prisioneros ya nos habíamos organizado por nacionalidades y lo teníamos todo

medianamente controlado. Luego, a los pocos días acudieron comisiones de todos los países y se llevaron a sus compatriotas tratándolos como auténticos héroes. Sin embargo, por los españoles no vino nadie ni desde España hicieron esfuerzo alguno por reclamar a sus supervivientes de los campos de concentración. Teníais que habernos visto allí a todos los españoles juntos después de la liberación del campo esperando que alguien viniera a recogernos como a los del resto de las naciones, aunque pensar que ello pudiera ocurrir parecía una quimera imposible. Por supuesto que nadie vino por nosotros, para Franco no éramos más que los apestados de Gusen. Y por fin, un día decidimos abandonar el lugar y trasladarnos cada uno donde habíamos escogido como residencia y nos permitían vivir. No te puedes imaginar la tristeza que pasamos en esos momentos por no poder regresar a nuestra patria a pesar de la alegría que sentíamos por la liberación.

—Ese es el sino de nuestra generación —entró en la conversación uno de los comensales—. Yo estoy convencido que pasaremos a la historia como una generación perdida en la historia de España. Una generación que vivió sin pena ni gloria y no pudo o no supo hacer frente a los embates del fascismo.

—No seas derrotista hombre —otro de los presentes rebatió aquel argumento—, no puedes decir eso porque los republicanos españoles hemos colaborado según nuestras posibilidades, un granito de arena si quieres pero reconfortante, para ganar la guerra principal que era la que se libraba en Europa.

—¿Y de qué nos ha servido?, —respondió el primero de nuevo—. Tenemos a Franco y a los militares haciendo de las suyas en España e impidiéndonos volver y bastantes de los que lo hicieron fue porque les aseguraron que no les pasaría nada si no tenían delitos de sangre. Pero incluso demostrando su inocencia un buen número de antiguos combatientes republicanos fueron fusilados cuando regresaron. Y a través de nuestros contactos sabemos que aún siguen ejecutando gente y que las cárceles están todavía llenas de prisioneros por su relación con la República. Además, sabes que muchos de nosotros dejamos allí sangre, sudor, lágrimas, muertos e incluso a nuestras familias, ¿no te parece eso suficiente condena?

Un murmullo de voces interrumpió aquella conversación donde cada uno de los presentes quiso hacer patente la visión del

mundo que le había tocado vivir. Esa algarabía fue radicalmente cortada por el dueño de la casa que les volvió a recordar la necesidad de guardar las formas y no molestar al vecindario por lo que pudiera pasar. Aún con todo, durante el resto de la noche aquellos exiliados españoles siguieron conversando con su tema preferido: la República, aunque eso sí hicieron caso al anfitrión y bajaron notablemente el tono de la disputa. Por lo que Rubén y Segundo habían podido apreciar, existían diferentes sensibilidades entre aquellos paisanos y más de uno parecía seguir a pies juntillas las doctrinas emanadas por el partido Comunista. Quizás por todo ello y aunque las discusiones seguían siendo numerosas, en una cuestión sí que estaban de acuerdo, había que revertir la situación política de España costara lo que costara. No obstante, el número de escépticos era el más numeroso y como muestra estaban los dos guerrilleros recientemente huidos del país porque las fuerzas franquistas les habían ganado la partida.

Otra de las cuestiones que salieron a relucir y a la cual censuraban amargamente, era el abandono al que habían sometido a España las potencias occidentales a causa de la denominada Guerra Fría. Los allí presentes insistían en que esos países habían preferido defender sus propios intereses, aunque fuera a costa de mantener el último bastión del fascismo en Europa. Todo ello, antes que ayudar a un pueblo oprimido y sojuzgado por los militares fascistas ganadores de la Guerra Civil española que, para más inri, habían sido aliados de Hitler y Mussolini. Para los presentes, ni tan siquiera era suficiente con el aislamiento al Régimen franquista desde el año 1946 propiciado en las Naciones Unidas hasta que se implantara de nuevo un gobierno democrático. También comentaban la importancia que tuvo la guerra fratricida en España ya que, a pesar del ninguneo de los estados democráticos europeos, fue el prelude de la II guerra mundial. Sin la ayuda de todas estas democracias quedaba claro que España estaba abandonada a su suerte otra vez, más aún si desde el país vecino las autoridades no mantenían una clara posición. Y sobre todo, el fracaso de la operación Reconquista con la entrada de los guerrilleros españoles a través del valle de Arán a finales de 1944, era una buena muestra de la dejación de los países aliados con España. Cuando Rubén escuchó estos últimos comentarios miró a Segundo y ambos sonrieron con ironía, asentían mientras se acordaban de las palabras del *Cachimba* y su odio a los gabachos.

A la mañana siguiente acudieron a la *gendarmerie* junto al matrimonio aragonés y dos miembros de la Asociación de ayuda a los refugiados españoles para solicitar el estatuto de refugiado. Lo cierto es que no tuvieron muchos problemas para realizar la demanda y eso que Segundo carecía de credenciales, la ayuda prestada por los directivos de la asociación resultó crucial. Además, se daba el caso de que allí todavía recordaban a Rubén, ya que varios de los gendarmes locales habían combatido juntos en el Maquis de la región. Eso sí, la única condición que les impusieron era la de no abandonar Bagnères de Luchon durante una semana, tiempo que se suponía sería más que suficiente para tramitar el papeleo del asilo solicitado.

Los camaradas españoles de la población les asesoraron y ofrecieron alojamiento para ayudarles a comenzar esta nueva etapa. Por su parte, Rubén y Segundo hicieron entrega a la Asociación de Exiliados del resto de billetes del Maquis que todavía poseían. Durante los siguientes días deambularon por la ciudad visitando a antiguos compañeros y poniéndose al corriente de los acontecimientos que ocurrían en el mundo y, sobre todo, en su añorada España. El grupo de compatriotas presentes en Bagnères de Luchon organizó una comida campestre para el primer domingo de su estancia con el fin de homenajear a los guerrilleros. De manera que se reunieron en un prado próximo y acudieron a la cita medio centenar de personas entre españoles exiliados y camaradas franceses. Fue un acto emotivo que sirvió para homenajear a los dos guerrilleros, pero al mismo tiempo se trató de una jornada reivindicativa y festiva donde todos los presentes por fin pudieron dar rienda suelta a sus emociones. La mayoría de ellos habían combatido contra el fascismo en España y Europa y ese nexo de unión los había convertido en auténticos camaradas independientemente su lugar de nacimiento. Pero a Rubén una cuestión seguía martilleándole la cabeza y en el momento que pudo habló aparte con su antiguo camarada Miguel, también conocido como Bronchales Uno.

—Durante todos estos días no he dejado de pensar ni un minuto en mi compañero Eugenio Lahuerta, necesito saber qué le pasó realmente y, a pesar de que me dijiste que aquello era un infierno, no me quedaré tranquilo hasta que me cuentes su vida en el campo de concentración. Por muy duro que sea lo que allí ocurrió es preciso que lo sepa, conociéndolo va a ser la única manera de que me pueda tranquilizar.

—Si te soy sincero me hubiera gustado ahorrarte su historia pero entiendo tu inquietud y si quieres que te diga la verdad yo pienso lo mismo, es preferible saberlo todo a ignorarlo y hacerte cábalas sobre lo que pudo haber ocurrido.

—Me alegro de que estés de acuerdo conmigo... por favor cuéntamelo.

—Tu paisano Eugenio fue uno de los prisioneros españoles que murieron primero —comentó tras un breve silencio bajando notablemente el tono de voz como si le estuviera contando el mayor de los secretos— y aunque te parezca extraño lo que te voy a decir, tuvo suerte, solo vivió unas pocas semanas. Los primeros que sucumbieron en el campo de concentración fueron los más débiles... por eso, cuando comenzamos a observar cómo se las gastaban los nazis procurábamos no aparentar ninguna enfermedad o tara porque ello representaba acabar en la cámara de gas. Tu sabes que el muchacho tenía una lesión en la pierna desde los bombardeos de Gerona, por eso disimulaba todo lo que podía para que no lo vieran cojear. Pero el trabajo en la cantera de granito era extenuante, a los pocos días comenzó a resentirse hasta que llegó un momento que su cojera era visible y, aunque entre todos procurábamos arrojárselo, su pierna empeoraba cada vez más. Eugenio no tenía miedo a la muerte, eso nos lo comentó en más de una ocasión, pero le daba pánico que ésta fuera en la cámara de gas y nos juraba que nunca lo llevarían allí. Insistía en que siempre se sintió una persona libre y quería serlo hasta para escoger la fecha y forma de morir... Cierta mañana, después de recibir una de las tantas palizas que acostumbraban darnos, ya era plenamente consciente de que no tardarían mucho tiempo en llevarlo a las cámaras de gas o con unos médicos que temíamos más que a la muerte..., por eso, aprovechó una distracción de los guardianes para soltar la piedra que llevaba a cuestas y abalanzarse sobre una alambrada electrificada..., allí mismo murió electrocutado... Aquella acción... era una práctica común... ya lo habíamos visto hacer a otros prisioneros en el campo de Gusen...

Aquellas palabras que no eran sino la cruda realidad de lo que había ocurrido en los campos de concentración nazis calaron hondo en el ánimo de Rubén pero también en el narrador que, al comentarlas, había vuelto a revivir aquel calvario. A continuación se produjo un prolongado silencio, cada uno absorto en sus pensamientos por el contenido de la historia recién contada. En esa aparente calma, daba la

impresión de que estaban encerrados en una burbuja totalmente aislados del jolgorio que vivía el resto de los participantes en la fiesta campestre. Pasados unos segundos, fue el *Serrano* quien volvió en sí y sin mucha confianza realizó una nueva pregunta.

—Me imagino que estará enterrado en algún lugar de Gusen...

—No Rubén... a los muertos los incineraban..., nosotros ya sabíamos que ese sería nuestro destino final... Cuando pasamos el primer día por la puerta del campo de concentración, el oficial que vigilaba nuestro paso nos decía riéndose que entrábamos por allí pero que solo saldríamos por la chimenea..., con el tiempo supimos que se refería a las de las cámaras de gas.

Un nuevo silencio acompañó estas últimas palabras y los dos bajaron sus miradas al suelo con los sentimientos a flor de piel, ninguno se atrevía a hablar ni tan siquiera mirarse a la cara. Transcurrido aquel instante que pareció eterno Miguel fue el primero en recobrarse, levantó su brazo y dio un par de golpecitos en el hombro del *Serrano* con la sana intención de animarlo y que pudiera salir de su ensimismamiento.

—Tenemos que ser fuertes y sobreponernos aunque solo sea por la memoria de los que fueron masacrados allí. Hemos vivido una auténtica locura y debemos luchar a partir de ahora para que nunca jamás se vuelva a repetir y, por supuesto, contarle a las nuevas generaciones... —fue el epílogo de aquella conversación y acto seguido le invitó a cambiar de tema—. Vayamos con nuestros compañeros y levanta ese ánimo Rubén.

Así lo hicieron y aunque consternados, acudieron junto al resto de los republicanos españoles a rememorar el final de una triste etapa y el comienzo de una nueva que se presumía prometedora aunque llena de interrogantes. Si tras todos los esfuerzos había conseguido llegar sano y salvo a Francia, lo que no podía hacer en estos momentos era darse por vencido. Su lucha, la lucha de los republicanos españoles seguía adelante a pesar de los últimos reveses.

Días más tarde, cuando se cumplió el plazo que les habían dado en la *gendarmérie*, acudieron allí y recogieron su nueva documentación, eso sí, fueron apercibidos de que deberían extremar su comportamiento si no querían tener problemas. Y esa advertencia no era una cuestión baladí, lo cierto, es que en estos momentos algunos franceses

recelaban de los exiliados republicanos españoles. Desde los medios de difusión conservadores eran catalogados como “Rojos” indeseables, muy lejos de la consideración de héroes que disfrutaron en un principio por la ayuda prestada a la liberación de su país. Aunque para suerte suya todavía existían los que agradecían su lucha como aquellos conocidos gendarmes. A pesar de todas las advertencias que escucharon, una vez salieron a la calle, Rubén no pudo reprimirse y comentó con cierta ironía a su compañero la incongruencia que acababan de vivir. Ellos dos junto al *Cachimba* que se había quedado en la aldea de Abi tenían a Francia e Inglaterra como los grandes culpables de la derrota de la República y, ahora, se daba la contradicción de que iba a ser aquel país precisamente quien les diera una nueva oportunidad proporcionándoles asilo. En fin, una de las tantas paradojas que pueden surgir a lo largo de nuestra vida. Durante aquella noche, Rubén y Segundo discutieron largo y tendido sobre donde preferían ir a vivir, finalmente decidieron que sería en Toulouse porque en aquella ciudad les resultaría más fácil su adaptación al país, sobre todo por la existencia de una notable colonia española. Además, tendrían que buscar a la mujer de Roque para hacerle entrega de sus efectos personales. No obstante, Rubén, indicó a su compañero que antes de ir allí tenía varios asuntos que cumplir por lo que la llegada a dicha ciudad se demoraría durante algún tiempo.

XVIII

Al día siguiente ambos acudieron a la estación del tren, ansiosos como estaban por iniciar una nueva etapa en sus vidas. Las sensaciones que tenían en esos momentos eran de suma placidez y los dos se sentaron en uno de los bancos que había en el porche de la estación. Aunque había pasado más de una semana desde que entraron en Francia, todavía daba la impresión de que no se acababan de aclimatar a esa nueva fase de su vida y miraban absortos a su alrededor como si estuvieran descubriendo un mundo totalmente nuevo. Lo cierto es que el entorno donde se encontraban en esos momentos ayudaba lo suyo, el edificio de la estación era de una estampa singular en la que destacaba

un pórtico sostenido por finas columnas. Así estuvieron durante un buen rato, sin subir al convoy que se mantenía parado en la vía a la espera que llegara su hora para poder partir. Rubén y Segundo seguían con la vista a los escasos viajeros que transitaban por allí y como éstos iban acomodándose dentro de los vagones del tren.

Apuraron sentados en el andén hasta el último momento quizás como un acto inconsciente de rebeldía, era como si quisieran evitar recluirse en uno de aquellos compartimentos que para ellos era como estar encerrados en una prisión. Y por fin, decidieron subir cuando el jefe de la estación salió con el silbato y el banderín hacia la cabecera del tren, era el comienzo de un recorrido que les acabaría llevando a diferentes destinos tal y como habían decidido el día anterior. Segundo *Majuelas* iría directamente a Toulouse, mientras que Rubén se apearía antes, concretamente en Montréjeau y cogería a su vez el tren que realizaba el recorrido inverso, es decir, de Toulouse a Pau.

Cuando salieron de Bagnères de Luchon el paisaje les recordaba al de las zonas más elevadas de la Sierra de Albarracín, con la frondosidad de sus bosques y las altas cumbres que encajonaban el itinerario del ferrocarril. Luego, a partir de las poblaciones de Cierp-Gand y Esténos, el horizonte se abría y comenzaban a ser cada vez más abundantes los campos de labor. Eso sí, en un trayecto de unos cuarenta kilómetros se habían topado con muchas poblaciones pequeñas o muy pequeñas pero que indicaban una concentración de habitantes bastante importante. A pesar de los pocos años transcurridos desde que Rubén combatió por estos lugares con el Maquis, lo cierto es que el paisaje estaba muy cambiado. Y, por supuesto, cuando pasaban por aquellas localidades su memoria evocaba alguno de los sucesos que tuvieron lugar durante la pasada Guerra Mundial. Una vez arribaron a Montréjeau no tardó en salir el tren con destino a Toulouse despidiéndose los amigos con un fuerte abrazo.

Casi una hora después llegó el convoy procedente de Toulouse y que se dirigía a la localidad de Pau. Se subió al mismo Rubén y una vez sentado en su compartimento, completamente relajado, no dejó de comprobar expectante la belleza del paisaje, especialmente cuando el tren inició la marcha y apreció el imponente castillo de *Valmirande* situado a la salida de Montréjeau. En el trayecto del ferrocarril mantenía los ojos bien abiertos observándolo todo, con el interés propio de una persona que ha estado aislada del mundo durante mucho

tiempo y vuelve a verlo de nuevo. El tren tenía que atravesar varias poblaciones en su recorrido pero, Rubén, no acababa de tener claro en cual de todas se tendría que apearse, Tournay o Tarbes, porque Mascaras que era donde podrían encontrarse Violeta y Libertad estaba situada a medio camino entre ambas localidades. Y aunque ansiaba comprobar si éstas habían podido llegar allí, también era cierto que en estos momentos una duda revoloteaba en su cerebro y le impedía decidir el camino a tomar. Desde que llegó a Francia se había impuesto cerrar una página de su vida y, para ello, tenía acudir a Tarbes ya que en su cementerio estaban enterrados un buen número de compañeros del Maquis y quería visitar sus tumbas. Pero, por otra parte, su instinto y también su corazón se empeñaban en comprobar si Violeta y su hija habían llegado sanas y salvas al caserío de su amigo Pierre Girardon. Finalmente optó por esto último y después de una hora y media de viaje se decidió por bajar en Tournay, ya tendría tiempo de sobra para acudir al cementerio de Tarbes más adelante.

Todo en Rubén era pura ansiedad cuando inició el camino a pie, estaba nervioso e ignoraba cual había sido la suerte de sus paisanas, de tal manera que no dudó en acelerar el paso para salir lo antes posible de esa incertidumbre que tanto le apesadumbraba. Era el mediodía cuando por fin divisó el caserío de su amigo, entró y los llamó pero nadie respondía. Entonces escuchó unas voces lejanas, calló por un instante para oír mejor los sonidos hasta que percibió que era una melodía. Cruzó la casa y con presteza se dirigió hacia dónde procedían los ecos de aquella canción, atravesó un patio interior y comenzó a escucharla cada vez con más claridad. Desconocía de quien se trataba, aunque acabó por descubrir el lugar exacto de dónde provenía al apreciar la sombra de una mujer entre varias sábanas colgadas, y unas manos inquietas que las sujetaban colocando pinzas en la cuerda.

—*Aló... Aló... Excuse-moi madame Madeleine, se moi* —comentó Rubén con una ligera sonrisa mientras se acercaba al tendedero.

La verdad es que le resultaba muy extraño escuchar a la mujer de su amigo tararear una melodía de amor con una letra tan desgarradora como era *La Vie en rose* de Édith Piaf, aunque a tenor del extraño acento comenzó a parecerle todavía más insólito que fuera ella. Al oír las palabras de aquel intruso, la tenora aficionada detuvo su melodía y se mantuvo quieta con una pinza en la mano a punto de sujetar la sábana, mientras pensaba que ese tono de voz no le era totalmente des-

conocido. Por un momento estuvo inmóvil en esa postura, su contorno casi se trasparentaba entre las sábanas y el recién llegado intentaba vislumbrar a qué persona correspondía aquella difuminada figura. La mujer, tras unos instantes de vacilación salió decidida del tendedero con la pequeña cesta entre sus manos y cuando por fin rebasó la última hilera de sábanas pudieron verse cara a cara.

Ella se detuvo, atónita, ante la contemplación de la imagen del recién llegado, era... ¡Rubén! Sus ojos mostraban el asombro de la visión como si no acabara de creérselo y cuando cayó en la cuenta de que aquella aparición era cierta, la cesta de las pinzas se escurrió entre sus dedos y alzó las manos a la cara sollozando mientras gritaba su nombre. Acto seguido colocó los brazos en cruz abarcando el máximo espacio que pudo y entre un mar de lágrimas corrió hacia el visitante. Rubén, también se emocionó cuando comprobó que se trataba de Violeta y marchó a su encuentro asimismo con los brazos abiertos y, al estrecharla, no pudo evitar que un escalofrío recorriera su cuerpo. Una vez separados continuaron examinando sus rostros como si quisieran asegurar de que no se trataba de una aparición. Daba la impresión de que a través de aquella intensa mirada intentaban recuperar el tiempo perdido, por eso, tras un breve instante volvieron a estrecharse en un prolongado abrazo que encerraba también un sinfín de sensaciones.

En el momento en que se separaron se cogieron de ambas manos. Sus miradas se mantenían firmes, en silencio, sonriendo y con la emoción a flor de piel por haberse encontrado finalmente tras las incontables aventuras y padecimientos sufridos. Rubén era un hombre curtido en mil batallas, sin embargo acabó ruborizándose ante el tierno abrazo y la contemplación alegre que le había dispensado Violeta. Y ella, en el instante que se dio cuenta de su azoramiento le acarició la cara con las palmas de las manos ¡Qué enternecedor momento!, ¡cómo gozaron de aquel instante! Parecía imposible, pero después de los acontecimientos ocurridos en sus respectivas familias durante los últimos años, daba la impresión de que todavía podía ser posible una vida de paz y felicidad. Cuando Rubén se hubo recobrado de las intensas emociones por aquel encuentro no tardó en preguntar a Violeta sobre la salud de su hija Libertad.

—Está muy bien, ya la verás a la hora de la comida porque se ha ido con la hija de Pierre a Mascaras como todos los sábados.

A continuación se sentaron en el patio y comenzaron a contarse las nuevas que habían tenido desde aquella noche en Monterde cuando hablaron sobre la posibilidad del viaje a Francia. Así se enteró Rubén de las facilidades dadas por el tío *Celipe* para que pudieran viajar a la casa de unos amigos de sus suegros en Sabiánigo. También sobre los pormenores que ocurrieron allí y las consecuencias de la travesura de Libertad. Por último, de la suerte que tuvo cuando ya daba todo por perdido al toparse con un hombre apodado *Masurco* que le ofreció trabajar en su granja situada en Torla. Además, esta persona era un viejo contrabandista que conocía a la perfección los pasos del Pirineo. Cuando supo de la vida de Violeta y su hija intensificó las enseñanzas de francés y en el momento que las vio preparadas las ayudó a pasar al otro lado de la frontera. Luego, llegaron a un pueblo llamado Aragnouet donde se ofreció a acompañarles en autobús hasta Tarbes y desde allí les fue fácil dar con la casa de campo en la comuna de Mascaras.

Por su parte, Rubén quiso contarle su odisea desde la última vez que se vieron, pero después de pensarlo detenidamente optó por decirle que cuando estuvieran todos juntos lo haría. Había mucho que hablar y conocer la vida que había tenido desde entonces pero prefería hacerlo también con sus amigos franceses. Pasados los primeros minutos de aquél emocionante encuentro acudieron a un bancal cercano donde estaba trabajando Pierre y Madeleine. Después de los abrazos consiguientes comentaron atropelladamente multitud de cuestiones hasta que Pierre Girardon decidió que era la hora de comer. Muy animados se fueron a la casa y sentados alrededor de una mesa se pusieron al tanto de todas las cuestiones vividas durante los últimos tiempos. No tardaron en entrar Libertad y Claire, la hija de los caseiros, ambas de una edad similar. Rubén, después de abrazar y cruzar algunas palabras con la muchacha confirmó las palabras de Violeta: su hija ya estaba curada. La joven había cambiado tanto que casi no la reconocía, estaba más crecida y, sobre todo, su talante alegre y vivaz recordaba a la niña que fue antes de los sucesos de *Sabinaquemada*. Luego, en la comida, Madeleine repartió entre todos la *garbure* que había cocinado al tiempo que su marido Pierre abrió una botella de vino de *Madiran* ya que la ocasión bien lo merecía. La comida finalizó con el consabido queso y Rubén no cabía en sí de puro gozo por cómo se estaba desarrollando aquél maravilloso día. Durante el resto de la tarde del sábado ya no hubo trabajo en la finca, lo pasaron reunidos alrededor de la mesa hablando de todo lo que les había acontecido.

Pero sobre todo, Rubén, fue el centro de atención por aquella odisea que acababa de finalizar esa misma mañana gracias al reencuentro con Violeta y Libertad.

—*Merci beaucoup mon ami. Adieu.*

—*Adieu, mon ami.*

Después de aquella despedida, Rubén, Violeta y Libertad salieron de la casa andando en dirección a la vecina localidad de Tarbes. Casi una semana había permanecido el antiguo guerrillero ayudando a sus amigos franceses con las tareas del campo, pero tenían que buscarse un futuro y al final decidieron ir todos juntos a Toulouse. A pesar de las recomendaciones de Pierre Girardon durante la noche anterior de llevarles en su camioneta, éstos optaron por viajar solos y a pie. Rubén deseaba visitar el cementerio de aquella población, pero también al recorrer andando ese tramo, disponían de un tiempo únicamente para ellos donde poder relajarse e interiorizar tanto sus sentimientos como la incertidumbre que les deparaba el futuro. Había que plantearse la manera de afrontar aquella nueva etapa como lo que era en realidad, un momento inédito en sus vidas y por lo tanto imprevisible. Además, querían sentir la emoción de caminar en un ambiente completamente libre, algo casi olvidado desde los lejanos tiempos de la II República Española.

De esta manera, los tres iniciaron la ruta experimentando nuevas sensaciones en un contexto de plena independencia y dejándose acariciar por las primeras brisas de aquella madrugada que envolvía y refrescaba el ambiente. La expresión de sus semblantes era firme, esperanzadora, dando la impresión de que consideraban ese día el primero del resto de sus vidas, era como un nuevo comienzo. Andaban aquellos personajes a modo de versos sueltos por el camino que llevaba desde la casa de campo donde habían vivido durante unos días a la población de Tarbes y, con posterioridad, cogerían el tren con destino a Toulouse. En este nuevo periplo apenas portaban equipaje. Rubén, tan solo su mochila con algunas pertenencias que, en su mayoría, estaban íntimamente ligadas a los conflictos vividos en los últimos años.

Violeta, por su parte, llevaba una vieja maleta con ropa suya y de su hija junto a los utensilios de costura que pudo sacar de España. Apenas hablaban y su silencio tan solo era roto por el persistente canto de multitud de aves que poblaban aquel lugar, componiendo una hermosa sinfonía digna de los mejores autores.

En realidad mantenían una apariencia extraña, casi irreal, al ir caminando solos, sin sobresaltos y por supuesto sin temor alguno a nada ni a nadie. Rubén ya casi había olvidado estas sensaciones pero, sobre todo Libertad, que observaba lo contenta que veía a su madre desde la llegada del antiguo guerrillero. La muchacha estaba contagiada por esa felicidad, corría y saltaba de un lado para otro dando la impresión que estaba descubriendo junto a los adultos un mundo hasta ese momento totalmente desconocido. Quedaba claro que ya se había recuperado de los luctuosos sucesos que tuvieron lugar en *Sabinaquemada*, incluso ahora se la veía gozar de nuevo con la visión de la naturaleza que les acompañaba en su recorrido.

A pesar de haber amanecido, grupos de nubes aparecían en el horizonte ocultando con su presencia los rayos del sol. Sin embargo, en un momento dado, el astro rey quebrantó la prisión a la que se veía sometido y comenzó a bañar con su luz la campiña de Mascaras. Ahora, las figuras de Violeta, Libertad y Rubén quedaban tenuemente reflejadas a modo de temblorosas sombras, una suerte de siluetas alargadas que les precedían en aquel polvoriento camino como si les indicaran la ruta a seguir. La niña miró al suelo en un momento dado y fue la primera en darse cuenta de que cada uno iba por su lado, sus contornos se proyectaban en el suelo como si fueran los anillos rotos de una cadena. Caminaban en la misma dirección, eso sí, pero lo hacían por separado. Entonces, la pequeña se colocó en medio de los adultos cogiéndoles a cada uno de la mano. Giró la cabeza hacia ambos lados y los observó sonriente. Por su parte, ellos la imitaron y acabaron mirándose todos por el rabillo del ojo entornando una sonrisa cómplice. Libertad, volvió a contemplar el suelo y comprobó plenamente satisfecha que ahora sus cuerpos sí que trazaban en el camino la sombra de los eslabones de una cadena perfectamente acoplada. Violeta y Rubén cruzaron la vista y por unos instantes la mantuvieron firme comunicándose con la mirada íntimas sensaciones en completo silencio. Las risas de la joven los volvieron a la realidad y todos juntos continuaron su viaje perdiéndose en la distancia del camino. Violeta, Rubén

y Libertad entre expectantes y esperanzados, deseaban en lo más profundo de su corazón iniciar una nueva etapa en su vida. Cada uno de ellos portaba un bagaje lleno de incertidumbres, pero al mismo tiempo estaban plenamente convencidos de que podrían tener una segunda oportunidad. Sin lugar a dudas lo merecían. Y así, de esta manera, caminando unidos por la mano, sus siluetas se fueron perdiendo poco a poco en la lejanía del horizonte.

FIN

Relación-Homenaje de los prisioneros de la Comarca de la Sierra de Albarracín ingresados o muertos en los campos de concentración nazis

Localidad	Nombre	Fecha entrada campo de concentración	Fecha muerte campo de concentración	Campo de exterminio
Albarracín	Manuel Aula Martín	28-4-1940	18-4-1941	Gusen
Albarracín	Antonio Pérez Marconell	24-1-1944	(liberado)	Buchenwald 5-5-1945
Bronchales	Cándido González González	3-3-1941	19-3-1942	Gusen
Bronchales	Juan Juan Alonso	27-1-1941	7-12-1941	Gusen
Bronchales	Salvador Sáez Torrecilla	24-5-1944	(Liberado)	Neuengamme
Frías	Carmelo Martínez Lozano	7-6-1941	18-9-1941	Gusen
Monterde	José Cabero Obensa	18-7-1942	8-12-1942	Gusen
Orihuela	Patricio Morón Rueda	28-8-1944	17-2-1945	Dachau
Pozondón	Ángel López Fernández	19-12-1941	(liberado)	Mauthausen 5-5-1945
Royuela	Ciriaco Lozano Soriano	27-1-1941	5-12-1941	Gusen
Rubiales	José Brun Bartolí	25-1-1941	15-12-1941	Gusen
Rubiales	Juan Calomarde	19-1-1944	6-5-1944	Buchenwald
Villar del Cobo	Juan Pérez Checa	6-8-1940	9-7-1941	Gusen

Glosario

ABABOL.- Amapola, insulto, soso, que tienes poca gracia.

ABANTICO.- Torpón, aturullado, con poca gracia.

AEDO.- Poeta griego de la antigüedad clásica.

AGUADOR.- Persona dedicada a llevar agua en cántaros a las casas que no tienen.

AJOSÓN.- Imbécil, payaso.

ALACENA.- Armario con puertas y estantes que se usa para guardar alimentos o poner el menaje de cocina.

ALCARREÑO.- Bebida de alta graduación extraída del mosto de la uva originaria de la comarca de la Alcarria, que solía consumirse en la sierra de Albarracín.

ALGARERA.- Persona que está poco en casa. Catacaldos.

ANDURRIALES.- Situación de un paraje en algún punto no concreto.

APRISCO.- Lugar cercado donde se recoge el ganado para resguardarlo de la intemperie.

ARBILLOS.- Los intestinos limpios del cerdo que se emplean para hacer embutidos.

ARPILLERA.- Tela de estopa basta con la que se realizaban sacos o talegas.

ARTESA.- Caja de madera que sirve para amasar el pan.

ASPILLERAS.- Ventana pequeña y estrecha situada en recintos de ganado como las parideras.

BALDE.- Cubo de cinc o de cobre que sirve para el transporte de líquidos.

BALDRAGAS.- Persona débil, sin energía. Palabra despectiva.

BINAR.- Arar por segunda vez una tierra de labor para eliminar las malas hierbas.

CALAMOCANO.- Que va un poco bebido.

CAMBRA.- Desván, parte superior de la casa donde se almacena el grano.

CANTARERAS.- Parte inferior de la alacena donde se colocan las ánforas o cántaros.

CANTERO.- Trozo pequeño de pan.

CANTO.- Soporte semicircular de hierro que se ponía en la lumbre tras las ollas para evitar que se volcaran.

CARNERA.- Pequeño estante donde se guarda la carne o el embutido.

CASCADERA.- Conversación larga.

CAZOLETERO.- Entrometido.

CENUTRIO.- Cabezón. Que no se aviene a razones.

CHAMIZO.- Cobertizo hecho con ramas.

CHANTIER.- Empresas francesas generalmente agrícolas que utilizaban mano de obra española en los albores de la II Guerra Mundial.

CHAPURREAR.- Hablar de muy malas maneras, con dificultades y cometiendo errores.

CHARTIR.- Replicar.

CHASCA.- Ramas finas de carrasca cortadas para hacer el techado de los cobertizos.

CHOZO.- Construcción rústica de piedra y techado de ramas utilizado para el refugio de pastores.

COMPONEDOR.- Pequeño receptáculo rectangular, metálico, de unos 30 cms. de largo, en la que el cajista iba colocando pequeñas cantidades de texto que luego trasladaba a las galeras.

DESCUAJERINGAR.- Estropear.

DESUSTANCIADO.- Soso, con poca gracia.

ENCAÑADURA.- Manojó grande de cereal generalmente centeno que después de un proceso servía para atar los haces de cereal.

ESCOSCADO.- Ir muy arreglado, muy limpio.

- ENGAVILLADORA.*- Máquina de tracción animal que servía para segar y agavillar los cereales.
- ENJUTO.*- Seco, delgado, fino.
- FET Y DE LAS JONS.*- Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista.
- FRESNAL.*- Acumulación de ramas en forma piramidal.
- GACHAS.*- Alimento realizado a base de harina y aceite al que se le puede añadir leche o caldo.
- GAMELLON.*- Comedero y bebedero para animales que solía ser de madera de sabina.
- GAMÓN.*- Planta con hojas en forma de junco y flores blancas formando una espiga apretada, que se desarrolla en la primavera.
- GAYUBA.*- Mata silvestre con frutos en forma de bolitas rojas y hojas pequeñas y bulbosas.
- GERIFALTE.*- Alguien que se sabe importante en una actividad determinada.
- GUILLOMO.*- Arbusto con una floración característica de multitud de flores blancas.
- GOBANILLA.*- Se llama así a la muñeca (antebrazo).
- GUARÍN.*- El cerdo más pequeño de una camada.
- GULISMIAR.*- Meterse uno donde no le importa.
- ILOT.*- Parcela compuesta de varios barracones en los campos de concentración franceses.
- ILOTA.*- Antiguo esclavo espartano.
- MACHERO.*- Encargado de pastorear los machos de los rebaños hasta la época de cubrir las hembras.
- MASADOR.*- Habitación donde se amasaba el pan y guardaban ciertos alimentos.
- MASOVEROS.*- Los dueños de una masada que viven en ella o los habitantes de la misma.
- MAYOS.*- Fiesta popular antiquísima para emparejar los jóvenes de los pueblos.

- MEHALA*.- Cuerpo del ejército marroquí que luchó en España compuesto por varios tabores.
- MIELGAS*.- Especie de alfalfa silvestre muy utilizado en la Sierra de Albarracín para alimentar el ganado de granja.
- MIRIÑAQUE*.- Ir muy arreglado.
- MOVIMIENTO (EL)*.- Es el nombre que recibió durante el franquismo el mecanismo totalitario de inspiración fascista que pretendía ser el único cauce de participación en la vida pública española.
- MUCHICHO*.- Vocablo local monterdino que designa a los muchachos pequeños entre los cinco y los diez u once años.
- MUCHISMO*.- Modismo local de muchísimo.
- MULADAR*.- Prado pequeño situado por regla general en algún altozano donde se lleva a las reses muertas.
- PAISA*.- Saludo de los soldados marroquíes en la Guerra Civil española.
- PALURDO*.- Persona ignorante.
- PARIDERA*.- Especie de corral o lugar donde se guarda el ganado.
- PIAZO*.- Bancal, terreno de labor o campo de cultivo generalmente de forma alargada y rectangular cuya extensión equivale aproximadamente a una u dos fanegas de secano, es decir entre las 0'44 y las 0'88 Ha.
- PORRETONES*.- Pobres de solemnidad.
- POYO*.- Banco, asiento de piedra.
- PREGONADA*.- Ligera de cascos. Tierna de morro.
- QUINCALLEROS*.- Trabajadores ambulantes que se dedicaban a arreglar todo tipo de utensilios.
- REDIÓS*.- Exclamación a la hora de censurar algún acto.
- REHALDA*.- Repisa o vasar en torno a la campana de la chimenea.
- RODENO*.- Es una piedra de arenisca de grano medio y tono rojo.
- SOMARRO*.- Cecina obtenida de la carne fresca de oveja o de cabra, sazónada con sal, ajo y vinagre. Antiguamente se utilizaban también los animales muertos recientemente.

- SPAHIS*.- Unidad de caballería del ejército francés procedente de la colonia de Senegal.
- TABOR*.- Unidad de tropa marroquí al servicio del ejército español.
- TALEGA*.- Saco con una medida precisa de capacidad.
- TÍO*.- Patronímico de ciertas personas en los ambientes rurales de la Sierra.
- TORJA*.- Medida de peso utilizada para repartir los trozos de carne de la res muerta.
- TOZOLONES*.- Dolores de barriga.
- TRAGALDABAS*.- Apasionado por la comida.
- TRANES*.- Toque especial para anunciar al pueblo que ha fallecido una persona.
- TRÉBEDE*.- Soporte de hierro con tres patas para colocar recipientes.
- TROJES*.- Compartimentos en el desván para guardar cereales.
- ZANCAJO*.- Concepto despectivo de una persona.
- ZUÑOS*.- Nube amenazadora.

Todos los sucesos históricos que aparecen en la novela tuvieron lugar tal y como se describen. Los únicos personajes que existieron y salen reflejados en la novela son los abuelos y la familia paterna del autor. El resto de los personajes son ficticios. Cualquier parecido con la realidad de las personas que vivieron durante esos años es casualidad o pura coincidencia.



Este libro se acabó de imprimir a primeros de enero del año 2018.
Una fecha en la que antaño la actividad de los habitantes de la Sierra de Albarracín se reducía considerablemente como consecuencia del parón invernal y, al calor de las chimeneas, los niños y niñas escuchaban de boca de sus abuelas las historias y leyendas de una tierra mágica, la Sierra de Albarracín.

Un sinfín de secuelas de la pasada Guerra Civil todavía se deja notar en la vida cotidiana de los perdedores de la contienda. Para poder sobrevivir, las casi inexistentes salidas que les quedan pasan en ocasiones por jugárselo todo a una carta. Vida, muerte o represión es el pan nuestro de cada día para esa población en la Sierra de Albarracín, incluso algunos de sus moradores no tienen más opción que irse junto a los guerrilleros que combaten la brutalidad de la dictadura franquista o marcharse al exilio. En dicha tesitura, casi no hay cabida para que la misteriosa y ancestral magia que esconde el monte sabinar siga formando parte de ese mundo... ¿o quizás sí?

